La música del azar
PAUL AUSTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Paul Auster nació en 1947 en Nueva Jersey y estudió en la Universidad de Columbia. Tras un breve período como marino en un petrolero, vivió tres años en Francia, donde trabajó como traductor, "negro" literario y cuidador de una finca; desde 1974 reside en Nueva York. Ha publicado la llamada "Trilogía de Nueva York" (que comprende las novelas Ciudad de cristal, Fantasmas y La habitación cerrada), El país de las últimas cosas, La invención de la soledad, El Palacio de la Luna y La música del azar. También es autor del libro de poemas Disappearances y del libro ensayístico The Art of Hunger.

El Palacio de la Luna, publicada en esta colección, le valió la consagración internacional. Así, en la revista Lire, fue elegido como el mejor libro editado en Francia en 1990, calificándose a su autor de "mitad Chandler, mitad Beckett". La crítica española la saludó también de forma entusiasta: "Magnífico retrato del alma secreta del hombre urbano" (El País); "Una de las novelas más complejas, elegantes, refinadas e inteligentes de los últimos años" (Sergio Villa-San-Juan, La Vanguardia); "Tiene la magia exacta de los mitos que nos valen para vivir... Pertenece al club de las novelas que desearíamos no terminar de leer nunca" (Justo Navarro).

Cuando Jim Nashe es abandonado por su mujer, se lanza a la vida errante. Antes ha recibido una inesperada herencia de un padre que nunca conoció y que le permitirá vagabundear por América en un Saab rojo, el mejor coche que nunca tuvo. Nashe va de motel en motel, goza de la velocidad, vive en una soledad casi completa y, como otros personajes caros a Auster, experimenta la gozosa y desgarradora seducción del desarraigo absoluto.

Tras un año de esta vida, y cuando apenas le quedan diez mil dólares de los doscientos mil que heredara, conoce a Jack Pozzi, un jovencísimo jugador profesional de póquer. Los dos hombres entablan una peculiar relación y Jim Nashe se constituye en el socio capitalista de Pozzi. Una sola sesión de póquer podría hacerles ricos. Sus contrincantes serán Flower y Stone, dos curiosos millonarios que han ganado una fabulosa fortuna jugando a la lotería y viven juntos como dos modernos Buvard y Pecuchet.

A partir de aquí, de la mano de los dos excéntricos, amables en un principio y progresivamente ominosos después, la novela abandona en un sutil giro el territorio de la "novela de la carretera" americana, del pastiche chandleriano, y se interna en el dominio de la literatura gótica europea. Un gótico moderno, entre Kafka y Beckett. Nashe y Pozzi penetran en un ámbito sutilmente terrorífico, y la morada de los millonarios, a la cual llegaron como hombres libres y sin ataduras, se convertirá en una peculiar prisión, en un mundo dentro del mundo, cuyos ilusorios límites y leyes no menos ilusorias deberán descubrir.

"Este es un escritor en cuya obra resplandecen la inteligencia y la originalidad. Paul Auster construye maravillosos misterios sobre la identidad y la desaparición" (Don Delillo).

“Auster puede escribir con la velocidad y la maestría de un experto jugador de billar, y en sus novelas los más extraños acontecimientos colisionan limpia e inesperadamente contra otros no menos extraños” (Michiko Kakutani, New York Times).

“La originalidad de Auster es el resultado de su magistral utilización de las técnicas de la literatura de vanguardia europea -Perec, Calvino y Roussel, por ejemplo- aplicadas a la mitología americana. Auster es una de esas rara avis, un escritor experimental que es, a la vez, de lectura compulsiva. Sus mejores novelas, El Palacio de la Luna y La música del azar, operan en una multiplicidad de niveles, pero ambas son imposibles de abandonar a media lectura” (MarkFord, The Times Literary Supplement).

“Auster trabaja su escritura con los ojos de un poeta y las manos de un narrador, y produce páginas prodigiosas. La música del azar es otra rara muestra de la más exaltante literatura contemporánea” (Guy Mannes-Abbott, New Statement and Society).

Traducción de Maribel De Juan

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Music of Chance
Viking Penguin
Nueva York, 1990

© Paul Auster, 1990
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1991
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-1151-1
Depósito Legal: B. 28448-1991

Printed in Spain

Libergraf, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

1

Durante todo un año no hizo otra cosa que conducir, viajar de acá para allá por los Estados Unidos mientras esperaba a que se le acabara

el dinero. No había previsto que durara tanto, pero una cosa iba llevando a la otra, y cuando Nashe comprendió lo que le estaba ocurriendo, había dejado de desear que aquello terminara. El tercer día del decimotercer mes conoció al muchacho que se hacía llamar Jackpot.1 Fue uno de esos encuentros casuales que parecen surgir de la nada: una ramita que el viento rompe y que de repente aterriza a tus pies. Si hubiera sucedido en cualquier otro momento, puede que Nashe no hubiese abierto la boca. Pero como ya había renunciado, como pensaba que ya no tenía nada que perder, vio en el desconocido un indulto, una última oportunidad de hacer algo por sí mismo antes de que fuera demasiado tarde. Y así, sin más, se decidió y lo hizo. Sin el menor atisbo de miedo, Nashe cerró los ojos y saltó.

Todo se reducía a una cuestión de secuencia, de orden de los sucesos. Si el abogado no hubiese tardado seis meses en encontrarle, él no habría estado en la carretera el día que conoció a Jack Pozzi, y por lo tanto ninguna de las cosas que siguieron a ese encuentro habría ocurrido nunca. A Nashe le resultaba perturbador pensar en su vida en esos términos, pero lo cierto era que su padre había muerto un mes antes de que Thérèse le abandonara, y si él hubiese tenido idea de la cantidad de dinero que estaba a punto de heredar, probablemente habría podido convencerla de que se quedara. Aun suponiendo que no se hubiese quedado, no habría sido necesario llevarse a Juliette a Minnesota a vivir con su hermana, y eso habría sido suficiente para que no hiciera lo que hizo. Pero por entonces él trabajaba todavía en el cuerpo de bomberos, y ¿cómo iba a ocuparse de una niña de dos años cuando su trabajo le obligaba a estar fuera de casa a todas horas del día y de la noche? Si hubiese tenido dinero, habría contratado a una mujer para que viviese con ellos y cuidase a Juliette, pero claro, si hubiese tenido dinero, no habrían estado viviendo de alquiler en el piso bajo de una horrenda casa de dos plantas en Somerville y tal vez Thérèse no se habría marchado. Su sueldo no era tan malo, pero la apoplejía que su madre sufrió cuatro años antes le había arruinado y todavía seguía mandando pagos mensuales al sanatorio de Florida donde ella falleció. Teniendo en cuenta todo eso, la casa de su hermana le había parecido la única solución. Por lo menos Juliette tendría la oportunidad de vivir con una verdadera familia, de estar rodeada de otros niños y de respirar aire puro, y eso era mucho mejor que todo lo que él podía ofrecerle. Entonces, de pronto, el abogado le encontró y el dinero cayó sobre su regazo. Era una suma colosal -cerca de doscientos mil dólares, una suma casi inimaginable para Nashe-, pero ya era demasiado tarde. Se habían desencadenado demasiadas cosas durante los últimos cinco meses y ni siquiera el dinero podía detenerlas ya.

Hacía más de treinta años que no veía a su padre. La última vez había sido cuando él tenía dos años, y desde entonces no había habido ningún contacto entre ellos, ni una carta, ni una llamada telefónica, nada. Según el abogado que llevó la testamentaría, el padre de Nashe pasó los últimos veintiséis años de su vida en una pequeña ciudad del

[1] Figuradamente, premio gordo en la lotería, el bingo, etc. (*N. de la T.*)

desierto de California no lejos de Palm Springs. Era propietario de una ferretería, jugaba a la bolsa en sus ratos libres y no se había vuelto a casar. No hablaba de su pasado, dijo el abogado, y sólo el día en que entró en su despacho para hacer testamento le mencionó que tenía hijos.

-Se estaba muriendo de cáncer -continuó la voz en el teléfono- y no sabía a quién dejarle su dinero. Pensó que lo mejor sería repartirlo entre sus dos hijos: la mitad para usted y la mitad para Donna.

-Una extraña manera de enmendarlo -dijo Nashe.

-Bueno, era un hombre extraño, su padre, de eso no hay duda. Nunca olvidaré lo que dijo cuando le pregunté por usted y su hermana. "Probablemente me odian a muerte", dijo, "pero es demasiado tarde para llorar por eso. Lo único que desearía es poder estar allí después de que la palme, sólo para ver la cara que ponen cuando reciban el dinero."

-Me sorprende que supiera dónde encontrarnos.

-No lo sabía -dijo el abogado-. Y créame, a mí me ha costado una barbaridad. He tardado seis meses en conseguirlo.

-Para mí habría sido mucho mejor si me hubiera hecho esta llamada el día del entierro.

-A veces hay suerte y a veces no. Hace seis meses yo ni siquiera sabía si usted estaba vivo o muerto.

No era posible sentir dolor, pero Nashe supuso que sentiría alguna otra cosa, algo semejante a la tristeza, quizá, una oleada de enojo y pesar de último minuto. Aquel hombre era su padre, después de todo, y eso debería haber justificado unos cuantos pensamientos sombríos acerca de los misterios de la vida. Pero resultó que Nashe no sintió apenas nada que no fuera alegría. El dinero era algo tan extraordinario para él, tan monumental en sus consecuencias, que borraba todo lo demás. Sin detenerse a considerar el asunto con mucho cuidado, saldó su deuda de treinta y dos mil dólares con el Sanatorio Pleasant Acres, salió a comprarse un coche nuevo (un Saab 900 rojo de dos puertas, el primer coche no usado que tenía en su vida) y pidió todo el tiempo de vacaciones que había acumulado durante los últimos cuatro años. La noche antes de marcharse de Boston dio una espléndida fiesta en su propio honor, estuvo de juerga con sus amigos hasta las tres de la madrugada y luego, sin tomarse la molestia de acostarse, se metió en el coche nuevo y se dirigió a Minnesota.

Allí fue donde el mundo empezó a venírsele encima. A pesar de las celebraciones y los recuerdos de aquellos días, Nashe fue comprendiendo gradualmente que la situación no tenía arreglo. Llevaba demasiado tiempo separado de Juliette y ahora que había vuelto a recogerla era como si ella se hubiese olvidado de quién era él. Había creído que las llamadas telefónicas bastarían, que hablar con ella dos veces a la semana serviría para que él siguiera existiendo para ella. Pero ¿qué sabía una niña de dos años de conversaciones a larga distancia? Durante seis meses no había sido para ella más que una voz, una vaporosa colección de sonidos, y poco a poco se había convertido en un

fantasma. Aunque Nashe llevaba ya dos o tres días en la casa, Juliette continuaba mostrándose tímida e insegura con él y se apartaba cuando trataba de abrazarla como si ya no creyera plenamente en su existencia. Se había convertido en parte de su nueva familia y él era poco más que un intruso, un alienígena caído de otro planeta. Se maldijo por haberla dejado allí, por haberlo organizado todo tan bien. Juliette era ahora la adorada princesita de la casa. Tenía tres primos mayores con quienes jugar, un perro perdiguero, un gato, el columpio del jardín trasero, tenía todo lo que podía desear. Le mortificaba pensar que su cuñado le había usurpado su puesto, y a medida que pasaban los días tenía que esforzarse para no mostrar su resentimiento. Antiguo jugador de fútbol americano convertido luego en entrenador y profesor de matemáticas en un instituto, Ray Schweikert siempre le había parecido a Nashe un poco cabeza de alcornoque, pero no había duda de que tenía buena mano con los niños. Era el señor Bueno, el papá norteamericano de gran corazón, y estando Donna allí para llevar las riendas, la familia era sólida como una roca. Ahora Nashe tenía dinero, pero ¿cambiaba eso algo realmente? Trató de imaginar en qué podría mejorar la vida de Juliette si volvía a Boston con él, pero no logró encontrar un solo argumento en su favor. Deseaba ser egoísta, defender sus derechos, pero le faltaba el valor y al fin acabó rindiéndose a la verdad evidente. Arrancar a Juliette de todo aquello le haría más daño que bien.

Cuando le dijo a Donna lo que pensaba, ella intentó disuadirle utilizando muchos de los mismos argumentos que había esgrimido doce años antes cuando él le comunicó que tenía intención de dejar la universidad: No te precipites, tómate un poco más de tiempo, no quemes los puentes detrás de ti. Tenía esa expresión de hermana mayor preocupada que le había visto durante toda su infancia, e incluso ahora, tres o cuatro vidas más tarde, supo que ella era la única persona en el mundo en quien podía confiar. Terminaron hablando hasta tarde, sentados en la cocina, mucho tiempo después de que Ray y los niños se hubiesen acostado, pero, a pesar de la pasión y el buen sentido de Donna, la conversación acabó igual que doce años antes: Nashe la agotó hasta que ella se echó a llorar, y él se salió con la suya.

La única concesión que hizo fue la de aceptar establecer un fideicomiso para Juliette. Donna intuía que él estaba a punto de hacer una locura (así se lo dijo aquella noche) y, antes de que se gastara toda la herencia, quería que pusiese una parte en un lugar donde no pudiera tocarla. La mañana siguiente Nashe pasó dos horas con el director del Banco Northfield e hizo los trámites necesarios. Holgazaneó durante el resto del día y parte del siguiente; luego recogió sus cosas y las metió en el maletero de su coche. Era una tarde calurosa de finales de julio y toda la familia salió al jardín para despedirle. Uno tras otro, abrazó y besó a los niños, y cuando al final le llegó el turno a Juliette, le ocultó sus ojos cogiéndola en brazos y aplastando su cara en el cuello de la niña. Sé buena, le dijo. Y no olvides nunca que papá te quiere mucho.

Les había dicho que pensaba regresar a Massachusetts, pero pronto se encontró viajando en dirección contraria. Eso ocurrió porque

no vio la rampa que llevaba a la autopista -un error bastante frecuente-, pero en lugar de hacer los treinta kilómetros más que le habrían devuelto a la ruta correcta, impulsivamente subió la siguiente rampa, sabiendo perfectamente que tomaba la carretera equivocada. Fue una decisión repentina y no premeditada, pero en el breve lapso que transcurrió entre las dos rampas, Nashe comprendió que no había diferencia, que en última instancia las dos rampas eran la misma. Había dicho Boston, pero sólo porque tenía que decirles algo y Boston fue la primera palabra que le vino a la cabeza. La verdad era que nadie le esperaba allí hasta dos semanas después, y teniendo tanto tiempo a su disposición, ¿por qué molestarse en volver? Era una perspectiva que daba vértigo, imaginar toda esa libertad, comprender lo poco que importaba la elección que hiciera. Podía ir a cualquier sitio que se le antojara, podía hacer cualquier cosa que le apeteciera y a nadie en el mundo le importaría. Mientras no regresase, era igual que si fuera invisible.

Condujo durante siete horas seguidas, se detuvo un momento para llenar el depósito de gasolina y luego continuó seis horas más hasta que finalmente le venció el agotamiento. Estaba ya en la región central del norte de Wyoming y la aurora comenzaba a levantarse en el horizonte. Se registró en un motel, durmió profundamente durante ocho o nueve horas y luego se fue al restaurante de al lado y se comió un filete y unos huevos del menú de desayunos que servían las veinticuatro horas. A media tarde estaba de nuevo en el coche y una vez más condujo durante toda la noche y no se detuvo hasta haber dejado atrás la mitad de Nuevo México. Después de esa segunda noche Nashe comprendió que ya no era dueño de sí, que había caído en las garras de una fuerza desconcertante y arrolladora. Era como un animal enloquecido, corriendo ciegamente de ninguna parte a ninguna parte, pero por muchos propósitos de parar que se hiciera, no era capaz de cumplirlos. Cada mañana se iba a dormir diciéndose que ya había sido suficiente, que no lo haría más, y cada tarde se despertaba con el mismo deseo, la misma irresistible urgencia de volver a meterse en el coche. Necesitaba nuevamente aquella soledad, aquella carrera nocturna por el vacío, aquella vibración de la carretera en su piel. Continuó haciéndolo durante las dos semanas completas y cada día se forzaba un poco más, cada día trataba de aguantar al volante un poco más que el día anterior. Cubrió toda la parte occidental del país, yendo y viniendo en zigzag de Oregón a Texas, recorriendo las enormes y desiertas autopistas que cruzaban Arizona, Montana y Utah, pero no miraba nada ni le importaba dónde se encontraba, y aparte de alguna que otra frase que se veía obligado a decir cuando echaba gasolina o pedía la comida, no pronunciaba palabra. Cuando al fin regresó a Boston, Nashe se dijo que estaba al borde de una crisis nerviosa, pero eso era solamente porque no se le ocurría ninguna otra explicación para lo que había hecho. Según acabó por descubrir, la verdad era mucho menos dramática. Sencillamente se avergonzaba de haberlo disfrutado tanto.

Nashe supuso que la cosa quedaría ahí, que había conseguido librarse del extraño virus que se había apoderado de su organismo y ahora reanudaría su antigua vida. Al principio todo parecía ir bien. El día de su regreso los compañeros se metieron con él porque no estaba bronceado ("¿Qué has hecho, Nashe, pasarte las vacaciones en una cueva?"), y a media mañana estaba riéndose de las habituales bromas y chistes verdes. Aquella noche hubo un gran incendio en Roxbury y cuando sonó la alarma pidiendo un par de coches de refuerzo, Nashe incluso le comentó a alguien que se alegraba de estar de vuelta, que había echado de menos encontrarse en el lugar de la acción. Pero esos sentimientos no duraron, y al final de la semana descubrió que estaba inquieto, que no podía cerrar los ojos sin acordarse del coche. En su día libre hizo un viaje de ida y vuelta a Maine, pero eso sólo pareció empeorar las cosas, porque le dejó insatisfecho, deseoso de estar más tiempo al volante. Luchó por adaptarse de nuevo, pero su mente no cesaba de volver a la carretera, al gozo que había sentido durante aquellas dos semanas, y poco a poco empezó a darse por perdido. No era que quisiera dejar su trabajo, pero, puesto que no tenía más tiempo de vacaciones, ¿qué otra cosa podía hacer? Nashe llevaba siete años en el cuerpo de bomberos y le parecía una perversión considerar siquiera la posibilidad de abandonarlo por un impulso, por una agitación sin nombre. Era el único trabajo que había significado algo para él, y siempre había pensado que fue una suerte haberlo encontrado por casualidad. Después de dejar la universidad había ido dando tumbos de empleo en empleo durante unos años -vendedor de libros, mozo de mudanzas, camarero, taxista-, y se había presentado al examen de ingreso en el cuerpo de bomberos sólo por capricho, porque una noche llevó en el taxi a alguien que estaba a punto de hacerlo y que le convenció para que lo intentara. A aquel hombre le suspendieron, pero Nashe acabó sacando la nota más alta concedida aquel año y se encontró de pronto con que le daban un empleo en el que había pensado por última vez cuando tenía cuatro años. Donna se rió cuando la llamó para contarle la noticia, pero él siguió adelante e hizo un cursillo de preparación. No había duda de que era una elección curiosa, pero el trabajo le absorbía y continuaba haciéndole feliz, y nunca había sentido la necesidad de justificarse por conservarlo. Sólo unos meses atrás, le hubiera sido imposible imaginar que dejaría el cuerpo, pero eso era antes de que su vida se convirtiera en un serial, antes de que la tierra se abriera a su alrededor y se lo tragase. Tal vez había llegado la hora de cambiar. Todavía tenía sesenta mil dólares en el banco y quizá debería usarlos para escapar cuando aún estaba a tiempo.

Le dijo al capitán que se trasladaba a Minnesota. Parecía una historia verosímil y Nashe hizo cuanto pudo para que sonara convincente, extendiéndose bastante acerca de la oferta que había recibido para entrar en un negocio con un amigo de su cuñado (una sociedad para montar una ferretería, precisamente) y por qué pensaba que sería un buen lugar para criar a su hija. El capitán se lo creyó, pero eso no le impidió llamar gilipollas a Nashe.

-Es por esa mujercita suya -le dijo-. Desde que se llevó su coño de la ciudad, usted ha estado jodido, Nashe. No hay nada más patético que eso. Ver a un buen tipo hundirse por problemas de faldas. Domínese, hombre. Olvídese de esos estúpidos planes y haga su trabajo.

-Lo siento, capitán -dijo Nashe-, pero ya lo tengo bien pensado.

-¿Pensado? Me parece a mí que usted ya no es capaz de pensar.

-Tiene usted envidia, eso es todo. Daría su brazo derecho por estar en mi lugar.

-¿Y trasladarme a Minnesota? Olvídelo, hombre. Se me ocurren diez mil cosas que me apetecerían más que vivir bajo un montón de nieve nueve meses al año.

-Bueno, si alguna vez pasa por allí, no deje de pararse para saludarme. Le venderé un destornillador o lo que quiera.

-Que sea un martillo, Nashe. Tal vez pueda usarlo para meterle algo de sensatez en la cabeza.

Una vez dado el primer paso, no le resultó difícil llegar hasta el final. Durante los cinco días siguientes se ocupó de cuestiones prácticas. Llamó a su casero para decirle que buscara un nuevo inquilino, donó muebles al Ejército de Salvación, se dio de baja del gas y la electricidad y desconectó el teléfono. Había una temeridad y una violencia en aquellos gestos que le satisfacía profundamente, pero nada podía igualar al simple placer de tirar cosas. La primera noche pasó varias horas reuniendo las pertenencias de Thérèse y metiéndolas en bolsas de basura, librándose finalmente de ella por medio de una purga sistemática, un entierro en masa de todos y cada uno de los objetos en los que hubiera la más ligera huella de su presencia. Se lanzó sobre su armario y tiró sus abrigos, sus jerséis y sus vestidos; vació sus cajones de ropa interior, medias y bisutería; quitó todas sus fotos del álbum; tiró sus cosméticos y sus revistas de moda; se deshizo de sus libros, sus discos, su despertador, sus bañadores y sus cartas. Eso rompió el hielo, por así decirlo, y cuando empezó a pensar en sus propias pertenencias la tarde siguiente, Nashe actuó con el mismo rigor brutal, tratando su pasado como si no fuera más que basura de la que había que deshacerse. Todo el contenido de la cocina fue a parar a un refugio para personas sin hogar de la zona sur de Boston. Los libros se los dio a la estudiante de instituto del piso de arriba; el guante de béisbol lo regaló al chico de la casa de enfrente; la colección de discos la vendió a una tienda de segunda mano de Cambridge. Estas transacciones le producían cierto dolor, pero Nashe casi empezó a recibir ese dolor con alegría, a sentirse ennoblecido por él, como si cuanto más se alejase de la persona que había sido, mejor fuese a encontrarse en el futuro. Se sentía como un hombre que finalmente ha reunido el valor necesario para meterse una bala en la cabeza, sólo que en este caso la bala no significaba la muerte, sino la vida, era la explosión que desencadena el nacimiento de nuevos mundos.

Sabía que también tendría que desprenderse del piano, pero lo dejó para el final, pues no quería renunciar a él hasta el último momento. Era un Baldwin vertical que su madre le había regalado el día que

cumplió trece años y él siempre le había estado agradecido por ello, pues sabía que conseguir el dinero había supuesto para ella un enorme esfuerzo. Nashe no se hacía ilusiones respecto a su manera de tocar, pero generalmente lograba dedicar unas cuantas horas a la semana al instrumento, ante el cual se sentaba para interpretar torpemente algunas de las viejas piezas que aprendió de niño. Siempre tenía un efecto calmante sobre él, como si la música le ayudara a ver el mundo más claramente, a comprender cuál era su lugar en el orden invisible de las cosas. Ahora que la casa estaba vacía y él estaba listo para irse, se quedó un día más para dar un largo recital de despedida a las paredes desnudas. Una por una, tocó un montón de sus piezas preferidas, comenzando por Las misteriosas barricadas de Couperin y terminando por el Vals de Jitterbug de Fats Waller, aporreando el teclado hasta que se le entumecieron los dedos y tuvo que dejarlo. Luego llamó a su afinador de los últimos seis años (un ciego que se llamaba Antonelli) y llegó a un acuerdo con él para venderle el Baldwin por cuatrocientos cincuenta dólares. Cuando llegaron los transportistas a la mañana siguiente Nashe ya se había gastado el dinero en cintas para el cassette de su coche. Le pareció un gesto apropiado -convertir una clase de música en otra- y la economía del intercambio le complació. Después de eso ya no había nada que le retuviera. Se quedó justo el tiempo suficiente para ver cómo los hombres de Antonelli sacaban el piano de la casa y luego, sin molestarse en decir adiós a nadie, se marchó. Simplemente salió, subió a su coche y se fue.

Nashe no tenía ningún plan definido. Como máximo, la idea era dejarse ir por algún tiempo, viajar de un sitio a otro y ver qué pasaba. Suponía que se cansaría de ello al cabo de un par de meses y entonces se sentaría a preocuparse por lo que debía hacer. Pero después de dos meses aún no estaba dispuesto a renunciar. Poco a poco se había enamorado de su nueva vida de libertad e irresponsabilidad, y una vez que ocurrió eso, ya no había ninguna razón para detenerse.

La velocidad era la esencia, el goce de sentarse en el coche y lanzarse hacia adelante a través del espacio. Eso se convirtió en un bien por encima de todos los demás, un hambre que debía satisfacer a cualquier precio. Nada de lo que le rodeaba duraba más de un momento, y puesto que un momento seguía a otro, era como si sólo él continuara existiendo. Él era un punto fijo en un torbellino de cambios, un cuerpo detenido en absoluta inmovilidad mientras el mundo se precipitaba a través de él y desaparecía. El coche se convirtió en un santuario de invulnerabilidad, un refugio en el que nada podía herirle ya. Mientras conducía no llevaba ningún peso, ni la más ligera partícula de su vida anterior le estorbaba. Esto no quiere decir que no surgieran recuerdos, pero ya no parecían producir la angustia de antes. Tal vez la música tenía algo que ver con eso, las interminables cintas de Bach, Mozart y Verdi que escuchaba mientras iba al volante, como si de alguna manera los sonidos emanaran de él y empaparan el paisaje, convirtiendo el mundo visible en un reflejo de sus propios

pensamientos. Al cabo de tres o cuatro meses le bastaba con entrar en el coche para sentir que se desprendía de su propio cuerpo, que una vez que ponía el pie en el pedal y empezaba a conducir, la música le transportaba a una esfera de ingravidez.

Las carreteras vacías eran siempre preferibles a las muy transitadas. Había que reducir la velocidad en menos ocasiones, y al no tener que estar pendiente de los demás coches podía conducir con la seguridad de que sus pensamientos no serían interrumpidos. En consecuencia, tendía a evitar los grandes centros de población, limitándose a las regiones abiertas y poco habitadas: el norte de los estados de Nueva York y Nueva Inglaterra, las llanas tierras de labranza de los estados centrales, los desiertos del Oeste. También era preciso rehuir el mal tiempo, porque dificultaba la conducción tanto como el tráfico, y cuando llegó el invierno con sus tormentas y sus inclemencias se dirigió al sur y, con pocas excepciones, se quedó allí hasta la primavera. No obstante, Nashe sabía que, incluso en las mejores condiciones, ninguna carretera estaba enteramente libre de peligro. Había constantes riesgos que prevenir y en cualquier momento podía ocurrir algo. Un viraje brusco, un bache, un pinchazo repentino, un conductor borracho, una brevísima distracción, cualquiera de estas cosas podía matarle en un instante. Nashe vio varios accidentes mortales durante sus meses en la carretera y una o dos veces a él mismo le faltó muy poco para estrellarse. De todos modos, se alegró de estas ocasiones en que escapó por un pelo. Añadían un elemento de riesgo a lo que hacía y, más que nada, eso era lo que buscaba: sentir que su vida estaba en sus manos.

Se registraba en un motel de cualquier parte, cenaba, y luego volvía a su habitación y leía durante dos o tres horas. Antes de acostarse, se sentaba ante su mapa de carreteras y planeaba el itinerario del día siguiente, eligiendo un destino y trazando cuidadosamente la ruta. Sabía que no era más que un pretexto, que los lugares no significaban nada en sí mismos, pero siguió este sistema hasta el final, aunque no fuera más que una forma de puntuar sus movimientos, de darse una razón para detenerse antes de continuar de nuevo. En septiembre visitó la tumba de su padre en California, viajando a Riggs una tarde abrasadora sólo para verla con sus propios ojos. Quería dar cuerpo a sus sentimientos con una imagen de algún tipo, aunque esa imagen no fuera más que unas palabras y unos números grabados en una lápida. El abogado que le había llamado para hablarle del dinero aceptó su invitación a almorzar y después le enseñó la casa donde había vivido su padre y la ferretería que regentó durante veintiséis años. Nashe compró allí algunas herramientas para su coche (una llave inglesa, una linterna y un indicador de la presión de los neumáticos), pero nunca fue capaz de usarlos y durante el resto del año el paquete permaneció sin abrir en un remoto rincón del maletero. En otra ocasión, se encontró repentinamente cansado de conducir y, en lugar de continuar sin objetivo, tomó una habitación en un pequeño hotel de Miami Beach y se pasó nueve días seguidos sentado al borde de la piscina leyendo libros. En noviembre se entregó al juego en Las

Vegas y milagrosamente salió de allí sin ganar ni perder tras cuatro días de blackjack y ruleta. Poco después de eso, pasó medio mes recorriendo muy lentamente el profundo Sur, parándose en varios pueblos del delta en Louisiana, visitando a un amigo que ahora vivía en Atlanta y dando un paseo en barco por los Everglades. Algunas de estas paradas eran inevitables, pero una vez que se encontraba en algún sitio, generalmente trataba de aprovechar la oportunidad para curiosear un poco. El Saab necesitaba cuidados, después de todo, y con el odómetro funcionando muchos cientos de kilómetros al día, había mucho que hacer: cambiar el aceite, engrasarlo, alinear las ruedas, todos los delicados ajustes y reparaciones que eran necesarios para mantenerlo en condiciones. A veces se sentía frustrado por tener que hacer estas paradas, pero con el coche en manos de un mecánico durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, no le quedaba más remedio que esperar a que estuviese listo para partir otra vez.

Había alquilado un apartado de correos en la oficina de Northfield, y al comienzo de cada mes Nashe pasaba por allí para recoger las facturas de su tarjeta de crédito y estar unos días con su hija. Esa era la única parte de su vida que no había cambiado, el único compromiso que mantenía. Hizo una visita especial con motivo del cumpleaños de Juliette a mediados de octubre (llegó con los brazos cargados de regalos), y la Navidad resultó una bulliciosa celebración de tres días durante la cual Nashe se disfrazó de Papá Noel y divirtió a todo el mundo tocando el piano y cantando. Menos de un mes después se le abrió inesperadamente una segunda puerta. Eso fue en Berkeley, California, y, como la mayoría de las cosas que le sucedieron aquel año, ocurrió por pura casualidad. Había entrado en una librería una tarde a comprar libros para la próxima etapa del viaje y de pronto se encontró con una mujer que había conocido en Boston. Su nombre era Fiona Wells y le vio delante de la estantería de Shakespeare tratando de decidir cuál de las ediciones de un solo volumen debía llevarse. No se habían visto desde hacía dos años, pero en lugar de saludarle de un modo convencional, se puso a su lado, tocó con el dedo una de las ediciones de Shakespeare y dijo:

-Llévate éste, Jim. Tiene las mejores notas y el tipo de impresión más legible.

Fiona era una periodista que había escrito una vez un reportaje sobre él para el Globe, “Una semana en la vida de un bombero de Boston”. Era la típica faramalla de suplemento dominical, con fotos y comentarios de sus amigos, pero a Nashe le había hecho gracia ella, en realidad le había gustado mucho, y después de que le acompañara a todas partes durante dos o tres días, había tenido la sensación de que Fiona empezaba a sentirse atraída por él. Se habían cruzado miradas, se habían producido roces accidentales de los dedos con alguna frecuencia, pero por aquel entonces Nashe era un hombre casado y lo que podía haber sucedido entre ellos no llegó a ocurrir. Unos meses después de que se publicara el articulo, Fiona aceptó un puesto con la agencia AP en San Francisco y él le perdió la pista.

Ella vivía en una casita cerca de la librería, y cuando le invitó para charlar sobre los viejos tiempos en Boston, Nashe comprendió que no tenía pareja. No eran aún las cuatro de la tarde cuando llegaron, pero empezaron ya con bebida dura, abriendo una botella nueva de Jack Daniel's para acompañar su conversación en el cuarto de estar. Al cabo de una hora Nashe se había acercado a Fiona en el sofá y poco después le estaba metiendo la mano por debajo de la falda. Había una extraña inevitabilidad en ello, pensó él, como si su afortunado encuentro requiriese una respuesta extravagante, un espíritu de anarquía y celebración. No estaban creando un suceso sino más bien tratando de mantenerse a la altura de algo sucedido, y cuando Nashe rodeó con sus brazos el cuerpo desnudo de Fiona, su deseo era tan intenso que rayaba ya en un sentimiento de pérdida, porque sabía que inevitablemente acabaría decepcionándola, que antes o después llegaría un momento en que desearía volver al coche.

Pasó cuatro noches con ella y poco a poco descubrió que era mucho más valiente y lista de lo que él había imaginado.

-No creas que yo no quería que sucediera esto -le dijo la última noche-. Sé que no me quieres, pero eso no significa que yo no sea la chica adecuada para ti. Eres un caso patológico, Nashe, y si tienes que marcharte, está bien, tienes que hacerlo. Pero recuerda que estoy aquí. Si vuelves a sentir la necesidad de meterte en la cama de alguien otra vez, piensa primero en la mía.

No pudo remediar sentir pena por ella, pero ese sentimiento estaba mezclado con admiración, tal vez con algo más: la sospecha de que quizá ella fuese, después de todo, alguien a quien podría amar. Por un instante estuvo tentado de pedirle que se casara con él, imaginando repentinamente una vida de bromas y tierna sexualidad con Fiona, a Juliette creciendo con hermanos y hermanas, pero no fue capaz de pronunciar las palabras.

-Me iré sólo por poco tiempo -dijo al fin-. Es el momento de mi visita a Northfield. Me encantaría que vinieras conmigo si quieres, Fiona.

-Ya. ¿Y qué hago con mi trabajo? Tres días seguidos enferma es un poco demasiado, ¿no crees?

-Tengo que ir por Juliette, ya lo sabes. Es importante.

-Hay muchas cosas que son importantes. Pero no desaparezcas para siempre, es todo lo que te pido.

-No te preocupes, volveré. Ahora soy un hombre libre y puedo hacer exactamente lo que me dé la gana.

-Estamos en América, Nashe. La maldita patria de la gente libre, ¿recuerdas? Todos podemos hacer lo que queramos.

-No sabía que fueras tan patriótica.

-Puedes apostar tu último dólar, amigo. Mi país por encima de todo. Por eso voy a esperar a que vuelvas a aparecer. Porque soy libre de hacer el imbécil.

-Te he dicho que volveré. Acabo de prometértelo.

-Lo sé. Pero eso no quiere decir que lo cumplas.

Había habido otras mujeres antes que ella, una serie de breves ligues y aventuras de una noche, pero nadie a quien le hubiera hecho promesas. La divorciada de Florida, por ejemplo, la maestra con la que Donna había intentado que ligase en Northfield y la joven camarera de Reno, todas se habían desvanecido. Fiona era la única que significaba algo para él, y desde su primer encuentro casual en enero hasta finales de julio raras veces pasó más de tres semanas sin ir a visitarla. A veces la llamaba desde la carretera y, si ella no estaba, le dejaba mensajes graciosos en el contestador automático, sólo para recordarle que pensaba en ella. A medida que pasaban los meses, el rollizo y algo desgarbado cuerpo de Fiona se volvió cada vez más precioso para él: los grandes, casi incómodos pechos; los dientes delanteros ligeramente torcidos; el excesivo cabello rubio que crecía alocadamente en multitud de rizos y ondas. Un cabello prerrafaelita, lo llamó ella una vez, y aunque Nashe no había entendido la referencia, la expresión parecía captar algo de ella, definir una cualidad interior que convertía su desgarbo en belleza. Era muy diferente de Thérèse -la morena y lánguida Thérèse, la joven Thérèse con su vientre plano y sus largos y exquisitos miembros-, pero las imperfecciones de Fiona continuaban excitándole, porque hacían que el acto amoroso le pareciese algo más que simple sexo, algo más que el casual acoplamiento de dos cuerpos. Le resultaba cada vez más difícil poner fin a sus visitas, y las primeras horas de vuelta a la carretera estaban siempre llenas de dudas. ¿Adónde iba, después de todo? ¿Qué trataba de probar? Parecía absurdo que estuviera alejándose de ella, y todo con el fin de pasar la noche en la incómoda cama de un motel al borde de ninguna parte.

Sin embargo, continuó viajando, moviéndose incansablemente por el continente, sintiéndose cada vez más en paz consigo mismo a medida que transcurría el tiempo. Si había un inconveniente, era únicamente que aquello tendría que terminar, que no podría seguir haciendo aquella vida para siempre. Al principio le había parecido que el dinero era inagotable, pero cuando llevaba cinco o seis meses viajando ya había gastado más de la mitad. Lenta pero inevitablemente, la aventura se iba convirtiendo en una paradoja. El dinero le daba la libertad, pero cada vez que lo utilizaba para comprar otra porción de libertad, al mismo tiempo se negaba una porción igual. El dinero le mantenía en marcha, pero era también una válvula de retroceso, que inexorablemente le conducía al lugar de donde había partido. A mediados de la primavera Nashe comprendió finalmente que no podía seguir ignorando el problema. Su futuro era precario y, a menos que tomase una decisión respecto a cuándo parar, prácticamente no tendría futuro.

Al principio había gastado de forma muy imprudente, permitiéndose visitas a gran número de restaurantes y hoteles de primera clase, bebiendo vinos buenos y comprando complicados juguetes para Juliette y sus primos, pero la verdad era que Nashe no tenía una excesiva ansia de lujos. Había vivido siempre demasiado preocupado por las necesidades esenciales para pensar mucho en ellos,

y una vez pasada la novedad de la herencia, volvió a sus antiguas costumbres modestas: comer alimentos sencillos, dormir en moteles y no gastar prácticamente nada en ropa. De vez en cuando despilfarraba en cintas de música y libros, pero eso era todo. La verdadera ventaja del dinero no era poder comprar cosas: era el hecho de que le había permitido dejar de pensar en el dinero. Ahora que se veía obligado a pensar en él de nuevo, decidió hacer un trato consigo mismo. Seguiría viajando hasta que le quedaran veinte mil dólares y luego regresaría a Berkeley y le pediría a Fiona que se casara con él. No vacilaría; esta vez lo haría de verdad.

Consiguió estirarlo hasta finales de julio. Justo cuando todo había encajado, sin embargo, su suerte empezó a abandonarle. El ex novio de Fiona, que había salido de su vida unos meses antes de que Nashe entrase en ella, al parecer había regresado después de cambiar de opinión, y en lugar de saltar de alegría ante la proposición de Nashe, Fiona lloró sin cesar durante más de una hora mientras le explicaba por qué tenía que dejar de verle. No puedo contar contigo, Jim repetía. Sencillamente, no puedo contar contigo.

En el fondo, Nashe sabía que ella tenía razón, pero eso no hacia que le resultara más fácil encajar el golpe. Después de marcharse de Berkeley, la amargura y la cólera que se apoderaron de él le dejaron aturdido. Esos fuegos ardieron durante muchos días, e incluso cuando comenzaron a disminuir, más que recobrar terreno lo perdió, cayendo en un segundo y más prolongado período de sufrimiento. La melancolía suplantó a la ira y ya no podía sentir nada más que una sombría e indefinida tristeza, como si todo lo que veía estuviera siendo privado lentamente de su color. Muy brevemente, jugó con la idea de quedarse en Minnesota y buscar trabajo allí. Consideró incluso la posibilidad de volver a Boston y solicitar su antiguo puesto, pero no lo deseaba realmente y pronto abandonó estos pensamientos. Durante el resto del mes de julio continuó vagando y pasó más tiempo en el coche que nunca, incluso desafiándose a sí mismo algunos días a traspasar el umbral del agotamiento: conducía dieciséis o diecisiete horas seguidas, como si se propusiera castigarse conquistando nuevas cotas de aguante. Gradualmente se iba dando cuenta de que estaba en un callejón sin salida, de que si no sucedía algo pronto, seguiría conduciendo hasta que se le acabara el dinero. Cuando estuvo en Northfield a principios de agosto fue al banco y retiró lo que le quedaba de la herencia, convirtiendo todo el saldo en efectivo: un hermoso montoncito de billetes de cien dólares que guardó en la guantera del coche. Le hacia sentir que controlaba más la crisis, como si el montón de dinero que iba reduciéndose fuese una réplica exacta de su estado interior. Durante las siguientes dos semanas durmió en el coche, obligándose a las más rigurosas economías, pero en última instancia los ahorros eran insignificantes y acabó sintiéndose sucio y deprimido. Llegó a la conclusión de que no tenía sentido rendirse de ese modo, era una actitud equivocada. Decidido a levantar el ánimo, Nashe se fue a Saratoga y tomó una habitación en el Hotel Adelphi. Era la temporada

de las carreras y durante una semana pasó todas las tardes en el hipódromo, apostando a los caballos en un esfuerzo por aumentar de nuevo su capital. Estaba seguro de que la suerte le acompañaría, pero aparte de unos pocos éxitos deslumbrantes, perdió más veces de las que ganó, y cuando por fin logró arrancarse de allí, había desaparecido otra buena cantidad de su fortuna. Llevaba un año y dos días en la carretera y le quedaban poco más de catorce mil dólares.

Nashe no estaba totalmente desesperado, pero intuía que le faltaba poco para estarlo, que un mes o dos más serían suficientes para empujarle a un pánico absoluto. Decidió irse a Nueva York, pero en lugar de viajar por la autopista prefirió tomarse tiempo y vagar por las carreteras comarcales. El verdadero problema eran los nervios, se dijo, y quiso ver si ir despacio podía ayudarle a relajarse. Partió después de un temprano desayuno en el restaurante Spa City y a las diez se encontraba en algún lugar en medio del condado de Dutchess. Había estado perdido buena parte del tiempo hasta entonces, pero como no parecía que importase dónde estaba, no se había molestado en consultar un mapa. No lejos del pueblo de Millbrook redujo la velocidad a cuarenta o cincuenta kilómetros. Estaba en una carretera estrecha de dos carriles flanqueada por granjas de caballos y praderas y no había visto ningún otro coche desde hacia más de diez minutos. Al llegar a lo alto de una ligera pendiente, que ofrecía una vista despejada de varios cientos de metros, distinguió de pronto una figura que avanzaba por el borde de la carretera. Era una visión discordante en aquel bucólico panorama: un hombre delgado y desastrado que caminaba con movimientos espasmódicos, retorciéndose y tambaleándose como si estuviera a punto de caer de bruces. Al principio Nashe le tomó por un borracho, pero luego pensó que era demasiado temprano para que nadie estuviese en ese estado. Aunque generalmente se negaba a coger autoestopistas, no pudo resistir la tentación de disminuir la velocidad para verle mejor. El ruido del cambio de marchas alertó al desconocido y cuando Nashe le vio darse la vuelta comprendió inmediatamente que el hombre estaba en apuros. Era mucho más joven de lo que le había parecido de espaldas, no tendría más de veintidós o veintitrés años, y parecía casi seguro que le habían dado una paliza. Tenía la ropa desgarrada, la cara cubierta de verdugones y cardenales y, por la forma en que se quedó allí parado mientras el coche se acercaba, apenas sabía dónde se encontraba. El instinto de Nashe le aconsejó seguir adelante, pero no fue capaz de hacer caso omiso de la angustiosa situación del joven. Antes de ser consciente de lo que hacía ya había parado el coche, había bajado la ventanilla del lado del pasajero y se inclinaba para preguntarle al desconocido si necesitaba ayuda. Así fue como Jack Pozzi entró en la vida de Nashe. Para bien o para mal, así fue como empezó todo el asunto, una hermosa mañana a finales de verano.

2

Pozzi aceptó el ofrecimiento sin decir una palabra; se limitó a asentir con la cabeza cuando Nashe le dijo que iba a Nueva York, y se metió en el coche con dificultad. Por el modo en que su cuerpo se derrumbó cuando tocó el asiento, era evidente que hubiera ido a cualquier parte, que lo único que le importaba era huir de donde estaba. Le habían hecho daño, pero además parecía asustado y se comportaba como si esperara alguna nueva catástrofe, otro ataque de la gente que le perseguía. Pozzi cerró los ojos y gimió cuando Nashe apretó el acelerador, pero incluso cuando ya estaban viajando a ochenta o noventa continuó sin pronunciar palabra y apenas parecía ser consciente de que Nashe estaba allí. Nashe supuso que sufría un shock y no le apremió, pero era un silencio extraño, una manera desconcertante de comenzar las cosas. Nashe deseaba saber quién era aquella persona, pero sin alguna pista en la que basarse, era imposible sacar conclusiones. Las pruebas eran contradictorias, llenas de elementos que no encajaban. La ropa, por ejemplo, parecía un contrasentido: un traje deportivo azul grisáceo, una camisa hawaiana con el cuello desabrochado, zapatillas de deporte blancas y calcetines finos también blancos. Eran prendas sintéticas y chillonas, y ni siquiera cuando semejante atuendo estaba de moda (¿diez, veinte años antes?), lo llevaba nadie excepto los hombres de mediana edad. La idea era parecer joven y deportista, pero en un chico joven el efecto era bastante ridículo: como si tratara de representar a un hombre maduro que se viste para parecer más joven de lo que es. Dado el tipo de ropa barata, no parecía extraño que el muchacho llevase también un anillo, pero por lo que Nashe podía apreciar, el zafiro era auténtico, lo cual sí parecía extraño. En algún momento el chico debía de haber tenido el dinero para comprárselo. A menos que no lo hubiera comprado; lo cual querría decir que alguien se lo había regalado, o que lo había robado. Pozzi no mediría más de un metro sesenta y cinco o sesenta y siete, y Nashe dudaba que pesara sesenta kilos. Era un nervudo enanito de manos delicadas y cara delgada y puntiaguda y lo mismo podría haber sido un viajante de comercio que un estafador de poca monta. Sangrando por la nariz y con la sien izquierda herida e hinchada, era difícil saber qué impresión producía al mundo normalmente. Nashe percibía que emanaba de él cierta inteligencia, pero tampoco podía estar seguro. Por el momento lo único seguro era el silencio del muchacho. Eso y el hecho de que le habían dado una paliza casi mortal.

Cuando habían recorrido cinco o seis kilómetros, Nashe se metió en una gasolinera y detuvo el coche.

-Tengo que poner gasolina -dijo-. Puedes aprovechar para lavarte en el lavabo de caballeros, si quieres. Quizá así te sientas un poco mejor.

No hubo respuesta. Nashe supuso que el desconocido no le había oído, pero cuando estaba a punto de repetirle la sugerencia, el hombre hizo una ligera, casi imperceptible inclinación de cabeza.

-Sí -dijo Pozzi-. No debo de tener muy buen aspecto, ¿verdad?

-No -contestó Nashe-, no muy bueno. Parece como si acabaras de salir a rastras de una hormigonera.

-Así es más o menos como me siento.

-Si no puedes hacerlo tú solo, te echaré una mano encantado.

-No, está bien, amigo, puedo hacerlo yo. Observa. No hay nada que no pueda hacer cuando me lo propongo.

Pozzi abrió la puerta y empezó a salir del coche, gruñendo al moverse, claramente asombrado de lo agudo del dolor. Nashe dio la vuelta para ayudarle, pero el chico le indicó con la mano que se alejara y se encaminó hacia el lavabo con lentos y cautelosos pasos, como concentrando su voluntad en no caerse. Mientras tanto, Nashe llenó el depósito de gasolina y comprobó el aceite, y como su pasajero seguía sin aparecer, entró en el edificio y compró dos vasos de café en la máquina. Pasaron sus buenos cinco minutos y Nashe empezó a preguntarse si el chico se habría desmayado en los lavabos. Se terminó el café, salió fuera y estaba a punto de ir a llamar en la puerta cuando le vio. Pozzi iba en dirección al coche con un aspecto algo más presentable después de lavarse. Por lo menos se había limpiado la sangre de la cara, se había peinado el pelo hacia atrás y se había deshecho de la chaqueta rota. Nashe comprendió que probablemente se curaría solo, que no sería preciso llevarle a un médico.

Le tendió el segundo vaso de café y le dijo:

-Me llamo Jim. Jim Nashe. Por si querías saberlo.

Pozzi bebió un sorbo del café ya tibio e hizo una mueca de desagrado. Luego le alargó la mano derecha a Nashe.

-Soy Jack Pozzi -dijo-. Mis amigos me llaman Jackpot.

-Ya veo que te ha tocado el premio gordo. Pero puede que no fuera el que esperabas.

-Hay momentos buenos y momentos malos. Anoche fue uno de los peores.

-Por lo menos sigues respirando.

-Sí. Puede que tuviera suerte, después de todo. Ahora tengo la oportunidad de ver cuántas cosas absurdas más pueden pasarme.

Pozzi sonrió al hacer el comentario y Nashe le devolvió la sonrisa, animado al saber que el muchacho tenía sentido del humor.

-Si quieres un consejo -dijo Nashe-, yo me desharía también de esa camisa. Creo que sus mejores días ya han pasado.

Pozzi observó la tela sucia y con manchas de sangre y la tocó con pena, casi con afecto.

-Lo haría si tuviera otra. Pero pensé que ésta era mejor que ir por el mundo enseñando mi precioso cuerpo. Cuestión de decencia, ¿comprendes? Se supone que la gente tiene que ir vestida.

Sin decir nada, Nashe se dirigió a la parte de atrás del coche, abrió el maletero y empezó a buscar en una de sus maletas. Un momento después sacó una camiseta de los Boston Red Sox y se la tiró a Pozzi, quien la cogió con la mano libre.

-Puedes ponerte eso -dijo Nashe-. Es demasiado grande para ti, pero al menos está limpia.

Pozzi dejó el vaso de café en el techo del coche y examinó la camiseta con los brazos extendidos.

-Los Boston Red Sox -dijo-. ¿Qué eres, un campeón de causas perdidas o algo así?

-Eso es. No puedo interesarme por nada a menos que sea algo sin esperanzas. Ahora cállate y póntela. No quiero que me pringues de sangre el coche.

Pozzi se desabrochó la rasgada camisa hawaiana y la dejó caer a sus pies. Tenía el torso blanco, huesudo, y patético, como si su cuerpo no hubiera estado al sol desde hacía años. Luego se metió la camiseta por la cabeza y abrió las manos con las palmas hacia fuera, presentándose para la inspección.

-¿Qué tal? -preguntó-. ¿Algo mejor?

-Mucho mejor -contestó Nashe-. Ya empiezas a parecer humano.

La camiseta le estaba tan grande que Pozzi casi se ahogaba en ella. El largo le colgaba hasta la mitad de las piernas, las mangas, cortas, le llegaban más abajo del codo, y por un instante a Nashe le pareció que se había convertido en un escuálido crío de doce años. Por razones que no comprendía con claridad, Nashe se sintió conmovido por ello.

Se dirigieron hacia el sur por la Taconic State Parkway, calculando que llegarían a la ciudad en dos horas o dos horas y media. Nashe descubrió pronto que el silencio inicial de Pozzi no era normal en él. Ahora que el chico estaba fuera de peligro empezó a enseñar su verdadero carácter y al cabo de un rato estaba hablando sin parar. Nashe no le pidió que le contara la historia, pero él se la contó de todas formas, actuando como si las palabras fuesen una forma de pago. Si salvas a un hombre de una situación difícil, te ganas el derecho a saber cómo llegó a ella.

-Ni un céntimo -dijo-. No nos dejaron ni un jodido céntimo.

Pozzi dejó ese críptico comentario en el aire durante un momento y, como Nashe no dijo nada, empezó de nuevo, casi sin detenerse a tomar aliento durante los siguientes diez o quince minutos.

-Son las cuatro de la mañana -continuó- y llevamos sentados a la mesa siete horas seguidas. Somos seis en la habitación y los otros cinco son los clásicos imbéciles, gilipollas de primera clase. Uno da su brazo derecho por entrar en una partida con tipos como ésos, los ricos de Nueva York que juegan buscando un poco de emoción para el fin de semana. Abogados, agentes de bolsa, peces gordos de empresa. Perder no les preocupa siempre que obtengan su dosis de excitación. Buena partida, te dicen después de que les has ganado, buena partida, y luego te dan la mano y te ofrecen una copa. Dame un suministro continuo de tíos así y podré retirarme antes de los treinta. Son los mejores. Firmes republicanos, con sus chistes de Wall Street y sus malditos martinis secos. Los fulanos de los cigarros de cinco dólares. Auténticos gilipollas americanos.

”Así que allí estoy yo jugando con esos pilares de la comunidad, pasándomelo realmente en grande. Bien y serio, llevándome mi parte de ganancias, pero sin tratar de alardear ni nada por el estilo, jugando

bien y serio, manteniéndolos a todos en la partida. No hay que matar a la gallina de los huevos de oro. Estos memos juegan todos los meses y a mí me gustaría que volvieran a invitarme. Me costó lo mío conseguir la invitación de anoche. Por lo menos llevaba tras ella medio año, así que mostraba mis mejores modales, en plan cortés y respetuoso, hablando como un maricón que va al club de campo todas las tardes a jugar al golf. Hay que ser un actor en este negocio, por lo menos si quieres entrar en los círculos donde hay verdadera acción. Quieres que estén contentos de que les vacíes los bolsillos y para lograr eso tienes que demostrarles que eres un tipo educado. Decir siempre por favor y gracias, sonreír cuando cuentan sus estúpidos chistes, ser modesto y digno, un auténtico caballero. Vaya, ésta debe ser mi noche de suerte, George. Caramba, Ralph, parece que me están saliendo buenas cartas. Esa clase de mierda.

"El caso es que llegué allí con poco más de cinco de los grandes en el bolsillo y a las cuatro de la mañana tenía casi nueve. La partida se va a terminar dentro de una hora más o menos y yo me estoy preparando para el final. He calado a esos bobos, domino la situación de tal modo que sé qué cartas tienen en la mano sólo con mirarles a los ojos. Pienso que iré por una jugada fuerte más, para salir de allí con doce o catorce mil, y habrá sido un buen trabajo.

"Tengo buenas cartas, full de jotas, y las apuestas están empezando a crecer. La habitación está en silencio, todos estamos concentrados en las apuestas, y entonces, de repente, la puerta se abre de golpe y entran cuatro cabrones enormes. "No se muevan", gritan, "no se muevan o les matamos." Gritan con todas sus fuerzas y nos apuntan con escopetas a la cara. Van todos vestidos de negro y llevan medias metidas por la cabeza para que no se les reconozca. Era la escena más fea que había visto en mi vida, cuatro monstruos de la laguna negra. Yo tenía tanto miedo que creí que me iba a cagar en los pantalones. Al suelo, dice uno de ellos, túmbense en el suelo y no les pasará nada.

"La gente te cuenta cosas de éstas, atracar partidas de póquer es una actividad muy vieja. Pero nunca crees que te va a ocurrir a ti. Y lo peor de todo es que estamos jugando con dinero en efectivo. Toda esa pasta está allí mismo, sobre la mesa. Es un disparate, pero a esos ricachos les gusta hacerlo así, les hace sentirse importantes. Como malhechores de una estúpida película del Oeste, protagonizando la escena culminante en el saloon. Hay que jugar con fichas, todo el mundo lo sabe. La idea es olvidarse del dinero, concentrarse en el maldito juego. Pero esos abogados juegan así y yo no puedo hacer nada para cambiar las reglas de la casa.

"Hay cuarenta mil, puede que cincuenta mil dólares en moneda legal aireándose sobre esa mesa. Yo estoy tendido en el suelo y no veo nada, pero les oigo meter el dinero en bolsas, dando la vuelta a la mesa y barriéndolo con la mano, ras, ras, un trabajo rápido. Calculo que acabarán pronto y tal vez no vuelvan las escopetas contra nosotros. Ya no pienso en el dinero, sólo quiero salir de allí con el pellejo intacto. A la mierda el dinero, me digo, pero no me disparéis. Es curioso lo rápido

que pasan las cosas. Un minuto antes estoy a punto de desplumar al fulano de mi izquierda, pensando en qué tío más listo y más fino soy, y al minuto siguiente estoy tirado en el suelo esperando que no me vuelen la tapa de los sesos. Estoy hundiendo las narices en la gruesa alfombra y rezando como un loco para que esos ladrones se hayan largado antes de que vuelva a abrir los ojos.

”Aunque no lo creas, mis oraciones son escuchadas. Los ladrones hacen lo que dijeron que harían, y tres o cuatro minutos después ya se han ido. Oímos que su coche se aleja y todos nos levantamos y empezamos a respirar otra vez. Mis rodillas entrechocan, tiemblo como si tuviera el baile de San Vito, pero se acabó y todo está bien. Por lo menos, eso es lo que yo me creo. Luego resultó que la verdadera diversión no había empezado todavía.

”Empezó George Whitney. Es el dueño de la casa, uno de esos tíos hinchados que va por ahí con pantalones de cuadros verdes y jerséis de cachemira blancos. Cuando ya nos hemos tomado una copa y calmado un poco, el gran George le dice a Gil Swanson, que es el que me consiguió la invitación: “Es lo que te dije, Gil, no se puede traer gentuza a una partida como ésta.” “¿De qué estás hablando, George?”, dice Gil, y George le contesta: “Tú dirás, Gil. Jugamos todos los meses desde hace siete años y nunca ha pasado nada. Luego me hablas de este punk que se supone es un buen jugador y me insistes en traerle, y mira lo que ocurre. Yo tenía ocho mil dólares encima de esa mesa y no me hace ninguna gracia que se los lleve una panda de chorizos.”

”Antes de que Gil tenga la oportunidad de decir nada, me voy derecho a George y abro mi bocaza. Probablemente no debería haberlo hecho, pero estoy cabreado y bastante hago con no darle un puñetazo en la cara. “¿Qué coño quieres decir con eso?”, le digo. “Quiero decir que nos has vendido, cabroncete”, dice, y luego empieza a darme golpecitos en el pecho con un dedo, empujándome hacia atrás hasta un rincón del cuarto. Sigue golpeándome con su gordo dedo, hablando todo el rato. “No voy a dejar que tú y esos sinvergüenzas de tus amigos os salgáis con la vuestra”, dice. “Vas a pagar por esto, Pozzi. Yo me encargaré de que recibas tu merecido.” Dale que te pego, clavándome el dedo y parloteándome en la cara, hasta que finalmente le retiro el brazo de un manotazo y le digo que se aparte. Ese George es un tipo muy grande, medirá uno ochenta y cinco o más. Tendrá cincuenta años, pero está en buena forma, y sé que tendré problemas si me meto con él. “Quita las manos, cerdo”, le digo, “quítame las manos de encima y apártate.” Pero el hijoputa está como loco y no para. Me agarra por la camisa y en ese momento pierdo el control y le largo un puñetazo en todo el estómago. Trato de salir corriendo, pero no he recorrido ni un metro cuando otro de esos abogados me agarra y me sujeta los brazos a la espalda. Intento soltarme, pero antes de que pueda liberar mis brazos, George está otra vez delante de mí y me suelta uno bueno en el estómago. Fue horroroso, tío, una verdadera escabechina, un baño de sangre a todo color. Cada vez que consigo soltarme, otro de ellos me atrapa. Gil era el único que no participaba, pero no podía hacer mucho

contra los otros cuatro. Seguían machacándome. Por un momento pensé que me iban a matar, pero después de un rato empezaron a perder empuje. Esos cabrones eran fuertes, pero no tenían mucha resistencia y finalmente logré liberarme y llegué hasta la puerta. Un par de ellos vinieron tras de mí, pero yo no estaba dispuesto a permitir que volvieran a cogerme. Salí de allí perdiendo el culo y me dirigí al bosque, corriendo con todas mis fuerzas. Si no me hubieras recogido, probablemente todavía estaría corriendo.

Pozzi suspiró con disgusto, como para expulsar de su mente todo el desdichado episodio.

-Por lo menos no hay daños irreparables -continuó-. Mis viejos huesos ya se arreglarán, pero no puedo decir que esté encantado de haber perdido el dinero. No podía haberme ocurrido en peor momento. Tenía grandes planes para ese montoncito de billetes, y ahora estoy pelado, tengo que volver a empezar. Mierda. Juegas limpio, ganas, y acabas perdiendo igual. No hay justicia. Pasado mañana tenía que participar en una de las más importantes partidas de mi vida, y ahora no podré. No tengo ni una puta posibilidad de reunir en dos días la cantidad que necesito. Las únicas partidas que sé que se van a jugar este fin de semana son de poca monta, una porquería total. Aunque tuviera suerte, no podría sacar más de un par de grandes. Y eso como mucho.

Fue esta última afirmación la que finalmente indujo a Nashe a abrir la boca. Una pequeña idea se le había pasado por la cabeza y cuando las palabras acudieron a sus labios, ya estaba esforzándose por controlar su voz. Todo el proceso no duraría en total más de un segundo o dos, pero eso fue suficiente para cambiarlo todo, para lanzarle por el borde del abismo.

-¿Cuánto dinero necesitas para esa partida? -preguntó.

-Nada por debajo de los diez mil -dijo Pozzi-. Y eso es el mínimo posible. No podría entrar con un centavo menos.

-Parece un proyecto muy caro.

-Era la oportunidad de una vida, amigo. Una invitación a Fort Knox.

-Si ganases, puede. Pero el hecho es que podrías perder. Siempre hay ese riesgo, ¿no?

-Claro que hay riesgo. Estamos hablando de póquer, ése es el nombre del juego. Pero de ninguna manera podría perder. Ya he jugado con esos payasos una vez. Habría sido coser y cantar.

-¿Cuánto esperabas ganar?

-Una tonelada. Una jodida tonelada.

-Dame un cálculo aproximado. Una cifra redonda.

-No sé. Treinta o cuarenta mil, es difícil de calcular. Tal vez cincuenta.

-Eso es mucho dinero. Mucho más de lo que se estaban jugando tus amigos de anoche.

-Eso es lo que estoy tratando de decirte. Estos tipos son millonarios. Y no tienen ni idea de cómo se juega a las cartas. Quiero

decir que son unos ignorantes, esos dos. Te sientas con ellos y es como jugar con Laurel y Hardy.

-¿Laurel y Hardy?

-Así es como yo les llamo, Laurel y Hardy. Uno es gordo y el otro es flaco, igual que Stan y Oliver. Son auténticos tontos del culo, amigo, un par de cretinos integrales.

-Pareces muy seguro de ti mismo. ¿Cómo sabes que no son un par de buscavidas?

-Porque los he investigado. Hace seis o siete años compraron a medias un billete de la lotería del estado de Pennsylvania y ganaron nada menos que veintisiete millones de dólares. Fue uno de los premios más grandes de todos los tiempos. Unos tipos que tienen toda esa pasta no van a molestarse en estafar a un jugador de poca monta como yo.

-¿No te estarás inventando todo esto?

-¿Para qué iba a inventármelo? El gordo se llama Flower y el flaco Stone. Lo gracioso es que los dos tienen el mismo nombre de pila: William. Pero a Flower le llaman Bill y a Stone, Willie. No es tan lioso como parece. Cuando estás con ellos no hay problema en diferenciarlos.

-Como Mutt y Jeff.

-Sí, exacto. Son una verdadera pareja cómica. Como esos tipos tan graciosos de la tele, Ernie y Bert. Sólo que éstos se llaman Willie y Bill. Suena bien, ¿no? Willie y Bill.

-¿Cómo les conociste?

-Les conocí en Atlantic City el mes pasado. Hay una partida allí a la que voy a veces y ellos tomaron parte en ella durante un rato. A los veinte minutos habían perdido cinco mil dólares cada uno. En mi vida he visto una forma más estúpida de apostar. Pensaban que podían conseguirlo todo a base de faroles, como si fueran los únicos que supieran jugar y los demás estuviéramos deseando caer en sus infantiles trampas. Un par de horas después me fui a uno de los casinos a curiosear un poco y allí estaban otra vez, en la mesa de la ruleta. Se me acercó el gordo…

- Flower.

-Eso es, Flower. Se me acercó y me dijo: “Me gusta tu estilo, hijo, sabes jugar al póquer.” Y luego me dijo que si alguna vez me apetecía una partidita amistosa con ellos, estarían encantados de que me pasara por su casa. Así fue como sucedió. Le dije que sí, que me encantaría jugar con ellos alguna vez. Y la semana pasada les llamé y fijamos la partida para este próximo lunes. Por eso estoy tan quemado por lo que pasó anoche. Hubiera sido una experiencia maravillosa, un auténtico paseo por la Avenida del Gordo.

-Has dicho “su casa”. ¿Quiere eso decir que viven juntos?

-No se te escapa una, ¿eh? Sí, eso es lo que he dicho: “su casa”. Parece un poco raro, pero no creo que sean un par de maricones ni nada de eso. Los dos tienen cincuenta y tantos años y los dos han estado casados. La mujer de Stone murió y Flower está divorciado de la suya. Tienen un par de hijos cada uno y Stone incluso es abuelo. Era optometrista antes de que le tocara la lotería, y Flower era contable.

Tipos corrientes de clase media. Simplemente da la casualidad de que viven en una mansión de veinte habitaciones y tienen unas rentas de un millón trescientos cincuenta mil dólares al año libres de impuestos.

-Ya veo que has estado haciendo los deberes.

-Ya te lo he dicho, les he investigado. No me gusta entrar en una partida cuando no sé con quién estoy jugando.

-¿Haces algo aparte de jugar al póquer?

-No, nada más. Sólo juego al póquer.

-¿Ningún trabajo? ¿Nada que te respalde cuando tienes una mala racha?

-Una vez trabajé en unos grandes almacenes. Fue el verano después de terminar el instituto, y me metieron en la sección de zapatería de caballeros. Era un espanto, te lo digo yo, lo peor de lo peor. De rodillas y agachado, como un perro, teniendo que respirar aquellos olores a calcetín sucio. Me entraban ganas de vomitar. Lo dejé al cabo de tres semanas y no he vuelto a tener ningún trabajo fijo.

-Así que te va bien.

-Sí, me va bien. Tengo mis altibajos, pero nunca me he encontrado en una situación de la que no pudiera salir. Lo principal es que hago lo que quiero. Si pierdo, soy yo el que pierde. Si gano, el dinero es mío. No tengo que aguantar la mierda de nadie.

-Eres tu propio jefe.

-Exacto. Soy mi propio jefe. Hago lo que me da la gana.

-Entonces debes ser un jugador muy bueno.

-Soy bueno, pero aún tengo mucho que aprender. Estoy hablando de los grandes, de los Johnny Moses, los Amarillo Slim, los Doyle Brunson. Quiero entrar en la misma liga que esos tíos. ¿Has oído hablar del Binion's Horseshoe Club de Las Vegas? Ahí es donde se juega el Campeonato Mundial de Póquer. Dentro de un par de años estaré listo para jugar con ellos. Eso es lo que quiero hacer. Reunir dinero suficiente para comprar mi participación en esa partida y codearme con los mejores.

-Todo eso está muy bien, muchacho. Es bueno tener sueños, ayudan a seguir viviendo. Pero eso es para más adelante, lo que podríamos llamar planificación a largo plazo. Lo que yo quiero saber es qué vas a hacer hoy. Llegaremos a Nueva York dentro de una hora más o menos, ¿qué va a ser de ti entonces?

-Conozco a un tipo en Brooklyn. Cuando lleguemos le llamaré para ver si está en casa. Si está, probablemente me dejará dormir allí unos días. Es un hijoputa que está loco, pero nos llevamos bien. Crappy Manzola. Vaya nombrecito, ¿eh?2 Se lo pusieron cuando era un chaval porque tenía los dientes podridos, hechos una mierda. Ahora lleva una preciosa dentadura postiza, pero todo el mundo le sigue llamando Crappy.

-¿Y qué pasa si Crappy no está?

-No tengo ni puta idea. Ya se me ocurrirá algo.

-En otras palabras, no lo sabes. Vas a tocar de oído.

---

[2] *Crap* es mierda, *crappy* seña algo así como "mierdero". (*N. de la T.*)

-No te preocupes por mi, sé cuidarme. He estado en peores situaciones que ésta.

-No me preocupo. Es que se me ha ocurrido algo y tengo la impresión de que podría interesarte.

-¿De qué va?

-Me has dicho que necesitas diez mil dólares para jugar con Flower y Stone. ¿Qué dirías si yo conociera a alguien que estuviera dispuesto a dejarte el dinero? ¿Qué clase de trato estarías tú dispuesto a hacer con él?

-Le devolvería el dinero en cuanto terminara la partida. Con intereses.

-Esta persona no es un prestamista. Probablemente pensaría más bien en algo parecido a una sociedad comercial.

-¿Y tú qué eres, una especie de inversor en capital de riesgo o algo así?

-Olvídate de mi. Yo no soy más que un tipo que conduce un coche. Lo que quiero saber es qué clase de oferta estarías dispuesto a hacer. Estoy hablando de porcentajes.

-Mierda, no sé. Le devolvería los diez grandes y le daría una participación justa en los beneficios. Veinte por ciento, o veinticinco, algo así.

-Eso me parece un poco tacaño. Después de todo, es esa persona la que corre el riesgo. Si no ganas, es él quien pierde, no tú. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-Sí, lo entiendo.

-Estoy hablando de una división a partes iguales. Cincuenta por ciento para ti, cincuenta por ciento para él. Descontando los diez mil, claro está. ¿Cómo lo ves? ¿Te parece justo?

-Supongo que podría soportarlo. Si es la única manera de que consiga jugar con esos payasos, probablemente vale la pena. Pero ¿tú dónde encajas en todo esto? Que yo sepa, no estamos más que nosotros dos hablando en este coche. ¿Dónde se supone que está ese otro tipo? El que tiene los diez mil dólares.

-Está por aquí. No será difícil encontrarle.

-Ya, es lo que me figuraba. Por si acaso ese tío estuviera sentado a mi lado ahora mismo, lo que me gustaría saber es por qué quiere meterse en una cosa así. Quiero decir, no me conoce de nada.

-No hay ninguna razón. Simplemente le apetece.

-Eso no basta. Tiene que haber una razón. No aceptaré a menos que lo sepa.

-Necesita el dinero. Eso debería ser evidente.

-Pero ya tiene diez mil dólares.

-Necesita más. Y se le está acabando el tiempo. Es probable que ésta sea la última oportunidad que tenga.

-Sí, de acuerdo, eso lo entiendo. Es lo que podríamos llamar una situación desesperada.

-Pero tampoco es idiota, Jack. No anda regalando su dinero a los timadores. Así que antes de hablar de negocios contigo, tengo que

asegurarme de que vas de verdad. Puede que seas un jugador fabuloso, pero también podrías ser un artista de la trola. Antes de que haya trato, tengo que ver con mis propios ojos lo que eres capaz de hacer.

-No hay problema, socio. Una vez que lleguemos a Nueva York te enseñaré mi trabajo. Ningún problema. Te quedarás con la boca abierta. Te lo garantizo. Haré que se te salten los ojos de la cabeza.

3

Nashe comprendió que ya no actuaba como era habitual en él. Oía las palabras que salían de su boca, pero, incluso mientras las pronunciaba, sentía que expresaban los pensamientos de otro, como si fuera un actor interpretando un papel en el escenario de un teatro imaginario, repitiendo un diálogo previamente escrito para él. Nunca había sentido nada semejante, y lo asombroso era lo poco que le perturbaba, lo fácilmente que se adaptaba al papel. El dinero era lo único que importaba, y si aquel chico malhablado podía conseguirlo, Nashe estaba dispuesto a arriesgarlo todo para ver qué pasaba. Era un plan disparatado, quizá, pero el riesgo era una motivación en sí mismo, un salto de fe ciega que demostraría que al fin estaba preparado para cualquier cosa que pudiera ocurrirle.

En aquel momento Pozzi era simplemente un medio para lograr un fin, el agujero en el muro que le permitiría cruzar de un lado a otro. Era una oportunidad con la forma de ser humano, un espectro que jugaba a las cartas y cuyo único propósito en el mundo era ayudar a Nashe a recuperar su libertad. Una vez que acabaran esa tarea, se iría cada uno por su lado. Nashe iba a utilizarle, pero eso no quería decir que le encontrara absolutamente indeseable. A pesar de sus aires de listillo, había algo fascinante en aquel chico, y era difícil no concederle cierto respeto, aun a regañadientes. Por lo menos tenía el valor de sus convicciones, y eso era más de lo que se podía decir de la mayoría de la gente. Pozzi se había arrojado de cabeza dentro de sí mismo; estaba improvisando su vida según la vivía, confiando en el puro ingenio para mantener la cabeza fuera del agua, e incluso después de la zurra que acababan de darle, no parecía desmoralizado ni vencido. El muchacho era aparentemente rudo, a veces hasta detestable, pero destilaba una confianza en sí mismo que Nashe encontraba tranquilizadora. Era demasiado pronto para saber si se le podía creer, naturalmente, pero considerando el poco tiempo que había tenido para inventarse una historia, considerando la escasa verosimilitud de toda la situación, parecía dudoso que fuese otra cosa que lo que afirmaba ser. O eso suponía Nashe. De una forma u otra, no tardaría mucho en saberlo.

Lo importante era parecer tranquilo, contener su excitación y convencer a Pozzi de que sabía lo que se hacía. No era exactamente que quisiera impresionarle, pero instintivamente se daba cuenta de que tenía que dominar la situación, responder al arrojo del chico con su propia serena e impávida seguridad. Desempeñaría el papel de viejo

frente al advenedizo Pozzi, utilizando la ventaja que tenía en tamaño y edad para dar una impresión de sabiduría obtenida a costa de muchos esfuerzos, de una estabilidad que contrarrestara la actitud nerviosa e impulsiva del chico. Cuando llegaron a la zona norte del Bronx, Nashe ya había optado por un plan de acción. Le costaría un poco más de lo que le hubiera gustado, quizá, pero pensaba que a la larga sería dinero bien gastado.

El truco consistía en no decir nada hasta que Pozzi empezara a hacer preguntas y luego, cuando las hiciera, tener preparadas buenas respuestas. Esa era la forma más segura de controlar la situación: hacer que el muchacho estuviera siempre ligeramente desconcertado, darle la impresión de que Nashe iba siempre un paso por delante de él. Sin decir una palabra, Nashe se metió por la Henry Hudson Parkway y cuando Pozzi finalmente le preguntó adónde iban (al cruzar la calle Noventa y seis), Nashe le contestó:

-Estás agotado, Jack. Necesitas comer y dormir y a mí tampoco me vendría mal un almuerzo. Nos inscribiremos en el Plaza y partiremos desde allí.

-¿Quieres decir el Hotel Plaza? -preguntó Pozzi.

-Eso es, el Hotel Plaza. Siempre me alojo en él cuando estoy en Nueva York. ¿Alguna objeción?

-Ninguna. No estaba seguro, eso es todo. Me parece una buena idea.

-Pensé que te gustaría.

-Sí, me gusta. Me gusta hacer las cosas a lo grande. Es bueno para el alma.

Dejaron el coche en el aparcamiento subterráneo de la Cincuenta y ocho Este, sacaron el equipaje de Nashe del maletero y dieron la vuelta a la esquina hasta la entrada del hotel. Nashe pidió dos habitaciones individuales con un cuarto de baño compartido y mientras firmaba el registro en recepción observó a Pozzi por el rabillo del ojo, advirtiendo la sonrisita de satisfacción que había en su cara. Esa expresión le complació porque parecía indicar que Pozzi estaba suficientemente maravillado por su buena suerte como para apreciar lo que Nashe estaba haciendo por él. Todo se reducía a una cuestión de escenografía. Hacía sólo dos horas la vida de Pozzi estaba destrozada, y ahora se encontraba en un palacio, intentando no abrir la boca ante la opulencia que le rodeaba. Si el contraste hubiese sido menos espectacular, no habría producido el efecto deseado, pero a Nashe le bastaba con ver la crispación nerviosa de la boca del muchacho para saber que había conseguido lo que se proponía.

Les dieron las habitaciones en el séptimo piso ("El siete es el número de la suerte", comentó Pozzi en el ascensor), y después de darle una propina al botones e instalarse, Nashe llamó al servicio de habitaciones y pidió la comida. Dos solomillos, dos ensaladas, dos patatas asadas, dos botellas de Beck's. Mientras tanto, Pozzi entró en el cuarto de baño para ducharse, cerrando la puerta tras de sí pero sin molestarse en echar el pestillo. Nashe interpretó esto como otra buena

señal. Escuchó durante un momento cómo el agua chisporroteaba en la bañera, luego se puso una camisa blanca limpia y sacó el dinero que había trasladado de la guantera a una de sus maletas, catorce mil dólares envueltos en una pequeña bolsa de plástico. Sin decirle nada a Pozzi, salió de la habitación, bajó en el ascensor a la planta baja y depositó trece mil dólares en la caja fuerte del hotel. Antes de volver a subir, dio un pequeño rodeo, se detuvo en la tienda de periódicos y compró una baraja.

Pozzi estaba sentado en su habitación cuando Nashe regresó. Las dos puertas del cuarto de baño estaban abiertas y Nashe vio al chico repantigado en un sillón, el cuerpo envuelto en dos o tres toallas blancas. En la televisión estaban dando la película de kung fu de los sábados por la tarde, y cuando Nashe asomó la cabeza para decir hola, Pozzi señaló el aparato y dijo que tal vez debería empezar a tomar lecciones de Bruce Lee.

-Ese tío no es más alto que yo -dijo-, pero fíjate cómo trata a esos cabrones. Si yo supiera hacer eso, lo de anoche no habría ocurrido.

-¿Te encuentras mejor? -le preguntó Nashe.

-Me duele todo el cuerpo, pero creo que no hay nada roto.

-Entonces supongo que sobrevivirás.

-Sí, supongo que sí. Tal vez no pueda tocar el violín nunca más, pero parece que viviré.

-Traerán la comida dentro de un momento. Puedes ponerte unos pantalones míos si quieres. Después de comer, te llevaré a comprarte ropa nueva.

-Probablemente es una buena idea. Estaba pensando que no tendría gracia llevar demasiado lejos este número del senador romano.

Nashe le tiró unos vaqueros para combinar con la camiseta de los Red Sox y de nuevo el chico pareció encogerse al tamaño de un niño. Para no pisárselos, se enrolló los bajos de las perneras hasta los tobillos.

-Tienes un guardarropa muy elegante -dijo mientras entraba en la habitación de Nashe, sujetándose los pantalones por la cintura-. ¿Qué eres, el vaquero de Boston o algo así?

-Iba a prestarte mi esmoquin, pero luego pensé que era mejor esperar hasta ver qué modales tienes en la mesa. No me gustaría que me lo estropearas porque no puedes evitar que la salsa de tomate te chorree de la boca.

Entraron la comida en un carrito de ruedas y los dos se sentaron a comer. Pozzi se lanzó sobre el solomillo con gusto, pero después de varios minutos de masticar y tragar dejó el cuchillo y el tenedor en el plato como si de pronto hubiera perdido interés. Se recostó en su silla y miró a su alrededor.

-Es curioso cómo va uno recordando las cosas -dijo en voz baja-. He estado en este hotel antes, ¿sabes?, pero no pensaba en ello desde hace mucho tiempo. Años.

-Debías ser muy joven si hace tanto tiempo que ocurrió.

-Sí, era un crío. Mi padre me trajo aquí un fin de semana de otoño. Yo debía tener once años, puede que doce.

-¿Los dos solos? ¿Y tu madre?

-Estaban divorciados. Se separaron cuando yo era muy pequeño.

-¿Y tú vivías con ella?

-Sí, vivíamos en Irvington, Nueva Jersey. Allí es donde crecí. Un pueblo triste y miserable.

-¿Veías mucho a tu padre?

-Casi no le conocía.

-Y luego se presentó un día y te llevó al Plaza.

-Sí, más o menos. Pero le había visto una vez antes. La primera vez fue una cosa muy rara, creo que nunca me he sentido más desconcertado. Yo tenía ocho años y un día, a mediados de verano, estoy sentado en los escalones de nuestra casa. Mi madre está fuera trabajando, y yo estoy allí solo, chupando un polo de naranja y mirando al otro lado de la calle. No me preguntes cómo recuerdo que era de naranja, sencillamente lo recuerdo. Es como si tuviera el maldito helado en la mano ahora mismo. Hacía calor, y yo estoy allí sentado con mi polo de naranja, pensando que a lo mejor cojo la bici cuando termine y me voy a casa de mi amigo Walt y le convenzo para que conecte la manguera en el patio trasero. El polo está empezando a derretirse sobre mi pierna, de pronto aparece un gran Cadillac blanco que avanza muy despacio por la calle. Era un coche imponente. Completamente nuevo y limpísimo, con tapacubos de tela de araña y ruedas blancas. El tipo que va al volante parece estar perdido. Casi se para delante de cada casa, asoma la cabeza y estira el cuello para comprobar los números. Así que me quedo mirando mientras el estúpido polo me gotea encima y entonces el hombre apaga el motor. Justo delante de mi casa. El tipo se baja y echa a andar por el camino de entrada, vestido con un deslumbrante traje blanco y una gran sonrisa. Al principio creí que era Billy Martin, se parecía muchísimo a él. El entrenador de béisbol, ya sabes. Y pienso: ¿Por qué viene a verme Billy Martin? ¿Querrá contratarme como bateador o algo así? Joder, las paridas que te pasan por la cabeza cuando eres un chaval. Bueno, se acerca un poco más y veo que no es Billy Martin después de todo. Así que ahora estoy verdaderamente confuso, y para serte franco un poco asustado. Tiro el polo entre los arbustos, pero antes de que pueda decidir qué más hacer, el tipo está ya delante de mí. “Hola, Jack”, dice. “Hace mucho tiempo que no nos vemos.” No sé de qué me habla, pero puesto que sabe mi nombre, pienso que será un amigo de mi madre o algo así. Le digo que mi madre está en el trabajo, tratando de ser educado, pero me contesta que sí, que ya lo sabe, que acaba de hablar con ella en el restaurante. Es donde trabajaba mi madre, era camarera entonces. Así que le digo: “¿Quiere decir que ha venido a verme a mí?” Y él dice: “Exacto, chico. Pensé que ya era hora de que nos pusiéramos al día sobre cómo le va al otro. La última vez que te vi todavía llevabas pañales.” Toda la conversación me resulta cada vez más incomprensible y lo único que se me ocurre es que ese tipo debe ser mi tío Vince, el que se fue a

California cuando mi madre era todavía una niña. “Eres el tío Vince, ¿no?” le digo, pero él niega con la cabeza y sonríe. “Agárrate al sombrero, muchacho”, dice, o algo por el estilo, “pero aunque no lo creas, estás viendo a tu padre.” La cosa es que yo no me lo creo ni por un momento. “Tú no puedes ser mi padre”, le digo. “A mi padre le mataron en Vietnam.” “Sí, bueno”, dice él, “eso es lo que creyeron todos. Pero en realidad no me mataron, ¿comprendes? Escapé. Me tenían allí prisionero, pero cavé un túnel y me fugué. He tardado mucho tiempo en llegar aquí.” Ahora la cosa empieza a resultar un poco más convincente, pero sigo teniendo mis dudas. “¿Quiere eso decir que ahora vas a vivir con nosotros?”, le digo. “No exactamente”, me contesta, “pero eso no debe impedir que lleguemos a conocernos.” Eso me parece muy raro y ahora estoy seguro de que está tratando de engañarme. “No puedes ser mi padre”, vuelvo a decirle. “Los padres no se marchan. Viven en casa con sus familias.” “Algunos padres”, contesta el tipo, “pero no todos. Verás, si no me crees, te lo demostraré. Tu nombre es Pozzi, ¿no? John Anthony Pozzi. Entonces el nombre de tu padre tiene que ser Pozzi también. ¿Cierto?” Digo que sí con la cabeza y entonces él mete la mano en el bolsillo y saca la cartera. “Mira esto, muchacho”, dice, y luego saca su carnet de conducir de la cartera y me lo tiende. “Lee lo que pone en ese papel.” Lo leo en voz alta: “John Anthony Pozzi.” Y que me maten si toda la historia no estaba allí en negro sobre blanco.

Pozzi se calló un momento y bebió un sorbo de cerveza.

-No sé -continuó-. Cuando pienso en ello ahora es como si hubiera sucedido en un sueño o algo así. Recuerdo partes, pero el resto está borroso en mi mente, como si no hubiera sucedido nunca, tal vez. Recuerdo que mi viejo me llevó a dar una vuelta en su Cadillac, pero no sé cuánto duró, ni siquiera recuerdo de qué hablamos. Pero me acuerdo del aire acondicionado del coche y del olor de la tapicería de cuero y recuerdo que me molestaba tener las manos pegajosas por el polo que me estaba comiendo. Lo principal, supongo, era que todavía estaba asustado. Aunque había visto el carnet de conducir, empecé a dudar otra vez. Pasa algo raro, me repetía. Este tipo puede decir que es mi padre, pero eso no significa que diga la verdad. Podría ser un truco de alguna clase, una trampa. Todo esto me pasa por la cabeza mientras vamos por el pueblo y luego, de pronto, estamos otra vez delante de mi casa. Es como si todo aquello hubiera durado medio segundo. Mi viejo ni siquiera se baja del coche. Se mete la mano en el bolsillo, saca un billete de cien dólares y me lo pone en la palma de la mano. “Toma, Jack”, dice, “una cosita para que sepas que pienso en ti.” Mierda. Era más dinero del que yo había visto en mi vida. Ni siquiera sabía que hacían billetes de cien dólares. Así que me bajo del coche con ese billete en la mano y recuerdo que pensé: Sí, supongo que esto quiere decir que sí es mi padre. Pero antes de que pueda pensar en algo que decir, él me aprieta el hombro y me dice adiós. “Nos veremos, muchacho”, dice, o algo así, y luego pone el coche en marcha y se va.

-Una extraña manera de conocer a tu padre -dijo Nashe.

-Y que lo digas.

-Pero ¿qué me cuentas de cuando viniste al Plaza?

-Eso no fue hasta tres o cuatro años después.

-¿Y no le viste en todo ese tiempo?

-Ni una vez. Era como si hubiese vuelto a desaparecer. Yo no paraba de preguntarle a mi madre por él, pero ella no quería soltar prenda. Más adelante descubrí que él había pasado unos años en la trena. Por eso se divorciaron, me dijo ella. Él estaba metido en líos.

-¿Qué hacía?

-Se metió en una estafa. Ya sabes, vender acciones de una sociedad anónima inexistente. Uno de esos timos de altura.

-Debió de irle muy bien después de salir de la cárcel. Por lo menos lo bastante bien como para conducir un Cadillac.

-Sí, supongo que sí. Creo que acabó en Florida vendiendo bienes raíces. Se hizo rico con negocios de condominio.

-Pero no estás seguro.

-No estoy seguro de nada. No he sabido nada de él desde hace mucho tiempo. Lo mismo podría estar muerto a estas alturas.

-Pero volvió a aparecer tres o cuatro años más tarde.

-Como caído del cielo, igual que la primera vez. Yo ya le había dado por perdido. Cuatro años de esperar es mucho tiempo cuando eres un niño. Parece una eternidad.

-¿Y qué hiciste con los cien dólares?

-Es curioso que me preguntes eso. Al principio iba a gastármelos. Ya sabes, comprarme un guante de béisbol nuevo fantástico o algo así, pero nada me parecía nunca lo bastante adecuado, no podía decidirme a desprenderme del billete. Así que terminé guardándolo todos esos años. Lo tenía en una cajita en el cajón de la ropa interior y todas las noches lo sacaba y lo miraba, sólo para asegurarme de que estaba realmente allí.

-Y si estaba allí, eso quería decir que realmente habías visto a tu padre.

-Nunca pensé en eso. Pero sí, probablemente era así. Si conservaba el dinero, entonces quizá mi padre volvería.

-La lógica de un niño.

-Se es tan tonto de pequeño que es patético. No puedo creer que pensara esas cosas.

-Nos ha pasado a todos. Es parte del proceso de crecimiento.

-Sí, bueno, era todo bastante complicado. Nunca le enseñé el dinero a mi madre, pero de vez en cuando lo sacaba de la caja y dejaba que mi amigo Walt lo tocara. Me hacia sentirme bien, no sé por qué. Como si al verle tocándolo supiera que no me lo había inventado. Pero lo curioso es que después de unos seis meses se me metió en la cabeza que el dinero era falso, que era una falsificación. Debió ser algo que me dijo Walt, no lo sé seguro, pero recuerdo que pensaba que si el dinero era falso, entonces el tipo que me lo había dado no podía ser mi padre.

-Vueltas y vueltas.

-Sí. Vueltas y más vueltas. Un día Walt y yo hablamos de eso y él dijo que la única forma de averiguarlo era llevarlo al banco. Yo no

quería sacarlo de mi cuarto, pero como pensaba que era falso, probablemente daba igual. Así que nos vamos al banco, muertos de miedo de que nos lo robaran, andando cautelosamente como si estuviéramos en alguna peligrosa misión. El cajero del banco resultó ser un hombre simpático. Walt le dice: "Este amigo mío quiere saber si este billete de cien dólares es auténtico." Y el cajero lo coge y lo examina con mucho cuidado. Incluso lo mira con una lupa para asegurarse.

-¿Y qué dijo?

-"Es auténtico, chicos", dice. "Un auténtico billete del Tesoro de los Estados Unidos."

-Por lo tanto el hombre que te lo dio era verdaderamente tu padre.

-Exacto. Pero ¿eso qué significa? Si el tipo es realmente mi padre, ¿por qué coño no vuelve para verme? Por lo menos podría escribirme una carta o algo. Pero, en lugar de deprimirme por eso, empiezo a inventarme historias para explicar por qué no se pone en contacto conmigo. Me imagino, mierda, me imagino que es una especie de James Bond, uno de esos agentes secretos que trabajan para el gobierno, y no puede descubrirse viniendo a verme. Después de todo, ahora me creo todas esas mentiras de que se escapó de un campo de prisioneros en Vietnam, y si pudo hacer eso, debe ser un tío cojonudo, ¿no? Un verdadero macho. Joder, yo debía ser un maldito imbécil para pensar eso.

-Tenías que inventarte algo. No es posible dejarlo en blanco. La mente no te lo permite.

-Puede. Pero la verdad es que me inventé un montón de mierda. Estaba metido en ella hasta el cuello.

-¿Qué pasó cuando al fin se presentó?

-Esta vez llamó primero y habló con mi madre. Recuerdo que yo ya estaba en la cama y ella subió a mi cuarto para decírmelo. "Quiere que pases el fin de semana con él en Nueva York", me dijo, y no era difícil ver que estaba furiosa. "Qué jeta tiene el muy hijoputa, ¿no?" repetía. "Qué jeta la de ese hijoputa." El viernes por la tarde se para delante de casa en otro Cadillac. Éste era negro, y recuerdo que él llevaba uno de esos abrigos de pelo de camello y estaba fumando un gran cigarro. No tenía nada que ver con James Bond. Parecía un personaje salido de una película de Al Capone.

-Esta vez era invierno.

-Pleno invierno, y helaba. Cruzamos el Lincoln Tunnel, nos inscribimos en el Plaza y luego nos fuimos a Gallagher's, en la calle Cincuenta y dos. Todavía recuerdo el sitio. Cientos de solomillos colgados en el escaparate, era como para volverse vegetariano. Pero el comedor estaba bien. Las paredes estaban cubiertas de fotos de políticos, deportistas y estrellas de cine, y reconozco que yo estaba muy impresionado. Ese era el propósito del fin de semana, supongo. Mi padre quería impresionarme, y consiguió hacer un buen trabajo. Después de cenar fuimos a los combates del Garden. Al día siguiente volvimos allí para ver un partido de baloncesto y el domingo fuimos al estadio a ver a los Giants jugando contra los Redskins. Y no creas que

nos sentamos en las gradas. A cincuenta metros, amigo, las mejores localidades del estadio. Sí, yo estaba impresionado, estaba absolutamente boquiabierto. Y a todas partes donde íbamos, mi viejo va separando billetes de un grueso fajo que lleva en el bolsillo. De diez, de veinte, de cincuenta..., ni se molestaba en mirar. Daba propinas como si nada, ¿entiendes? A los acomodadores, a los camareros, a los botones. Todos ponían la mano y él les soltaba los pavos como si no hubiera mañana.

-Estabas impresionado. Pero ¿lo pasaste bien?

-No mucho. Verás, si así era como vivía la gente, entonces ¿qué había hecho yo todos aquellos años? ¿Sabes lo que quiero decir?

-Creo que sí.

-Era difícil hablar con él, y la mayor parte del tiempo yo me sentía incómodo, bloqueado. Estuvo fardando conmigo todo el fin de semana, contándome sus negocios, tratando de que yo pensara que era un tío grande, pero la realidad es que yo no sabía de qué coño estaba hablando. También me dio muchos consejos. "Prométeme que terminarás los estudios en el instituto", me dijo dos o tres veces, "prométeme que terminarás los estudios en el instituto para que no te conviertas en un pobre diablo." Yo no era más que un enano que estaba en sexto, ¿qué iba yo a saber del instituto y esos rollos? Pero me lo hizo prometer, así que le di mi palabra. Resultó un poco horripilante. Pero lo peor fue cuando le conté lo que había hecho con los cien dólares que me había dado la última vez. Pensé que le gustaría saberlo, pero en realidad le escandalizó, lo vi en su cara, reaccionó como si le hubiera ofendido o algo así. "Guardar el dinero es cosa de tontos", dijo. "No es más que un asqueroso pedazo de papel, muchacho, y no te servirá de nada metido en una caja."

-Palabras de un tipo duro.

-Sí, quería demostrarme que era un tipo muy duro. Pero quizá no hizo el efecto que él pensaba. Recuerdo que volví a casa el domingo por la noche, estaba bastante trastornado. Me dio otro billete de cien dólares, y al día siguiente salí a gastármelo después de la escuela, así, sin más. Él me había dicho que me lo gastara y eso hice. Pero lo extraño fue que no me apetecía usar el dinero en algo para mí. Me fui a una joyería y le compré un collar de perlas a mi madre. Todavía recuerdo el precio. Ciento ochenta y nueve dólares, impuestos incluidos.

-¿Y qué hiciste con los otros once dólares?

-Le compré una gran caja de bombones. Una de esas cajas rojas en forma de corazón.

-Debió de ponerse muy contenta.

-Sí, se conmovió y se echó a llorar cuando le di los regalos. Me alegré de haberlo hecho. Me hizo sentirme bien.

-¿Qué me dices del instituto? ¿Mantuviste tu promesa?

-¿Crees que soy estúpido? Claro que terminé los estudios en el instituto. Y además bien. Tuve una media de aprobado y jugué en el equipo de baloncesto. Era un auténtico triunfador.

-¿Qué hacías, jugar con zancos?

-Era el escolta, hombre, y te diré que se me daba muy bien. Me llamaban el Ratón. Era tan rápido que lograba pasar el balón por entre las piernas de los jugadores. En un partido batí el récord del instituto con quince asistencias. Era un hombrecito muy duro en la pista.

-Pero no tuviste ofertas de beca de ninguna universidad.

-Recibí algunas migajas, pero nada que realmente me interesara. Además, pensé que podía ganarme mejor la vida jugando al póquer que haciendo unos cursos de administración de empresas en una escuela técnica de mierda.

-Así que te buscaste un puesto en unos grandes almacenes.

-Temporalmente. Pero luego mi viejo me hizo un regalo de graduación. Me mandó un cheque de cinco mil dólares. ¿Qué te parece? No veo al muy cabrón en seis años y luego se acuerda de mi graduación en el instituto. Lo mío sí que fueron reacciones encontradas. Podía haberme muerto de felicidad. Pero también tenía ganas de darle una patada en los huevos a ese hijoputa.

-¿Le mandaste una nota dándole las gracias?

-Sí, claro. Era algo obligado, ¿no? Pero él nunca me contestó. No he vuelto a saber de él.

-Cosas peores han sucedido, creo yo.

-Mierda, ya no me importa. Probablemente sea mejor así.

-¿Y ése fue el principio de tu carrera?

-Exactamente. Ese fue el principio de mi gloriosa carrera, mi ininterrumpida marcha hacia las cumbres de la fama y la fortuna.

Después de esta conversación Nashe notó un cambio en sus sentimientos hacia Pozzi. Cierta suavización, un gradual aunque renuente reconocimiento de que había algo intrínsecamente simpático en el muchacho. Eso no significaba que Nashe estuviera dispuesto a confiar en él, pero a pesar de toda su cautela experimentaba un nuevo y creciente impulso de cuidarle, de asumir el papel de guía y protector de Pozzi. Quizá tuviese algo que ver con su tamaño, con su cuerpo malnutrido, casi atrofiado -como si su pequeñez sugiriese algo aún incompleto-, pero también podría ser consecuencia de la historia que le había contado sobre su padre. Durante todo el relato de los recuerdos de Pozzi, inevitablemente Nashe había estado pensando en su propia infancia, y la curiosa correspondencia que encontró entre sus vidas le había tocado una cuerda sensible: el temprano abandono, el inesperado regalo de dinero, la perdurable cólera. Una vez que un hombre empieza a reconocerse en otro, ya no puede considerar a esa persona un extraño. Quiera o no, se ha establecido un vínculo. Nashe se dio cuenta de que esos pensamientos eran una trampa potencial, pero en ese momento era poco lo que podía hacer para evitar sentirse atraído hacia ese ser perdido y demacrado. La distancia entre ellos se había estrechado de repente.

Nashe decidió posponer la prueba de las cartas por el momento y ocuparse del guardarropa de Pozzi. Las tiendas cerrarían al cabo de pocas horas y no tenía sentido hacer que el chico andara por ahí el

resto del día con su enorme atuendo de payaso. Nashe comprendió que probablemente debería haber sido más severo al respecto, pero Pozzi estaba claramente exhausto y él no tenía valor para obligarle a hacer una exhibición inmediata. Eso era un error, naturalmente. Si el póquer era un juego de resistencia, de cálculos rápidos en situaciones de tensión, ¿qué mejor momento para poner a prueba la capacidad de alguien que cuando su mente estaba obnubilada por el agotamiento? Con toda probabilidad, Pozzi fracasaría en la prueba y el dinero que Nashe estaba a punto de gastarse en ropa para él sería dinero perdido. No obstante, dada la inminencia de la decepción, Nashe no tenía prisa por ir al grano. Deseaba saborear sus expectativas un poco más, engañarse para creer que aún había algún motivo de esperanza. Además, le apetecía mucho la pequeña excursión de compras que había planeado. Unos cientos de dólares no tendrían mucha importancia a la larga, y la idea de ver a Pozzi pasearse por Saks de la Quinta Avenida era un placer que no quería negarse. Era una situación cargada de posibilidades cómicas y, aunque no sacara más que eso, saldría con el recuerdo de unas risas. En última instancia, hasta eso era más de lo que esperaba lograr cuando se despertó aquella mañana en Saratoga.

Pozzi empezó a criticar en el mismo momento que entraron en la tienda. El departamento de caballeros estaba lleno de ropa pija, dijo, y prefería ir por la calle envuelto en las toallas de baño a que le vieran con aquellas mariconadas repugnantes. Tal vez estaban bien si uno se llamaba Dudley L. Dipshit III y vivía en Park Avenue, pero él era Jack Pozzi de Irvington, Nueva Jersey, y antes se dejaba matar que ponerse una de aquellas camisas rosas. En su pueblo te daban una patada en el culo si te presentabas con una cosa así. Te destrozarían y echarían los pedazos al retrete. Mientras lanzaba sus insultos, Pozzi no cesaba de mirar a las mujeres que pasaban, y si alguna de ellas era joven o atractiva, se callaba y hacia un intento de cruzar su mirada con la de ella o volvía por completo la cabeza para observar el contoneo de sus nalgas mientras se alejaba por el pasillo. Les guiñó el ojo a un par de ellas, y a otra que le rozó el brazo inconscientemente se atrevió a dirigirle la palabra.

-Oye, guapa, ¿tienes planes para esta noche?

-Cálmate, Jack -le advirtió Nashe una o dos veces-. Cálmate. Te van a echar de aquí si sigues así.

-Estoy calmado -dijo Pozzi-. ¿Es que no puede uno tantear el terreno?

En el fondo, era casi como si Pozzi estuviera montando el número porque sabía que Nashe lo esperaba de él. Era una representación consciente, un torbellino de previsibles payasadas que ofrecía como expresión de agradecimiento a su nuevo amigo y benefactor, y si hubiera notado que Nashe quería que parase, hubiese parado sin decir una palabra más. Por lo menos ésa fue la conclusión a la que llegó Nashe más tarde, porque una vez que empezaron a examinar la ropa en serio, el chico mostró una sorprendente falta de resistencia a sus argumentos. La deducción era que Pozzi comprendía que se le daba la

oportunidad de aprender algo y de ahí se deducía a su vez que Nashe ya se había ganado su respeto.

-Escucha, Jack -le dijo Nashe-. Dentro de dos días vas a enfrentarte a un par de millonarios. Y no vas a jugar en un garito de mala muerte, estarás en su casa como invitado. Probablemente piensan darte de comer e invitarte a pasar la noche. No querrás causar mala impresión, ¿verdad? No querrás entrar allí con pinta de chorizo ignorante. He visto la clase de ropa que te gusta llevar. Dan el cante, Jack, te delatan como un pardillo. Ves a un tío vestido así y te dices: Ahí va un anuncio viviente de Perdedores Anónimos. Esa ropa no tiene estilo ni clase. Cuando íbamos en el coche me dijiste que en tu trabajo hay que ser actor. Pues un actor necesita un disfraz. Puede que no te guste esta ropa, pero los ricos la llevan y tú quieres demostrar al mundo que tienes buen gusto, que eres un hombre con criterio. Ya es hora de que madures, Jack. Es hora de que empieces a tomarte en seno.

Poco a poco, Nashe le convenció, y al final salieron de la tienda con quinientos dólares de sobriedad y discreción burguesa, un conjunto tan convencional que hacía que su portador se volviera invisible en cualquier ambiente: chaqueta cruzada azul marino, pantalones gris claro, mocasines y una camisa blanca de algodón. Como aún hacía calor, dijo Nashe, podían prescindir de la corbata, y Pozzi aceptó esa omisión diciendo que ya estaba bien.

-Ya me siento como un gusano -dijo-. No hace falta que además trates de estrangularme.

Eran cerca de las cinco cuando regresaron al Plaza. Después de dejar los paquetes en la séptima planta, bajaron otra vez para tomar una copa en el Oyster Bar. Después de la primera cerveza, de pronto Pozzi pareció aplastado por la fatiga, como si estuviera luchando por mantener los ojos abiertos. Nashe intuyó que también tenía dolores y, en lugar de obligarle a aguantar un poco más, pidió la cuenta.

-Pareces agotado -le dijo-. Probablemente es hora de que subas a dormir un rato.

-Estoy hecho una mierda -dijo Pozzi, sin molestarse en protestar-. Sábado por la noche en Nueva York, pero no parece que vaya a poder aprovecharlo.

-Es la hora de los sueños para ti, amigo. Si te despiertas a tiempo, puedes cenar tarde, pero tal vez sea buena idea que sigas durmiendo hasta mañana. No hay duda de que entonces te sentirás muchísimo mejor.

-Tengo que mantenerme en forma para el gran combate. Nada de follar con las titis. El pito quieto en el pantalón y ni oler la comida con grasa. A las cinco salir a correr, a las diez entrenamiento con el sparring. Austeridad y concentración.

-Me alegro de que lo hayas entendido tan rápidamente.

-Estamos hablando de un campeonato, Jimbo, y Kid necesita descanso. Cuando se está entrenando hay que estar dispuesto a cualquier sacrificio.

Así que subieron otra vez a las habitaciones y Pozzi se metió en la cama. Antes de apagar la luz, Nashe le hizo tragar tres aspirinas y luego le dejó en la mesilla un vaso de agua y el frasco de aspirinas.

-Si te despiertas -le dijo-, tómate algunas más. Te servirán para aliviar el dolor.

-Gracias, mamá -dijo Pozzi-. Espero que no te importe que no rece mis oraciones esta noche. Dile a Dios que tenía demasiado sueño, ¿vale?

Nashe cruzó el cuarto de baño, cerrando ambas puertas, y se sentó en la cama. De repente se sintió desconcertado, sin saber qué hacer consigo mismo durante el resto de la tarde. Consideró la posibilidad de salir a cenar en algún sitio, pero luego decidió no hacerlo. No quería alejarse demasiado de Pozzi. No iba a pasar nada (estaba más o menos seguro de eso), pero al mismo tiempo le parecía que sería un error dar nada por sentado.

A las siete pidió que le subieran un sandwich y una cerveza y encendió el televisor. Los Nets jugaban en Cincinnati esa noche y siguió el partido hasta el noveno turno, barajando una y otra vez las cartas nuevas sentado en la cama y haciendo un solitario tras otro. A las diez y media apagó el televisor y se metió en la cama con un ejemplar de bolsillo de las Confesiones de Rousseau, que había empezado a leer durante su estancia en Saratoga. Justo antes de dormirse llegó al pasaje en el cual el autor está en un bosque tirando piedras a los árboles. Si doy a ese árbol con esta piedra, se dice Rousseau, entonces todo me irá bien en la vida a partir de ahora. Tira la piedra y falla. Esa no cuenta, se dice, y coge otra y se acerca varios metros al árbol. Vuelve a fallar. Esa tampoco contaba, se dice, y entonces se aproxima aún más al árbol y busca otra piedra. Falla de nuevo. Esa no ha sido más que la última tirada de calentamiento, se dice, es la próxima la que verdaderamente cuenta. Pero, para asegurarse, esta vez se acerca mucho al árbol, situándose justo delante del blanco. Ahora está a unos treinta centímetros, lo bastante cerca como para tocarlo con la mano. Entonces lanza la piedra directamente contra el tronco. Exito, se dice, lo logré. De ahora en adelante, mi vida será mejor que nunca.

Nashe encontró divertido el pasaje, pero al mismo tiempo le dejó demasiado azorado como para tener ganas de reírse. Al fin y al cabo había algo terrible en semejante franqueza, y se preguntó dónde había encontrado Rousseau el valor para revelar algo así de sí mismo, para admitir tan descarado autoengaño. Nashe apagó la lámpara, cerró los ojos y escuchó el zumbido del aire acondicionado hasta que ya no pudo oírlo. En algún momento de la noche soñó con un bosque en el cual el viento pasaba por entre los árboles con el sonido de los naipes al barajarse.

A la mañana siguiente Nashe siguió retrasando la prueba. A esas alturas casi se había convertido en una cuestión de honor, como si la verdadera prueba fuese para sí mismo y no para comprobar la habilidad de Pozzi con las cartas. La cuestión era ver cuánto tiempo podía vivir en

un estado de incertidumbre: actuar como si se hubiese olvidado del asunto, y de esa forma utilizar el poder del silencio para obligar a Pozzi a dar el primer paso. Si Pozzi no decía nada, eso querría decir que el muchacho no era más que palabrería. Le gustaba la simetría de ese acertijo. La ausencia de palabras significaría que era todo palabras, y las palabras significarían que era sólo farol y fraude. Si Pozzi era serio, sacaría el tema antes o después, y a medida que pasaba el tiempo Nashe se encontraba cada vez más dispuesto a esperar. Pensó que era como tratar de respirar y contener el aliento a la vez, pero ahora que había empezado el experimento sabía que iba a seguirlo hasta el final.

Pozzi parecía considerablemente reanimado después de sus largas horas de sueño. Nashe le oyó abrir la ducha poco antes de las nueve, y veinte minutos más tarde estaba de pie en su cuarto, de nuevo con la indumentaria de las toallas blancas.

-¿Qué tal se encuentra el senador esta mañana? -le preguntó Nashe.

-Mejor -contestó Pozzi-. Todavía me duelen los huesos, pero Jackus Pozzius está otra vez en la brecha.

-Lo cual quiere decir que probablemente un pequeño desayuno vendría bien.

-Mejor que sea grande. Mis tripas piden a gritos sustento.

-Entonces que sea un almuerzo dominical.

-Almuerzo, desayuno, llámalo como quieras. Estoy muerto de hambre.

Nashe ordenó que les subieran el desayuno a la habitación y pasó otra hora sin que se mencionara la prueba. Nashe empezó a preguntarse si Pozzi no estaría haciendo el mismo juego que él: negándose a ser el primero en hablar, atrincherándose para una guerra de nervios. Pero no bien empezó a pensar esto descubrió que estaba equivocado. Después de desayunar, Pozzi volvió a su cuarto para vestirse. Cuando regresó (vestido con la camisa blanca, los pantalones grises y los mocasines, que le daban un aspecto muy presentable, en opinión de Nashe) le faltó tiempo para plantearlo.

-Creí que querías ver qué clase de jugador de póquer soy -dijo-. Quizá deberíamos comprar una baraja en algún sitio y ponernos a ello.

-Ya tengo la baraja -contestó Nashe-. Sólo estaba esperando a que estuvieras listo.

-Estoy listo. Lo he estado desde el principio.

-Muy bien. Entonces parece que ha llegado el momento de la verdad. Siéntate, Jack, y enséñame tus habilidades.

Jugaron al póquer descubierto de siete cartas durante tres horas, utilizando pedazos de papel de escribir del Plaza en lugar de fichas. Siendo sólo dos jugadores, era difícil que Nashe midiese todo el alcance de los talentos de Pozzi, pero incluso en esas circunstancias distorsionantes (que exageraban el factor suerte y hacían casi imposibles las apuestas a gran escala), el muchacho le derrotó completamente, dando mordiscos a las fichas de papel de Nashe hasta que desapareció toda la pila. Nashe no era ningún maestro, naturalmente, pero estaba lejos de

ser un inepto. Había jugado casi todas las semanas durante los dos años que pasó en el Bowdoin College, y después de ingresar en el cuerpo de bomberos de Boston se había sentado en suficientes partidas como para saber que podía defenderse frente a la mayoría de los jugadores decentes. Pero el muchacho era otra cosa, y Nashe no tardó en comprenderlo. Parecía concentrarse mejor, analizar las situaciones más rápidamente y estar más seguro de sí mismo que nadie con quien Nashe se hubiera enfrentado antes. Después del primer barrido, Nashe propuso que él jugara con dos manos en lugar de una, pero los resultados fueron básicamente los mismos. En todo caso, Pozzi hizo un trabajo más rápido que la primera vez. Nashe ganó una parte de las jugadas pero el producto de esas ganancias era siempre pequeño, significativamente menor que las sumas que invariablemente le reportaban a Pozzi sus manos ganadoras. El muchacho tenía una infalible habilidad para saber cuándo retirarse y cuándo ir, y nunca llevaba demasiado lejos una mano perdedora; retirándose a menudo cuando sólo se había repartido el tercer o cuarto naipe. Al principio Nashe consiguió llevarse unas manos con algunos faroles insensatos, pero al cabo de veinte o treinta minutos esa estrategia empezó a volverse en su contra. Pozzi le había calado y al final era casi como si pudiera leer en la mente de Nashe, como si estuviera sentado dentro de su cabeza observando lo que pensaba. Esto animó a Nashe, puesto que deseaba que Pozzi fuera buen jugador, pero era perturbador a pesar de todo, y esa sensación desagradable perduró durante un rato. Comenzó a jugar de una forma demasiado conservadora, confiando en la cautela en todas las jugadas, y desde ese momento Pozzi dominó la partida, faroleó y le manipuló casi como le dio la gana. El muchacho no se jactó, sin embargo. Jugaba con absoluta seriedad, sin mostrar la menor señal de su acostumbrado sarcasmo y humor. Sólo recuperó su actitud normal cuando Nashe propuso que lo dejaran; de pronto se recostó en su silla y en su cara apareció una sonrisa amplia y satisfecha.

-No está mal, muchacho -dijo Nashe-. Me has machacado.

-Ya te lo dije -contestó Pozzi-. Yo no bromeo cuando se trata del póquer. Nueve veces sobre diez voy a quedar encima. Es como una ley de la naturaleza.

-Esperemos que mañana sea una de esas nueve veces.

-No te preocupes, voy a aniquilar a esos cretinos. Te lo garantizo. No son ni la mitad de buenos que tú, y ya has visto lo que he hecho contigo.

-Destrucción total.

-Exactamente. Esto ha sido un holocausto nuclear. Un maldito Hiroshima.

-¿Estás dispuesto a mantener el trato que hicimos en el coche?

-¿Ir a partes iguales? Sí, estoy dispuesto.

-Descontando los primeros diez mil dólares, claro está.

-Descontando los diez grandes. Pero además hay que tener en cuenta las otras cosas.

-¿Qué cosas?

-El hotel. La comida. La ropa que me compraste ayer.

-No te preocupes por eso. Esas cosas son a fondo perdido, lo que podríamos llamar los gastos normales de un negocio.

-Mierda. No tienes por qué hacer eso.

-No tengo por qué hacer nada. Pero lo he hecho, ¿no? Es un regalo, Jack, y dejemos el asunto. Si quieres, puedes considerarlo como una prima por permitirme entrar en el negocio.

-La comisión del intermediario.

-Exacto. Una comisión por los servicios prestados. Ahora lo único que tienes que hacer es coger el teléfono y comprobar si Laurel y Hardy siguen contando contigo. No es cosa de que vayamos hasta allí para nada. Y asegúrate de que te indican bien cómo se va. No sería correcto llegar tarde.

-Será mejor que les diga que vas a venir conmigo.

-Diles que tienes el coche en el taller de reparaciones y que te va a llevar un amigo.

-Les diré que eres mi hermano.

-Tampoco hay que pasarse.

-Sí, les diré que eres mi hermano. Así no harán preguntas.

-De acuerdo, diles lo que quieras. Pero no te inventes una historia demasiado complicada. No querrás empezar con una metedura de pata.

-No te preocupes, compañero, fíate de mí. Soy el Chico del Gordo, ¿recuerdas? Da igual lo que diga. Mientras sea yo el que lo diga, todo saldrá bien.

Salieron hacia Ockham a la una y media del día siguiente. La partida no empezaría hasta el anochecer, pero Flower y Stone les esperaban a las cuatro.

-Es como si todo les pareciera poco para nosotros -dijo Pozzi-. Primero nos darán el té. Luego nos enseñarán la casa. Y antes de sentarnos a jugar, vamos a cenar. ¿Qué te parece? ¡El té! No me lo puedo creer.

-Para todo hay una primera vez -dijo Nashe-. No te olvides de portarte bien. Nada de sorber ruidosamente. Y cuando te pregunten cuántos terrones de azúcar quieres di que uno.

-Puede que esos dos sean tontos, pero parece que tienen buen corazón. Si yo no fuera un hijoputa tan avaricioso, casi me darían pena.

-Eres la última persona de la que esperaría que sintiera pena por dos millonarios.

-Bueno, ya me entiendes. Primero ellos nos invitan a beber su vino y comer su cena y luego nosotros nos largamos con su dinero. Hay que tenerles lástima a unos bobos así. Por lo menos una poca.

-Yo no me apenaría demasiado. Nadie entra en una partida esperando perder, ni siquiera los millonarios bien educados. Nunca se sabe, Jack. A lo mejor ahora mismo ellos están en Pennsylvania compadeciéndose de nosotros.

La tarde era bochornosa, y había densas masas de nubes en el cielo y una amenaza de lluvia en el aire. Cruzaron el Lincoln Tunnel y

comenzaron a seguir una serie de autopistas de Nueva Jersey en dirección al río Delaware. Durante los primeros cuarenta y cinco minutos ninguno de los dos habló mucho. Nashe conducía y Pozzi miraba por la ventanilla y estudiaba el mapa. Nashe estaba seguro de que había llegado a un momento de cambio decisivo, de que pasara lo que pasase en la partida de aquella noche, sus días en la carretera habían tocado a su fin. El mero hecho de estar en el coche con Pozzi ahora parecía demostrar la inevitabilidad de ese fin. Algo había terminado y algo estaba a punto de comenzar, y por el momento Nashe se encontraba en medio, flotando en un lugar que no era aquí ni allí. Sabía que Pozzi tenía grandes posibilidades de ganar, que de hecho jugaba con muchos puntos de ventaja, pero la idea de ganar le parecía demasiado fácil, algo que ocurriría con demasiada rapidez y naturalidad como para traer consecuencias permanentes. Por ello la posibilidad de la derrota ocupaba un lugar predominante en su pensamiento, y se decía que siempre era preferible prepararse para lo peor que dejar que te cogiera por sorpresa. ¿Qué haría si las cosas salían mal? ¿Cómo actuaría si perdía el dinero? Lo extraño no era que pudiera imaginar esta posibilidad, sino que pudiera hacerlo con tal indiferencia y distanciamiento, con tan poco dolor interno. Era como si en realidad no tomara parte en lo que estaba a punto de sucederle. Y si ya no estaba implicado en su propio destino, ¿dónde estaba, entonces? ¿Y qué había sido de él? Pensó que quizá había vivido en el limbo durante demasiado tiempo, y ahora que necesitaba encontrarse a sí mismo de nuevo ya no había nada a que agarrarse. De pronto se sintió muerto por dentro, como si todos sus sentimientos se hubieran agotado. Deseaba sentir miedo, pero ni siquiera el desastre podía aterrorizarle.

Cuando llevaban algo menos de una hora en la carretera, Pozzi comenzó a hablar de nuevo. Iban pasando por una tormenta en ese momento (en algún punto entre New Brunswick y Princeton) y, por primera vez en los tres días que habían estado juntos, mostró cierta curiosidad por el hombre que le había salvado. Eso pilló a Nashe con la guardia baja, y como no estaba preparado para las preguntas directas de Pozzi, se encontró hablando más abiertamente de lo que habría supuesto, descargándose de cosas que normalmente no habría compartido con nadie. No bien se dio cuenta de lo que estaba haciendo, casi se interrumpió, pero luego decidió que no importaba. Pozzi habría desaparecido de su vida al día siguiente, ¿por qué molestarse en ocultarle algo a una persona a la que nunca volvería a ver?

-Bueno, profesor -dijo el muchacho-, ¿qué vas a hacer después de que nos hagamos ricos?

-No lo he decidido aún -contestó Nashe-. Mañana por la mañana probablemente me iré a ver a mi hija y pasaré unos días con ella. Luego me sentaré a hacer planes.

-Así que eres papá, ¿eh? No me había imaginado que fueses un hombre de familia.

-No lo soy. Pero tengo una hija en Minnesota. Cumplirá cuatro años dentro de dos meses.

-¿Y no hay una esposa en la escena?

-La había, pero ya no.

-¿Está en Michigan con la cría?

-Minnesota. No, la niña vive con mi hermana. Con mi hermana y mi cuñado. Él jugaba de defensa trasero con los Vikings.

-¿En serio? ¿Cómo se llama?

-Ray Schweikert.

-No puedo decir que lo conozca.

-Sólo duró un par de temporadas. El pobre diablo se machacó una rodilla entrenando y ahí se acabó su carrera.

-¿Y qué me dices de tu mujer? ¿La palmó o algo así?

-No exactamente. Probablemente está viva en alguna parte.

-Un caso de desaparición, ¿eh?

-Supongo que se le podría llamar así.

-¿Quieres decir que te dejó plantado y no se llevó a la cría? ¿Qué clase de fulana haría una cosa así?

-Me he hecho esa pregunta muchas veces. Por lo menos me dejó una nota.

-Qué amable.

-Sí, me llenó de inmensa gratitud. El único problema fue que la puso encima de la repisa de la cocina. Y como no se había molestado en limpiar después del desayuno, la repisa estaba mojada. Cuando llegué a casa aquella noche, la nota estaba empapada. Es difícil leer una carta cuando la tinta está corrida. Hasta mencionaba el nombre del tipo con el que se largó, pero no pude entenderlo. Gorman o Corman, creo que era, pero sigo sin saber cuál de los dos.

-Supongo que era guapa, por lo menos. Algo tendría cuando quisiste casarte con ella.

-Oh, ya lo creo que era guapa. La primera vez que vi a Thérèse pensé que probablemente era la mujer más guapa que había visto en mi vida. No podía apartar las manos de ella.

-Un buen culo.

-Es una forma de decirlo. Tardé un poco en darme cuenta de que todo el cerebro lo tenía también ahí abajo.

-Es una historia muy vieja, amigo. Dejas que tu pito piense por ti y eso es lo que pasa. De todas formas, si llega a ser mi mujer, la habría traído a rastras y le habría dado una buena paliza para que espabilara.

-No habría servido de nada. Además, yo tenía mi trabajo. No. No podía dejarlo por las buenas para ir a buscarla.

-¿Trabajo? ¿Quieres decir que tienes un empleo?

-Ya no. Lo dejé hace un año.

-¿Qué hacías?

-Apagar fuegos.

-Investigador de conflictos laborales, ¿eh? La compañía te llama cuando hay un problema y entonces tú te paseas por la oficina buscando agujeros que tapar. Eso es gestión de alto nivel. Debes haber ganado una pasta.

-No, me refiero a fuegos de verdad. De los que se apagan con mangueras, el viejo sistema de la escalera. Hachas, edificios ardiendo, gente saltando por las ventanas. Lo que se lee en los periódicos.

-Me estás tomando el pelo.

-Es verdad. Estuve en el cuerpo de bomberos de Boston cerca de siete años.

-Pareces muy orgulloso de ti mismo.

-Supongo que lo estoy. Hacía bien mi trabajo.

-Si te gustaba tanto, ¿por qué lo dejaste?

-Tuve suerte. De repente llegó mi barco.

-¿Te tocó la lotería irlandesa o algo así?

-Fue más como el regalo de graduación del que me hablaste.

-Pero más grande.

-Sí.

-¿Y ahora? ¿A qué te dedicas ahora?

-Ahora mismo estoy sentado en este coche contigo, muchachito, confiando en que esta noche me saques las castañas del fuego.

-Un auténtico aventurero.

-Eso es. Simplemente sigo a mi nariz y espero a ver qué pasa.

-Bienvenido al club.

-¿Club? ¿Qué club es ése?

-La Hermandad Internacional de Perros Perdidos. ¿Cuál iba a ser? Te admitimos como socio de pleno derecho con carnet. Número de serie cero, cero, cero, cero.

-Creí que ése sería tu número.

-Lo es. Pero también es el tuyo. Esa es una de las ventajas de la Hermandad. lodos los socios tienen el mismo número.

Cuando llegaron a Flemington la tormenta ya había pasado. La luz del sol se abrió paso por entre las nubes que se dispersaban y la tierra húmeda relucía con una súbita, casi sobrenatural claridad. Los árboles destacaban más nítidamente contra el cielo y hasta las sombras parecían marcarse más profundamente en el suelo, como si sus oscuros e intrincados perfiles hubiesen sido grabados con la precisión de un escalpelo. A pesar de la tormenta, Nashe había hecho una buena media e iban un poco adelantados sobre el horario previsto. Decidieron parar a tomar una taza de café, y ya que estaban en el pueblo, aprovechar la ocasión para vaciar la vejiga y comprar un cartón de cigarrillos. Pozzi explicó que normalmente no fumaba, pero le gustaba tener cigarrillos a mano siempre que jugaba a las cartas. El tabaco era un apoyo útil y le ayudaba a evitar que sus oponentes le observaran demasiado atentamente, como si literalmente pudiera ocultar sus pensamientos detrás de una nube de humo. Lo importante era permanecer inescrutable, levantar un muro alrededor de uno mismo y no dejar entrar a nadie. El juego era algo más que simplemente apostar basándote en tus cartas, era estudiar a tus oponentes en busca de debilidades, leer sus gestos tratando de descubrir tics y reacciones reveladoras. Una vez que conseguías detectar una pauta de conducta, la

ventaja estaba claramente a tu favor. Por la misma razón, el buen jugador siempre hacía todo lo posible para negarles esa ventaja a los demás.

Nashe pagó los cigarrillos y se los dio a Pozzi, quien se metió el cartón de Marlboro bajo el brazo. Luego salieron de la tienda y dieron un breve paseo por la calle principal, sorteando los pequeños grupos de turistas veraniegos que habían reaparecido con el sol. Después de un par de manzanas, llegaron a un viejo hotel con una placa en la fachada que informaba de que los reporteros que cubrían el juicio por el secuestro del hijo de Lindbergh se habían alojado allí en los años treinta. Nashe le explicó a Pozzi que probablemente Bruno Hauptmann era inocente, que había nuevas pruebas que parecían indicar que el hombre ejecutado no era culpable del crimen. Luego siguió hablando sobre Lindbergh, el prototipo del héroe americano, y comentó que durante la guerra se había vuelto fascista, pero Pozzi parecía aburrido con su pequeña conferencia, así que dieron media vuelta y regresaron al coche.

No fue difícil encontrar el puente en Frenchtown, pero una vez que cruzaron el Delaware y entraron en Pennsylvania, la ruta se volvió más incierta. Ockham estaba a sólo veintitrés kilómetros del río, pero tenían que hacer una serie de complicadas desviaciones para llegar allí y acabaron rodando lentamente por estrechos y serpenteantes caminos durante casi cuarenta minutos. De no ser por la tormenta, la cosa habría sido un poco más rápida, pero el suelo estaba embarrado, y una o dos veces tuvieron que bajarse del coche para retirar ramas caídas que les cortaban el paso. Pozzi comprobaba continuamente las indicaciones que había anotado mientras hablaba por teléfono con Flower, y anunciaba cada punto de referencia cuando aparecía a la vista: un puente cubierto, un buzón azul, una peña gris con un círculo negro pintado. Al cabo de un rato empezaron a tener la impresión de que iban por un laberinto y cuando finalmente llegaron a la última desviación reconocieron que les habría resultado muy difícil encontrar el camino de vuelta al río.

Pozzi no había visto nunca la casa, pero le habían dicho que era un lugar grande e imponente, una mansión con veinte habitaciones rodeada de más de ciento veinte hectáreas de terreno. Desde la carretera, sin embargo, nada hacía suponer la riqueza que se hallaba detrás de la barrera de árboles. Un buzón plateado con los nombres de Flower y Stone se alzaba al lado de un camino sin asfaltar que se adentraba por una densa masa de bosque y arbustos. Tenía un aspecto abandonado, como si fuera la entrada a una vieja y destartalada granja. Nashe metió el Saab por el camino y avanzó despacio unos quinientos o seiscientos metros, lo suficiente como para empezar a dudar de si el camino llevaría a alguna parte. Pozzi no dijo nada, pero Nashe notaba su preocupación, un silencio malhumorado y mohíno que parecía decir que él también estaba comenzando a dudar de la empresa. Sin embargo, al final el camino comenzó a hacerse más empinado y cuando la cuesta se acabó, unos minutos después, pudieron ver una alta verja

de hierro a unos cincuenta metros. Siguieron, y al llegar a la verja la parte superior de la casa se hizo visible entre los barrotes: una inmensa estructura de ladrillo que se alzaba en la cercana distancia, con cuatro chimeneas destacando contra el cielo y el sol rebotando en el inclinado tejado de pizarra.

La puerta estaba cerrada. Pozzi se bajó del coche para abrirla, pero después de dar dos o tres tirones en el picaporte se volvió hacia Nashe y negó con la cabeza, indicando que estaba cerrada con llave. Nashe dejó el coche en punto muerto, puso el freno de mano y se bajó para ver qué se podía hacer. De pronto el aire le pareció más fresco, y de la sierra venía una fuerte brisa que agitaba el follaje con la primera y leve señal del otoño. Un arrollador sentimiento de felicidad inundó a Nashe cuando puso el pie en el suelo y se irguió. Duró sólo un instante, luego dio paso a una breve, casi imperceptible sensación de mareo, que desapareció en cuanto echó a andar hacia Pozzi. Después de eso su cabeza pareció quedarse curiosamente vacía, y por primera vez en muchos años cayó en uno de aquellos trances que a veces le afligían de muchacho: un brusco y radical desplazamiento de su orientación interior, como si el mundo que le rodeaba hubiese perdido de pronto su realidad. Le hacia sentirse como una sombra, como alguien que se ha quedado dormido con los ojos abiertos.

Tras examinar la puerta durante un momento, Nashe descubrió un pequeño botón blanco en uno de los pilares de piedra que sostenían la verja de hierro. Supuso que estaba conectado con un timbre dentro de la casa y lo apretó con la punta del índice. Como no oyó ningún sonido, lo apretó de nuevo para asegurarse, pues no sabía si tenía que sonar fuera. Pozzi frunció el ceño, impacientándose con tanto retraso, pero Nashe esperó en silencio, respirando los olores de la tierra húmeda, gozando de la tranquilidad que le rodeaba. Unos veinte segundos después vieron a un hombre que venia trotando de la casa en dirección a ellos. A medida que la figura se acercaba, Nashe dedujo que no podía ser ni Flower ni Stone, al menos a juzgar por la descripción de Pozzi. Éste era un hombre macizo, de edad indeterminada, vestido con pantalones de faena azules y una camisa de franela roja, y por su ropa Nashe supuso que era alguien que pertenecía al servicio de algún tipo: el jardinero o tal vez el guarda. El hombre les habló a través de los barrotes, todavía jadeante por la carrera.

-¿Qué desean, muchachos? -dijo.

Era una pregunta neutra, ni amable ni hostil, como fuera la misma pregunta que le hacía a cada visitante que venía a la casa. Cuando Nashe examinó al hombre más atentamente, le chocó el notable azul de sus ojos, un azul tan claro que los ojos casi desaparecían cuando les daba el sol.

-Hemos venido a ver al señor Flower -dijo Pozzi.

-¿Son los dos de Nueva York? -quiso saber el hombre, mirando más allá de ellos hacia el Saab parado en el camino de tierra.

-Efectivamente - contestó Pozzi-. Venimos directos del Hotel Plaza.

-¿Qué me dicen del coche entonces? -dijo el hombre, pasándose los gruesos dedos por el pelo rubio canoso.

-¿Qué pasa con el coche? -preguntó Pozzi.

-Pues que no lo entiendo -dijo el hombre-. Ustedes vienen de Nueva York, pero la matrícula del coche dice Minnesota, "la tierra de los diez mil lagos". Me parece a mí que eso cae en dirección contraria.

-¿Le pasa algo en la cabeza, jefe? -dijo Pozzi-. ¿Qué coño importa de dónde sea el coche?

-No hace falta que se ponga así, hombre -respondió el otro-. Yo estoy cumpliendo con mi trabajo. Mucha gente viene merodeando por aquí y no podemos dejar que se cuele nadie que no esté invitado.

-Nosotros sí estamos invitados -dijo Pozzi, tratando de dominar su mal genio-. Venimos a jugar a las cartas. Si no me cree, vaya a preguntarle a su jefe. Flower o Stone, da igual. Los dos son amigos míos.

-Se llama Pozzi -añadió Nashe-. Jack Pozzi. Supongo que le habrán dicho que le esperaban.

El hombre se metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó un pedacito de papel, lo ocultó en la palma y lo estudió brevemente con el brazo extendido.

-Jack Pozzi -repitió-. ¿Y usted quién es? -preguntó mirando a Nashe.

-Nashe -contestó éste-. Jim Nashe.

El hombre se guardó el trozo de papel en el bolsillo y suspiro.

-No dejar pasar a nadie sin nombre -dijo-. Esa es la regla. Deberían habérmelo dicho desde el principio. Así no habría habido ningún problema.

-No nos lo preguntó -dijo Pozzi.

-Sí -masculló el hombre, casi para sí-. Bueno, a lo mejor se me ha olvidado.

Sin decir nada más, abrió la doble puerta de la verja y señaló hacia la casa que había detrás de él. Nashe y Pozzi volvieron al coche y entraron en el recinto.

4

El timbre de la puerta sonó con las primeras notas de la Quinta Sinfonía de Beethoven. Ambos sonrieron estúpidamente por la sorpresa, pero antes de que pudieran hacer ningún comentario, una doncella negra vestida con un uniforme gris almidonado les abrió la puerta y les hizo pasar. Les condujo a través de un gran vestíbulo con el suelo de baldosas blancas y negras, atestado de piezas de escultura rotas (una ninfa desnuda a la que le faltaba el brazo derecho, un cazador sin cabeza, un caballo sin patas que flotaba sobre un plinto de piedra con una barra de hierro unida al vientre), luego les hizo cruzar un comedor de techo alto con una enorme mesa de nogal en el centro y recorrer un pasillo mal iluminado cuyas paredes estaban decoradas con una serie

de pequeños cuadros de paisajes, y finalmente llamó a una pesada puerta de madera. Contestó una voz desde dentro y la doncella abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar a Nashe y a Pozzi.

-Sus invitados están aquí -dijo, casi sin mirar hacia la habitación, y luego cerró la puerta y se fue rápida y silenciosamente.

Era una habitación enorme, casi exageradamente masculina. De pie en el umbral durante los primeros instantes, Nashe se fijó en la madera oscura que cubría las paredes, la mesa de billar, la gastada alfombra persa, la chimenea de piedra, los sillones de cuero, el ventilador de techo girando. Le recordó más que nada el decorado de una película, una imitación de un club de hombres británico en algún lejano lugar colonial a principios de siglo. Se dio cuenta de que eso lo había provocado Pozzi. Tanto hablar de Laurel y Hardy había dejado en la mente de Nashe una asociación con Hollywood, y ahora que estaba allí le resultaba difícil no ver la casa como un espejismo.

Flower y Stone llevaban trajes de verano de color blanco. Uno estaba de pie junto a la chimenea filmando un puro y el otro sentado en un sillón de cuero con un vaso en la mano que lo mismo podía contener agua que ginebra. Los trajes blancos contribuían sin duda al ambiente colonial, pero una vez que Flower habló para darles la bienvenida con su áspera aunque no desagradable voz americana, el espejismo se hizo pedazos. Sí, pensó Nashe, uno era gordo y el otro delgado, pero ahí se acababa el parecido. Stone parecía tenso y demacrado, y recordaba más a Fred Astaire que a la cara larga y llorosa de Laurel, y Flower era más fornido que gordo, con una cara de fuerte mandíbula que recordaba a algún personaje pesado como Edward Arnold o Eugene Pallette más que al corpulento pero ágil Hardy. Pero a pesar de estas sutiles diferencias, Nashe entendía a lo que se refería Pozzi.

-Saludos, caballeros -dijo Flower, acercándose a ellos con la mano extendida-. Encantado de que hayan podido venir.

-Hola, Bill -dijo Pozzi-. Me alegro de volver a verte. Este es mi hermano mayor, Jim.

-Jim Nashe, ¿no? -dijo Flower cordialmente.

-Eso es -dijo Nashe-. Jack y yo somos hermanastros. La misma madre, diferentes padres.

-No sé quién será el responsable -dijo Flower, señalando con la cabeza en dirección a Pozzi-, pero es un jugador de póquer endiablado.

-Le inicié yo cuando no era más que un chiquillo -dijo Nashe, incapaz de resistirse al papel-. Cuando se ve que hay talento es un deber estimularlo.

-Así es -dijo Pozzi-. Jim fue mi mentor. Me enseñó todo lo que sé.

-Pero ahora me da sopas con honda -comentó Nashe-. Ya ni siquiera me atrevo a sentarme a la misma mesa que él.

A todo esto Stone había logrado ya levantarse de su sillón y venía hacia ellos, aún con la copa en la mano. Se presentó a Nashe, le estrechó la mano a Pozzi y un momento después los cuatro estaban sentados en torno a la chimenea vacía esperando que les trajeran la merienda. Puesto que Flower llevaba todo el peso de la conversación,

Nashe dedujo que era el elemento dominante de los dos, pero a pesar de toda la cordialidad y el fanfarrón sentido del humor del gordo, Nashe se encontró más atraído hacia el silencioso y tímido Stone. El flaco escuchaba atentamente lo que los otros decían y, aunque hacía pocos comentarios (balbuceando confusamente cuando hablaba, casi azorado por el sonido de su propia voz), había una calma y serenidad en sus ojos que Nashe encontraba profundamente simpática. Flower era todo agitación y precipitada buena voluntad, pero había algo tosco en él, pensó Nashe, un filo de ansiedad que le hacía parecer incómodo consigo mismo. Stone, por el contrario, era un tipo más sencillo y dulce, un hombre sin pretensiones que se sentía a gusto en su pellejo. Pero Nashe se daba cuenta de que éstas eran sólo las primeras impresiones. Mientras observaba a Stone, que continuaba bebiendo sorbos del claro líquido que había en su vaso, se le ocurrió que tal vez estuviese borracho.

-A Willie y a mí siempre nos han encantado las cartas -estaba diciendo Flower-. En Filadelfia jugábamos al póquer todos los viernes por la noche. Era un rito para nosotros y creo que no debimos perdernos más de un puñado de partidas en diez años. Algunas personas van a la iglesia los domingos, pero para nosotros era el póquer de los viernes por la noche. ¡Ah, cómo nos gustaban los fines de semana en aquel entonces! No hay mejor medicina que una partida de cartas amistosa para quitarse de encima las preocupaciones de la vida cotidiana.

-Es relajante -dijo Stone-. Te ayuda a distraerte de los problemas.

-Exactamente -dijo Flower-. Ayuda a abrir el espíritu a otras posibilidades, a dejar la mente limpia. -Hizo una pausa y retomó el hilo de su historia-. El caso es -continuó- que durante muchos años Willie y yo tuvimos nuestros despachos en el mismo edificio de Chestnut Street. Él era optometrista y yo era contable, y todos los viernes cerrábamos a las cinco en punto. La partida era siempre a las siete, y semana tras semana pasábamos esas dos horas exactamente de la misma manera. Primero nos íbamos al quiosco de periódicos de la esquina y comprábamos un billete de lotería y luego cruzábamos la calle para ir a Steinberg's Deli. Yo pedía siempre un bocadillo de pastrami con pan de centeno y Willie tomaba el de cecina. Hicimos eso durante mucho tiempo, ¿verdad, Willie? Nueve o diez años, diría yo.

-Por lo menos nueve o diez -dijo Stone-. Puede que once o doce.

Nashe había comprendido ya claramente que Flower había contado esa historia muchas veces, pero eso no le impedía disfrutar de la oportunidad de volver a hacerlo. Tal vez era comprensible. La buena suerte no es menos desconcertante que la mala, y si literalmente te han caído del cielo millones de dólares, quizá tienes que contar la historia una y otra vez para convencerte de que te ha sucedido realmente.

-En cualquier caso -siguió Flower-, mantuvimos esta rutina mucho tiempo. La vida continuaba, naturalmente, pero las noches de los viernes eran sagradas y al final resultaron lo más fuerte de todo. La mujer de Willie murió; mi mujer me dejó; sufrimos multitud de

decepciones que estuvieron a punto de rompemos el corazón. Pero a pesar de todo eso, las sesiones de póquer en la oficina de Andy Dugan en el quinto piso continuaron con la precisión de un reloj. Nunca nos fallaron, podíamos contar con ellas pasara lo que pasase.

-Y luego -le interrumpió Nashe-, de pronto, se volvieron ricos.

-Así, de golpe -dijo Stone-. Una cosa de lo más inesperada.

-Fue hace casi siete años -dijo Flower, tratando de no perder el hilo del relato-. El cuatro de octubre, para ser exactos. Hacía varias semanas que nadie había acertado el número ganador y el premio gordo había alcanzado la cifra más alta de todos los tiempos. Más de veinte millones de dólares, aunque no se lo crean, una suma verdaderamente asombrosa. Willie y yo llevábamos años jugando y hasta entonces nunca habíamos ganado un penique, ni un centavo a cambio de los cientos de dólares que habíamos gastado. Ni lo esperábamos. Al fin y al cabo, las probabilidades son siempre las mismas, juegues las veces que juegues. Millones y millones contra una, remotísimas. Creo que comprábamos esos billetes para poder hablar de lo que haríamos con el dinero si alguna vez llegábamos a ganar. Ese era uno de nuestros pasatiempos favoritos: sentarnos en Steinberg's Dell con nuestros bocadillos e inventar historias sobre cómo viviríamos si la suerte nos sonreía de repente. Era un juego inofensivo y nos hacía felices dejar volar nuestra imaginación de esa manera. Hasta se le podría llamar terapéutico. Imaginas otra vida para ti y eso hace que tu corazón siga latiendo.

-Es bueno para la circulación -dijo Stone.

-Exactamente -dijo Flower-. Engrasa un poco el viejo mecanismo.

En ese momento llamaron a la puerta con los nudillos y la doncella entró empujando un carrito de bebidas heladas y sandwiches. Flower detuvo su relato mientras distribuían la merienda, pero en cuanto los cuatro estuvieron de nuevo instalados en sus sillones, lo reanudó inmediatamente.

-Willie y yo siempre comprábamos a medias un solo billete -dijo-. Era más agradable así, ya que no entrábamos en competencia. ¡Figúrense si hubiese ganado uno solo! Para él hubiera sido impensable no compartir el premio con el otro, así que en lugar de tener ese lío, sencillamente íbamos a medias. Uno de nosotros elegía el primer número, el otro el segundo y así hasta que habíamos perforado todos los agujeros. Nos acercamos bastante unas cuantas veces, no sacamos el gordo solamente por un número o dos. Una pérdida es una pérdida, pero debo decir que encontrábamos esos casis muy emocionantes.

-Nos animaban a continuar -dijo Stone-. Nos hacían creer que todo era posible.

-El día en cuestión -continuó Flower-, el cuatro de octubre de hará siete años, Willie y yo hicimos los agujeros pensándolo un poco más que de costumbre. No sé por qué sería, pero por alguna razón incluso discutimos los números que íbamos a elegir. Yo he trabajado con números toda mi vida, claro está, y al cabo de algún tiempo empiezas a pensar que cada número tiene su propia personalidad. Un doce es muy

diferente de un trece, por ejemplo. El doce es honrado, concienzudo, inteligente, mientras que el trece es un solitario, un tipo turbio que no se lo pensaría dos veces si tuviera que infringir la ley para conseguir lo que quiere. El once es duro, deportivo, le gusta caminar por los bosques y escalar montañas; el diez es bastante bobo, un blando que siempre hace lo que le mandan; el nueve es profundo y místico, un Buda de la contemplación. No quiero aburrirles con esto, pero estoy seguro de que entenderán lo que quiero decir. Es todo muy privado, pero todos los contables con los que he hablado me han dicho siempre lo mismo. Los números tienen alma, y uno no puede evitar relacionarse con ellos de una forma personal.

-Así que allí estábamos -dijo Stone-, con el billete de lotería en las manos, tratando de decidir qué números elegir.

-Y miré a Willie -dijo Flower- y dije: "Primos." Y Willie me miró a mí y contestó: "Por supuesto." Porque eso era precisamente lo que me iba a decir. Yo pronuncié la palabra una fracción de segundo antes que él, pero a él se le había ocurrido la misma idea. Números primos. Era tan limpio y elegante... Números que se niegan a cooperar, que no cambian ni se dividen, números que permanecen inalterables para toda la eternidad. Así que escogimos una secuencia de números primos y luego cruzamos la calle y nos tomamos nuestros bocadillos.

-Tres, siete, trece, diecinueve, veintitrés y treinta y uno -dijo Stone.

-Nunca lo olvidaré -dijo Flower-. Fue la combinación mágica, la llave de las puertas del cielo.

-Pero nos dejó aturdidos de todas formas -dijo Stone-. Durante las dos primeras semanas no sabíamos qué pensar.

-Fue el caos -dijo Flower-. Televisión, periódicos, revistas. Todo el mundo quería hablar con nosotros y hacernos fotos. Aquello tardó un tiempo en pasar.

-Éramos famosos -dijo Stone-. Verdaderos héroes populares.

-Pero nunca diJimos ninguna de esas tonterías que dicen otros ganadores -comentó Flower-. Las secretarias que dicen que conservarán su empleo, los fontaneros que juran que seguirán viviendo en sus diminutos apartamentos. No, Willie y yo nunca fuimos tan estúpidos. El dinero cambia las cosas, y cuanto más dinero tengas, mayores serán esos cambios. Además, nosotros ya sabíamos lo que íbamos a hacer con las ganancias. Habíamos hablado tanto de ello que ciertamente no era ningún misterio para nosotros. Una vez que se acabó el barullo, vendí mi parte de la firma y Willie hizo otro tanto con su negocio. En ese momento ni siquiera tuvimos que pensarlo. Era un resultado inevitable.

-Pero eso fue sólo el principio -dijo Stone.

-Efectivamente -dijo Flower-. No nos dormimos en los laureles. Ingresando más de un millón al año, podíamos hacer prácticamente lo que nos diera la gana. Incluso después de comprar esta casa, nada nos impedía usar el dinero para hacer más dinero.

-¡El país de los pavos! -exclamó Stone, soltando una breve risotada.

-Bingo, una diana perfecta -dijo Flower-. En cuanto nos hicimos ricos empezamos a hacernos más ricos. Y una vez que fuimos muy ricos, llegamos a ser fabulosamente ricos. Yo entendía de inversiones, después de todo. Habíamos estado tantos años manejando el dinero de tras personas que, como es natural, había aprendido algún que otro truco. Pero, para ser sinceros con ustedes, nunca supusimos que las cosas saldrían tan bien como salieron. Primero fue la plata. Luego los eurodólares. Después el mercado de artículos de consumo. Bonos basura, superconductores, bienes raíces. Cualquier sector que se les ocurra, seguro que hemos obtenido beneficios en él.

-Bill iene el toque de Midas -dijo Stone-. Una mano que deja pequeñas a todas las demás.

-Ganar la lotería fue una cosa -dijo Flower-, pero uno pensaría que ahí se acababa la historia. Un milagro que sólo ocurre una vez en la vida. Pero nuestra racha de buena suerte ha continuado. Hagamos lo que hagamos, todo parece salirnos bien. Ahora nos llueve tanto dinero que la mitad lo damos para fines benéficos, y así y todo tenemos tanto que ya no sabemos qué hacer con él. Es como si Dios nos hubiera escogido. Nos ha colmado de fortuna y nos ha elevado a las cimas de la felicidad. Sé que esto puede sonar presuntuoso, pero a veces siento que nos hemos vuelto inmortales.

-Puede que estéis nadando en pasta -dijo Pozzi, entrando al fin en la conversación-, pero no se os dio tan bien cuando jugasteis conmigo al póquer.

-Es cierto -dijo Flower-. Muy cierto. En los últimos siete años es la única vez que nos ha fallado la suerte. Willie y yo metimos mucho la pata aquella noche, y tú nos diste una soberana paliza. Por eso teníamos tantas ganas de organizar la revancha.

-¿Qué os hace pensar que esta vez va a ser diferente? preguntó Pozzi.

-Me alegro de que hagas esa pregunta -contestó Flower-. Después de que nos derrotaras el mes pasado, Willie y yo nos sentimos humillados. Siempre nos habíamos considerado unos jugadores bastante respetables, pero tú nos demostraste que estábamos equivocados. Así que, en lugar de renunciar, decidimos mejorar. Hemos estado practicando día y noche. Hasta hemos recibido lecciones de alguien.

-¿Lecciones? -dijo Pozzi.

-De un hombre que se llama Sid Zeno -contestó Flower-. ¿Has oído hablar de él?

-Claro que he oído hablar de Sid Zeno -respondió Pozzi-. Vive en Las Vegas. Ya va para viejo, pero fue uno de los seis mejores jugadores del país.

-Sigue teniendo una excelente reputación -dijo Flower-. Así que le traJimos en avión desde Nevada y terminó pasando una semana con nosotros. Creo que esta vez comprobarás que nuestro juego ha mejorado mucho, Jack.

-Eso espero -dijo Pozzi, evidentemente nada impresionado, pero tratando de seguir siendo cortés-. Sería una lástima haber gastado todo ese dinero en clases sin sacar nada de ellas. Apuesto a que el viejo Sid cobró una buena cantidad por sus servicios.

-No salió barato -respondió Flower-. Pero valió la pena. En un momento dado le pregunté si había oído hablar de ti, pero me confesó que no conocía tu nombre.

-Bueno, el viejo Sid está un poco fuera de onda hoy en día -dijo Pozzi-. Además, yo estoy aún al principio de mi carrera. Todavía no se ha corrido la voz.

-Supongo que se podría decir que Willie y yo también estamos al principio de nuestra carrera -dijo Flower, levantándose del sillón y encendiendo otro puro-. La partida de esta noche será emocionante, por lo menos. Me apetece muchísimo.

-A mí también, Bill -dijo Pozzi-. Va a ser explosiva.

Comenzaron la visita a la casa en la planta baja, recorriendo una habitación tras otra mientras Flower les hablaba de los muebles, las reformas arquitectónicas y los cuadros que colgaban de las paredes. Ya en la segunda habitación, Nashe notó que el hombretón rara vez olvidaba mencionar lo que había costado cada cosa y, a medida que el catálogo de gastos aumentaba, descubrió que estaba desarrollando una clara antipatía hacia aquel grosero individuo que parecía tan engreído y que disfrutaba tan desvergonzadamente con los nimios detalles de su mentalidad de contable. Como antes, Stone no dijo casi nada, excepto algún que otro comentario incoherente o redundante, el perfecto pelotillero esclavo de su amigo, más voluminoso y agresivo. La situación comenzó a deprimir a Nashe y llegó un momento en que apenas podía pensar más que en lo absurdo de su estancia allí, enumerando las extrañas conjunciones del azar que le habían llevado a aquella casa en aquel momento, al parecer con el único fin de escuchar el jactancioso parloteo de aquel desconocido gordo e hinchado. De no haber sido por Pozzi, podía haber caído en un serio estado de pánico. Pero allí estaba el muchacho, yendo alegremente de habitación en habitación, rebosante de sarcástica cortesía mientras fingía seguir lo que Flower explicaba. Nashe no pudo por menos que admirarle por su espíritu, por su habilidad para sacar el máximo partido de la situación. Cuando Pozzi le hizo un rápido guiño de diversión en la tercera o cuarta habitación, se sintió casi agradecido, como si fuera un rey taciturno al que las chanzas del bufón de su corte levantan el ánimo.

La cosa mejoró considerablemente cuando subieron al primer piso. En lugar de enseñarles los dormitorios que había detrás de las seis puertas cerradas en el vestíbulo principal, Flower les llevó al final del pasillo y abrió una séptima puerta que conducía a lo que él llamó el “ala este”. Aquella puerta era casi invisible, y Nashe no se percató de ella hasta que Flower puso la mano en el picaporte y empezó a abrirla. Cubierta con el mismo papel que el resto del pasillo (un feo y anticuado dibujo de flores de lis en apagados tonos rosa y azul), la puerta estaba

tan hábilmente camuflada que se fundía en la pared. La sala este, explicó Flower, era donde Willie y él pasaban la mayor parte de su tiempo. Era una nueva sección de la casa que ellos habían construido poco después de trasladarse a la mansión (y aquí dijo la cantidad exacta que había costado, una cifra que Nashe trató de olvidar rápidamente), y el contraste entre la casa vieja, oscura y con cierto olor a humedad, y esta nueva ala era imponente, casi asombroso. En el momento en que cruzaron el umbral se encontraron bajo un cristal de muchas facetas. La luz caía a raudales desde arriba, inundándoles con la claridad de media tarde. Los ojos de Nashe tardaron un momento en adaptarse, pero luego vio que aquello no era más que un corredor. Directamente enfrente de ellos había otra pared recién pintada de blanco con dos puertas cerradas.

-Una mitad pertenece a Willie y la otra es mía -dijo Flower.

-Esto parece un invernadero -dijo Pozzi-. ¿Es a eso a lo que os dedicáis, a cultivar plantas o algo así?

-No exactamente -contestó Flower-. Pero cultivamos otras cosas. Nuestros intereses, nuestras pasiones, el jardín de nuestras mentes. Da igual el dinero que tengas. Si no hay una pasión en tu vida, no vale la pena vivir.

-Bien dicho -dijo Pozzi, asintiendo con fingida seriedad-. Yo mismo no lo habría expresado mejor, Bill. 1

-Da lo mismo qué parte visitemos primero -dijo Flower-, pero sé que Willie está especialmente deseoso de enseñarles su ciudad. Quizá deberíamos empezar por la puerta de la izquierda.

Sin esperar a oír la Opinión de Stone al respecto, Flower abrió la puerta y con un gesto hizo pasar a Nashe y Pozzi. La habitación era mucho mayor de lo que Nashe había imaginado, un lugar de dimensiones parecidas a las de un establo. Con su alto techo transparente y su suelo de madera clara, parecía todo espacio y luz, casi una habitación suspendida en medio del aire. A lo largo de la pared de la izquierda había una serie de bancos y mesas, cuyas superficies estaban abarrotadas de herramientas, restos de madera y un extraño surtido de objetos de metal. La única otra cosa que había en el cuarto era una enorme plataforma que se alzaba en el centro del suelo, cubierta con lo que parecía una maqueta a escala, en miniatura, de una ciudad. Era algo maravilloso de ver, con sus locos capiteles y edificios realistas, sus estrechas calles y microscópicas figuras humanas, y cuando los cuatro se aproximaban a la plataforma, Nashe empezó a sonreír, atónito ante la pura inventiva y la primorosa minuciosidad de todo ello.

-Se llama la Ciudad del Mundo -dijo Stone modestamente, casi haciendo un esfuerzo para pronunciar las palabras-. Está aún a medio terminar, más o menos, pero supongo que podrán hacerse una idea de cómo llegará a ser.

Hubo una ligera pausa mientras Stone buscaba algo más que decir y Flower aprovechó ese breve intervalo para empezar a hablar de nuevo,

actuando como uno de esos padres orgullosos y dominantes que siempre obligan a su hijo a tocar el piano ante los invitados.

-Willie lleva ya cinco años trabajando en esto -dijo-, y tendrán que reconocer que es asombroso, una obra fabulosa. Miren el ayuntamiento. Tardó cuatro meses en hacer sólo ese edificio.

-Me gusta trabajar en ello -dijo Stone, sonriendo tímidamente-. Así es como me gustaría que fuese el mundo. Aquí todo pasa al mismo tiempo.

-La ciudad de Willie es más que un simple juguete -dijo Flower-, es una visión artística de la humanidad. En un sentido, es una autobiografía, pero en otro sentido es lo que podríamos llamar una utopía; un lugar donde el pasado y el futuro se juntan, donde el bien finalmente triunfa sobre el mal. Si miran con atención, verán que muchas de las figuras representan al propio Willie. Allí, en el parque infantil, le ven de niño. Más allá, le ven de adulto puliendo lentes en su tienda. Allí, en la esquina de esa calle, estamos los dos comprando el billete de lotería. Su esposa y sus padres están enterrados en ese cementerio, pero también están aquí, flotando como ángeles sobre esta casa. Si se agachan, verán a la hija de Willie cogida de su mano en los escalones de la entrada. Eso es lo que podríamos llamar el telón de fondo privado, el material personal, el componente interior. Pero todas estas cosas se integran en un contexto más amplio. Son únicamente un ejemplo, una ilustración del viaje de un hombre por la Ciudad del Mundo. Miren el Palacio de Justicia, la Biblioteca, el Banco y la Prisión. Willie los llama los Cuatro Reinos de la Unión, y cada uno desempeña un papel fundamental para mantener la armonía de la ciudad. Si miran la Prisión, verán que todos los presos están trabajando alegremente en diversas tareas, que todos están sonriendo. Es porque están contentos de que les castiguen por sus delitos y de estar ahora aprendiendo a recobrar, por medio del trabajo duro, la bondad que hay en ellos. Eso es lo que yo encuentro tan inspirador de la

ciudad de Willie. Es un lugar imaginario, pero también realista. El mal sigue existiendo pero los poderes que gobiernan la ciudad han encontrado la manera de transformar ese mal nuevamente en bien. Aquí reina la sabiduría, pero la lucha es constante a pesar de todo y se requiere gran vigilancia por parte de todos los ciudadanos, cada uno de los cuales lleva la ciudad entera dentro de sí. William Stone es un gran artista, caballeros, y considero un gran honor contarme entre sus amigos.

Mientras Stone se sonrojaba y miraba al suelo, Nashe señaló una zona vacía de la plataforma y le preguntó cuáles eran sus planes para esa sección. Stone levantó la cabeza, miró al vacío por un momento y luego sonrió al pensar en el trabajo que le esperaba.

-La casa en la que nos encontramos ahora -dijo-. La casa y luego la finca, los campos y los bosques. A la derecha -y entonces señaló en dirección al extremo opuesto- estoy pensando en hacer una maqueta separada de este cuarto. Yo estaría en él, naturalmente, lo que significa que también tendría que construir otra Ciudad del Mundo. Una

segunda ciudad más pequeña para que quepa en la habitación dentro de la habitación.

-¿Quiere decir una maqueta de la maqueta? -preguntó Nashe.

-Sí, una maqueta de la maqueta. Pero antes tengo que acabar todo lo demás. Sería el último elemento, algo que añadiría sólo al final.

-Nadie podría hacer algo tan pequeño -dijo Pozzi, mirando a Stone como si estuviera loco-. Te quedarías ciego tratando de hacer una cosa así.

-Tengo mis lentes -dijo Stone-. Todo el trabajo más pequeño lo hago con lupas.

-Pero si hiciera la maqueta de la maqueta -dijo Nashe-, teóricamente tendría que hacer otra maqueta aún más pequeña de esa maqueta. Una maqueta de la maqueta de la maqueta. Eso podría continuar indefinidamente.

-Sí, supongo que sí -dijo Stone, sonriendo por el comentario de Nashe-. Pero creo que sería muy difícil pasar del segundo nivel, ¿no le parece? No me refiero sólo a la construcción, también me refiero al tiempo. He tardado cinco años en llegar hasta aquí. Probablemente me costará otros cinco acabar la primera maqueta. Si la maqueta de la maqueta es tan difícil como creo que será, puede que incluso veinte. Ahora tengo cincuenta y seis años. Si sumamos, veremos que seré muy viejo cuando termine. Y nadie vive eternamente. Al menos eso es lo que yo pienso. Quizá Bill tenga otras ideas respecto a eso, pero yo no apostaría mucho dinero por ellas. Antes o después, voy a dejar este mundo igual que todos.

-¿Quieres decir -preguntó Pozzi, alzando la voz por la incredulidad- que te propones trabajar en esta cosa el resto de tu vida?

-Oh, sí -dijo Stone, casi escandalizado de que alguien hubiera podido dudarlo-. Por supuesto que sí.

Hubo un breve silencio mientras este comentario calaba, y luego Flower rodeó con un brazo los hombros de Stone y dijo:

-No pretendo tener ninguno de los talentos artísticos de Willie. Pero tal vez sea mejor así. Dos artistas en la misma casa podría resultar un poco excesivo. Alguien tiene que ocuparse del aspecto práctico de las cosas, ¿eh, Willie? Se necesitan toda clase de personas para hacer un mundo.

La interminable charla de Flower continuó mientras salían del taller de Stone, volvían al corredor y se acercaban a la otra puerta.

-Como verán, caballeros -iba diciendo-, mis intereses van completamente en otra dirección. Por naturaleza, supongo que se me podría considerar un anticuario. Me gusta buscar objetos históricos que tengan algún valor o importancia, rodearme de restos tangibles del pasado. Willie hace cosas; a mí me gusta coleccionarlas.

La mitad del ala este que pertenecía a Flower era totalmente distinta de la de Stone. En lugar de ser una gran zona abierta, la suya estaba dividida en una red de cuartos más pequeños y, de no ser por la cúpula de cristal en lo alto, el ambiente podría haber sido agobiante. Cada uno de los cinco cuartos estaba ahogado por los muebles, las

librerías atestadas, las alfombras, las plantas y una multitud de chucherías, como si el propósito hubiese sido reproducir el denso y recargado estilo de un salón victoriano. Según les explicó Flower, sin embargo, había cierto método en el aparente desorden. Dos de los cuartos estaban dedicados a su biblioteca (primeras ediciones de autores ingleses y norteamericanos en uno; su colección de libros de historia en el otro), un tercer cuarto lo ocupaban sus cigarros puros (una cámara de temperatura controlada con el techo en pendiente que albergaba sus existencias de obras maestras liadas a mano: puros de Cuba y Jamaica, de las Islas Canarias y de las Filipinas, de Sumatra y de la República Dominicana) y una cuarta habitación era el despacho desde el cual dirigía sus asuntos financieros (una habitación anticuada como las otras, pero en la que había también varias piezas de equipo moderno: teléfono, máquina de escribir, ordenador, fax, archivadores, etc.). La última habitación tenía el doble de tamaño que cualquiera de las otras y, al estar notablemente menos abarrotada, a Nashe le pareció casi agradable por contraste. Este era el lugar donde Flower conservaba sus objetos históricos memorables. Largas hileras de vitrinas de exposición ocupaban el centro del cuarto, y en las paredes había estanterías de caoba y armarios con puertas de cristal. A Nashe le pareció que había entrado en un museo. Cuando miró a Pozzi, el muchacho le dedicó una sonrisa bobalicona y puso los ojos en blanco, dejando perfectamente claro que estaba muerto de aburrimiento.

A Nashe la colección le pareció más curiosa que aburrida. Primorosamente montado y etiquetado, cada objeto aparecía bajo el cristal como proclamando su propia importancia, pero en realidad había poca cosa interesante. La sala era un monumento a la trivialidad, llena de artículos de un valor tan marginal que Nashe se preguntó si no sería una especie de broma. Pero Flower parecía demasiado orgulloso de sí mismo para comprender lo ridículo que era aquello. No cesaba de referirse a las piezas como “joyas” o “tesoros”, ignorando la posibilidad de que hubiese personas en el mundo que no compartieran su entusiasmo, y durante la media hora que se prolongó la visita Nashe tuvo que reprimir un impulso de compadecerle.

A la larga, sin embargo, la impresión que perduró de esa sala fue muy diferente de lo que Nashe había imaginado. En las semanas y los meses que siguieron se encontró a menudo pensando en lo que había visto allí, y le asombró darse cuenta de la cantidad de objetos que podía recordar. Empezaron a adquirir para él una cualidad luminosa, casi trascendente, y siempre que tropezaba con uno de ellos en su mente, desenterraba una imagen tan clara que parecía resplandecer como una aparición de otro mundo. El teléfono que en otro tiempo había estado en la mesa de despacho de Woodrow Wilson. Un pendiente con una perla que había llevado Sir Walter Raleigh. Un lápiz que se había caído del bolsillo de Enrico Fermi en 1942. Los gemelos de campo del general McClellan. Un puro a medio fumar robado de un cenicero del despacho de Winston Churchill. Una sudadera que había llevado Babe Ruth en 1927. La Biblia de William Seward. El bastón que usó de muchacho

Nathaniel Hawthorne cuando se rompió una pierna. Unas gafas que había utilizado Voltaire. Era todo tan azaroso, tan tergiversado, tan absolutamente fuera de lugar. El museo de Flower era un cementerio de sombras, un templo demente al espíritu de la nada. Si esos objetos continuaban llamándole, comprendió Nashe, se debía a que eran impenetrables, a que se negaban a divulgar nada de sí mismos. No tenían nada que ver con la historia, nada que ver con los hombres a los que habían pertenecido. La fascinación era simplemente por los objetos como cosas materiales y la forma como habían sido arrancados de cualquier contexto posible, condenados por Flower a continuar existiendo sin ninguna razón: difuntos, privados de propósito, solos en sí mismos ya para siempre. Era el aislamiento lo que obsesionaba a Nashe, la imagen de irreductible separación lo que ardía en su memoria, y por mucho que se esforzó en conseguirlo, nunca se vio libre de ella.

-He empezado a desviarme a nuevas áreas -dijo Flower-. Las cosas que ven aquí son lo que podríamos llamar retazos, recuerdos diminutos, motas de polvo que se han escapado por las rendijas. Ahora he iniciado un nuevo proyecto que al final hará que todo esto parezca un juego de niños. -El hombre calló un momento, acercó una cerilla al cigarro apagado y luego dio varias caladas hasta que su cara estuvo envuelta en humo-. El año pasado Willie y yo hicimos un viaje a Inglaterra e Irlanda. No hemos viajado mucho, lamento decirlo, y esa breve visión de la vida en el extranjero nos proporcionó un enorme placer. Lo mejor fue descubrir cuántas cosas antiguas hay en esa parte del mundo. Nosotros los norteamericanos estamos siempre demoliendo lo que construimos, destruyendo el pasado para empezar de nuevo, precipitándonos de cabeza hacia el futuro. Pero nuestros primos del otro lado del charco le tienen más cariño a su historia, les consuela saber que pertenecen a una tradición, a antiquísimos hábitos y costumbres. No les aburriré extendiéndome sobre mi amor al pasado. No tienen más que mirar a su alrededor para saber cuánto significa para mí. Mientras estaba allí con Willie, visitando los lugares y los monumentos antiguos, se me ocurrió que tenía la oportunidad de hacer algo en grande. Estábamos en el oeste de Irlanda y un día, cuando íbamos en coche por la campiña, vimos un castillo del siglo XV. No era más que un montón de piedras, en realidad, que se alzaba abandonado en un pequeño valle, con un aspecto tan triste y desamparado que mi corazón se prendó de él. Para abreviar una larga historia, decidí comprarlo y traérmelo a Estados Unidos. Eso llevó algún tiempo, naturalmente. El dueño era un vejete de nombre Muldoon, Lord Patrick Muldoon, y, como es natural, se resistía a vender. Fue necesaria cierta persuasión por mi parte, pero el dinero manda, como se suele decir, y al final conseguí lo que quería. Las piedras del castillo fueron cargadas en camiones y transportadas hasta un barco en Cork. Luego cruzaron el océano, las cargaron otra vez en camiones y nos las trajeron a nuestra finquita en los bosques de Pennsylvania. Fantástico, ¿no? La operación costó un buen puñado de billetes, se lo aseguro, pero ¿qué se podía esperar? Había más de diez

mil piedras y ya pueden imaginarse lo que pesaba esa clase de carga. Pero ¿por qué preocuparse cuando el dinero no es un obstáculo? El castillo llegó hace menos de un mes, y mientras estamos aquí hablando, está en esta finca, en un prado en el extremo norte de nuestras tierras. Imagínense, caballeros. Un castillo irlandés del siglo xv derruido por Oliver Cromwell. Una ruina histórica del mayor interés, y es propiedad de Willie y mía.

-No estarán pensando en reconstruirlo, ¿verdad? -preguntó Nashe.

Por alguna razón, la idea le parecía grotesca. En lugar de imaginarse el castillo, veía la encorvada figura del viejo Lord Muldoon, rindiéndose con fatiga al trabuco de la fortuna de Flower.

-Willie y yo lo pensamos -contestó Flower-, pero finalmente desechamos la idea por ser poco práctica. Faltan demasiadas piezas.

-Una mezcolanza -dijo Stone-. Para reconstruirlo tendríamos que mezclar nuevos materiales con los viejos. Y eso seria un contrasentido.

-Así que tienen diez mil piedras puestas en un prado -dijo Nashe- y no saben qué hacer con ellas.

-Ya no es así -respondió Flower-. Sabemos exactamente lo que vamos a hacer con ellas. ¿Verdad, Willie?

-Desde luego -afirmó Stone, sonriendo repentinamente con alegría-. Vamos a construir un muro.

-Un monumento, para ser más precisos -dijo Flower-. Un monumento en forma de muro.

-Qué fascinante -comentó Pozzi, su voz rezumando untuoso desprecio-. Me muero de ganas de verlo.

-Sí -dijo Flower, sin percibir el tono burlón del muchacho-, es una solución ingeniosa, aunque esté mal que yo lo diga. En lugar de intentar reconstruir el castillo, vamos a convertirlo en una obra de arte. En mi opinión, no hay nada más misterioso ni bello que un muro. Ya lo estoy viendo: levantándose como una enorme barrera contra el tiempo. Será un monumento conmemorativo de sí mismo, caballeros, una sinfonía de piedras resucitadas, que cada día cantará una endecha por el pasado que llevamos en nuestro interior.

-Un Muro de las Lamentaciones -dijo Nashe.

-Sí- afirmó Flower-, un Muro de las Lamentaciones. Un Muro de las Diez Mil Piedras.

-¿Quién te lo va a hacer, Bill? -preguntó Pozzi-. Si necesitas un buen contratista, quizá pueda ayudarte. ¿O pensáis hacerlo vosotros mismos?

-Creo que ya somos un poco viejos para eso -respondió Flower-. Nuestro factótum contratará a los obreros y supervisará el trabajo diario. Creo que ya le habéis conocido. Se llama Calvin Murks. Es el hombre que os abrió la puerta de la verja.

-¿Y cuándo empiezan las obras? -preguntó Pozzi.

-Mañana -contestó Flower-. Antes tenemos que ocuparnos de una partidita de póquer. Una vez que hayamos terminado con eso, el muro es nuestro próximo proyecto. A decir verdad, hemos estado demasiado ocupados preparándonos para esta noche como para dedicarle mucha

atención. Pero esta noche está ya casi encima y luego pasamos a lo siguiente.

-De naipes a castillos -dijo Stone.

-Exactamente -respondió Flower-. Y de la charla a la comida. Lo crean o no, amigos míos, me parece que es hora de cenar.

Nashe ya no sabía qué pensar. Al principio había tomado a Flower y Stone por un par de amables excéntricos -más bien tontos, quizá, pero esencialmente inofensivos-, pero cuanto más veía de ellos y escuchaba lo que decían, más inciertos se volvían sus sentimientos. El dulce Stone, por ejemplo, cuya actitud era tan humilde y benévola, pasaba sus días construyendo la maqueta de un mundo extraño y totalitario. Desde luego era encantador, desde luego era habilidoso, brillante y admirable, pero había una especie de retorcida lógica de vudú en la cosa, como si debajo de toda la monería y dificultad uno percibiera una insinuación de violencia, un ambiente de crueldad y desquite. También con Flower todo era ambiguo, difícil de precisar. Un momento parecía perfectamente sensato; al siguiente, daba la impresión de un lunático, divagando sin cesar como un completo loco. No había duda de que era simpático, pero incluso su jovialidad parecía forzada, sugiriendo que si no les bombardease con toda aquella charla pedante y excesivamente precisa, tal vez la máscara de camaradería se le caería de la cara. ¿Y qué revelaría? Nashe no se había formado una opinión definida, pero sabía que se sentía cada vez más inquieto. Por lo menos, se dijo, debía observarles atentamente, mantenerse en guardia.

La cena resultó una situación ridícula, una farsa de baja categoría que pareció anular las dudas de Nashe y demostrar que Pozzi tenía razón: Flower y Stone no eran más que dos niños grandes, un par de payasos bobos que no merecían que se les tomara en serio. Cuando bajaron del ala este, la enorme mesa de nogal ya estaba puesta para cuatro. Flower y Stone ocuparon sus puestos habituales en las dos cabeceras y Nashe y Pozzi se sentaron en el medio uno frente a otro. La sorpresa inicial se produjo cuando Nashe miró su mantelito. Era una baratija de plástico que parecía datar de los años cincuenta y sobre la superficie de vinilo estaba estampada una fotografía a todo color de Hopalong Cassidy, el vaquero estrella de las viejas películas de las sesiones matinales de los sábados. La primera reacción de Nashe fue interpretarlo como un deliberado detalle kitsch, un pequeño gesto de humor por parte de sus anfitriones, pero luego llegó la comida, y ésta resultó ser un banquete infantil, una cena adecuada para niños de seis años: hamburguesas entre panecillos blan cos sin tostar, botellas de Coca-Cola con una pajita de plástico asomando por la boca, patatas fritas, mazorcas de maíz y un recipiente de salsa de tomate en forma de tomate. Aparte de la ausencia de gorros de papel y matasuegras, aquello le recordó a Nashe las fiestas de cumpleaños a las que asistía de pequeño. No paraba de mirar a Louise, la doncella negra que les servía, buscando en su expresión algo que revelara la broma, pero ella no sonrió ni una vez y hacía su trabajo con toda la solemnidad de una

camarera de un restaurante de cuatro tenedores. Para empeorar las cosas, Flower comía con la servilleta de papel metida por el cuello de la camisa (probablemente para evitar salpicarse el traje blanco), y cuando vio que Stone se había dejado la mitad de su hamburguesa se inclinó hacia adelante con un brillo glotón en los ojos y le preguntó a su amigo si podía terminársela él. Stone estaba encantado de complacerle, pero, en lugar de pasarle el plato, sencillamente cogió con los dedos la hamburguesa a medio comer, se la tendió a Pozzi y le pidió que se la diera a Flower. Por la expresión de la cara de Pozzi en ese momento, Nashe pensó que estaba a punto de arrojársela al gordo, gritando algo como ¡Cógela! o ¡Piensa rápido! mientras la carne volaba por el aire. De postre, Louise trajo cuatro platos de jalea de frambuesa, cada uno coronado con un pequeño montículo de nata y una cereza glaseada.

Lo más extraño de la cena fue que nadie dijo nada sobre ella. Flower y Stone se comportaban como si fuese perfectamente normal que los adultos comiesen así, y ninguno de los dos ofreció disculpas ni explicaciones. En un momento dado Flower mencionó que ellos siempre tomaban hamburguesas los lunes por la noche, pero eso fue todo. Por lo demás, la conversación transcurrió igual que antes (es decir, Flower peroró largamente y los demás le escucharon), y cuando estaban masticando las últimas patatas fritas la charla había vuelto al tema del póquer. Flower enumeró todas las razones por las que el juego le resultaba tan atractivo -la sensación de riesgo, el combate mental, su absoluta pureza-, y por una vez pareció que Pozzi le prestaba algo más que una fingida atención. Nashe no dijo nada, sabiendo que era poco lo que podía añadir al tema. Luego la cena acabó y al fin los cuatro se levantaron de la mesa. Flower preguntó si a alguien le apetecía una copa y, cuando Nashe y Pozzi declinaron la invitación, Stone se frotó las manos y dijo:

-Entonces tal vez deberíamos pasar a la otra habitación y abrir la baraja.

Y así empezó la partida.

5

Jugaron en la misma habitación en que les habían servido la merienda. Habían colocado una gran mesa plegable en un espacio abierto entre el sofá y las ventanas, y cuando vio aquella superficie de madera desnuda y las cuatro sillas vacías puestas a su alrededor, Nashe comprendió repentinamente cuánto estaba en juego para él. Aquélla era la primera vez que se enfrentaba seriamente a lo que estaba haciendo, y la fuerza de esa conciencia vino muy bruscamente, con una aceleración del pulso y un frenético martilleo en la cabeza. Estaba a punto de jugarse su vida en aquella mesa, y la locura de ese riesgo le llenó de una especie de temor reverencial.

Flower y Stone se entregaron a sus preparativos con una obstinada, casi inexorable resolución, y mientras miraba cómo

contaban las fichas y examinaban las barajas selladas Nashe comprendió que no iba a ser sencillo, que el triunfo de Pozzi no era ni mucho menos seguro. El muchacho había salido a buscar sus cigarrillos al coche y cuando entró en la habitación ya iba fumando, dando cortas y nerviosas caladas a su cigarrillo. El ambiente festivo de hacía un rato pareció desvanecerse en aquel humo, y todos se pusieron tensos de repente por la expectación. Nashe hubiera deseado tener un papel más activo en lo que iba a suceder, pero aquél era el trato que había hecho con Pozzi: una vez que se repartiera la primera carta, él quedaría al margen y a partir de ese momento no podría hacer nada excepto esperar y mirar.

Flower se dirigió al otro extremo de la habitación, abrió una caja fuerte en la pared que había al lado de la mesa de billar y pidió a Nashe y a Pozzi que se acercaran a mirar en su interior.

-Como pueden ver -dijo- está completamente vacía. He pensado que podríamos usarla como banco. Las fichas se cambian por dinero en efectivo y el dinero lo metemos aquí. Una vez que hayamos terminado, abrimos la caja de nuevo y repartimos el dinero de acuerdo con lo sucedido. ¿Alguno de ustedes tiene algo que objetar? -Ninguno objetó nada y Flower continuó-: En interés de la justicia, me parece que todos deberíamos participar con la misma cantidad. El veredicto será más decisivo de ese modo, y puesto que Willie y yo no jugamos únicamente por el dinero, aceptaremos encantados cualquier cantidad que decidan. ¿Qué me dice, señor Nashe? ¿Cuánto pensaba gastar en avalar a su hermano?

-Diez mil dólares -contestó Nashe-. Si no es problema para usted creo que me gustaría convertir en fichas la cantidad total antes de empezar.

-Excelente -dijo Flower-. Diez mil dólares es una buena cifra redonda.

Nashe vaciló un momento y luego dijo:

-Un dólar por cada piedra de su muro.

-Ciertamente -respondió Flower con un ligero tono condescendiente-. Y si Jack hace bien su trabajo, puede que tenga usted suficiente para construirse un castillo cuando hayamos terminado.

-Un castillo en España, quizá -intervino Stone de pronto.

Luego, sonriendo por su propia frase ingeniosa, se tiró al suelo inesperadamente, metió el brazo bajo la mesa de billar y sacó una pequeña bolsa. Aún en cuclillas sobre la alfombra, abrió la bolsa y empezó a sacar fajos de mil dólares en billetes, dejándolos de uno en uno, con un golpe seco, sobre la superficie de fieltro. Cuando hubo contado veinte de estos fajos, cerró la cremallera de la bolsa, la empujó debajo de la mesa y se puso de pie.

-Aquí tienes -le dijo a Flower-. Diez mil para ti y diez mil para mí.

Flower preguntó a Nashe y a Pozzi si deseaban contar el dinero, y Nashe se sorprendió cuando el muchacho dijo que sí. Mientras Pozzi contaba meticulosamente los fajos pasando los billetes con el índice,

Nashe sacó diez billetes de mil dólares de su cartera y los puso suavemente sobre la mesa de billar. Por la mañana temprano había ido a un banco en Nueva York y había convertido su multitud de billetes de cien en aquellos monstruosos billetes. No era tanto por la comodidad como por ahorrarse el azoramiento cuando llegase el momento de adquirir las fichas; se daba cuenta de que no quería verse en la situación de tener que soltar pilas de billetes pequeños arrugados sobre la mesa de un extraño. Le parecía que había algo limpio y abstracto en hacerlo de aquella manera, una sensación de asombro matemático al ver su mundo reducido a diez pedazos de papel. Todavía le quedaba un poco, por supuesto, pero dos mil trescientos dólares no era mucho. Había conservado esta reserva en valores más modestos, había metido el dinero en dos sobres y luego se había guardado cada sobre en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta de sport. Por el momento eso era todo lo que tenía: dos mil trescientos dólares y una pila de fichas de póquer de plástico. Si perdía las fichas, no iría muy lejos. Tres o cuatro semanas, tal vez, y luego no tendría ni un orinal donde mear.

Tras una breve discusión, Flower, Stone y Pozzi se pusieron de acuerdo respecto a las reglas del juego. Jugarían póquer descubierto de siete cartas desde el principio hasta el final, sin comodines; béisbol puro y duro, como dijo Pozzi. Si Pozzi se les adelantaba pronto, los otros dos podrían aumentar la cantidad inicial hasta un máximo de treinta mil dólares. Habría un límite de quinientos dólares en las apuestas y la partida continuaría hasta que uno de los jugadores fuese barrido. Si los tres conseguían mantenerse, terminarían al cabo de veinticuatro horas, sin hacer preguntas. Luego, como diplomáticos que acaban de concluir un tratado de paz, se dieron la mano y se acercaron a la mesa de billar para recoger sus fichas.

Nashe tomó asiento detrás del hombro derecho de Pozzi. Ni Flower ni Stone lo mencionaron, pero él sabía que estaría mal visto que paseara por la habitación mientras jugaban. Era parte interesada, después de todo, y tenía que evitar hacer cualquier cosa que pudiera parecer sospechosa. Si casualmente se situaba en un lugar desde donde pudiera ver sus cartas, ellos podrían pensar que Pozzi y él eran unos tramposos que se comunicaban por medio de un código de señales acordado: toses, por ejemplo, o guiños, o rascándose la cabeza. Las posibilidades de engaño eran infinitas. Todos lo sabían y por lo tanto nadie se molestó en decir nada.

Las primeras manos fueron poco espectaculares. Los tres jugaban con cautela, dando vueltas como boxeadores en los primeros asaltos de un combate, poniéndose a prueba con golpes rápidos y fintas, tanteando y adaptándose gradualmente al cuadrilátero. Flower encendió un nuevo puro, Stone mascaba chicle de menta y Pozzi mantenía un cigarrillo encendido entre los dedos de la mano izquierda. Todos estaban pensativos y retraídos, y a Nashe empezó a sorprenderle un poco la falta de conversación. Siempre había asociado el póquer a una especie de charla despreocupada y agresiva, un intercambio de bromas groseras e insultos amistosos, pero aquellos tres eran todo

seriedad, y no pasó mucho rato antes de que Nashe percibiera que un ambiente de auténtico antagonismo se insinuaba en la habitación. Los sonidos del juego ocuparon su conciencia, como si todo lo demás se hubiera borrado: el tintineo de las fichas, el ruido de las cartas nuevas al ser barajadas antes de cada mano, los secos anuncios de las apuestas y las subidas, los silencios absolutos. Al final, Nashe empezó a coger cigarrillos del paquete que Pozzi tenía sobre la mesa y a encenderlos inconscientemente, sin darse cuenta de que estaba fumando por primera vez en cinco años.

Esperaba una rápida escabechina, una masacre, pero durante las primeras horas Pozzi sólo se mantuvo, ganando aproximadamente un tercio de las manos y haciendo pocos progresos. No le acudían buenas cartas, y varias veces se vio obligado a retirarse después de apostar a las tres o cuatro primeras cartas de una mano. De vez en cuando utilizó su mala suerte para lograr una victoria de farol, pero estaba claro que no quería abusar de esa táctica. Afortunadamente, las apuestas eran bastante bajas al principio, pues nadie se atrevía a subir más de ciento cincuenta o doscientos en ninguna mano, cosa que contribuyó a reducir los daños al mínimo. Pozzi no mostraba señales de pánico. Eso tranquilizó a Nashe, y a medida que pasaba el tiempo pensó que la paciencia del chico les iba a salvar. No obstante, eso significaba renunciar a su sueño de una rápida aniquilación, lo cual era un poco decepcionante. Comprendió que iba a ser una partida intensa y muy reñida y esto demostraba que Flower y Stone ya no eran los mismos jugadores que Pozzi había visto en Atlantic City. Tal vez fueran las lecciones con Sid Zeno la causa del cambio. O tal vez siempre habían sido buenos y habían utilizado la otra partida para atraer a Pozzi a ésta. De las dos posibilidades, Nashe encontraba la segunda mucho más inquietante que la primera.

Luego las cosas dieron un giro para mejor. Justo antes de las once el muchacho se llevó tres mil dólares con ases y reinas y durante la hora siguiente entró en una buena racha, ganando tres de cada cuatro manos y jugando con tal aplomo y astucia que Nashe notó que los otros dos empezaban a hundirse, como si su voluntad vacilase, cediendo visiblemente ante el ataque. Flower adquirió fichas por otros diez mil dólares a medianoche y quince minutos después Stone se levantó para coger cinco mil más. La habitación se había llenado de humo, y cuando Flower finalmente entreabrió unos centímetros una de las ventanas, a Nashe le sobresaltó el estruendo de los grillos que cantaban en la hierba. En ese momento Pozzi tenía delante veintisiete mil dólares, y, por primera vez en toda la noche, Nashe dejó que su mente se apartara del juego, considerando que su concentración ya no era necesaria. Todo estaba bajo control ahora y no podía haber ningún mal en alejarse un poco, en entregarse a alguna fantasía sobre el futuro. Aunque más tarde le pareció incongruente, hasta empezó a pensar en instalarse en algún sitio, en marcharse a Minnesota y comprar allí una casa con el dinero que iba a ganar. Los precios eran bajos en esa parte del país y seguramente habría suficiente para pagar la entrada. Después hablaría

con Donna para que Juliette volviese a vivir con él y luego quizá utilizase sus contactos en Boston para que le consiguiesen un puesto en el cuerpo de bomberos de Northfield. Se acordó de que allí los coches de bomberos eran verde pálido y le hizo gracia pensarlo. Se preguntó cuántas otras cosas serían distintas en el Medio Oeste y cuántas serían lo mismo.

Abrieron una baraja nueva a la una y Nashe aprovechó la interrupción para excusarse e ir al cuarto de baño. Tenía toda la intención de volver enseguida, pero una vez que hizo funcionar el wáter y salió al pasillo poco iluminado, notó lo agradable que resultaba estirar las piernas. Estaba cansado de estar sentado en una postura incómoda durante tantas horas y, puesto que ya estaba de pie, decidió darse una vueltecita por la casa para tomarse un respiro. A pesar de su agotamiento, estaba pletórico de felicidad y excitación y no tenía ganas de regresar aún. Durante los siguientes tres o cuatro minutos avanzó a tientas por las habitaciones que Flower les había enseñado antes de la cena, ahora a oscuras, tropezando con los marcos de las puertas y con los muebles, hasta que se encontró en el vestíbulo principal. Había una lámpara encendida en lo alto de la escalera y al levantar los ojos hacia ella se acordó de pronto del taller de Stone en el ala este. Dudó de si podía subir allí sin permiso, pero el deseo de volver a ver la maqueta era demasiado fuerte como para resistirse a él. Desechando sus escrúpulos, se cogió al pasamanos y empezó a subir los peldaños de dos en dos.

Pasó casi una hora contemplando la Ciudad del Mundo, examinándola como no había podido hacerlo antes, sin la distracción de tratar de ser cortés, sin los comentarios de Flower zumbando en sus oídos. Esta vez pudo sumergirse en los detalles, desplazándose lentamente de una parte a otra de la maqueta, estudiando los diminutos detalles arquitectónicos, la primorosa aplicación de los colores, la vívida, a veces asombrosa expresión en las caras de las minúsculas figuras de tres centímetros. Vio cosas que se le habían escapado por completo durante la primera visita, y muchos de estos descubrimientos se caracterizaban por mordaces rasgos de humor: un perro meando contra una boca de riego frente al Palacio de Justicia; un grupo de veinte hombres y mujeres que marchaban por la calle, todos con gafas; un ladrón enmascarado resbalando en una piel de plátano en un callejón. Pero estos aspectos jocosos sólo hacían que los otros elementos resultaran más ominosos, y al cabo de un rato Nashe se encontró concentrándose casi exclusivamente en la prisión. En una esquina del patio los internos charlaban en pequeños grupos, jugaban al baloncesto o leían libros; pero luego, con una especie de horror, vio a un prisionero con los ojos vendados de pie contra el muro, justo detrás de ellos, a punto de ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué crimen había cometido aquel hombre y por qué le castigaban de aquella manera tan horrible? A pesar de toda la cordialidad y sentimentalismo reflejados en la maqueta, la impresión predominante era de terror, de oscuros sueños paseando tranquilamente por las avenidas a plena luz del día. Una amenaza de

castigo parecía flotar en el aire, como si aquélla fuera una ciudad en guerra consigo misma, luchando por corregirse antes de que llegaran los profetas anunciando la llegada de un Dios asesino y vengador.

Justo cuando estaba a punto de apagar la luz y salir de la habitación, Nashe se dio la vuelta y regresó junto a la maqueta. Plenamente consciente de lo que estaba a punto de hacer y no obstante sin ningún sentimiento de culpa, sin el menor remordimiento, buscó el lugar donde Flower y Stone estaban de pie delante de la pastelería (cada uno con un brazo sobre los hombros del otro, mirando el billete de lotería con la cabeza inclinada), bajó los dedos pulgar y corazón hasta el punto donde sus pies se unían al suelo y dio un tironcito. Las figuras estaban firmemente pegadas, así que lo intentó de nuevo, esta vez con una rápida e impulsiva sacudida. Se oyó un crujido sordo y un momento después tenía a los dos hombres de madera en la palma de la mano. Casi sin molestarse en mirarlos, se metió el recuerdo en el bolsillo. Era la primera vez que Nashe robaba algo desde que era pequeño. No estaba seguro de por qué lo había hecho, pero lo último que buscaba era una razón. Aunque él mismo no pudiera expresarlo con palabras, sabía que había sido absolutamente necesario. Lo sabía de la misma forma que sabía su propio nombre.

Cuando Nashe ocupó de nuevo su asiento detrás de Pozzi, Stone estaba barajando las cartas, preparándose para repartir la mano siguiente. Eran ya más de las dos, y una mirada a la mesa fue suficiente para que Nashe se percatara de que todo había cambiado, que en su ausencia se habían librado tremendas batallas. La montaña de fichas del muchacho había quedado reducida a un tercio de su tamaño anterior y, si los cálculos de Nashe eran correctos, eso significaba que estaban como al principio, quizá incluso mil o dos mil por debajo. No parecía posible. Pozzi había estado volando alto, al borde de rematar la operación, y ahora parecía que lo tenían acorralado, presionando con fuerza para quebrar su confianza, para aplastarle de una vez por todas. Nashe apenas podía imaginar qué había ocurrido.

-¿Dónde coño has estado? -le preguntó Pozzi en un susurro cargado de furia acumulada.

-Me dormí un rato en el sofá del cuarto de estar -mintió Nashe-. No pude evitarlo. Estaba agotado.

-Mierda. ¿No se te ocurre nada mejor que dejarme plantado? Eres mi amuleto, gilipollas. En cuanto te has ido, el maldito techo ha empezado a caérseme encima.

Flower les interrumpió en ese momento, demasiado contento como para no apresurarse a ofrecer su versión de lo ocurrido.

-Hemos tenido algunas manos fantásticas -dijo tratando de no mostrar su maligna satisfacción-. Su hermano apostó casi todo con un full, pero en la última carta Willie le derrotó con cuatro seises. Luego, pocas manos después, hubo una espectacular confrontación, un duelo a muerte. Al final, mis tres reyes prevalecieron sobre las tres jotas de su

hermano. Se ha perdido grandes emociones, joven, se lo aseguro. Esto es póquer tal y como hay que jugarlo.

Curiosamente, Nashe no se sintió alarmado por estos drásticos reveses. Más bien al contrario, el retroceso de Pozzi tuvo un efecto galvanizante sobre él, y cuanto más frustrado y confuso estaba el muchacho, más parecía crecer la confianza de Nashe, como si fuera precisamente esta situación critica lo que hubiera ido buscando desde el comienzo.

-Tal vez sea hora de inyectar unas pocas vitaminas en la apuesta de mi hermano -dijo, sonriendo por el juego de palabras.3 Metió la mano en los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó los dos sobres con el dinero-. Aquí hay dos mil trescientos dólares. ¿Por qué no compramos más fichas, Jack? No es mucho, pero por lo menos te dará un poco más de margen para desenvolverte.

Pozzi sabía que ése era todo el dinero que Nashe tenía en el mundo, y vaciló antes de aceptarlo.

-Todavía me defiendo -dijo-. Vamos a esperar unas manos a ver qué pasa.

-No te preocupes, Jack -dijo Nashe-. Coge el dinero ahora. Cambiará la racha y te ayudará a ponerte en marcha otra vez. Has tenido un bajón, eso es todo, pero volverás a remontar. Eso pasa muchas veces.

Pero Pozzi no remontaba. A pesar de las nuevas fichas, las cosas seguían yendo en su contra. Ganó alguna que otra mano, pero esas victorias nunca eran lo bastante grandes como para frenar la erosión de sus fondos, y cada vez que sus cartas parecían prometedoras apostaba demasiado y acababa perdiendo, despilfarrando sus recursos en esfuerzos desesperados y sin fortuna. Al amanecer, tenía ochocientos dólares. Sus nervios estaban destrozados, y si Nashe conservaba alguna esperanza de ganar, le bastaba con mirar las manos temblorosas de Pozzi para saber que la hora de los milagros ya había pasado. Fuera, los pájaros empezaban a despertarse y cuando los primeros rayos de luz entraron en la habitación, la cara ojerosa y magullada de Pozzi tenía un aspecto terrible por su palidez. Se estaba convirtiendo en un cadáver ante los ojos de Nashe.

Sin embargo, el espectáculo no había terminado aún. En la mano siguiente a Pozzi le entraron dos reyes ocultos y el as de corazones descubierto, y cuando el cuarto naipe resultó ser otro rey -el rey de corazones- Nashe intuyó que la marea estaba a punto de cambiar de nuevo. Sin embargo las apuestas eran altas y antes de que se diera la quinta carta, al muchacho sólo le quedaban trescientos dólares. Flower y Stone le estaban echando de la partida: no iba a tener suficiente para llegar al final de esa mano. Sin pensarlo siquiera, Nashe se levantó y le dijo a Flower:

-Quiero hacer una proposición.

-¿Una proposición? -dijo Flower-. ¿A qué se refiere?

---

[3] El juego de palabras se basa en que la pronunciación de *stake*, "apuesta", es idéntica a la de *steak*, "solomillo". (*N. de la T.)*

-Casi no nos quedan fichas.

-Bueno, pues compre mas.

-Eso quisiéramos, pero también nos hemos quedado sin dinero.

-Entonces supongo que la partida ha terminado. Si Jack no puede aguantar el resto de la mano, tendremos que darla por acabada. Esas son las reglas que acordamos al principio.

-Lo sé. Pero quiero proponer otra cosa, algo que no es dinero en efectivo.

-Por favor, señor Nashe, nada de pagarés. No le conozco a usted lo suficiente como para darle crédito.

-No le estoy pidiendo crédito. Le ofrezco mi coche como seguridad colateral.

-¿Su coche? ¿Y qué clase de coche es? ¿Un Chevrolet de segunda mano?

-No, es un buen coche. Un Saab de un año en perfecto estado.

-¿Y para qué lo quiero? Willie y yo tenemos ya tres coches en el garaje. No necesitamos otro más.

-Véndalo, entonces. Regálelo. ¿Qué más da? Es lo único que puedo ofrecer. De lo contrario, se acabó la partida. ¿Y por qué ponerle fin cuando no es preciso?

-¿Y cuánto cree usted que vale ese coche suyo?

-No sé. A mí me costó dieciséis mil dólares. Ahora probablemente valdrá por lo menos la mitad, puede que incluso diez.

-¿Diez mil dólares por un coche usado? Le daré tres.

-Eso es absurdo. ¿Por qué no sale a verlo antes de hacer una oferta?

-Porque ahora estoy en mitad de una mano. Y no quiero perder la concentración.

-Entonces déme ocho y asunto concluido.

-Cinco. Es mi última oferta. Cinco mil dólares.

-Siete.

-No, cinco. Lo toma o lo deja, señor Nashe.

-De acuerdo, lo tomo. Cinco mil por el coche. Pero no se preocupe, lo deduciremos de nuestras ganancias. No quisiera endosarle algo que no desea.

-Eso ya lo veremos. Mientras tanto, contemos las fichas y sigamos. No puedo soportar estas interrupciones. Estropean todo el placer.

Pozzi había recibido una transfusión de urgencia, pero eso no significaba que fuera a vivir. Saldría de la crisis actual, quizá, pero en el mejor de los casos las perspectivas a largo plazo seguían siendo dudosas. Nashe había hecho todo lo que podía, no obstante, y eso en sí mismo era un consuelo, incluso un motivo de orgullo. Pero también sabía que las reservas del banco de sangre estaban agotadas. Había ido mucho más allá de lo que había pensado, lo más lejos que le era posible, pero tal vez no fuese suficiente.

Pozzi tenía los dos reyes ocultos y el as y el rey de corazones a la vista. Las dos cartas que Flower tenía descubiertas eran un seis de diamantes y un siete de tréboles, una posible escalera, quizá, poca cosa

comparada con los tres reyes que ya tenía el muchacho. Sin embargo, la mano de Stone era una amenaza potencial. Dos ochos estaban a la vista, y a juzgar por la forma en que había iniciado las apuestas al cuarto naipe (entrando fuerte, con subidas consecutivas de trescientos y cuatrocientos dólares), Nashe sospechaba que sus cartas ocultas escondían cosas buenas. Otra pareja, quizá, o incluso los otros dos ochos. Nashe puso sus esperanzas en que Pozzi sacara el cuarto rey, pero quería que saliera al final, boca abajo en el séptimo reparto. Mientras tanto, pensó, dale dos corazones más. Mejor aún, dale la reina y la jota de corazones. Que parezca que lo está arriesgando todo a una posible escalera de color y luego, al final, dejarlos atónitos con los cuatro reyes.

Stone repartió la quinta carta. Flower recibió un cinco de picas; Pozzi sacó su corazón. No era la reina ni la jota pero era casi igual de buena: el ocho de corazones. El color seguía intacto, y Stone ya no tenía la posibilidad de sacar el cuarto ocho. Mientras Stone se daba a sí mismo el tres de tréboles, Pozzi se volvió a Nashe y le sonrió por primera vez en varias horas. De repente, las cosas parecían prometedoras.

A pesar de su tres, Stone abrió apostando el máximo, los quinientos. Esto desconcertó un poco a Nashe, pero luego pensó que tenía que ser un farol. Trataban de expulsar al muchacho y, teniendo tanto dinero en reserva, podían permitirse el lujo de encajar unos cuantos golpes. Flower fue con su posible escalera y luego Pozzi vio los quinientos y subió otros quinientos, que tanto Stone como Flower igualaron.

La sexta carta de Flower resultó ser la jota de diamantes, y en cuanto la vio resbalar sobre el tapete, dio un suspiro de decepción. Nashe supuso que estaba fuera de combate. Luego, como por encanto, Pozzi recibió el tres de corazones. Cuando Stone sacó el nueve de picas, sin embargo, a Nashe empezó a preocuparle que las cartas de Pozzi fuesen demasiado fuertes. Pero nuevamente Stone hizo una apuesta alta, y aunque Flower se retiró, la mano seguía viva y bien, creciendo cuando entraban en la recta final.

Stone y Pozzi iban cabeza con cabeza en la sexta carta, en un frenesí de subidas y contrasubidas. Cuando terminaron a Pozzi sólo le quedaban mil quinientos dólares para apostar en el último reparto. Nashe había supuesto que la venta del coche les daría una hora o dos más, pero las apuestas habían adquirido tal furia que de pronto todo se reducía a aquella mano. El total apostado era enorme. Si Pozzi ganaba, estaría de nuevo en la carrera, y esta vez Nashe intuía que no habría forma de pararle. Pero tenía que ganar. Si perdía, ése seria el fin.

Nashe sabía que sería demasiado esperar que le saliera el cuarto rey. Las probabilidades en contra eran demasiado grandes. Pero, pasara lo que pasase, era necesario que Stone supusiera que Pozzi tenía color. Los cuatro corazones a la vista indicaban eso, y puesto que el chico estaba entre la espada y la pared, sus fuertes apuestas parecían eliminar la posibilidad de un farol. Aunque la séptima carta fuese filfa,

probablemente los tres reyes le permitirían ganar de todas formas. Era una buena mano, pensó Nashe, y a juzgar por lo que había en la mesa, las probabilidades de que Stone la superara eran escasas.

Pozzi sacó el cuatro de tréboles. A pesar de todo, Nashe no pudo evitar sentirse un poco decepcionado. No tanto porque no le hubiera salido el rey, quizá, como por la ausencia de otro corazón. Fallo del corazón, se dijo, no muy seguro de si era enteramente una broma, y luego Stone se dio a sí mismo la última carta y ya estaban listos para ajustar las cuentas y acabar la mano.

Todo sucedió muy deprisa. Stone, que aún llevaba la delantera con sus dos ochos, puso quinientos. Pozzi vio los quinientos y subió otros quinientos. Stone vio los quinientos de Pozzi, vaciló un segundo o dos con las fichas en la mano y dejó caer quinientos más. Entonces el muchacho, a quien ya no le quedaban más que quinientos, empujó todas sus fichas al centro de la mesa.

-De acuerdo, Willie -dijo-. Veamos qué tienes.

La cara de Stone no revelaba nada. Una a una dio la vuelta a sus cartas ocultas, pero incluso cuando las tres estaban al descubierto, era difícil saber por su expresión si había ganado o perdido.

-Tengo estos dos ochos -dijo-. Y luego tengo este diez (dándole la vuelta) y este otro diez (dándole la vuelta) y también este tercer ocho (dando la vuelta a la séptima carta.)

-¡Un full! -gritó Flower, dando un puñetazo en la mesa-. ¿Con qué puedes responder a eso, Jack?

-Con nada -dijo Pozzi, sin molestarse en volver sus cartas-. Me ha ganado.

El muchacho miró fijamente a la mesa durante unos momentos, como tratando de asimilar lo sucedido. Luego, haciendo acopio de valor, se volvió y sonrió a Nashe.

-Bueno, colega -le dijo-. Parece que tendremos que volver a casa andando.

Pozzi mostraba tal expresión de vergüenza cuando dijo esas palabras, que Nashe sólo pudo sentir lástima por él. Resultaba extraño, pero lo cierto era que lo lamentaba más por el chico que por él. Lo había perdido todo y sin embargo el único sentimiento que había dentro de él era de compasión.

Nashe le dio una palmada en el hombro a Pozzi como para tranquilizarle, y entonces oyó que Flower se echaba a reír.

-Espero que lleven zapatos cómodos, muchachos -dijo el gordo-. Debe haber sus buenos ciento setenta o ciento ochenta kilómetros de aquí a Nueva York.

-Para el carro, gordinflón -dijo Pozzi, olvidando al fin sus buenos modales-. Te debemos cinco mil pavos. Te dejaremos una señal, tú nos das el coche y te devolveremos el dinero dentro de una semana.

Flower, sin inmutarse por el insulto, se rió de nuevo.

-Ah, no -dijo-. Ese no es el trato que hice con el señor Nashe. Ahora el coche me pertenece a mí. Si no tienen ninguna otra forma de volver a casa, tendrán que ir andando. Así están las cosas.

-¿Qué clase de jugador de póquer de mierda eres, cara de hipopótamo? -dijo Pozzi-. Por supuesto que aceptarás nuestra señal. Así es como se hace.

-Lo he dicho antes -respondió Flower tranquilamente- y lo repito ahora. No hay crédito. Seria un idiota si me fiara de un par como vosotros. En cuanto os fuerais de aquí con el coche no volvería a ver mi dinero.

-Está bien, está bien -dijo Nashe, tratando apresuradamente de improvisar una solución-. Nos lo jugamos a la carta más alta. Si yo gano, usted nos devuelve el coche. Así de simple. Un solo corte y se acabó.

-De acuerdo -dijo Flower-. ¿Pero qué pasa si no gana?

-Entonces le debo diez mil dólares -contestó Nashe.

-Debería pensárselo bien, amigo -dijo Flower-. Ésta no ha sido su noche de suerte. ¿Por qué empeorar las cosas para usted?

-Porque necesitamos el coche para marcharnos de aquí, imbécil -dijo Pozzi.

-De acuerdo -repitió Flower-. Pero recuerde que se lo advertí.

-Baraja las cartas, Jack -dijo Nashe-, y luego pásaselas al señor Flower. Le dejaremos que corte él primero.

Pozzi abrió una nueva baraja, descartó los comodines y barajó como le había pedido Nashe. Con exagerada ceremonia, se inclinó hacia adelante y dejó la baraja frente a Flower con un golpe seco. El gordo no titubeó. No tenía nada que perder, después de todo, así que alargó la mano rápidamente y levantó la mitad de la baraja entre el pulgar y el dedo corazón. Un momento después mostró en alto el siete de corazones. Stone se encogió de hombros al verlo, y Pozzi batió palmas, sólo una vez, con mucha fuerza, celebrando el mediocre corte.

Entonces Nashe cogió la baraja en las manos. Se sentía absolutamente vacío por dentro y por un breve instante se maravilló de lo ridículo que era aquel pequeño drama. Justo antes de cortar, pensó: Éste es el momento más ridículo de mi vida. Luego le guiñó un ojo a Pozzi, levantó las cartas y sacó el cuatro de diamantes.

-¡Un cuatro! -chilló Flower, dándose una palmada en la frente para mostrar su incredulidad-. ¡Un cuatro! ¡Ni siquiera ha podido superar mi siete!

Después todo fue silencio. Pasó un largo momento y luego, con una voz que sonaba más fatigada que triunfante, Stone dijo:

-Diez mil dólares. Parece que hemos dado de nuevo con el número mágico.

Flower se recostó en su asiento, chupó su cigarro durante unos momentos y estudió a Nashe y a Pozzi como si los viera por primera vez. Su expresión hizo que Nashe pensara en el director de un instituto sentado en su despacho frente a un par de chicos delincuentes. Más que cólera, su cara reflejaba perplejidad, como si le hubieran planteado un problema filosófico que aparentemente no tenía solución. Habría que imponer un castigo, eso era indudable, pero por el momento no parecía

saber qué sugerir. No deseaba ser muy severo, pero tampoco demasiado indulgente Necesitaba algo proporcionado al delito, un castigo justo que tuviera un valor educativo; no el castigo por el castigo, sino algo creativo, algo que les diera una lección a los culpables.

-Creo que tenemos un dilema -dijo al fin.

-Sí -contestó Stone-. Un verdadero dilema. Lo que podríamos llamar un caso.

-Estos dos tipos nos deben dinero -continuó Flower, actuando como si Nashe y Pozzi ya no estuvieran allí-. Si les dejamos marchar, nunca nos lo devolverán. Pero si no les dejamos marchar, no tendrán oportunidad de conseguir el dinero que nos deben.

-Entonces supongo que sencillamente tendréis que confiar en nosotros -dijo Pozzi-. ¿No es así, Bola de Sebo?

Flower hizo caso omiso del comentario de Pozzi y se volvió a Stone.

-¿Qué opinas, Willie? -le preguntó-. Es un dilema, ¿no?

Mientras escuchaba esta conversación, Nashe se acordó de pronto del fideicomiso de Juliette. Probablemente no seria difícil retirar diez mil dólares del mismo, pensó. Una llamada al banco de Minnesota pondría las cosas en marcha y al final del día el dinero estaría ingresado en la cuenta de Flower y Stone. Era una solución práctica, pero una vez que estudió las consecuencias en su mente, la rechazó, horrorizado de haber considerado siquiera tal posibilidad. La ecuación era demasiado terrible: pagar sus deudas de juego robándole el futuro a su hija. Pasara lo que pasase, eso quedaba descartado. Él se había buscado aquel problema y ahora tendría que tragarse la píldora. Como un hombre, pensó. Tendría que tragársela como un hombre.

-Sí -dijo Stone, reflexionando sobre el último comentario de Flower-, es un problema difícil; ciertamente. Pero eso no quiere decir que no se nos ocurra algo. -Se sumió en sus pensamientos durante diez o quince segundos y luego su cara empezó a animarse gradualmente-. Claro -dijo-, siempre está el muro.

-¿El muro? -dijo Flower-. ¿Qué quieres decir con eso?

-El muro -dijo Stone-. Alguien tiene que construirlo.

-Ah... -murmuró Flower, comprendiendo al fin-. ¡El muro! Una idea brillante, Willie. Diablos, creo que esta vez realmente te has superado a ti mismo.

-Un trabajo honrado por un salario honrado -dijo Stone.

-Exactamente -dijo Flower-. Y poco a poco la deuda quedará saldada.

Pero Pozzi no estaba dispuesto a aceptar semejante cosa. En el instante en que se dio cuenta de lo que proponían, la boca se le abrió literalmente de asombro.

-Estaréis de broma, ¿no? -dijo-. Si creéis que yo voy a hacer eso, es que estáis mal de la cabeza. Ni pensarlo. Es que ni de coña, vamos. -Luego, empezando a levantarse de la silla, se volvió a Nashe y le dijo-: Vámonos, Jim, larguémonos de aquí. Estos dos tipos están llenos de mierda.

-Tranquilo, muchacho -dijo Nashe-. No perdemos nada por escuchar. Tenemos que encontrar una solución, después de todo.

-¡Que no perdemos nada! -gritó Pozzi-. Están de atar, ¿es que no lo ves? Están completamente locos.

La agitación de Pozzi tuvo un efecto curiosamente calmante sobre Nashe, como si cuanto más vehemente se volvía la actitud del muchacho, más necesario encontrara Nashe conservar la cabeza clara. No había duda de que la situación había tomado un giro extraño, pero Nashe se dio cuenta de que en cierta forma lo había estado esperando, y ahora que había sucedido, no sentía pánico. Se sentía lúcido, absolutamente dueño de sí.

-No te preocupes, Jack -le dijo-. El que nos hagan una oferta no quiere decir que tengamos que aceptarla. Es una cuestión de modales, nada más. Si tienen algo que decirnos, les debemos la cortesía de escucharles.

-Es una pérdida de tiempo -masculló Pozzi, volviendo a sentarse-. No se negocia con los locos. Si lo haces, te joden el cerebro.

-Me alegro de que trajeras a tu hermano -dijo Flower, dando un suspiro de disgusto-. Por lo menos hay un hombre razonable con quien hablar.

-Mierda -dijo Pozzi-. No es mi hermano. No es más que un tipo al que conocí el sábado pasado. Apenas le conozco.

-Bueno, tanto si sois parientes como si no -dijo Fíower-, tienes suerte de que esté aquí. Porque lo cierto es, jovencito, que tienes ante ti un montón de problemas. Tú y Nashe nos debéis diez mil dólares, y si tratáis de marcharos sin pagar, llamaremos a la policía. Es así de sencillo.

-Ya he dicho que les escucharíamos -interrumpió Nashe-. No es preciso amenazarnos.

-Yo no estoy amenazando -contestó Flower-. Estoy presentándoles los hechos. O bien se muestran dispuestos a colaborar y llegamos a un acuerdo amistoso, o tomamos medidas más drásticas. No hay otra alternativa. A Willie se le ha ocurrido una solución, una solución sumamente ingeniosa en mi opinión, y a menos que ustedes tengan algo mejor que ofrecer, creo que deberíamos concretar el asunto.

-Las condiciones -dijo Stone-. Jornal por hora, vivienda, manutención. Los detalles prácticos. Probablemente es mejor dejar sentado todo eso antes de empezar.

-Pueden vivir allí mismo, en el prado -dijo Flower-. Hay un remolque, lo que llaman una casa móvil. No se ha usado desde hace algún tiempo, pero está en perfectas condiciones. Calvin vivió allí hace unos años mientras le construíamos su casa. Así que no hay problema de alojamiento. Lo único que tienen que hacer es instalarse.

-Tiene cocina -añadió Stone-. Una cocina totalmente equipada. Nevera, fogón, fregadero, todas las comodidades modernas. Un pozo para el agua, una toma eléctrica, calefacción por el suelo. Pueden cocinar allí y comer lo que quieran. Calvin les llevará las provisiones, él les proporcionará cualquier cosa que le pidan. No tienen más que darle

una lista de la compra cada día y él irá al pueblo y les comprará lo que necesiten.

-Les daremos ropa de faena, naturalmente -dijo Fíower-, y si quieren alguna otra cosa basta con que la pidan. Libros, periódicos, revistas. Una radio. Más mantas y toallas. Juegos. Lo que deseen. Después de todo, no queremos que estén incómodos. Mirándolo bien, puede que hasta lo disfruten. El trabajo no será demasiado agotador y estarán al aire libre con este hermoso tiempo. Serán unas vacaciones de trabajo, por así decirlo, un breve y terapéutico respiro de sus vidas normales. Y cada día verán alzarse una nueva sección del muro. Eso será enormemente satisfactorio, creo yo: ver los frutos tangibles de su esfuerzo, dar unos pasos atrás y contemplar el progreso realizado. Poco a poco, la deuda quedará saldada, y cuando llegue el momento de partir, no sólo saldrán de aquí como hombres libres sino que habrán dejado algo importante tras de sí.

-¿Cuánto tiempo cree usted que llevará? -preguntó Nashe.

-Eso depende -respondió Stone-. Cobrarán a tanto la hora. Una vez que sus ganancias totales hayan alcanzado la suma de diez mil dólares, serán libres de irse.

-¿Qué pasa si terminamos el muro antes de haber ganado los diez mil dólares?

-En ese caso -dijo Flower-, consideraremos que la deuda está pagada.

-Y si no terminamos, ¿cuánto piensa pagarnos?

-Algo proporcionado a la tarea. El salario normal de un obrero que hace esa clase de trabajo.

-¿Es decir?

-Cinco o seis dólares la hora.

-Es demasiado bajo. Ni siquiera consideraremos la oferta por menos de doce.

-Esto no es cirugía del cerebro, señor Nashe. Es trabajo no cualificado. Poner una piedra sobre otra. No hacen falta muchos estudios para hacer eso.

-De todas formas no vamos a hacerlo por seis dólares la hora. Si no puede mejorar su oferta, ya puede ir llamando a la policía.

-Ocho, entonces. Es mi última oferta.

-Sigue sin ser suficiente.

-Es usted un terco, ¿eh? ¿Qué tal si lo subiera hasta diez? ¿Qué diría entonces?

-Vamos a hacer cálculos y luego veremos.

-Bien. No nos llevará más de un segundo. Diez dólares cada uno son veinte dólares. Si le echan una media de diez horas de trabajo diarias, digamos, sólo para que las cuentas sean sencillas, estarán ganando doscientos dólares al día. Diez mil dividido por doscientos son cincuenta días. Como estamos a finales de agosto, acabarán de pagar más o menos a mediados de octubre. No es tanto tiempo. Habrán terminado justo cuando las hojas empiecen a cambiar de color.

Poco a poco, Nashe se encontró cediendo a la idea, aceptando gradualmente el muro como la única salida del apuro. Tal vez el agotamiento contribuía a ello -la falta de sueño, la incapacidad de seguir pensando-, pero creía que no era eso. ¿Adónde iba a ir, de todas formas? No tenía dinero, no tenía coche, su vida era una ruina. Aunque no fuera más que eso, quizá esos cincuenta días le darían una oportunidad de hacer inventario, de quedarse quieto por primera vez en más de un año y reflexionar sobre el paso siguiente que debía dar. Era casi un alivio que la decisión ya no dependiera de él, saber que al fin había dejado de correr. Más que un castigo, el muro sería una cura, un camino sin retorno de regreso a la tierra.

Sin embargo, el muchacho estaba fuera de sí, y durante toda la conversación había estado emitiendo ruidos de disgusto y mal humor, horrorizado de la aquiescencia de Nashe y el demencial regateo respecto al jornal. Antes de que Nashe pudiese sellar el trato con un apretón de manos con Flower, Pozzi le agarró por un brazo y anunció que tenía que hablar con él a solas. Luego, sin molestarse en esperar una respuesta, arrancó a Nashe de su asiento con un tirón y lo arrastró hasta el vestíbulo cerrando la puerta de una patada.

-Venga -dijo, aún tirando del brazo de Nashe-. Vámonos. Es hora de marcharse.

Pero Nashe se soltó de su mano y se mantuvo firme.

-No podemos marcharnos -dijo-. Les debemos dinero y a mí no me apetece que me lleven a la cárcel.

-Sólo están faroleando. No pueden meter a la pasma en esto.

-Estás equivocado, Jack. Los tipos que tienen esa cantidad de dinero pueden hacer lo que les dé la gana. En cuanto esos dos les llamaran, los polis vendrían antes de que nos hubiéramos alejado un kilómetro.

-Pareces asustado, Jim. No es buena señal. Te pones feo.

-No estoy asustado. Sólo quiero ser listo.

-Loco, querrás decir. Sigue así, colega, y muy pronto estarás tan loco como ellos.

-Son menos de dos meses, Jack, no es tan terrible. Nos darán de comer, un sitio donde vivir, y antes de que te enteres, nos habremos ido. A lo mejor incluso nos divertimos.

-¿Divertirnos? ¿Le llamas divertirse a levantar piedras? A mí me suena a trabajos forzados.

-No va a matarnos. No por cincuenta días. Además, el ejercicio probablemente nos sentará bien. Es como el levantamiento de pesas. La gente paga un montón de dinero por hacer eso en los gimnasios. Ya hemos pagado la cuota, así que más vale que la aprovechemos.

-¿Cómo sabes que sólo serán cincuenta días?

-Porque ése es el acuerdo.

-¿Y qué pasa si no cumplen el acuerdo?

-Escucha, Jack, no te preocupes tanto. Si tropezamos con algún problema, ya lo resolveremos.

-Es una equivocación fiarse de esos cabrones, te lo digo yo.

-Entonces puede que tengas razón, puede que debas irte ahora. Fui yo el causante de este lío, así que la deuda es responsabilidad mía.

-Soy yo el que perdió.

-Tú perdiste el dinero, pero fui yo el que cortó y perdió el coche.

-¿Quieres decir que te quedarías aquí tú solo?

-Eso es lo que estoy diciendo.

-Entonces es que estás realmente loco, ¿no?

-¿Qué importa que lo esté? Tú eres libre, Jack. Puedes largarte ahora y no te lo reprocharé. Prometido. No te guardaré ningún rencor.

Pozzi miró a Nashe durante un largo momento, debatiéndose con la elección que acababan de darle, buscando en los ojos de Nashe para ver si realmente hablaba en seno. Luego, muy despacio, empezó a formarse una sonrisa en su cara, como si acabara de comprender cuál era la gracia de un oscuro chiste.

-Mierda -dijo-. ¿De veras crees que te dejaría aquí solo, viejo? Si hicieras ese trabajo tú solo, probablemente te quedarías seco de un ataque al corazón.

Nashe no esperaba aquello. Había dado por supuesto que Pozzi se apresuraría a aceptar su ofrecimiento, y durante esos momentos de certidumbre ya había empezado a imaginar cómo sería vivir solo en el prado, tratando de resignarse a aquella soledad, llegando a tal punto de aceptación que casi comenzaba a darle la bienvenida. Pero ahora que el muchacho estaba incluido se alegraba de ello. Cuando volvían a la sala para comunicar su decisión, se sintió aturdido al darse cuenta de lo contento que estaba.

Pasaron la hora siguiente poniéndolo todo por escrito, redactando un documento que consignaba los términos del acuerdo en un lenguaje lo más claro posible, con cláusulas que especificaban la cantidad de la deuda, las condiciones de la devolución, el jornal por hora, etc. Stone lo mecanografió por duplicado y luego firmaron los cuatro. Después de eso, Flower dijo que se iba a buscar a Murks para hacer los preparativos necesarios en lo relativo al remolque, las obras y la compra de provisiones. Aquello le llevaría varias horas, dijo, y mientras tanto ellos podían desayunar en la cocina si tenían apetito. Nashe le hizo una pregunta respecto al diseño del muro, pero Flower le contestó que no se preocupara por eso. Él y Stone ya habían terminado los planos y Murks sabía exactamente lo que había que hacer. Mientras siguieran las instrucciones de Calvin, nada podía salir mal. Con esa nota de optimismo, el gordo salió de la habitación, y Stone condujo a Nashe y Pozzi a la cocina, donde le pidió a Louise que les preparara el desayuno. Luego, murmurando una breve y azorada despedida, el delgado desapareció también.

La sirvienta estaba visiblemente molesta por tener que hacerles el desayuno y, mientras se dedicaba a batir los huevos y freír el bacon, mostró su desagrado negándose a dirigirles la palabra a ninguno de los dos, mascullando por lo bajo una ristra de improperios y comportándose como si la tarea fuese un insulto a su dignidad. Nashe se dio cuenta de que las cosas habían cambiado radicalmente para

ellos. Pozzi y él habían sido privados de su rango y en adelante ya no se les trataría como a invitados. Habían sido rebajados al nivel de jornaleros, vagabundos que vienen a mendigar las sobras por la puerta trasera. Era imposible no notar la diferencia, y mientras estaba sentado esperando la comida se preguntó cómo se habría enterado Louise tan rápidamente de su degradación. El día anterior ella se había mostrado perfectamente cortés y respetuosa; ahora, sólo dieciséis horas después, apenas podía disimular su desprecio por ellos. Y sin embargo, ni Flower ni Stone le habían dicho nada. Era como si un comunicado secreto hubiese sido retransmitido silenciosamente por toda la casa, informándola de que él y Pozzi ya no contaban, que habían sido relegados a la categoría de pobres diablos.

Pero el desayuno era excelente y ambos comieron con considerable apetito, devorando grandes cantidades de tostadas con varias tazas de café. No obstante, una vez que sus estómagos estuvieron llenos, en un estado de sopor y durante la siguiente media hora lucharon por mantener los ojos abiertos fumando los cigarrillos de Pozzi. La larga noche les había alcanzado al fin y ninguno de los dos parecía capaz de hablar más. De hecho, el muchacho se durmió en su silla y después de eso Nashe permaneció durante mucho rato mirando al vacío sin ver nada, mientras su cuerpo se rendía a un profundo y lánguido agotamiento.

Murks llegó unos minutos después de las diez, irrumpiendo en la cocina con un estrépito de botas de trabajo y llaves tintineantes. El ruido hizo que Nashe volviera a la vida inmediatamente y estaba de pie antes de que Murks se acercara a la mesa. Pozzi siguió durmiendo, sin embargo, inconsciente del jaleo que le rodeaba.

-¿Qué le pasa? -dijo Murks, señalando con el pulgar a Pozzi.

-Ha tenido una noche muy dura -dijo Nashe.

-Ya, bueno, por lo que he oído tampoco te fueron muy bien las cosas.

-Yo no necesito dormir tanto como él.

Murks consideró el comentario durante un momento y luego dijo:

-Jack y Jim, ¿no? ¿Cuál de los dos eres tú?

-Jim.

-Supongo que eso quiere decir que tu amigo es Jack.

-Buena deducción. A partir de ahí, el resto es fácil. Yo soy Jim Nashe y él es Jack Pozzi. No creo que te cueste demasiado aprendértelo.

-Sí, ya recuerdo. Pozzi. ¿Qué es, una especie de hispano o algo así?

-Más o menos. Es descendiente directo de Cristóbal Colón.

-¿De veras?

-¿Iba yo a inventarme una cosa así?

Murks se quedó callado otra vez, como tratando de asimilar esta curiosa información. Luego, mirando a Nashe con sus ojos azul pálido, cambió bruscamente de tema.

-He sacado tus cosas del coche y las he puesto en el todoterreno -dijo-. Las maletas y todas esas cintas. Me figuré que querrías tenerlas contigo. Dicen que vas a estar aquí algún tiempo.

-¿Y el coche?

-Me lo llevé a mi casa. Si quieres, puedes firmar los papeles del registro mañana. No hay prisa.

-¿Quieres decir que te han dado el coche a ti?

-¿A quién si no? Ellos no lo querían y Louise acaba de comprarse un coche nuevo el mes pasado. Parece un buen coche. Se conduce muy bien.

La afirmación de Murks le golpeó como un puño en el estómago y por un momento se encontró conteniendo las lágrimas. No se le había ocurrido pensar en el Saab y ahora, de repente, la sensación de pérdida fue absoluta, como si acabaran de decirle que su mejor amigo había muerto.

-Claro -dijo, haciendo un gran esfuerzo para no mostrar sus sentimientos-. Tráeme los papeles mañana.

-Bien. Hoy estaremos muy ocupados de todas formas. Hay mucho que hacer. Primero tenéis que instalaros y luego os enseñaré los planos y daremos una vuelta por el lugar. No te puedes figurar cuántas piedras hay. Es como una montaña, eso es lo que es, una verdadera montaña. Nunca en mi vida he visto tantas piedras.

6

No había camino de la casa al prado, por lo que Murks metió el todoterreno directamente por el bosque. Al parecer tenía mucha práctica y se lanzó a una velocidad frenética, maniobrando por entre los árboles con bruscas curvas cerradas y saltando temerariamente sobre las piedras y las raíces descubiertas. El todoterreno hacia un ruido tremendo y los pájaros y las ardillas salían despavoridos cuando se aproximaban, huyendo atropelladamente a través de la oscuridad cubierta de hojas. Cuando Murks llevaba conduciendo de esta forma unos quince minutos, el cielo se iluminó de pronto y se encontraron en un borde herboso tachonado de arbustos bajos y delgados retoños. El prado estaba frente a ellos. Lo primero en que se fijó Nashe fue el remolque -una estructura verde claro apoyada sobre varias hileras de bloques de madera- y luego, en el otro extremo del prado, vio los restos del castillo de Lord Muldoon. Contrariamente a lo que Murks le había dicho, las piedras no formaban una montaña sino una serie de montañas, una docena de montones desordenados que se alzaban del suelo en diferentes ángulos y elevaciones, un caos de escombros desparramados como un juego de construcción infantil. El prado mismo era mucho más grande de lo que Nashe había creído. Rodeado de bosques por los cuatro costados, parecía cubrir una extensión más o menos equivalente a tres o cuatro campos de fútbol: era un inmenso territorio de hierba corta y áspera, tan plano y silencioso como el fondo de un lago. Nashe se dio la vuelta y buscó la casa con la mirada, pero ya no estaba a la vista. Había imaginado que Flower y Stone estarían en una ventana observándoles con un telescopio o unos prismáticos, pero

el bosque se interponía misericordiosamente. El mero hecho de saber que quedaban ocultos a su vista era de agradecer, y en esos primeros momentos después de bajarse del todoterreno empezó a sentir que ya había recobrado una parte de su libertad. Sí, el prado era un lugar desolado, pero también tenía cierta belleza triste, un aire de lejanía y calma que casi podía calificarse de consolador. No sabiendo qué otra cosa pensar, Nashe trató de animarse con eso.

El remolque no estaba mal. Dentro hacía calor y estaba polvoriento, pero era lo suficientemente espacioso como para que dos personas pudieran vivir allí con relativa comodidad: una cocina, un cuarto de baño, un cuarto de estar y dos dormitorios pequeños. La electricidad funcionaba, el wáter también, y cuando Murks abrió el grifo del fregadero salió agua. El mobiliario era escaso y tenía un aspecto apagado e impersonal, pero no era peor que el que se encuentra en el típico motel barato. Había toallas en el cuarto de baño, la cocina estaba equipada con cacharros, platos y cubiertos, en las camas había sábanas y mantas. Nashe se sintió aliviado, pero Pozzi no dijo apenas nada, haciendo todo el recorrido como si su mente estuviera en otra parte. Todavía pensando en el póquer, supuso Nashe. Decidió dejar tranquilo al chico, pero le era difícil no preguntarse cuánto tardaría en superarlo.

Airearon el remolque abriendo las ventanas y poniendo el ventilador en marcha y luego se sentaron en la cocina para estudiar los planos.

-No se trata de nada fantasioso -dijo Murks-, pero probablemente más vale así. Esto va a ser monstruoso y no tiene sentido intentar hacerlo bonito.

Sacó los planos con cuidado de un cilindro de cartón y los extendió sobre la mesa, sujetando cada esquina con una taza de café.

-Lo que tenemos aquí es un muro sencillo -continuó-. Seiscientos metros de largo y seis metros de alto, diez hileras de mil piedras cada una. Ni curvas ni esquinas, ni arcos, ni columnas, nada de adornos de ninguna clase. Simplemente un muro liso y recto.

-Seiscientos metros -dijo Nashe-. Más de medio kilómetro.

-Eso es lo que trato de deciros. Este niño es un gigante.

-No lo acabaremos nunca -dijo Pozzi-. Es completamente imposible que dos hombres puedan construir ese monstruo en cincuenta días.

-Según creo -dijo Murks-, no tenéis que hacerlo. Simplemente cumplís vuestro tiempo, hacéis lo que podáis, y ya está.

-Así es, amigo -dijo Pozzi-. Exactamente.

-Veremos hasta dónde llegáis -dijo Murks-. Dicen que la fe mueve montañas. Bueno, a lo mejor los músculos también las mueven.

Los planos mostraban que el muro trazaba una línea diagonal entre las esquinas noreste y suroeste del prado. Según descubrió Nashe después de estudiar el diagrama, ésta era la única manera de que un muro de seiscientos metros cupiera dentro de los limites del prado rectangular (que tendría aproximadamente trescientos sesenta metros de ancho por quinientos cuarenta de largo). Pero el hecho de que la

diagonal fuese una necesidad matemática no significaba que fuese una mala elección. En la medida en que se molestó en pensar en ello, hasta Nashe reconoció que un sesgo era preferible a un cuadrado. El muro tendría un mayor impacto visual de esa forma -partiendo el prado en dos triángulos en lugar de hacerlo en cuadrados-, y, por algúna razón, le complació que no hubiera otra solución posible.

-Seis metros de alto -dijo Nashe-. Vamos a necesitar andamios, ¿no?

-Cuando llegue el momento -dijo Murks

-¿Y quién se supone que va a levantarlos? Nosotros no, espero.

-No te preocupes por cosas que quizá no sucedan nunca -dijo Murks-. No tendremos que pensar en los andamios hasta que lleguéis a la tercera hilera. Eso son dos mil piedras. Si llegáis hasta ahí en cincuenta días, yo puedo construiros algo en un periquete. No me llevará más que unas horas.

-También hace falta cemento -continuó Nashe-. ¿Vas a traernos una máquina, o tendremos que mezclarlo nosotros?

-Os traeré las bolsas de cemento de la ferretería del pueblo. Hay unas cuantas carretillas en el cobertizo de las herramientas, podéis usar una de ellas para mezclarlo. No necesitaréis mucho, sólo un pegote o dos en los sitios adecuados. Esas piedras son sólidas. Una vez que estén arriba nada las derribará.

Murks enrolló los planos y volvió a meterlos en el tubo de cartón. Luego Nashe y Pozzi le siguieron fuera y volvieron a subir los tres al todoterreno y se dirigieron al otro extremo del prado. Murks explicó que la hierba estaba corta porque él la había segado unos días antes, y la verdad era que olía bien, añadiendo un matiz de dulzura al aire que a Nashe le recordó cosas de tiempos lejanos. Le puso de buen humor, y cuando terminó el breve trayecto ya no estaba preocupado por los detalles del trabajo. El día era demasiado hermoso para inquietarse por eso, y con el calor del sol dándole en la cara parecía ridículo preocuparse por nada. Toma las cosas como vengan, se dijo. Alégrate de estar vivo.

Mirar las piedras desde lejos era una cosa, pero ahora que las tenía allí le resultó imposible no desear tocarlas, pasar las manos por su superficie y descubrir cómo eran al tacto. Pozzi pareció responder de la misma manera, y durante los primeros minutos los dos vagaron en torno a las pilas de granito palmeando tímidamente los suaves bloques grises. Había algo imponente en ellos, una inmovilidad que casi daba miedo. Las piedras eran tan inmensas, tan frescas al contacto con la piel, que era difícil creer que hubiesen pertenecido a un castillo. Parecían demasiado viejas para eso; como si hubiesen sido extraídas de los estratos más profundos de la tierra, como si fueran reliquias de un tiempo anterior a la mera concepción de la existencia del hombre.

Nashe vio una piedra separada al borde de uno de los montones y se agachó para levantarla, sintiendo curiosidad por saber cuánto pesaba. El primer tirón produjo un nudo de presión en la región lumbar y cuando consiguió levantarla del suelo gruñía por el esfuerzo y notaba

como si los músculos de las piernas estuvieran a punto de acalambrársele. Dio dos o tres pasos y luego la dejó.

-¡Jesús! -exclamó-. No es muy manejable, ¿eh?

-Pesan entre treinta y cinco y cuarenta kilos -dijo Murks-. Lo suficiente como para que se note cada una.

-La he notado-dijo Nashe-. Vaya si la he notado.

-Entonces, ¿cuál es el plan, viejo? -dijo Pozzi-. ¿Movemos todos estos cantos con el todoterreno o nos vas a dar otra cosa? Estoy mirando por aquí a ver si hay un camión, pero no veo ninguno en las proximidades.

Murks sonrió y meneó despacio la cabeza.

-No creeréis que son idiotas, ¿verdad?

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Nashe.

-Si os damos un camión, lo usaréis para escaparos de aquí. Es bastante evidente, ¿no? No es lógico daros la oportunidad de escapar.

-No sabía que estuviéramos en prisión -dijo Nashe-. Pensé que nos habían contratado para hacer un trabajo.

-Sí -contestó Murks-. Pero no quieren que dejéis de cumplir el trato.

-Así que ¿cómo las movemos? -preguntó Pozzi-. No son terrones de azúcar, ¿comprendes? No podemos metérnoslas en los bolsillos.

-No hace falta enfadarse -dijo Murks-. Tenemos un carrito en el cobertizo; os servirá estupendamente para eso.

-De ese modo se tardará una eternidad -dijo Nashe.

-¿Y qué? En cuanto hagáis vuestras horas, estaréis libres. ¿A vosotros qué os importa lo que se tarde?

-Vaya -dijo Pozzi, haciendo sonar los dedos y hablando en el tono de un palurdo estúpido-. Gracias por hacérmelo comprender, Calvin. Quiero decir, diantre, ¿de qué nos quejamos? Ahora tenemos nuestro carrito y, pensando en lo mucho que nos va a ayudar con el trabajo, que también es el trabajo del Señor, hermano Calvin, supongo que deberíamos sentirnos felices. Lo que pasa es que yo no lo enfocaba bien. Aquí Jim y yo debemos ser los tipos más afortunados de la tierra.

Luego volvieron al remolque y descargaron el equipaje de Nashe del todoterreno, depositando las maletas y las bolsas de los libros y cintas en el suelo del cuarto de estar. Después se sentaron otra vez a la mesa de la cocina e hicieron la lista de la compra. Murks era el que escribía, y formaba las letras tan lenta y trabajosamente que tardaron cerca de una hora en anotarlo todo: los distintos alimentos, condimentos y bebidas, la ropa de trabajo, las botas y los guantes, más ropa para Pozzi, gafas de sol, jabones, bolsas de basura y una palmeta matamoscas. Una vez que hubieron apuntado lo esencial, Nashe añadió un radiocasette portátil y Pozzi pidió varios artículos pequeños: una baraja, un periódico, un ejemplar de la revista Penthouse. Murks les dijo que volvería a media tarde y luego, reprimiendo un bostezo, se levantó y se dirigió a la puerta. Justo cuando iba a salir, sin embargo, Nashe recordó una pregunta que había querido hacerle antes.

-Quería saber si podria hacer una llamada telefónica -dijo.

-Aquí no hay teléfono -contestó Murks-. Como puedes ver.

-Entonces tal vez podrías llevarme a la casa en el coche.

-¿Para qué quieres hacer una llamada?

-No creo que eso sea asunto tuyo, Calvin.

-No, supongo que no. Pero no puedo llevarte a la casa sin saber por qué quieres ir.

-Quiero llamar a mi hermana. Me espera dentro de unos días y no quisiera que se preocupara cuando no aparezca.

-Lo siento, no me permiten llevaros allí. Me dieron órdenes especiales.

-¿Y un telegrama? Si te escribo el mensaje, podrías mandarlo por teléfono tú mismo.

-No, tampoco puedo hacer eso. A los jefes no les gustaría. Pero puedes mandar una postal si quieres. Yo te la echaría al correo.

-Prefiero que sea una carta. Puedes comprarme papel y sobres en el pueblo. Si la envío mañana, supongo que le llegará a tiempo.

-De acuerdo, papel y sobres.

Después de que Murks se alejara en el todoterreno, Pozzi se volvió a Nashe y le dijo:

-¿Crees que la echará?

-No tengo ni idea. Si tuviera que apostar diría que hay bastantes probabilidades. Pero es difícil estar seguro.

-De una forma u otra, nunca lo sabrás. Te dirá que la envió, pero eso no quiere decir que puedas fiarte de él.

-Le pediré a mi hermana que me conteste. Si no lo hace, sabré que nuestro amigo Murks mentía.

Pozzi encendió un cigarrillo y luego empujó el paquete de Marlboro hacia Nashe, el cual titubeó un momento antes de aceptarlo. Al fumar el cigarrillo se dio cuenta de lo cansado que estaba, absolutamente falto de energía. Lo apagó después de dos o tres caladas y dijo:

-Creo que voy a dormir una siesta. No tenemos nada que hacer, así que voy a probar mi nueva cama. ¿Qué cuarto prefieres, Jack? Yo ocuparé el otro.

-Me da igual -contestó Pozzi-. Elige tú.

Al levantarse, Nashe se movió de tal forma que las figuritas de madera que llevaba en el bolsillo se descolocaron. Notó que le presionaban contra la pierna y, por primera vez desde que las robó, se acordó de que las tenía allí.

-Mira esto -dijo, sacando a Flower y Stone y poniéndolos de pie sobre la mesa-. Nuestros dos amiguitos.

Pozzi frunció el ceño, luego sonrió despacio mientras examinaba a los minúsculos hombrecitos, que parecían vivos.

-¿De dónde coño han salido?

-¿De dónde crees?

Pozzi miró a Nashe con una extraña expresión de incredulidad.

-¿No las habrás robado?

-Claro que sí. ¿Cómo crees que acabaron en mi bolsillo?

-Estás loco, ¿lo sabes? Estás aún más loco de lo que yo pensaba.

-No me parecía bien marcharme sin llevarme un recuerdo -dijo Nashe, sonriendo como si acabara de recibir un cumplido.

Pozzi le devolvió la sonrisa, claramente impresionado por la audacia de Nashe.

-No les va a hacer demasiada gracia cuando lo descubran -dijo.

-Peor para ellos.

-Sí -dijo Pozzi, cogiendo a los dos hombrecitos y examinándolos más de cerca-, peor para ellos.

Nashe cerró las persianas de su cuarto, se tumbó en la cama y se quedó dormido mientras los sonidos del prado le inundaban. Los pájaros cantaban a lo lejos, el viento pasaba por entre los árboles, una cigarra chirriaba debajo de su ventana. Su último pensamiento antes de perder la conciencia fue Juliette y su cumpleaños. El doce de octubre es dentro de cuarenta y seis días, se dijo. Si tenía que pasar las próximas cincuenta noches en aquella cama, no podría ir. A pesar de lo que le había prometido, él estaría aún en Pennsylvania el día de su fiesta.

A la mañana siguiente Nashe y Pozzi descubrieron que construir un muro no era tan sencillo como habían imaginado. Antes de empezar la construcción en si había que hacer toda clase de preparativos. Había que trazar líneas, cavar zanjas, crear una superficie plana.

-No podéis dejar caer las piedras simplemente y esperar que quede bien -les dijo Murks-. Tenéis que hacer las cosas como Dios manda.

Su primera tarea fue desenrollar dos cuerdas paralelas y tenderlas entre las esquinas del prado para delimitar el espacio que ocuparía el muro. Una vez que esas líneas estuvieron fijadas, Nashe y Pozzi ataron las cuerdas a unas pequeñas estacas de madera y luego clavaron las estacas en la tierra a intervalos de metro y medio. Era un proceso laborioso que obligaba a tomar medidas constantemente, pero Nashe y Pozzi no tenían demasiada prisa, puesto que sabían que cada hora pasada con la cuerda significaba una hora menos que tendrían que pasar levantando piedras. Teniendo en cuenta que había que clavar ochocientas estacas, los tres días que tardaron en acabar esa tarea no parecían excesivos. En otras circunstancias tal vez la habrían prolongado un poco más, pero Murks nunca estaba muy lejos y a sus ojos azul pálido no se les escapaba ningún truco.

Al día siguiente les dio palas y les dijo que cavaran una zanja poco profunda entre las dos cuerdas. El destino del muro dependía de que el fondo de esa zanja fuera lo más llano posible y por lo tanto procedieron con cautela, avanzando muy lentamente. Dado que el prado no era perfectamente plano, se veían obligados a eliminar los varios montículos y desniveles que encontraban en su camino, arrancando las malas hierbas con las palas y recurriendo a los picos y las palancas para extraer las piedras que hubieran bajo la superficie. Algunas de estas piedras resultaron ser terriblemente resistentes. Se negaban a desprenderse de la tierra, y Nashe y Pozzi pasaron la mayor parte de seis días librando batalla con ellas, peleando por arrancar cada uno de aquellos impedimentos del obstinado suelo. Las piedras más grandes

dejaban agujeros tras ellas, naturalmente, y era preciso llenarlos con tierra; luego había que transportar en carretillas todo el sobrante de materia producido por la excavación y tirarla en los bosques que rodeaban el prado. El trabajo iba despacio, pero ninguno de los dos lo encontraba particularmente difícil. En realidad, cuando llegó el momento de darle los últimos toques, casi lo estaban disfrutando. Durante toda una tarde no hicieron otra cosa que alisar el fondo de la zanja y luego allanarlo con la azada. Durante esas pocas horas, la tarea no les pareció más agotadora que trabajar en el jardín.

No tardaron mucho tiempo en adaptarse a su nueva vida. Al cabo de tres o cuatro días en el prado, la rutina ya les era familiar y al final de la primera semana ni siquiera tenían que pensar en ella. El despertador les levantaba todas las mañanas a las seis. Después de turnarse para entrar en el cuarto de baño iban a la cocina y se preparaban el desayuno (Pozzi tomaba zumo de naranja, tostadas y café, Nashe prefería huevos revueltos y salchichas). Murks se presentaba puntualmente a las siete y daba un golpecito con los nudillos en la puerta del remolque. Entonces salían al prado y comenzaban su jornada laboral. Después de hacer un turno de cinco horas por la mañana, regresaban al remolque para comer (una hora libre sin paga) y luego trabajaban otras cinco horas por la tarde. La hora de dejarlo eran las seis y ése era siempre un buen momento para los dos, el preludio de los placeres de una ducha caliente y una cerveza tranquila en el cuarto de estar. Entonces Nashe se retiraba a la cocina y hacía la cena (cosas sencillas generalmente, los clásicos recursos norteamericanos: solomillos, chuletas, estofados de pollo, montones de patatas y verduras, budines y helados de postre), y una vez tenían el estómago lleno, Pozzi hacía su parte fregando los platos. Entonces Nashe se tumbaba en el sofá del cuarto de estar escuchando música y leyendo un libro y Pozzi se sentaba a la mesa de la cocina y hacía solitarios. A veces hablaban, otras no decían nada. A veces salían fuera y jugaban a una especie de baloncesto que se había inventado Pozzi: tirar piedras dentro de una lata de basura desde una distancia de tres metros. Y una o dos veces, cuando el aire de la tarde era especialmente agradable, se sentaron en los escalones del remolque y contemplaron cómo el sol se ocultaba detrás de los bosques.

Nashe no estaba ni mucho menos tan inquieto como había pensado. Una vez aceptó el hecho de que ya no tenía el coche, sintió pocos o ningún deseo de volver a la carretera, y la facilidad con que se adaptó a sus nuevas circunstancias le dejó algo perplejo. No parecía natural que pudiera abandonarlo todo tan rápidamente. Pero descubrió que le gustaba trabajar al aire libre, y después de un tiempo la quietud del prado pareció tener un efecto tranquilizante sobre él, como si la hierba y los árboles hubiesen producido un cambio en su metabolismo. No obstante, eso no significaba que se sintiera enteramente a gusto allí. Un aire de sospecha y desconfianza continuaba flotando en el ambiente y a Nashe le molestaba la deducción de que el muchacho y él no iban a cumplir su parte del trato. Habían dado su palabra, incluso habían

firmado un contrato, y sin embargo toda la organización estaba montada sobre la suposición de que ellos intentarían escapar. No sólo no se les permitía trabajar con máquinas, sino que ahora Murks venía todas las mañanas al prado a pie, demostrando así que hasta el todoterreno era considerado una tentación demasiado peligrosa, como si su presencia hiciera imposible resistirse a robarlo. Estas precauciones ya eran bastante desagradables, pero todavía más siniestra era la cerca metálica que Nashe y Pozzi descubrieron la tarde que siguió a su primer día completo de trabajo. Después de cenar decidieron explorar las zonas boscosas que rodeaban el prado. Fueron primero hasta el extremo más lejano y entraron en el bosque por un camino de tierra que parecía haber sido abierto recientemente. Los árboles talados yacían a ambos lados del mismo, y de las señales de neumáticos marcadas en la blanda y margosa tierra dedujeron que era por allí por donde habían pasado los camiones para dejar su carga de piedras. Nashe y Pozzi siguieron andando, pero antes de llegar a la autopista que delimitaba el borde septentrional de la finca tropezaron con la cerca. Tenía unos dos metros y medio de altura y estaba rematada por una amenazadora maraña de alambre de espino. Una sección parecía más nueva que el resto, lo cual indicaba que una parte había sido derribada para que entraran los camiones, pero, aparte de eso, toda huella de acceso había sido eliminada. Continuaron caminando a lo largo de la cerca, preguntándose si encontrarían alguna abertura en ella, y cuando cayó la noche hora y media después habían regresado al mismo punto de donde partieron. En un momento dado pasaron por delante de la puerta de barrotes de hierro por la que entraron con el coche el día de su llegada, pero ésa era la única interrupción. La cerca estaba por todas partes, rodeando la extensión completa de los dominios de Flower y Stone.

Se esforzaron por tomarlo a broma, comentando que los ricos siempre viven detrás de cercas, pero eso no pudo borrar el recuerdo de lo que habían visto. La barrera había sido levantada para evitar la entrada, pero una vez que estaba allí, ¿qué le impedía evitar también la salida? En esa pregunta se encerraban toda clase de amenazadoras posibilidades. Nashe trató de no dejar volar la imaginación, pero hasta que recibió una carta de Donna el octavo día no consiguió calmar sus temores. A Pozzi le resultó tranquilizador que alguien supiese dónde estaban, pero para Nashe lo importante era que Murks había cumplido su promesa. La carta era una muestra de buena fe, la prueba tangible de que nadie trataba de engañarlos.

Durante aquellos primeros días en el prado la conducta de Pozzi fue ejemplar. Parecía haber decidido apoyar a Nashe y, le pidiera lo que le pidiese, nunca se quejaba. Hacía su trabajo con imperturbable buena voluntad, arrimaba el hombro en las tareas domésticas y hasta fingía que le gustaba la música clásica que Nashe ponía todas las noches después de cenar. Nashe no esperaba que el muchacho fuera tan complaciente y le agradecía que hiciera aquel esfuerzo. Pero la verdad era que estaba recibiendo únicamente lo que ya se había ganado. Él

había recorrido toda la distancia por Pozzi la noche del combate de póquer, yendo más allá de cualquier límite razonable, y aunque se había arruinado en el intento, se había ganado un amigo. Ahora aquel amigo parecía dispuesto a hacer cualquier cosa por él, incluso si eso significaba vivir en un prado remoto durante los siguientes cincuenta días, desriñonándose como un presidiario condenado a una pena de trabajos forzados.

No obstante, la lealtad no era lo mismo que la convicción. Desde el punto de vista de Pozzi toda la situación era absurda, y el hecho de que hubiera optado por apoyar a su amigo no quería decir que pensara que Nashe estaba en sus cabales. El muchacho le estaba consintiendo, y cuando Nashe lo hubo comprendido, hizo todo lo que pudo por callarse sus pensamientos. Pasaban los días, y aunque rara vez había un momento en que no estuvieran juntos, continuó sin decir nada de lo que verdaderamente le preocupaba -nada acerca de la lucha para rehacer su vida, nada acerca de que veía el muro como una oportunidad de redimirse ante sus propios ojos, nada acerca de que consideraba los trabajos del prado un modo de expiar su imprudencia y su autocompasión-, porque sabía que, una vez empezara, todas las palabras inadecuadas saldrían de su boca como un torrente, y no deseaba poner a Pozzi más nervioso de lo que ya estaba. Lo importante era mantenerle animado, ayudarle a pasar aquellos cincuenta días de la forma menos dolorosa posible. Era mucho mejor hablar de las cosas en términos muy superficiales -la deuda, el contrato, las horas de trabajo- y salir adelante con comentarios graciosos e irónicos encogimientos de hombros. A veces Nashe se sentía muy solo, pero no veía qué otra cosa podía hacer. Si llegaba a desnudar su alma ante el muchacho, se desencadenaría una catástrofe. Sería como abrir una lata de gusanos, como buscarse la peor clase de problemas.

Pozzi continuaba comportándose admirablemente con Nashe, pero con Murks era otra historia, y no pasaba un día sin que se metiera con él, le insultara y le atacara verbalmente. Al principio Nashe lo interpretó como una buena señal, pensando que si el muchacho podía volver a su antigua conducta revoltosa, tal vez eso significara que soportaba la situación bastante bien. Lanzaba sus insultos con tal sarcasmo, acompañados de tal variedad de sonrisas e inclinaciones de cabeza, que Murks apenas parecía enterarse de que se estaba burlando de él. Nashe, a quien tampoco le agradaba mucho Murks, no culpaba a Pozzi por desahogarse un poco a costa del capataz. Pero a medida que pasaba el tiempo empezó a pensar que el chico se estaba excediendo, que no actuaba por rebeldía innata sino como reacción al pánico, a una acumulación de temores y confusión. El muchacho le recordaba a un animal acorralado, esperando para agredir a lo primero que se le acercara. Y ocurría que era siempre Murks, pero por muy insoportable que se pusiera Pozzi, por mucho que tratara de provocarle, el viejo Calvin jamás se inmutaba. Había algo tan profundamente imperturbable en aquel hombre, tan básicamente oblicuo y carente de humor, que Nashe nunca podía llegar a saber a ciencia cierta si estaba

riéndose de ellos por dentro o era simplemente un bobo. Se limitaba a cumplir con su trabajo, haciéndolo siempre con el mismo ritmo lento y concienzudo, sin decir nunca una palabra acerca de sí mismo ni preguntarles nada a Nashe o a Pozzi, sin mostrar la más leve indicación de enojo, curiosidad o placer. Llegaba puntualmente a las siete todas las mañanas, entregaba los comestibles y provisiones que le habían encargado el día anterior, y luego se entregaba a la tarea durante las once horas siguientes. Era difícil saber qué pensaba del muro, pero supervisaba el trabajo prestando meticulosa atención a los detalles, dirigiendo a Nashe y a Pozzi en cada paso de la construcción como si supiera lo que se hacía. Sin embargo, guardaba las distancias con ellos, y nunca les echaba una mano ni colaboraba en ninguno de los aspectos físicos del trabajo. Su obligación era supervisar la edificación del muro y se mantenía en ese papel, marcando su estricta y absoluta superioridad sobre los hombres a su cargo. Murks tenía los aires de suficiencia de alguien que está satisfecho con su papel en la escala jerárquica, y, como sucede con la mayoría de los sargentos y jefes de equipo de este mundo, sus lealtades estaban firmemente del lado de quienes le daban órdenes. Nunca comía con Nashe y Pozzi, por ejemplo, y cuando terminaba la jornada laboral nunca se quedaba un rato a charlar. Dejaban el trabajo exactamente a las seis y él se marchaba siempre enseguida.

-Hasta mañana, muchachos -les decía, y luego se adentraba en el bosque arrastrando los pies y desaparecía de su vista en cuestión de segundos.

Tardaron nueve días en acabar los preliminares. Luego empezaron con el muro y el mundo cambió repentinamente de nuevo. Según descubrieron Nashe y Pozzi, una cosa era levantar una piedra de treinta kilos, y otra cosa era, una vez levantada la primera, levantar una segunda piedra de treinta kilos, y otra bien distinta coger una tercera después de la segunda. Por muy fuertes que se sintieran al levantar la primera, buena parte de esa fuerza había desaparecido cuando tocaba levantar la segunda, y una vez que habían levantado la segunda, les quedaba aún menos fuerza para emplearla en la tercera. Y así -sucesivamente. Cada vez que trabajaban en el muro, Nashe y Pozzi tropezaban con el mismo y fascinante acertijo: todas las piedras eran idénticas y sin embargo cada piedra era más pesada que la anterior.

Pasaban las mañanas transportando piedras por el prado en un carrito rojo, depositándolas una junto a otra, a lo largo de la zanja y volviendo por otra. Por las tardes trabajaban con las paletas y el cemento, colocando cuidadosamente las piedras en su sitio. De las dos tareas, era difícil saber cuál era la peor: el interminable cargar y descargar de las mañanas o el empujar y tirar que empezaba después de comer. La primera les cansaba más, quizá, pero había una secreta recompensa en tener que trasladar las piedras distancias tan largas. Murks les había ordenado comenzar por el extremo más lejano de la zanja, y cada vez que dejaban una piedra en el suelo tenían que volver con las manos vacías a buscar la siguiente, lo cual les daba un pequeño

respiro. La segunda tarea era menos agotadora, pero también más implacable. Había las breves pausas necesarias para aplicar el cemento, pero eran mucho más cortas que los paseos de vuelta por el prado y, en el fondo, probablemente era más duro desplazar una piedra varios centímetros que levantarla del suelo y ponerla en el carrito. Teniendo en cuenta todas las demás variables -el hecho de que generalmente se encontraban más fuertes por la mañana, el hecho de que el tiempo solía ser más caluroso por la tarde, el hecho de que inevitablemente su aversión aumentaba a lo largo del día-, probablemente había empate. Seis de una, media docena de la otra.

Transportaban las piedras en un Fast Flyer, exactamente el mismo tipo de carrito para niños que Nashe le había regalado a Juliette cuando cumplió tres años. Al principio les pareció una broma, y tanto Nashe como Pozzi se echaron a reír cuando Murks lo sacó y se lo enseñó.

-No hablarás en serio, ¿verdad? -dijo Nashe.

Pero Murks hablaba muy en serio, y a la larga el carrito de juguete resultó ser perfectamente adecuado para aquella misión: su caja metálica podía soportar el peso y sus ruedas de goma eran lo bastante sólidas como para soportar cualquier accidente del terreno. Sin embargo, había algo ridículo en tener que utilizar semejante cosa y a Nashe le molestaba el efecto extraño e infantilizante que le producía. El carrito no era apropiado para las manos de un hombre adulto. Era un objeto para el cuarto de juegos, para el mundo trivial e imaginario de los niños, y cada vez que tiraba de él por el prado se sentía avergonzado, afligido por la sensación de su propia indefensión.

El trabajo avanzaba despacio, casi imperceptiblemente. En una mañana buena lograban trasladar veinticinco o treinta piedras hasta la zanja. Si Pozzi hubiese sido un poco más fuerte, podrían haber doblado su rendimiento, pero el chico no era capaz de levantar las piedras él solo. Era demasiado bajo y frágil, nada acostumbrado al trabajo manual. Conseguía levantar las piedras del suelo, pero una vez que las tenía cogidas, era incapaz de llevarlas a ningún sitio. En cuanto intentaba andar, el peso le hacia perder el equilibrio y no bien daba dos o tres pasos la piedra empezaba a escapársele de las manos. Nashe, que superaba al muchacho en veinte centímetros y treinta y cinco kilos, no tenía ninguna de estas dificultades. Sin embargo, no habría sido justo que él hiciera todo el trabajo, así que acabaron levantándolas entre los dos. También habría sido posible cargar el carrito con dos piedras (lo cual habría aumentado su rendimiento en un tercio aproximadamente), pero Pozzi no estaba hecho para tirar de más de cincuenta kilos. Podía con treinta o treinta y cinco sin demasiado esfuerzo y, puesto que habían acordado repartirse el trabajo a la mitad -lo que significaba que tiraban del carrito por turno-, optaron por cargar una sola piedra en cada viaje. En realidad, probablemente eso era lo mejor. El trabajo era ya lo bastante penoso y tampoco tenía sentido dejar que los aplastara.

Poco a poco, Nashe se fue acostumbrando. Los primeros días fueron los más duros, y era raro el momento en que no se sentía abrumado por un agotamiento casi intolerable. Le dolían los músculos,

tenía la mente nublada, su cuerpo clamaba constantemente pidiendo descanso. Todos aquellos meses de estar sentado en el coche le habían ablandado, y el trabajo relativamente ligero de los primeros nueve días no le había preparado para el trauma del verdadero esfuerzo físico. Pero Nashe aún era joven y lo bastante fuerte como para recuperarse de su largo periodo de inactividad, y, a medida que pasaba el tiempo, empezó a notar que tardaba un poco más en cansarse, que así como al principio una mañana de trabajo había sido suficiente para llevarle al límite de su resistencia, ahora transcurría buena parte de la tarde antes de que le sucediera eso. Finalmente, notó que ya no necesitaba arrastrarse hasta la cama inmediatamente después de cenar. Empezó a leer libros de nuevo y a mitad de la segunda semana comprendió que lo peor ya había pasado.

Pozzi, en cambio, no se adaptó tan bien. El muchacho había estado razonablemente contento durante los días en que cavaron la zanja, pero cuando pasaron a la siguiente etapa del trabajo estaba cada vez más disgustado. No había duda de que las piedras exigían de él mucho mayor esfuerzo que de Nashe, pero su irritabilidad y mal humor tenían menos que ver con el sufrimiento físico que con una sensación de ultraje moral. El trabajo era insoportable para él, y cuanto más se prolongaba, más evidente le parecía que era víctima de una terrible injusticia, que sus derechos habían sido pisoteados de una manera monstruosa y terrible. Repasaba la partida de póquer con Flower y Stone constantemente, repitiéndole a Nashe las jugadas una y otra vez, incapaz de aceptar el hecho de que había perdido. Cuando llevaba diez días trabajando en el muro estaba ya convencido de que Flower y Stone habían hecho trampas, que les habían robado el dinero y usado cartas marcadas o algún otro truco ilegal. Nashe hacía lo que podía por evitar el tema, pero la verdad era que no estaba enteramente convencido de que Pozzi estuviera equivocado. Ya se le había ocurrido a él la misma idea, pero sin ninguna prueba que respaldara la acusación, no veía que tuviera sentido animar al muchacho. Aunque tuviera razón, no podían hacer absolutamente nada.

Pozzi esperaba una oportunidad para acusar a Flower y Stone, pero los millonarios no aparecían por allí. Su ausencia era inexplicable y, a medida que pasaba el tiempo, Nashe estaba cada vez más perplejo. Había supuesto que acudirían a fisgar todos los días. El muro era idea suya, después de todo, y parecía natural que quisieran ver cómo iba el trabajo. Pero transcurrían las semanas y seguían sin dar señales de vida. Siempre que Nashe le preguntaba a Murks dónde estaban, Calvin se encogía de hombros y decía que estaban ocupados. No tenía ningún sentido. Nashe trató de hablar con Pozzi del asunto, pero el muchacho estaba ya en otra órbita y siempre tenía la misma respuesta preparada:

-Eso quiere decir que son culpables -decía-. Esos hijos de puta saben que voy por ellos y están demasiado asustados para asomar la cabeza.

Una noche Pozzi se bebió cinco o seis cervezas después de cenar y cogió una buena cogorza. Estaba de pésimo humor y al cabo de un rato

empezó a tambalearse de un lado a otro por el remolque, farfullando toda clase de incoherencias sobre la injusticia que se estaba cometiendo con él.

-Les voy a dar su merecido a esos cabrones -le dijo a Nashe-. Voy a hacer que ese seboso de mierda confiese.

Sin detenerse a explicar qué pensaba hacer, cogió una linterna de la repisa de la cocina, abrió la puerta y se lanzó a la oscuridad. Nashe se puso de pie y le siguió, gritándole que volviera.

-Déjame en paz, bombero -dijo Pozzi, agitando la linterna como un loco-. Si esos cabrones no vienen aquí a hablar con nosotros, tendremos que ir a buscarlos.

Nashe comprendió que, aparte de darle un puñetazo en la cara, no tenía forma de detenerle. El muchacho estaba borracho, más allá del influjo de las palabras, y tratar de disuadirle no serviría de nada. Pero Nashe no deseaba pegar a Pozzi. La idea de golpear a un muchacho desesperado y borracho no le parecía una solución, así que decidió no hacer nada, seguirle la corriente y procurar que Pozzi no se metiera en líos.

Atravesaron el bosque juntos, guiándose por la luz de la linterna. Eran casi las once y el cielo estaba nublado, oscureciendo la luna y las estrellas que pudiera haber. Nashe caminaba esperando ver aparecer alguna luz de la casa, pero todo era oscuridad en aquella dirección y al cabo de un rato empezó a dudar de si la encontrarían. Tenía la impresión de que tardaban mucho en llegar, y con Pozzi tropezando en las piedras y metiéndose en los matorrales espinosos, la expedición comenzó a parecerle completamente insensata. Pero luego, al fin, estaban pisando el borde del césped y acercándose a la casa. Parecía demasiado pronto para que Flower y Stone se hubieran acostado, pero no había una sola ventana con luz. Pozzi dio la vuelta a la casa y llamó al timbre de la puerta principal, que volvió a tocar las primeras notas de la Quinta Sinfonía de Beethoven. El muchacho masculló algo entre dientes, ni la mitad de divertido que el primer día, y esperó a que les abrieran. Pero no ocurrió nada y al cabo de quince o veinte segundos llamó de nuevo.

-Parece que están pasando la noche fuera -dijo Nashe.

-No, están ahí dentro -contestó Pozzi-. Lo que pasa es que son demasiado gallinas para abrir.

Pero no se encendió ninguna luz después de la segunda llamada y la puerta continuó cerrada.

-Creo que es hora de dejarlo -dijo Nashe-. Si quieres volvemos mañana.

-¿Qué me dices de la sirvienta? -dijo Pozzi-. Supongo que estará en casa. Podríamos dejarle un mensaje.

-Puede que tenga el sueño pesado. O puede que le hayan dado la noche libre. A mí me parece que no hay nadie ahí dentro.

Pozzi le dio una patada a la puerta en un gesto de frustración, y luego, de pronto, se puso a maldecir a voces. En lugar de llamar una

tercera vez, retrocedió y siguió gritándole a una de las ventanas del piso superior, descargando su ira contra la casa vacía.

-¡Eh, Flower! -vociferó-. ¡Sí, gordinflón, a ti te hablo! Eres un mal bicho, ¿lo sabías? Tú y tu amiguito, los dos sois unos bichos, ¡y me las vais a pagar por lo que me hicisteis!

Siguió así durante sus buenos tres o cuatro minutos, un desahogo beligerante de disparatadas e inútiles amenazas, que incluso, a medida que crecía en intensidad, se hacia progresivamente más patético, más triste por la misma estridencia de su desesperación. El corazón de Nashe se llenó de compasión por el muchacho, pero no podía hacer mucho hasta que la cólera de Pozzi se agotara. Permaneció en la oscuridad, observando los insectos que hervían en el rayo de su linterna. A lo lejos un búho ululó una vez, dos, luego calló.

-Venga, Jack -dijo Nashe-. Volvamos al remolque para dormir un poco.

Pero Pozzi no había acabado. Antes de marcharse, se agachó en el camino, cogió un puñado de guijarros y lo arrojó contra la casa. Era un gesto estúpido, la rabia rencorosa de un chiquillo de doce años. La grava rebotó como perdigones contra la superficie dura y luego, casi como un eco, Nashe oyó el débil sonido atiplado del cristal al romperse.

-Basta ya -dijo Nashe-. Creo que hemos tenido suficiente por esta noche.

Pozzi se volvió y echó a andar hacia el bosque.

-Gilipollas -dijo para sí-. El mundo entero está gobernado por gilipollas.

Después de aquella noche, Nashe comprendió que tendria que vigilar más de cerca al chico. Los recursos interiores de Pozzi se estaban agotando, y ni siquiera habían llegado a la mitad de su condena. Sin darle importancia, Nashe empezó a hacer más trabajo del que le correspondía, a cargar y transportar piedras él solo mientras Pozzi descansaba, pensando que un poco más de sudor por su parte podría contribuir a mantener la situación bajo control. No quería más estallidos de ira ni más borracheras, no quería estar constantemente preocupado pensando que el chico estaba a punto de derrumbarse. Podía soportar el trabajo extra y a la larga le parecía más sencillo eso que intentar enseñarle a Pozzi las virtudes de la paciencia. Todo habría terminado dentro de treinta días, se dijo, y si no lograba llegar hasta entonces, ¿qué clase de hombre era?

Dejó de leer después de cenar y dedicó esas horas a Pozzi. Las noches eran un momento peligroso y no era conveniente dejar que el chico se quedara solo en la cocina dándole vueltas a la cabeza, concibiendo ideas asesinas y poniéndose frenético. Nashe trató de hacerlo con sutileza, pero a partir de ese momento se puso a disposición de Pozzi. Si el chico tenía ganas de jugar a las cartas, jugaba a las cartas con él; si le apetecía tomar unas copas, abría una botella y le acompañaba vaso tras vaso. Con tal que estuvieran hablando, no importaba cómo ocuparan el tiempo. De vez en cuando

Nashe le contaba historias acerca del año que había pasado en la carretera o le hablaba de algunos de los grandes incendios que había apagado en Boston, deteniéndose en los detalles más espantosos para provecho de Pozzi, pensando que tal vez el muchacho se distraería de sus propios problemas al oír las penalidades que otros habían sufrido. Durante un corto tiempo al menos, la estrategia de Nashe pareció dar resultado. El chico estaba notablemente más tranquilo y la enconada conversación respecto a enfrentarse con Flower y Stone cesó repentinamente, pero no pasó mucho tiempo sin que aparecieran nuevas obsesiones para sustituir a las viejas. Nashe pudo manejar la mayoría de ellas sin mucha dificultad -las chicas, por ejemplo, y la creciente preocupación de Pozzi por echar un polvo-, pero de otras no resultaba tan fácil librarse. No era que el muchacho amenazase a nadie, pero de vez en cuando, en mitad de una conversación, salía con cosas tan demenciales y esquizoides que Nashe se asustaba sólo de oírlas.

-Todo iba exactamente como yo lo había planeado -le dijo una noche-. Te acuerdas, Jim, ¿no? Iba verdaderamente rodado, lo mejor que uno podía desear. Yo casi había triplicado nuestra apuesta y me estaba preparando para el tiro de gracia. Esos mierdas estaban acabados. Era cuestión de tiempo el que cayeran panza arriba. Yo lo sentía en los huesos. Esa es la sensación que siempre espero. Es como si un interruptor saltara dentro de mí y entonces todo mi cuerpo empieza a zumbar. Siempre que noto esa sensación, quiere decir que he llegado a la meta, que puedo deslizarme sin esfuerzo hasta el final. ¿Me sigues, Jim? Hasta esa noche nunca me había equivocado, ni una vez.

-Siempre hay una primera vez para todo -dijo Nashe, no muy seguro de adónde quería ir a parar el chico.

-Puede. Pero es difícil de creer que fuera eso lo que nos pasó. Una vez que tu suerte empieza a rodar no hay nada que pueda pararla. Es como si el mundo entero encajara de pronto en su sitio. Tú estás como fuera de tu cuerpo, y durante el resto de la noche te quedas allí viéndote a ti mismo hacer milagros. En realidad ya no tiene nada que ver contigo. Escapa a tu control, y con tal que no pienses mucho en ello, no puedes equivocarte.

-Parecía ir bien durante un rato, Jack, lo reconozco. Pero luego empezó a volverse en contra nuestra. Así son las cosas y no se puede hacer nada al respecto. Es como un bateador que ha hecho cuatro de cuatro y luego el juego entra en el final de la novena, y la vez siguiente lanza fuera con las bases llenas. Su equipo pierde, y tal vez se pueda decir que él es el responsable, pero eso no quiere decir que haya tenido una mala noche.

-No, no me estás escuchando. Te estoy diciendo que en esa situación es imposible que yo lance fuera. A esas alturas yo veo el balón tan grande como una sandía. Me meto en el cajón de bateo, espero mi lanzamiento y entonces le doy de lleno y hago el tanto que gana el partido.

-De acuerdo, haces una línea fenomenal. Pero el central va por el balón como una flecha y, justo cuando está a punto de escapársele, da

un salto y lo atrapa en su guante. Es una cogida imposible, una de las grandes cogidas de todos los tiempos. Pero es un fuera, ¿no?, y no por ello se puede culpar al bateador de no haber hecho todo lo que podía. Eso es lo que intento decirte, Jack. Hiciste todo lo que pudiste y perdimos. Cosas peores han pasado en la historia del mundo. No hay por qué preocuparse más por eso.

-Sí, pero sigues sin entender lo que te estoy diciendo.

-Me parece bastante sencillo. Durante la mayor parte de la noche parecía que íbamos a ganar. Pero luego algo salió mal y no ganamos.

-Exacto. Algo salió mal. ¿Y qué crees que fue?

-No lo sé, muchacho. Dímelo tú.

-Fuiste tú. Tú rompiste el ritmo y a partir de ahí todo se estropeó.

-Que yo recuerde, eras tú el que estaba jugando a las cartas. Lo único que yo hacía era estar allí sentado mirando.

-Pero tú eras parte de ello. Hora tras hora, estuviste sentado justo detrás de mi, respirándome en el cuello. Al principio me distraía un poco tenerte tan cerca, pero luego me acostumbré, y al cabo de un rato supe que estabas allí por una razón. Me estabas insuflando vida, colega, y cada vez que notaba tu aliento, la buena suerte penetraba en mis huesos. Era todo absolutamente perfecto. Lo teníamos todo equilibrado, todas las ruedas giraban y era maravilloso, tío, verdaderamente maravilloso. Y entonces se te ocurrió levantarte y marcharte.

-Una llamada de la naturaleza. No esperarías que me meara en los pantalones, ¿verdad?

-Sí, claro, puedes ir al cuarto de baño. No tengo ningún problema por eso. Pero ¿cuánto se tarda? ¿Tres minutos? ¿Cinco minutos? Por supuesto, puedes ir a echar una meada. Pero coño, Jim, ¡estuviste fuera una hora!

-Estaba agotado. Necesitaba echarme un rato y dormir una siestecita.

-Ya, pero no dormiste una siestecita, ¿verdad? Subiste al piso de arriba y te pusiste a merodear por esa estúpida Ciudad del Mundo. ¿Por qué coño tenias que hacer una cosa tan absurda? Yo estoy abajo esperando a que vuelvas, y poco a poco empiezo a perder la concentración. No paro de preguntarme: ¿dónde está? ¿Qué le ha pasado? Las cosas van empeorando y ya no gano tantas manos como antes. Y luego, justo en el momento en que las cosas están realmente mal, se te ocurre robar una pieza de la maqueta. No puedo creer que cometieras una equivocación semejante. Una falta de clase, Jim, una treta de aficionado. Hacer una cosa así es como cometer un pecado, es como violar una ley fundamental. Lo teníamos todo en armonía. Habíamos llegado al punto en que todo se estaba convirtiendo en música para nosotros, y entonces se te ocurre subir arriba y destrozar todos los instrumentos. Desordenaste el universo, amigo mío, y cuando un hombre hace eso, tiene que pagar el precio. Lo que lamento es que yo tengo que pagarlo contigo.

-Estás empezando a hablar como Flower, Jack. El tipo gana la lotería y de repente se cree elegido por Dios.

-Yo no estoy hablando de Dios. Dios no tiene nada que ver en esto.

-No es más que otra palabra para la misma cosa. Tú quieres creer en algún propósito oculto. Estás intentando convencerte de que hay una razón para todo lo que sucede en el mundo. Me da igual cómo le llames, Dios, suerte, armonía, todo viene a ser la misma gilipollez. Es una forma de rehuir los hechos, de negarse a mirar cómo funcionan realmente las cosas.

-Tú te crees muy listo, Nashe, pero no tienes ni puta idea de nada.

-Exactamente, no la tengo. Y tú tampoco, Jack. No somos más que un par de ignorantes, tú y yo, un par de zopencos que se creyeron alguien. Ahora estamos tratando de ajustar las cuentas. Si no lo estropeamos, saldremos de aquí dentro de veintisiete días. No digo que sea muy divertido, pero puede que aprendamos algo antes de que se acabe.

-No deberías haberlo hecho, Jim. Es lo único que te digo. Desde que robaste a esos hombrecitos, las cosas se salieron de madre.

Nashe lanzó un suspiro de exasperación, se levantó de la silla y sacó las figuras de Flower y Stone de su bolsillo. Luego se acercó a Pozzi y las sostuvo delante de sus ojos.

-Mira bien y dime lo que ves -dijo.

-Diablos -dijo Pozzi-. ¿Para qué quieres hacer estos jueguecitos?

-Tú mira -dijo Nashe secamente-. Venga, Jack, dime que tengo en la mano.

Pozzi miró fijamente a Nashe con expresión dolida y luego obedeció de mala gana.

-Flower y Stone.

-¿Flower y Stone? Yo pensé que Flower y Stone eran más grandes. Quiero decir, míralos, Jack, estos dos tipos no miden más de cuatro centímetros.

-De acuerdo, no son realmente Flower y Stone. Es lo que se llama una réplica.

-Es un pedazo de madera, ¿no? Un estúpido pedacito de madera. ¿No es cierto, Jack?

-Si tú lo dices.

-Y sin embargo tú crees que este trozo de madera es más fuerte que nosotros, ¿no? En realidad, crees que es tan fuerte que nos hizo perder nuestro dinero.

-Yo no he dicho eso. Sólo quiero decir que no deberías haberlo cogido. En otro momento quizá, pero no cuando estábamos jugando al póquer.

-Pero está aquí. Y cada vez que lo miras, te asustas un poco, ¿no es así? Es como si te estuvieran echando mal de ojo.

-Más o menos.

-¿Qué quieres que haga con ellos? ¿Devolverlos? ¿Te haría eso sentir mejor?

-Es demasiado tarde. El daño ya está hecho.

-Todo tiene remedio, muchacho. Un buen católico como tú debería saberlo. Con la medicina adecuada, cualquier enfermedad se cura.

-Ahora si que me he perdido. No sé de qué coño estás hablando.

-Observa. Dentro de unos minutos todos tus problemas se habrán acabado.

Sin decir más, Nashe se fue a la cocina y cogió una fuente de horno, un sobre de cerillas y un periódico. Cuando volvió al cuarto de estar puso la fuente en el suelo, a pocos centímetros de los pies de Pozzi. Luego se agachó y colocó las figuritas de Flower y Stone en el centro de la fuente. Arrancó una hoja del periódico, la rasgó en varias tiras e hizo una bolita con cada tira. Luego, con mucha delicadeza, puso las bolas en la fuente alrededor de las estatuas de madera. Se detuvo un momento para mirar a Pozzi a los ojos, y como el chico no dijo nada, siguió adelante y encendió una cerilla. Una por una, acercó la llama a las bolas de papel, y cuando estaban todas ardiendo, el fuego ya había prendido en las figuras de madera, produciendo una viva llamarada de calor crepitante mientras los colores se quemaban y se derretían. La madera que había debajo era blanda y porosa y no pudo resistir el furioso ataque. Flower y Stone se ennegrecieron, encogiéndose a medida que el fuego devoraba sus cuerpos, y en menos de un minuto los dos hombrecitos habían desaparecido.

Nashe señaló las cenizas en el fondo de la fuente y dijo:

-¿Lo ves? Es bien fácil. Una vez que conoces la fórmula mágica, ningún obstáculo es demasiado grande.

Finalmente el muchacho levantó la mirada del suelo y observó a Nashe.

-Estás loco -dijo-. Espero que te des cuenta de ello.

-Si lo estoy, entonces ya somos dos, amigo. Por lo menos ya no tendrás que sufrir solo. Eso es un consuelo, ¿no? Estoy contigo en cada paso del camino, Jack. En cada jodido paso, hasta el mismísimo final del camino.

A mediados de la cuarta semana el tiempo comenzó a cambiar. Los cielos cálidos y húmedos dieron paso al fresco de principios de otoño y ahora casi todas las mañanas se ponían jerséis para ir a trabajar. Los insectos, esos batallones de mosquitos que les habían incordiado durante tanto tiempo, habían desaparecido, y con las hojas empezando a cambiar de color, muriendo en una profusión de amarillos, naranjas y rojos, era difícil no sentirse un poco mejor. La lluvia podía resultar molesta a veces, eso era cierto, pero hasta la lluvia era preferible a los rigores del calor, y no permitieron que les impidiera continuar con su trabajo. Se les proporcionó ponchos de lona y gorras de béisbol, que les servían razonablemente bien para protegerse de los aguaceros. Lo esencial era seguir adelante, hacer sus diez horas diarias y concluir el asunto en la fecha prevista. Desde el principio habían optado por no tomarse tiempo libre, y no iban a dejar que un poco de lluvia les intimidase ahora. En este punto, curiosamente, Pozzi era el más decidido de los dos. Pero eso era porque tenía más ganas que Nashe de

acabar, y hasta en los días más tormentosos y tristes salía a trabajar sin una protesta. En cierto sentido, cuanto más inclemente era el tiempo, más contento estaba, porque Murks tenía que estar allí con ellos, y nada complacía más a Pozzi que ver al ceñudo y patizambo capataz, adornado con su conjunto impermeable amarillo, de pie bajo un paraguas negro durante horas y horas mientras sus botas se hundían cada vez más en el barro. Le encantaba ver sufrir al viejo de aquella manera. Era una forma de consuelo, un pequeño desquite por todos los sufrimientos que él había soportado.

Sin embargo la lluvia causaba problemas. Un día de la última semana de septiembre cayó tan fuerte que destruyó casi un tercio de la zanja. Ya habían puesto aproximadamente setecientas piedras y calculaban que terminarían la primera hilera en diez o doce días más. Pero durante la noche hubo una enorme tormenta que azotó el prado con una lluvia feroz agitada por el viento, y cuando salieron a la mañana siguiente para comenzar el trabajo, descubrieron que la parte abierta de la zanja tenía varios centímetros de agua. No sólo seria imposible poner más piedras hasta que la tierra se secara, sino que toda la meticulosa labor de nivelar el fondo de la zanja había quedado arruinada. Los cimientos del muro estaban convertidos en una masa de remolinos de agua y barro. Pasaron los tres días siguientes transportando piedras mañana y tarde y llenando el tiempo como mejor podían. Luego, cuando el agua se evaporó al fin, abandonaron las piedras durante un par de días y se dedicaron a rehacer el fondo de la zanja. Fue entonces cuando la tensión entre Pozzi y Murks estalló finalmente. De repente Calvin se implicó de nuevo en el trabajo y, en lugar de quedarse a un lado observándoles a cierta distancia (como tenía por costumbre hacer), ahora se pasaba el día dando vueltas alrededor de ellos, fastidiándoles con constantes comentarios e instrucciones, para asegurarse de que las reparaciones se hacían correctamente. Pozzi lo soportó la primera mañana, pero cuando la intromisión continuó por la tarde, Nashe se dio cuenta de que estaba empezando a poner nervioso al chico. Al cabo de tres o cuatro horas más, el muchacho perdió la paciencia.

-De acuerdo, bocazas -dijo, tirando la pala y mirando a Murks con enojo-, si tú eres tan experto en todo esto, ¡por qué coño no lo haces tú mismo!

Murks tardó un momento en contestar, al parecer cogido de improviso.

-Porque ése no es mi trabajo -dijo al fin en voz muy baja-. Sois vosotros quienes tenéis que hacerlo. Yo estoy aquí sólo para ocuparme de que no lo jodáis.

-¿Sí? -le respondió el chico-. ¿Y qué te hace tan alto y poderoso, cabeza de patata? ¿Por qué rayos tú te quedas ahí parado con las manos en los bolsillos mientras nosotros nos machacamos los riñones en este montón de mierda? ¿Eh? Venga, patán, suéltalo. Dame una buena razón.

-Es muy sencillo -dijo Murks, incapaz de contener la sonrisa que se estaba formando en sus labios-. Porque vosotros jugáis a las cartas y yo no.

Fue la sonrisa, pensó Nashe. Una expresión de profundo y auténtico desprecio cruzó por la cara de Murks y un momento después Pozzi se abalanzó sobre él con los puños cerrados. Por lo menos un puñetazo dio en el blanco, porque cuando Nashe logró apartar al chico, de una comisura de la boca de Calvin manaba sangre. Pozzi, aún hirviendo de ira, se debatió violentamente entre los brazos de Nashe durante casi un minuto, pero éste le retuvo con todas sus fuerzas y finalmente el muchacho se calmó. Mientras tanto Murks había retrocedido unos pasos y se estaba enjugando el corte con un pañuelo.

-No importa -dijo al fin-. El chulito éste no soporta la tensión, eso es todo. Hay tíos que tienen lo que hay que tener y otros no. Lo único que digo es esto: que no vuelva a suceder. La próxima vez no me lo tomaré tan bien.

-Miró su reloj y dijo-: Creo que hoy pararemos antes. Ya son casi las cinco y no tiene sentido reanudar el trabajo con los ánimos tan caldeados.

Luego, despidiéndose con el habitual gesto de la mano, echó a andar por el prado y desapareció en el bosque.

Nashe no pudo por menos de admirar a Murks por su serenidad. Pocos tipos se habrían aguantado sin devolver el golpe después de un ataque semejante, pero Calvin ni siquiera había levantado las manos para defenderse. Quizá había cierta arrogancia en ello -como si le estuviera diciendo a Pozzi que no podía hacerle daño por mucho que lo intentara-, pero el hecho era que el incidente había sido desactivado con asombrosa rapidez. Considerando lo que podía haber ocurrido, era un milagro que los daños no fueran mayores. Hasta Pozzi parecía consciente de ello, y aunque evitó cuidadosamente hablar del tema aquella noche, Nashe se dio cuenta de que estaba azorado y se alegraba de que le hubiese detenido antes de que fuese demasiado tarde.

No había razón para pensar que habría repercusiones. Pero cuando Murks se presentó a las siete de la mañana siguiente llevaba un arma. Era un revólver del treinta y ocho como el que usaba la policía, y estaba metido en una funda de cuero que colgaba de una cartuchera. Nashe se fijó en que faltaban de ella seis balas, prueba casi segura de que el revólver estaba cargado. Ya era bastante malo que las cosas hubieran llegado a ese punto, pensó, pero lo que lo hacía aún peor era que Calvin actuaba como si no hubiera pasado nada. No mencionó el arma, y ese silencio le resultó a Nashe más preocupante que la propia arma. Significaba que Murks consideraba que tenía derecho a llevarla... y que había tenido ese derecho desde el principio. La libertad, por tanto, nunca había existido. Los contratos, los apretones de mano, la buena voluntad, no habían significado nada. Nashe y Pozzi habían trabajado todo el tiempo bajo la amenaza de la violencia, y Murks les había dejado en paz sólo porque habían decidido colaborar con él. Al parecer, insultar y refunfuñar estaba permitido, pero en cuanto su descontento

fuera más allá de las palabras, Murks estaba más que dispuesto a tomar medidas drásticas e intimidatorias contra ellos. Y dada la manera en que se había planteado la situación, no había duda de que actuaba siguiendo las órdenes de Flower y Stone.

No obstante, no parecía probable que Murks planease utilizar el revólver. Su función era simbólica, y simplemente llevarlo delante de ellos era suficiente para dejar las cosas claras. Mientras no le provocaran, Calvin no haría mucho más que pasearse con el revólver en la cadera, haciendo una estúpida imitación de un jefe de policía de pueblo. En el fondo, pensó Nashe, el único verdadero peligro era Pozzi. El comportamiento del chico se había vuelto tan excéntrico que era difícil saber si haría una tontería o no. Al final resultó que no llegó a hacer ninguna, y Nashe se vio obligado a admitir que le había subestimado. Pozzi había esperado desde el comienzo que hubiera problemas, y cuando vio el arma aquella mañana, más que sorprenderle le confirmó sus sospechas más profundas. Fue Nashe el que se sorprendió, era Nashe el que se había engañado con una falsa interpretación de los hechos, pero Pozzi siempre había sabido a qué tenían que enfrentarse. Lo había sabido desde el primer día en el prado, y lo que se deducía de ese conocimiento le había dejado medio muerto de miedo. Ahora que todo había salido al descubierto, casi parecía aliviado. Después de todo, el revólver no cambiaba la situación para él. Simplemente demostraba que estaba en lo cierto.

-Bueno, viejo -le dijo a Murks mientras los tres caminaban por la hierba-, parece que por fin has puesto tus cartas sobre la mesa.

-¿Cartas? -dijo Murks, confuso por la referencia-. Te dije ayer que yo no juego a las cartas.

-Es una manera de hablar -contestó Pozzi, sonriendo amablemente-. Estoy hablando de ese extraño juguete que llevas ahí. Ese badajo que te cuelga de la cintura.

-Ah, esto -dijo Murks, dando unas palmaditas al revólver dentro de su funda-. Sí, bueno, pensé que no debía correr más riesgos. Tú eres un loco hijo de puta, enano. Cualquiera sabe lo que podrías hacer.

-Y eso disminuye las posibilidades, ¿no? -dijo Pozzi-. Quiero decir que una cosa como ésa coarta mucho a un hombre a la hora de expresarse. Restringe sus derechos de la Primera Enmienda, no sé si sabes a lo que me refiero.

-No seas tan listo, chaval -dijo Murks-. Conozco la Primera Enmienda.

-Por supuesto. Por eso me gustas tanto, Calvin. Eres un tío espabilado, lo que se dice un águila. No hay quien te engañe.

-Como dije ayer, siempre estoy dispuesto a darle a un hombre una oportunidad. Pero sólo una. Después, hay que tomar medidas adecuadas.

-Como poner tus cartas sobre la mesa, ¿eh?

-Si lo quieres decir así.

-Es bueno que las cosas queden bien sentadas. La verdad es que me alegro de que te hayas puesto hoy tu cinturón de vestir. Eso le da aquí a mi amigo Jim una imagen más clara de la situación.

-Esa es la idea -contestó Murks, palmeando de nuevo su revólver-. Ayuda a ajustar el enfoque, ¿a que sí?

Terminaron de reparar la zanja al final de la mañana, y luego el trabajo volvió a la normalidad. Aparte del revólver (que Murks siguió llevando todos los días), las circunstancias externas de su vida no parecieron cambiar mucho. En todo caso, a Nashe le pareció que empezaban a mejorar. La lluvia había cesado y, en lugar de los días fríos y húmedos que les habían tenido hundidos en el lodo durante más de una semana, entraron en un periodo de soberbio tiempo otoñal: cielos límpidos y relucientes, tierra firme bajo los pies, el crujido de las hojas que pasaban llevadas por el viento. Además, Pozzi también parecía haber mejorado, y ya no suponía tanto esfuerzo para Nashe estar con él. El revólver había supuesto un cambio decisivo y desde entonces el chico había recobrado parte de su fanfarronería y buen humor. Había dejado de decir disparates; controlaba su ira; el mundo había comenzado a divertirle de nuevo. Eso era un verdadero progreso, pero también estaba el progreso del calendario, y quizá eso fuera lo más importante de todo. Ya habían entrado en octubre, y súbitamente el final aparecía a la vista. Saber eso era suficiente para despertar en ellos una esperanza, una chispa de optimismo que antes no existía. Faltaban dieciséis días, y ni siquiera el revólver podía privarles de eso. Mientras siguieran trabajando, el trabajo les haría libres.

Pusieron la milésima piedra el doce de octubre, concluyendo así la primera hilera cuando aún faltaba más de una semana para que se cumpliera el plazo. A pesar de todo, Nashe no pudo evitar una sensación de logro. Habían alcanzado una marca, habían hecho algo que permanecería después de que se hubieran ido, y, estuvieran donde estuviesen, una parte de aquel muro siempre les pertenecería. Hasta Pozzi parecía satisfecho, y cuando la última piedra estuvo al fin colocada en su sitio retrocedió unos pasos y le dijo a Nashe:

-Bueno, amigo mío, contempla lo que acabamos de hacer.

Con un gesto nada característico en él, el muchacho se subió sobre las piedras de un salto y empezó a caminar a lo largo de la hilera con los brazos extendidos, como un equilibrista en la cuerda floja. Nashe se alegró de que reaccionara de aquella manera, y mientras miraba la pequeña figura que se alejaba de puntillas, siguiendo la pantomima del equilibrista (como si estuviera en peligro, como si pudiera caerse desde una gran altura), algo le ahogó de repente y notó que estaba al borde de las lágrimas. Un momento después, Murks se le acercó por la espalda y le dijo:

-Parece que el chulito se siente muy orgulloso, ¿eh?

-Tiene derecho a ello -contestó Nashe-. Ha trabajado mucho.

-Bueno, no ha sido fácil, lo reconozco. Pero parece que ahora vamos avanzando. Parece que al fin esto va subiendo.

-Poco a poco, piedra a piedra.

-Así es como hay que hacerlo. Piedra a piedra.

-Supongo que tendrás que empezar a buscar nuevos obreros. Según nuestros cálculos, nosotros nos marchamos de aquí el dieciséis.

-Ya lo sé. Sin embargo, es una pena que os vayáis justo cuando le habéis cogido el tranquillo y todo eso, quiero decir.

-Así es la vida, Calvin.

-Sí, supongo que sí. Pero si no os sale nada mejor, puede que volváis. Ya sé que ahora te parecerá una locura, pero piénsalo de todas formas.

-¿Pensarlo? -dijo Nashe, no sabiendo si reír o llorar.

-No es un trabajo tan malo -siguió Murks-. Por lo menos está todo ahí, delante de ti. Pones una piedra y pasa algo. Pones otra piedra y pasa algo más. No tiene ningún misterio. Ves cómo va subiendo el muro y al cabo de algún tiempo empieza a producirte una sensación gratificante. No es como segar la hierba o hacer leña. Eso también es trabajo, pero nunca luce mucho. Cuando trabajas en un muro siempre tienes algo que enseñar.

-Supongo que tiene sus ventajas -dijo Nashe, un poco desconcertado por la incursión de Murks en la filosofía-, pero se me ocurren otras cosas que preferiría hacer.

-Como quieras. Pero recuerda que nos quedan nueve hileras. Podrías sacarte un buen dinero si continuaras.

-Lo tendré en cuenta. Pero yo en tu lugar, Calvin, me esperaría sentado.

7

Sin embargo, existía un problema. Había estado allí todo el tiempo, una pequeña preocupación en el fondo de sus cabezas, pero ahora que sólo faltaba una semana para el dieciséis, de pronto se hizo enorme, adquiriendo unas proporciones tales que todo lo demás parecía una nimiedad. La deuda quedaría saldada el día dieciséis, pero en ese momento sólo volverían a estar a cero. Serían libres, quizá, pero no tendrían un centavo. ¿Y hasta dónde les llevaría esa libertad si no tenían dinero? Ni siquiera podrían pagarse un billete de autobús. En cuanto salieran de allí se convertirían en mendigos, un par de vagabundos sin blanca tratando de avanzar en la oscuridad.

Durante unos minutos pensaron que la tarjeta de crédito de Nashe podría salvarles, pero cuando la sacó de su cartera y se la enseñó a Pozzi, éste descubrió que había caducado a finales de septiembre. Hablaron de escribir a alguien para pedir un préstamo, pero las únicas personas que se les ocurrían eran la madre de Pozzi y la hermana de Nashe, y a ninguno de los dos les apetecía pedirles nada. No compensaba la vergüenza, dijeron, y además, probablemente ya era demasiado tarde. Entre que enviaban las cartas y recibían las respuestas, habría pasado el dieciséis.

Entonces Nashe le contó a Pozzi la conversación que había tenido con Murks aquella tarde. Era una perspectiva terrible (en un momento dado hasta le pareció que el muchacho se iba a echar a llorar), pero poco a poco acabaron aceptando la idea de que tendrían que quedarse con el muro un poco más de tiempo. Sencillamente no tenían alternativa. A menos que reunieran algo de dinero, sólo encontrarían nuevos problemas cuando se marcharan, y ninguno se sentía capaz de enfrentarse a ellos. Estaban demasiado cansados, demasiado trastornados para correr ese riesgo ahora. Con uno o dos días extra bastaría, se dijeron, unos doscientos dólares por cabeza para ponerse en camino. A la larga, tal vez no fuese tan terrible. Por lo menos estarían trabajando para sí mismos y eso ya era algo. Eso se decían, pero ¿qué otra cosa podían decirse en aquel momento? Se habían bebido casi una quinta parte de una botella de bourbon, y profundizar en la verdad sólo hubiese servido pata empeorar las cosas.

Hablaron con Calvin del asunto a la mañana siguiente, sólo para asegurarse de que la oferta iba en serio. No veía por qué no, les dijo. De hecho, ya había hablado con Flower y Stone la noche anterior y ellos no habían puesto ninguna objeción. Si Nashe y Pozzi querían seguir trabajando una vez saldada la deuda, eran libres de hacerlo. Ganarían los mismos diez dólares la hora y la oferta se mantendría hasta que el muro estuviera terminado.

-Hablamos solamente de dos o tres días -dijo Nashe.

-Claro, claro -dijo Murks-. Queréis juntar un poco de dinero antes de iros. Me figuré que antes o después acabaríais compartiendo mi punto de vista.

-No tiene nada que ver con eso -dijo Nashe-. Nos quedamos porque no tenemos otro remedio, no porque nos apetezca.

-De una forma u otra -dijo Murks-, viene a ser lo mismo, ¿no? Necesitáis dinero y este trabajo es la manera de conseguirlo.

Antes de que Nashe pudiera responder, Pozzi intervino y dijo:

-No nos quedaremos a menos que lo tengamos por escrito. Los términos exactos, todo especificado.

-Lo que se llama un aditamento al contrato -dijo Murks-. ¿Es eso lo que quieres decir?

-Sí, eso es -contestó Pozzi-. Un aditamento. Si no lo tenemos, nos vamos de aquí el dieciséis.

-Me parece justo -dijo Murks, cada vez más satisfecho de sí mismo-. Pero no tenéis por qué preocuparos. Ya nos hemos ocupado de eso.

Entonces el capataz abrió los cierres de su chaqueta azul, metió la mano derecha en el bolsillo interior y sacó dos hojas de papel dobladas.

-Leed esto y decidme qué os parece -dijo.

Era el original y un duplicado de la nueva cláusula: un breve párrafo sencillamente redactado estableciendo las condiciones para “el trabajo subsiguiente a la liquidación de la deuda”. Las dos copias estaban ya firmadas por Flower y Stone y, por lo que Nashe y Pozzi podían ver, todo estaba en orden. Eso era lo verdaderamente extraño. Ni siquiera habían tomado una decisión hasta la noche anterior y sin

embargo ahí estaban los resultados de esa decisión esperándoles, resumidos en el preciso lenguaje contractual. ¿Cómo era posible? Era como si Flower y Stone hubiesen podido leer sus pensamientos, como si hubiesen sabido lo que iban a hacer antes que ellos mismos. Durante un breve momento de paranoia, Nashe se preguntó si habría micrófonos en el remolque. La idea era espantosa, pero era la única que podía explicar aquello. ¿Y si hubiera aparatos de escucha en las paredes? Entonces Flower y Stone podrían fácilmente haber grabado sus conversaciones, podrían haber seguido cada palabra que el muchacho y él se habían dicho durante las últimas seis semanas. Puede que ésa sea su distracción nocturna, pensó Nashe. Encienda la radio y escuche la Comedia de Jim y Jack. Diversión para toda la familia, risas garantizadas.

-Estás muy seguro de ti mismo, ¿eh, Calvin? -dijo.

-Sentido común, nada más -respondió Calvin-. Quiero decir, era cuestión de tiempo el que me lo preguntarais. No podía ser de otra manera. Así que pensé que más valía prepararse y hacer que los jefes redactaran los papeles. No tardaron más de un minuto.

Así que pusieron sus firmas en ambas copias del aditamento y el asunto quedó resuelto. Pasó otro día. Cuando se sentaron a cenar, Pozzi dijo que deberían planear una celebración para la noche del dieciséis. Aunque no se marcharan entonces, parecía lo apropiado no dejar pasar ese día sin hacer algo especial. Tenían que echar una cana al aire, dijo, montar una juerga para dar la bienvenida a la nueva era. Nashe supuso que se refería a un pastel o a una botella de champán, pero los planes de Pozzi eran más ambiciosos.

-No -dijo-, hay que hacerlo verdaderamente a lo grande. Langosta, caviar, de todo. Y además traeremos chicas. No se puede hacer una fiesta sin chicas.

Nashe no pudo por menos que sonreír ante el entusiasmo del muchacho.

-¿Y quiénes serán esas chicas, Jack? -le dijo-. La única chica que yo he visto por aquí es Louise, y, no sé por qué, me parece que no es tu tipo. Y aunque la invitáramos, dudo que quisiera venir.

-No, no, estoy hablando de titis de verdad. Fulanas. Ya me entiendes, nenas jugosas. Chicas para follar.

-¿Y dónde encontraremos a esas neñas jugosas? ¿Ahí en el bosque?

-Las traeremos de fuera. Atlantie City no está lejos de aquí, ya sabes. Esa ciudad está abarrotada de carne femenina. Hay conejitas a la venta en cada esquina.

-Estupendo. ¿Y qué te hace suponer que Flower y Stone estarán de acuerdo?

-Dijeron que podíamos tener todo lo que quisiéramos, ¿no?

-Una cosa es la comida, Jack. Un libro, una revista, incluso una o dos botellas de bourbon. Pero ¿no crees que eso es ir demasiado lejos?

-Todo quiere decir todo. No perdemos nada por pedirlo.

-Claro, puedes pedir lo que quieras. Pero no te sorprendas cuando Calvin se ría de ti.

-Se lo diré mañana por la mañana en cuanto aparezca.

-De acuerdo. Pero pide sólo una chica. Este abuelete no sabe si está en condiciones para esa clase de celebración.

-Pues este niño si, te lo aseguro. Hace tanto tiempo que no mojo que tengo el pito a punto de reventar.

Contrariamente a lo que Nashe había predicho, Murks no se rió de Pozzi a la mañana siguiente. Pero la expresión de confusión y azoramiento que pasó por su cara fue casi tan buena como una carcajada, quizá mejor. El día anterior estaba preparado para sus preguntas, pero esta vez se quedó atónito, ni siquiera entendía de qué le hablaba el muchacho. Después del segundo o tercer intento, finalmente lo comprendió, pero eso sólo pareció aumentar su desconcierto.

-¿Quieres decir una puta? -dijo-. ¿Es eso lo que tratas de decirme? ¿Quieres que te proporcionemos una puta?

Murks no tenía autoridad para responder a una petición tan heterodoxa, pero prometió transmitírsela a sus jefes aquella noche. Sorprendentemente, cuando volvió con la contestación a la mañana siguiente le dijo a Pozzi que se ocuparían de ello, que tendría una chica el dieciséis.

-Ese era el trato -dijo-. Podéis tener lo que queráis. La verdad es que no parecían muy complacidos, pero un trato es un trato, dijeron, así que la tendrás. En mi opinión, se han portado de maravilla. Son buena gente, esos dos, y cuando dan su palabra están dispuestos a hacer cualquier cosa por cumplirla.

A Nashe le pareció muy extraño. Flower y Stone no eran de esa clase de gente que tira su dinero en fiestas para otros, y el hecho de que hubieran aceptado la petición de Pozzi le puso inmediatamente en guardia. Por su propio bien, pensó, hubiese sido mejor seguir con el trabajo y luego salir de allí lo más rápida y silenciosamente posible. La segunda hilera estaba resultando menos difícil que la primera y el trabajo avanzaba con regularidad, quizá más que antes. El muro era más alto ahora y ya no tenían que someter sus espaldas a las múltiples contorsiones de doblarse y agacharse para colocar las piedras en su sitio. Con un solo y económico gesto era suficiente, y una vez que dominaron los aspectos más precisos de este nuevo ritmo, lograron aumentar su rendimiento hasta cuarenta piedras al día. Cuánto más sencillo hubiera sido continuar así hasta el final. Pero el muchacho estaba empeñado en tener una fiesta, y ahora que la chica iba a venir, Nashe comprendió que no podía hacer nada para impedirlo. Si decía algo en contra parecería que trataba de estropearle a Pozzi su diversión, y eso era lo último que deseaba. El chico se merecía su pequeña juerga, y aunque trajese más problemas de los que valía, Nashe sentía que tenía la obligación moral de apoyarle.

Durante las noches siguientes asumió el papel de proveedor y se sentó en el cuarto de estar con un lápiz y un papel para tomar notas mientras ayudaba a Pozzi a concretar los detalles de la celebración.

Había que tomar innumerables decisiones y Nashe estaba resuelto a que el muchacho quedara satisfecho en todos los aspectos. ¿Debían empezar la cena con cóctel de gambas o con sopa de cebolla francesa? ¿El segundo plato debía ser solomillo o langosta o las dos cosas? ¿Cuántas botellas de champán debían pedir? ¿La chica debía cenar con ellos o era mejor que cenaran solos y que ella se les uniera a los postres? ¿Era necesario decorar el remolque? Y en ese caso, ¿de qué color querían los globos? Le entregaron la lista completa a Murks el día quince por la mañana, y esa misma noche el capataz hizo un viaje especial al prado para llevarles los paquetes. Por una vez fue en el todoterreno, y Nashe se preguntó si eso era una buena señal, una muestra de su inminente libertad. Pero también podía no significar nada. Había muchos paquetes, después de todo, y era posible que hubiese ido en coche simplemente porque la carga era demasiado grande para llevarla en los brazos. Pues si estaban a punto de convertirse en hombres libres, ¿por qué se molestaba Murks en seguir llevando el arma?

Pusieron cuarenta y siete piedras el último día, superando su marca anterior en cinco. Les supuso un enorme esfuerzo el lograrlo, pero ambos querían acabar con un gesto triunfal y trabajaron como si se propusieran demostrar algo, sin reducir el ritmo ni una vez, manejando las piedras con un aplomo que rayaba en el desdén, como si lo único que importara ahora fuese probar que no habían sido derrotados, que habían triunfado sobre aquel asqueroso asunto. Murks paró el trabajo a las seis en punto, y ellos dejaron las herramientas con el frío aire otoñal quemándose aún en sus pulmones. La oscuridad llegaba ahora más temprano, y cuando Nashe levantó la cabeza para mirar al cielo vio que ya tenían la noche encima.

Durante unos momentos se quedó tan aturdido que no sabia qué pensar. Pozzi se acercó a él y le dio una palmada en la espalda, charlando animadamente, pero la mente de Nashe permaneció curiosamente vacía, como si fuera incapaz de absorber la magnitud de lo que había hecho. Estoy de nuevo a cero, se dijo al fin. Y de repente supo que todo un período de su vida acababa de concluir. No era sólo el muro y el prado, era todo lo que le había llevado allí, la demencial historia de los últimos dos años: Thérèse y el dinero y el coche, todo. Estaba de nuevo a cero, y esas cosas habían desaparecido. Porque incluso el cero más pequeño era un gran agujero de nada, un círculo lo bastante grande como para contener el mundo.

Iban a traer a la chica desde Atlantic City en una limusina conducida por un chófer. Murks les había dicho que llegaría a eso de las ocho, pero eran casi las nueve cuando al fin entró por la puerta del remolque. Nashe y Pozzi ya se habían pulido una botella de champán, y Nashe estaba inclinado sobre una olla en la cocina observando cómo el agua se acercaba al punto de ebullición por tercera o cuarta vez. Las tres langostas que había en la bañera estaban medio muertas, pero Pozzi había decidido incluir a la chica en la cena (“causa mejor

impresión de esa manera"), así que no podían hacer nada más que esperar hasta que ella apareciera. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a beber champán y las burbujas se les habían subido rápidamente a la cabeza, por lo que los dos estaban ya un poco alegres cuando al fin comenzó la celebración.

La chica se hacía llamar Tiffany y no debía de tener más de dieciocho o diecinueve años. Era una de esas rubias pálidas y flacas con los hombros caídos y el pecho hundido, y se tambaleaba sobre unos tacones de siete centímetros como si tratara de andar sobre la cuchilla de unos patines. Nashe se fijó en el pequeño hematoma amarillento que tenía en el muslo izquierdo, en el maquillaje excesivo y en la triste minifalda que dejaba al descubierto sus delgadas piernas sin forma. Su cara era casi bonita, pensó, pero a pesar de su expresión infantil dejaba traslucir un gesto de fatiga, una hosquedad que se percibía a través de las sonrisas y la aparente alegría de su actitud. Daba igual que fuera tan joven; sus ojos eran demasiado duros, demasiado cínicos, y tenían la expresión de alguien que ha visto ya demasiadas cosas.

El muchacho abrió otra botella de champán y los tres se sentaron para tomar una copa antes de la cena, Pozzi y la chica en el sofá, Nashe en una silla un poco separada de ellos.

-¿Cómo va la historia, tíos? -dijo ella-. ¿Esto va a ser un trío o vais de uno en uno?

-Yo soy sólo el cocinero -dijo Nashe, un poco desconcertado por la franqueza de la chica-. En cuanto acabemos de cenar yo desaparezco.

-El viejo Jeeves es un mago en la cocina -dijo Pozzi-, pero le dan miedo las señoras. Cosas que pasan. Le ponen nervioso.

-Ya -dijo la chica, examinando a Nashe con una mirada fria y valorativa-. ¿Qué pasa, grandullón, no tienes ganas esta noche?

-No es eso -dijo Nashe-. Lo que pasa es que tengo mucho que leer. Estoy tratando de aprender una receta nueva y algunos de los ingredientes son muy complicados.

-Bueno, siempre puedes cambiar de opinión -dijo la chica-. El gordo me soltó una pasta por esto y yo vine aquí pensando que iba a follarme a los dos. No tengo inconveniente. Por esa cantidad de dinero me follaría a un perro si hiciera falta.

-Comprendo -dijo Nashe-. Pero estoy seguro de que estarás muy ocupada con Jack. Una vez que empieza puede ser un verdadero salvaje.

-Así es, nena -dijo Pozzi, apretándole un muslo a la chica y atrayéndola para darle un beso-. Mi apetito es insaciable.

La cena prometía ser triste y lúgubre, pero el buen humor de Pozzi la convirtió en otra cosa: algo animado y memorable, una locura de caparazones de langosta y risas alcohólicas. El muchacho era un torbellino aquella noche, y ni Nashe ni la chica pudieron resistirse a su felicidad, a la energía maníaca que manaba de él e inundaba la habitación. Parecía saber exactamente qué debía decirle a la chica en cada momento, cómo hacerla reír, y Nashe se asombró al ver cómo ella iba cediendo poco a poco al asalto de sus encantos, cómo se le

suavizaba la cara y los ojos se le ponían cada vez más brillantes. Nashe nunca había tenido talento con las chicas y observaba la actuación de Pozzi con una creciente sensación de asombro y envidia. Comprendió que era cuestión de tratar a todo el mundo igual, de dedicarle tanta atención y cuidado a una prostituta triste y poco atractiva como le dedicarías a la muchacha de tus sueños. Nashe siempre había sido demasiado exigente para hacer eso, demasiado reservado y serio, y admiró al muchacho por conseguir que la chica se riera tan alegremente, por amar tanto la vida en ese momento, que podía sacar a la luz lo que aún estaba vivo en ella.

La mejor improvisación se produjo a mitad de la cena, cuando Pozzi empezó de pronto a hablar de su trabajo. Él y Nashe eran arquitectos, explicó, y habían venido a Pennsylvania hacia un par de semanas para supervisar la construcción de un castillo que habían diseñado. Eran especialistas en el arte de la "reverberación histórica", y como había muy poca gente que pudiera permitirse el lujo de contratarlos, invariablemente acababan trabajando para millonarios excéntricos.

-No sé qué te habrá dicho de nosotros el gordo dueño de la casa -le dijo a la chica-, pero puedes olvidarlo todo ahora mismo. Es muy bromista y preferiría hacerse pis en los pantalones en público que darte una contestación seria a nada que le preguntes.

Todos los días acudía al prado una cuadrilla de treinta y seis albañiles y carpinteros, continuó, pero Jim y él vivían en el lugar de la construcción porque siempre lo hacían así. El ambiente lo era todo, y la obra siempre salía mejor si ellos vivían la vida que tenían que recrear. Este trabajo era una "reverberación medieval", así que por el momento tenían que vivir como monjes. Su siguiente trabajo les llevaría a Texas, donde un magnate del petróleo les había encargado que le construyeran una réplica del Palacio de Buckingham en su jardín trasero. Eso podía parecer fácil, pero cuando te dabas cuenta de que había que numerar cada piedra previamente, empezabas a comprender lo complicado que era. Si las piedras no se ponían en el orden correcto, todo el edificio se te venía abajo. Imagínate construir el puente de Brooklyn en San José, California. Pues eso era lo que habían hecho para alguien el año anterior. Figúrate lo que era diseñar una Torre Eiffel de tamaño natural para levantarla junto a una casa estilo rancho en una urbanización residencial de Nueva Jersey. Eso también estaba en su currículum. La verdad era que en ocasiones les entraban ganas de retirarse e irse a vivir a West Palm Beach, pero en realidad el trabajo era demasiado interesante para dejarlo, y con tantos millonarios norteamericanos que querían vivir en castillos europeos, no tenían valor para rechazarlos a todos.

Todas estas tonterías iban acompañadas del ruido de partir el caparazón de las langostas y de servir el champán. Cuando Nashe se puso de pie para recoger la mesa tropezó con una pata de su silla y tiró dos o tres platos al suelo. Se rompieron con gran estrépito, y como uno de ellos era un cuenco que contenía los restos de la mantequilla

derretida, el desastre en el linóleo fue total. Tiffany hizo un movimiento para ayudar a Nashe a limpiar el suelo, pero andar nunca había sido su fuerte, y ahora que las burbujas del champán habían penetrado en su corriente sanguínea no logró dar más de dos o tres pasos antes de caer sobre el regazo de Pozzi, presa de un ataque de risa. O tal vez fuera que Pozzi la agarró antes de que pudiera apartarse de él (a aquellas alturas, Nashe ya no podía captar tales matices); el caso es que, cuando Nashe se irguió con los pedazos de vajilla rota en las manos, los dos jóvenes estaban juntos en la silla dándose un beso apasionado. Pozzi empezó a frotar un seno de la chica y un momento después Tiffany puso la mano en el paquete del muchacho, pero antes de que las cosas fueran a más, Nashe (no sabiendo qué hacer) carraspeó y anunció que era hora de tomar el postre.

Habían encargado una de esas tartas de chocolate en capas que se encuentran en el departamento de congelado de A&P, pero Nashe la trajo con toda la pompa y la ceremonia de un lord chamberlán a punto de colocar una corona en la cabeza de una reina. En consonancia con la solemnidad de la ocasión, se encontró inesperadamente cantando un himno de su infancia. Era Jerusalem, con letra de William Blake, y aunque hacía más de veinte años que no lo cantaba, todos los versos volvieron a su memoria y salieron de su boca como si hubiera pasado los dos últimos meses ensayando para aquel momento. Oyendo las palabras que cantaba, el oro ardiendo y la lucha mental y los oscuros molinos satánicos, comprendió lo hermosas y dolorosas que eran y las cantó como para expresar su propio anhelo, toda la tristeza y la alegría que habían brotado en él desde el primer día en el prado. Era una melodía difícil, pero salvo unas cuantas notas falsas en la primera estrofa, la voz no le traicionó. Cantó como siempre había soñado, y por la forma en que Pozzi y la chica le miraban, por la expresión de asombro en sus caras cuando comprendieron que los sonidos salían de su boca, supo que no se estaba engañando. Escucharon en silencio hasta el final y luego, cuando Nashe se sentó y les dirigió azorado una sonrisa forzada, se pusieron los dos a aplaudir y no cesaron hasta que finalmente aceptó levantarse y hacer una reverencia.

Se bebieron la última botella de champán con la tarta mientras contaban historias de su infancia, y luego Nashe se dio cuenta de que había llegado el momento de retirarse. No deseaba seguir estorbando al muchacho y, una vez acabada la comida, ya no tenía excusa para permanecer allí. Esta vez la chica no le pidió que reconsiderara su decisión, pero le dio un fuerte abrazo y le dijo que esperaba que volvieran a encontrarse. Nashe pensó que era un simpático gesto por su parte y le contestó que él también lo esperaba. Luego le guiñó un ojo al muchacho y se fue a la cama tambaleándose.

Pero no resultaba fácil estar allí tumbado en la oscuridad escuchando sus risas y sus ruidos en la otra habitación. Trató de no imaginarse lo que ocurría allí, pero la única manera de conseguirlo era pensar en Fiona, y eso sólo parecía empeorar las cosas. Afortunadamente, estaba demasiado borracho como para mantener los

ojos abiertos mucho rato. Antes de que pudiera compadecerse de verdad de sí mismo, ya estaba muerto para el mundo.

Pensaban tomarse libre el día siguiente. Parecía lo más apropiado después de trabajar siete semanas completas y, contando con la resaca que inevitablemente seguiría a su noche de jarana, habían acordado este respiro con Murks varios días antes. Nashe se despertó poco después de las diez con la sensación de que las sienes se partían en dos, y se fue hacia la ducha. Por el camino, echó una ojeada al cuarto de Pozzi y vio que el muchacho seguía durmiendo, solo en su cama con los brazos abiertos a ambos lados. Nashe permaneció bajo el agua sus buenos seis o siete minutos y luego entró en el cuarto de estar con una toalla alrededor de la cintura. Sobre un cojín del sofá había un sujetador de encaje negro arrugado, pero la chica había desaparecido. La habitación tenía el mismo aspecto que si un ejército merodeador hubiese acampado allí, y el suelo era un caos de botellas vacías, ceniceros volcados, guirnaldas de papel caídas y globos desinflados. Sorteando los escombros, Nashe entró en la cocina y se hizo café.

Bebió tres tazas sentado a la mesa y fumando cigarrillos de un paquete que se había dejado la chica. Cuando se sintió suficientemente despierto para empezar a moverse, se levantó y se puso a limpiar el remolque, procurando hacer el menor ruido posible para no despertar al muchacho. Se ocupó primero del cuarto de estar, atacando sistemáticamente cada tipo de basura (ceniza, globos, platos rotos), y luego entró en la cocina, donde vació platos, recogió caparazones de langosta y fregó vajilla y cubiertos. Tardó dos horas en poner en orden la casita, y durante todo ese tiempo Pozzi siguió durmiendo, sin salir ni una vez de su cuarto. Terminada la limpieza, Nashe se preparó un sandwich de jamón y queso y otra cafetera, y luego volvió a su cuarto de puntillas para coger uno de los libros que aún no había leído: Nuestro común amigo, de Charles Dickens. Se comió el sandwich, bebió otra taza de café y sacó una de las sillas de la cocina fuera y la colocó de modo que pudiera apoyar las piernas en los escalones del remolque. Hacía un día sorprendentemente cálido y soleado para mediados de octubre, y mientras estaba sentado allí, con el libro en el regazo, encendiendo uno de los cigarros puros que habían pedido para la fiesta, Nashe se sintió de pronto tan tranquilo, tan en paz consigo mismo, que. decidió no abrir el libro hasta haber terminado de fumarse el puro.

Llevaba en ello unos veinte minutos cuando oyó ruido de hojas en el bosque. Se levantó de la silla, se volvió en dirección al sonido y vio que Murks venía hacia él, saliendo de la espesura con la cartuchera puesta sobre su chaqueta azul. Nashe estaba ya tan acostumbrado al revólver que ni siquiera se fijó en él, pero sí le sorprendió ver a Murks, y puesto que no se trataba de supervisar ningún trabajo aquel día, se preguntó qué significaba aquella inesperada visita. Charlaron un poco durante los primeros tres o cuatro minutos, mencionando vagamente la fiesta y el buen tiempo. Murks le dijo que el chófer se había llevado a la chica a las cinco y media, y a juzgar por cómo dormía el muchacho,

dijo, parecía que había tenido una noche muy movida. Sí, dijo Nashe, no le había decepcionado, todo había salido bien.

Luego hubo una larga pausa y durante los siguientes quince o veinte segundos Murks miró al suelo y hurgó en la tierra con la punta del zapato.

-Me temo que tengo malas noticias para ti -dijo al fin, aún sin atreverse a mirar a Nashe a los ojos.

-Lo sabía -contestó Nashe-. No hubieras venido aquí hoy de no ser por eso.

-Bueno, lo siento mucho -dijo Murks, sacando un sobre cerrado de un bolsillo y entregándoselo a Nashe-. A mí me dejó confuso cuando me lo dijeron, pero supongo que están en su derecho. Todo depende de cómo se mire, supongo yo.

Al ver el sobre, Nashe pensó automáticamente que era una carta de Donna. Nadie más se molestaría en escribirle, pensó, y en el mismo momento en que esta idea entró en su conciencia se sintió abrumado por un súbito ataque de náusea y vergüenza. Se le había olvidado el cumpleaños de Juliette. El doce había sido hacía cinco días y él ni siquiera se había dado cuenta.

Luego miró el sobre y vio que estaba en blanco. No podía ser de Donna, se dijo, y cuando al fin lo abrió se encontró una sola hoja de papel mecanografiado, palabras y números ordenados en columnas perfectas con un encabezamiento que decía: nashe y pozzi: gastos.

-¿Qué diablos es esto? -preguntó.

-Las cuentas de los jefes. Los haberes y los debes, el balance del dinero gastado y el dinero ganado.

Cuando Nashe examinó la hoja más atentamente vio que era exactamente eso: un estado de cuentas, la meticulosa labor de un contable, y al menos demostraba que Flower no se había olvidado de su antigua profesión desde que se hizo rico siete años antes. Las cantidades positivas aparecían especificadas en la columna de la izquierda, todo debidamente anotado de acuerdo con los cálculos de Nashe y Pozzi, sin objeciones ni discrepancias: 1.000 horas de trabajo a 10 dólares la hora 10.000 dólares. Pero en la columna de la derecha estaban las cantidades negativas, una lista de sumas que venía a ser un inventario de todo lo que les había sucedido en los cincuenta días anteriores:

Comida	1.628,41
Cerveza, bebidas alcohólicas	$
Libros, periódicos, revistas	217,36 $
Tabaco	72,15 $
Radio	87,48 $
Ventana rota	59,86 $
Diversiones (16/10)	66,50 $
-acompañante 400 $	900,00 $
-coche 500 $	
Varios	

41,14 $

3.072,90 $

-¿Qué es esto, una broma? -preguntó Nashe.

-Me temo que no -dijo Murks

-Pero se suponía que todas estas cosas estaban incluidas.

-Eso creía yo también. Pero parece que estábamos equivocados.

-¿Qué quieres decir con eso de equivocados? Nos dimos la mano. Lo sabes tan bien como yo.

-Puede. Pero si miras el contrato, verás que no se menciona la comida. El alojamiento sí. La ropa de trabajo sí. Pero ahí no dice ni palabra de la comida.

-Esto es una canallada, Calvin. Espero que lo comprendas.

-Yo no soy quién para opinar. Los jefes siempre me han tratado bien y nunca he tenido motivos de queja. Ellos piensan que un empleo quiere decir ganar dinero por el trabajo que haces, pero cómo te gastes ese dinero es asunto tuyo. Así funciona conmigo. Ellos me dan el sueldo y una casa donde vivir, pero mi comida me la compro yo. Es un buen arreglo en lo que a mí respecta. Nueve de cada diez personas que trabajan no tienen esa suerte. Se tienen que pagar todo. No sólo la comida, sino también la casa. Así es como funciona en todo el mundo.

-Pero nuestras circunstancias son especiales.

-Bueno, puede que no sean tan especiales, después de todo. Si lo piensas bien, deberías alegrarte de que no os cobren un alquiler y las herramientas.

Nashe se dio cuenta de que el puro que estaba fumando se le había apagado. Lo miró durante un momento sin verlo realmente, luego lo tiró al suelo y lo pisó.

-Creo que ya es hora de que vaya a la casa principal y hable con tus jefes -dijo.

-No puedes hacerlo -contestó Murks-. Se han ido.

-¿Que se han ido? ¿Qué estás diciendo?

-Pues que se han ido. Se marcharon a París, Francia hace unas tres horas, y no volverán hasta después de Navidad.

-Me cuesta creer que se hayan largado así por las buenas, sin molestarse en venir a ver el muro. No tiene sentido.

-Oh, sí que lo han visto. Les he traído esta mañana temprano cuando el muchacho y tú estabais durmiendo. Les ha parecido que estaba quedando realmente bien. Buen trabajo, han dicho, seguid así. Estaban contentisímos.

-Mierda -dijo Nashe-. Que se vayan a la mierda ellos y su maldito muro.

-No vale la pena enfadarse, amigo. Sólo serán dos o tres semanas más. Si suprimís las fiestas y esas cosas habréis salido de aquí antes de que os deis cuenta.

-Tres semanas a partir de ahora, ya será noviembre.

-Eso es. Eres un tipo duro, Nashe, tú puedes aguantarlo.

-Si, yo puedo aguantarlo. Pero ¿y Jack? Este papel le va a matar.

Diez minutos después de que Nashe volviera a entrar en el remolque Pozzi se despertó. El muchacho tenía tan mal aspecto y los ojos tan hinchados que Nashe no tuvo valor para darle la noticia enseguida y durante media hora dejó correr la conversación haciendo comentarios intrascendentes y escuchó la minuciosa descripción de Pozzi de lo que él y la chica se habían hecho el uno al otro después de que Nashe se fuera a la cama. Le pareció mal interrumpir semejante historia y estropear el placer del muchacho al contarla, pero una vez transcurrido un intervalo discreto, Nashe cambió al fin de tema y sacó el sobre que le había dado Murks.

-Pasa lo siguiente, Jack -dijo, casi sin darle una oportunidad al muchacho de que mirara el papel-. Nos han jugado una mala pasada y ahora estamos hundidos. Pensábamos que ya estábamos en paz, pero según sus cálculos todavía estamos en el hoyo por tres mil dólares. Comida, revistas, hasta la maldita ventana rota, nos lo han cobrado todo. Por no hablar de la señorita Bragas Calientes y su chófer, cosa que probablemente no hace falta decir. Dimos por sentado que esas cosas las cubría el contrato, pero el contrato no dice nada de ellas. La cuestión es ésta: ¿qué hacemos ahora? Por lo que a mí respecta, tú ya no estás en esto. Has hecho suficiente y a partir de ahora este asunto es sólo problema mío. Así que voy a sacarte de aquí. Cavaremos un hoyo bajo la cerca y cuando oscurezca pasarás por ese hoyo y estarás libre.

-¿Y tú? -dijo Pozzi.

-Yo voy a quedarme a terminar el trabajo.

-Ni hablar. Tú te escapas por el hoyo conmigo.

-Esta vez no, Jack. No puedo.

-¿Y por qué demonios no puedes? ¿Te dan miedo los hoyos o algo así? Ya llevas dos meses viviendo en uno es que no te has dado cuenta?

-Me prometí a mí mismo que llegaría hasta el final. No te pido que lo entiendas, pero no voy a huir. Ya lo he hecho demasiadas veces y no quiero continuar viviendo así. Si me largo de aquí a hurtadillas antes de pagar la deuda, no valdré nada a mis propios ojos.

-El último bastión del general Custer.

-Eso es. La vieja historia de aguantar y callarse.

-Es una batalla equivocada, Jim. No harás más que perder el tiempo, joderte para nada. Si los tres grandes son tan importantes para ti, ¿por qué no les mandas un cheque? A ellos les da igual cómo reciban el dinero y lo tendrán mucho antes si te marchas esta noche conmigo. Mierda, hasta estoy dispuesto a ir al cincuenta por ciento contigo. Conozco a un tipo en Philly que nos puede meter en una partida mañana por la noche. Lo único que tenemos que hacer es conseguir que alguien nos coja en autoestop y tendremos la pasta en cuarenta y ocho horas. Es bien sencillo. Se la mandamos por correo urgente y se acabó la historia.

-Flower y Stone no están aquí. Se han marchado a París esta mañana.

-Dios, eres un terco hijoputa, ¿verdad? ¿A quién coño le importa dónde estén?

-Lo siento, muchacho. No es negociable. Puedes ponerte morado de tanto hablar, pero yo no me voy.

-Tardarás el doble trabajando tú solo, gilipollas. ¿No se te ha ocurrido pensarlo? Serán diez dólares la hora, no veinte. Estarás cargando esas piedras hasta Navidad.

-Ya lo sé. No olvides mandarme una tarjeta, Jack, es lo único que te pido. Suelo ponerme sentimental en esa época del año.

Siguieron discutiendo durante cuarenta y cinco minutos más hasta que finalmente Pozzi dio un puñetazo sobre la mesa y salió de la cocina. Estaba tan enfadado con Nashe que no quiso hablarle durante tres horas: se encerró en su dormitorio y se negó a salir. A las cuatro Nashe se acercó a su puerta y le dijo que iba a salir para empezar a cavar el hoyo. Pozzi no respondió, pero poco después de ponerse la chaqueta y salir del remolque, Nashe oyó un portazo y un momento después el muchacho trotaba por el prado para alcanzarle. Nashe le esperó y luego fueron juntos hacia el cobertizo de las herramientas en silencio, sin que ninguno de los dos se atreviera a reanudar la discusión.

-He estado pensando -dijo Pozzi cuando estaban parados ante la puerta del cobertizo, cerrada con llave-. ¿Para qué molestarnos en toda esta historia de la fuga? ¿No sería más fácil ir a ver a Murks y decirle que yo me marcho? Mientras tú te quedes aquí para cumplir el contrato, ¿qué más les da?

-Te diré por qué -dijo Nashe, cogiendo una piedra del suelo y golpeando con ella la puerta para romper la cerradura-. Porque no me fío de él. Calvin no es tan estúpido como parece y sabe que tu nombre está en el contrato. Estando fuera Flower y Stone, nos dirá que no tiene autoridad para hacer ningún cambio, que no podemos hacer nada hasta que ellos vuelvan. Ese es su estilo, ¿no? Yo sólo trabajo aquí, muchachos, y hago lo que los jefes me mandan. Pero sabe todo lo que pasa, ha sido parte del asunto desde el principio. De lo contrario, Flower y Stone no se habrían ido dejándole encargado de esto. Finge estar de nuestra parte, pero les pertenece a ellos, nosotros le importamos un pepino. En cuanto le dijéramos que querías marcharte, se imaginaría que ibas a escaparte. Ese es el siguiente paso, ¿no? Y no quiero darle ningún preaviso. ¿Quién sabe qué clase de faena nos haría?

Así que forzaron la puerta del cobertizo, cogieron dos palas y se las llevaron por el camino de tierra que cruzaba el bosque. La distancia hasta la cerca era más larga de lo que recordaban, y cuando empezaron a cavar, la luz ya había empezado a desvanecerse. La tierra estaba dura y la base de la cerca iba profundamente enterrada. Ambos gruñían cada vez que clavaban las palas en la tierra. Veían la carretera justo delante de ellos, pero en la media hora que estuvieron allí sólo pasó un coche, una rubia baqueteada en la que iban un hombre, una mujer y un niño pequeño. El niño les saludó con la mano con expresión de sorpresa,

pero ni Nashe ni Pozzi le respondieron. Cavaron en silencio, y cuando finalmente el hoyo era lo bastante grande como para que el cuerpo de Pozzi pasara por él, les dolían los brazos por el esfuerzo. Entonces tiraron las palas y regresaron al remolque. Cruzaron el prado mientras el cielo se volvía púrpura a su alrededor con el débil resplandor de un crepúsculo de mediados de octubre.

Tomaron su última cena juntos como si fueran desconocidos. Ya no sabían qué decirse y sus intentos de conversación eran torpes, a veces incluso embarazosos. La marcha de Pozzi estaba demasiado cercana para permitirles pensar en nada más, pero ninguno de los dos deseaba hablar de aquello, por lo que durante largos intervalos de tiempo permanecieron encerrados en su silencio, cada uno imaginando lo que iba a ser de él sin el otro. No tenía sentido recordar el pasado, rememorar los buenos ratos que habían vivido juntos, porque no había habido buenos ratos y el futuro era demasiado incierto para ser algo más que una sombra, una presencia informe e inarticulada que ninguno de los dos deseaba examinar muy atentamente. Sólo después de que se levantaran de la mesa y empezaran a recoger los platos la tensión se desbordó y se convirtió de nuevo en palabras. Ya era de noche y repentinamente había llegado el momento de los últimos preparativos y adioses. Intercambiaron direcciones y números de teléfono y prometieron mantenerse en contacto, pero Nashe sabía que no lo harían, que aquélla era la última vez que vería a Pozzi.

Prepararon una pequeña bolsa con provisiones -comida, cigarrillos, mapas de carreteras de Pennsylvania y Nueva Jersey-, y luego Nashe le dio a Pozzi un billete de veinte dólares que había encontrado en el fondo de su maleta aquella tarde.

-No es mucho -le dijo-, pero supongo que es mejor que nada.

Era una noche fría, y se pusieron las sudaderas y las chaquetas antes de salir del remolque. Cruzaron el prado con las linternas en la mano, caminando a lo largo del muro inacabado para que les guiara en la oscuridad. Cuando llegaron al final y vieron los enormes montones de piedras al borde del bosque movieron el haz de luz de las linternas sobre sus superficies por un momento al pasar. Esto produjo un efecto fantasmal de extrañas formas y sombras móviles, y Nashe no pudo evitar pensar que las piedras estaban vivas, que la noche las había convertido en una colonia de animales dormidos. Quiso hacer una broma sobre ello, pero no se le ocurrió nada lo bastante deprisa y un momento después ya iba por el camino de tierra del bosque. Cuando llegaron a la cerca vio las dos palas que habían dejado en el suelo y comprendió que no era conveniente que Murks encontrase las dos. Una pala querría decir que Pozzi había planeado su fuga él solo, pero dos significaría que Nashe había participado en ella. En cuanto Pozzi se fuera tendría que coger una y volverla a poner en el cobertizo.

Pozzi encendió una cerilla y cuando levantó la llama hasta su cigarrillo, Nashe notó que le temblaba la mano.

-Bueno, señor Bombero -dijo el muchacho-, parece que hemos llegado al punto donde se separan nuestros caminos.

-Te irá bien, Jack -contestó Nashe-. Acuérdate de lavarte los dientes después de cada comida y no te sucederá nada malo.

Se cogieron por los codos, apretando con fuerza durante un momento, y luego Pozzi le pidió a Nashe que le sujetara el cigarrillo mientras él pasaba a rastras por el agujero. Un momento después estaba de pie al otro lado de la cerca y Nashe le devolvió el cigarrillo.

-Vente conmigo -dijo Pozzi-. No seas pelmazo, Jim. Vente conmigo ahora.

Lo dijo con tal sinceridad que Nashe casi cedió, pero esperó demasiado antes de dar una respuesta y en ese intervalo la tentación pasó.

-Te alcanzaré dentro de un par de meses -dijo-. Más vale que te vayas.

Pozzi se apartó de la cerca, dio una calada al cigarrillo y luego lo tiró lejos de sí, produciendo una pequeña lluvia de chispas sobre la carretera.

-Llamaré a tu hermana mañana y le diré que estás bien -dijo.

-Lárgate -dijo Nashe, sacudiendo la cerca con un brusco gesto de impaciencia-. Vete lo más deprisa que puedas.

-Ya estoy fuera de aquí -contestó Pozzi-. Cuando termines de contar hasta cien, ni siquiera te acordarás de quién soy.

Luego, sin decir adiós, giró sobre sus talones y echó a correr por la carretera.

En la cama, aquella noche, Nashe ensayó la historia que pensaba contarle a Murks a la mañana siguiente, repitiéndola varias veces hasta que empezó a sonar a verdad: Pozzi y él se habían acostado a eso de las diez, él no había oído nada durante las siguientes ocho horas ("Siempre duermo como un tronco"), había salido de su cuarto a las seis para preparar el desayuno, había llamado a la puerta del muchacho y había descubierto que no estaba allí. No, Jack no había hablado de fugarse y tampoco había dejado una nota ni ninguna otra pista de dónde pudiera estar. ¿Quién sabe lo que le habrá pasado? A lo mejor se levantó temprano y decidió dar un paseo. Claro, te ayudaré a buscarle. Probablemente está vagando por el bosque, tratando de ver a los gansos migratorios.

Pero Nashe no tuvo ocasión de contar ninguna de aquellas mentiras. Cuando su despertador sonó a las seis de la mañana, entró en la cocina y puso a hervir el agua para hacer café, y luego, sintiendo curiosidad por saber qué temperatura hacia, abrió la puerta del remolque y sacó la cabeza para probar el aire. Fue entonces cuando vio a Pozzi, aunque tardó unos segundos en darse cuenta de quién era. Al principio no vio más que un montón indistinguible, un lío de prendas manchadas de sangre extendidas en el suelo, e incluso cuando se dio cuenta de que había un hombre dentro de aquellas prendas, más que a Pozzi lo que vio fue una alucinación, algo que no podía estar allí. Se fijó en que la ropa era notablemente parecida a la que llevaba Pozzi la noche anterior, que el hombre iba vestido con el mismo chubasquero y

la misma sudadera con capucha, los mismos vaqueros y las mismas botas color mostaza, pero ni siquiera entonces pudo unir esos datos y decirse: Estoy mirando a Pozzi. Porque los miembros del hombre estaban extrañamente enredados e inertes, y por la forma en que su cabeza se hallaba ladeada (torcida en un ángulo casi imposible, como si estuviera a punto de separarse del cuerpo), Nashe tuvo la seguridad de que estaba muerto.

Empezó a bajar los escalones un momento después y entonces comprendió por fin lo que estaba viendo. Mientras andaba por la hierba hacia el cuerpo del muchacho, Nashe notó que una serie de pequeños sonidos de arcadas escapaban de su garganta. Cayó de rodillas, tomó la destrozada cara de Pozzi entre sus manos y descubrió que en las venas del cuello del muchacho latían aún unas débiles pulsaciones.

-Dios mío -exclamó, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta-. ¿Qué te han hecho, Jack?

El chico tenía los ojos terriblemente hinchados, tremendos cortes en la frente, las sienes y la boca, y le faltaban varios dientes: era una cara pulverizada, machacada hasta quedar irreconocible. Nashe oyó otra vez los sonidos de arcadas que escapaban de su garganta y entonces, casi gimiendo, cogió a Pozzi en brazos y se lo llevó al remolque.

Era imposible saber cuál era la gravedad de las heridas. El muchacho estaba inconsciente, tal vez incluso en coma, pero el haber estado allí tirado, expuesto a la frígida temperatura otoñal durante Dios sabe cuántas horas, había empeorado su estado. Probablemente eso le había hecho tanto daño como la misma paliza. Nashe tumbó al muchacho en el sofá y luego entró corriendo en los dos dormitorios y arrancó las mantas de las camas. Había visto a varías personas morir de shock después de ser rescatados de un incendio, y Pozzi tenía todos los síntomas de un caso grave: la terrible palidez, los labios azulados, las manos heladas como las de un cadáver. Nashe hizo lo que pudo para que entrara en calor, le frotó el cuerpo bajo las mantas y le levantó las piernas para que la sangre volviese a circular. Pero aun cuando la temperatura del muchacho empezó a subir un poco, no daba señales de recobrar la conciencia.

Las cosas fueron deprisa a partir de ese momento. Murks llegó a las siete, subió los escalones del remolque y dio su habitual golpe en la puerta, y cuando Nashe le gritó que entrara, su primera reacción al ver a Pozzi fue echarse a reír.

-¿Qué le pasa? -dijo, señalando al sofá con el pulgar-. ¿La volvió a coger anoche?

Pero una vez que entró en el cuarto y vio de cerca la cara de Pozzi, su risa se convirtió en alarma.

-Dios santo -dijo-. Este chico está muy mal.

-Tienes razón, está muy mal -dijo Nashe-. Si no le llevamos a un hospital antes de una hora, no lo cuenta.

Murks se fue corriendo a su casa a traer el todoterreno, y mientras tanto Nashe quitó el colchón de la cama de Pozzi y lo apoyó contra la

pared del remolque para ponerlo luego en la improvisada ambulancia. El viaje sería muy duro de todas formas, pero quizá el colchón impediría que el muchacho sufriera demasiado con las sacudidas. Cuando Murks volvió por fin, había otro hombre con él en el asiento delantero del coche.

-Este es Floyd -dijo-. Puede ayudarnos a trasladar al chico.

Floyd era el yerno de Murks, y aparentaba entre veinticinco y treinta años, un joven grande, de constitución robusta, que mediría cerca de un metro noventa, con una cara lisa y colorada y una gorra de cazador en la cabeza. No parecía demasiado inteligente, sin embargo, y cuando Murks se lo presentó a Nashe le tendió la mano con una torpe y sincera alegría absolutamente inapropiada para la situación. A Nashe le molestó tanto que se negó a estrecharle la mano y se lo quedó mirando hasta que el otro dejó caer el brazo.

Nashe colocó el colchón en la parte trasera del todoterreno y luego los tres fueron al remolque y levantaron a Pozzi del sofá y lo llevaron fuera, aún envuelto en las mantas. Nashe trató de ponerle lo más cómodo posible, pero cada vez que miraba la cara del muchacho comprendía que no había esperanza. Pozzi ya no tenía ninguna posibilidad. Cuando llegaran al hospital ya estaría muerto.

Pero todavía le esperaba algo peor. En ese momento Murks le dio una palmada en el hombro y le dijo:

-Volveremos en cuanto podamos.

Cuando Nashe comprendió al fin que no pensaban llevarle con ellos, algo saltó en su interior y se volvió hacia Murks con un súbito ataque de ira.

-Lo siento -dijo Murks-. No puedo dejarte venir. Ya ha habido suficiente jaleo aquí por un día y no quiero que las cosas se me vayan de las manos. No te preocupes, Nashe. Floyd y yo podemos arreglárnoslas.

Pero Nashe estaba fuera de sí y, en lugar de retroceder, se abalanzó sobre Murks y le agarró por la chaqueta llamándole mentiroso y maldito hijo de puta. Pero antes de que pudiera darle un puñetazo en la cara, Floyd le rodeó con sus brazos desde atrás y le levantó del suelo. Murks retrocedió dos o tres pasos, sacó el revólver de la cartuchera y apuntó a Nashe. Pero ni siquiera eso fue suficiente para poner fin al asunto, y Nashe continuó gritando y pataleando entre los brazos de Floyd.

-¡Mátame, hijo de puta! -le gritó a Murks-. ¡Venga, adelante, dispara!

-Ya no sabe ni lo que dice -dijo Murks con calma, mirando a su yerno-. El pobre diablo ha perdido la cabeza.

Sin previo aviso, Floyd tiró a Nashe al suelo violentamente, y antes de que éste pudiera levantarse para reanudar el ataque, un pie le aplastó el estómago. Se quedó sin respiración y mientras estaba allí tumbado boqueando para recobrar el aliento, los dos hombres corrieron hacia el todoterreno y se subieron a él. Nashe oyó que el motor se ponía

en marcha, y cuando consiguió levantarse, ya se alejaban, desapareciendo con Pozzi en el bosque.

Después de eso no vaciló. Entró en el remolque, se puso la chaqueta, se metió en los bolsillos toda la comida que cupo en ellos e inmediatamente volvió a salir. Su único pensamiento era escapar de allí. Nunca tendría mejor oportunidad de escaparse y no iba a desperdiciarla. Pasaría por el agujero que había cavado con Pozzi la noche anterior y ahí se acabaría la historia.

Cruzó el prado a paso rápido, sin molestarse siquiera en echar una ojeada al muro, y cuando llegó al bosque del otro lado, de repente echó a correr por el camino de tierra como si le fuera la vida en ello. Llegó a la cerca unos minutos después, jadeando por el esfuerzo, y se quedó mirando la carretera que tenía ante si con los brazos apoyados en la barrera para sostenerse. Durante un momento ni siquiera se le ocurrió que el agujero pudiera haber desaparecido. Pero cuando empezó a recobrar el aliento miró a sus pies y vio que estaba sobre terreno llano. El agujero había sido llenado, la pala había desaparecido y con las hojas y las ramitas esparcidas a su alrededor era casi imposible saber que allí había habido un hoyo.

Nashe se agarró a la cerca con los diez dedos y apretó con todas sus fuerzas. Permaneció así durante cerca de un minuto y luego abrió las manos, se las llevó a la cara y empezó a sollozar.

8

Durante varias noches seguidas después de aquello tuvo el mismo sueño recurrente. Imaginaba que se despertaba en la oscuridad de su cuarto y, una vez que comprendía que ya no estaba dormido, se vestía, salía del remolque y empezaba a cruzar el prado. Cuando llegaba al cobertizo de las herramientas que había al otro extremo, derribaba la puerta de una patada, cogía una pala y se adentraba en el bosque, corriendo por el camino de tierra que llevaba a la cerca. El sueño era siempre vívido y exacto, menos una distorsión de lo real que un simulacro, una ilusión tan rica en detalles de la vida normal que Nashe nunca sospechaba que estaba durmiendo. Oía el ligero crujido de las hojas bajo sus pies, notaba el frío del aire nocturno sobre su piel, olía el acre olor de la pudrición otoñal que flotaba en el bosque. Pero cada vez que llegaba a la cerca con la pala en la mano, el sueño se detenía repentinamente y, al despertarse, descubría que seguía tumbado en su cama.

La cuestión era: ¿por qué no se levantaba en ese momento y hacia lo que acababa de hacer en el sueño? Nada le impedía tratar de escapar, y sin embargo se resistía a ello, se negaba incluso a considerar esa posibilidad. Al principio atribuyó su renuencia al miedo. Estaba convencido de que Murks era el responsable de lo que le había sucedido a Pozzi (con ayuda de Floyd, sin duda), y tenía muchos motivos para creer que a él le esperaba algo semejante si trataba de huir sin cumplir

el contrato. Era verdad que Murks pareció muy disgustado cuando vio a Pozzi aquella mañana en el remolque, pero ¿quién podía asegurar que no estaba fingiendo? Nashe había visto a Pozzi marcharse corriendo por la carretera, ¿cómo hubiera llegado al prado si Murks no le hubiese puesto allí? Si la paliza se la hubiese dado otro, su atacante le habría dejado en la carretera y habría huido. Aunque Pozzi estuviera consciente aún, no habría tenido fuerzas para arrastrarse otra vez por el agujero y mucho menos para cruzar el bosque y el prado él solo. No, Murks le había puesto allí como advertencia, para que Nashe viera lo que le pasaba a la gente que trataba de escapar. Murks le había contado que llevó a Pozzi al Hospital de las Hermanas de la Misericordia en Doylestown, pero ¿por qué no iba a mentirle también respecto a eso? Seguramente habían tirado al muchacho en algún punto del bosque y lo habían enterrado. ¿Qué les importaría que todavía estuviera vivo? Si a un hombre le tapas la cara con tierra, se asfixiará antes de que cuentes hasta cien. Después de todo, Murks era un maestro en llenar hoyos. Cuando terminaba de tapar uno, ni siquiera se podía saber si había existido o no.

Poco a poco, no obstante, Nashe comprendió que el miedo no tenía nada que ver con ello. Cada vez que se imaginaba huyendo del prado, veía a Murks apuntándole por la espalda y apretando lentamente el gatillo; pero la idea de la bala desgarrando su carne y partiéndole el corazón, más que asustarle, le encolerizaba. Él merecía morir, tal vez, pero no quería darle a Murks la satisfacción de matarle. Ésa sería una forma demasiado fácil y predecible de acabar. Ya había causado la muerte de Pozzi al obligarle a huir, pero aunque él se dejara morir también (y había veces en las que este pensamiento se convertía en una tentación casi irresistible), eso no serviría para deshacer el daño que había hecho. Por eso continuaba trabajando en el muro, no porque tuviera miedo, no porque se sintiera obligado a pagar la deuda, sino porque quería venganza. Terminaría su pena allí y, una vez que fuera libre de irse, llamaría a la policía y haría detener a Murks. Sentía que era lo menos que podía hacer por el chico ahora. Tenía que mantenerse con vida el tiempo suficiente para asegurarse de que aquel cabrón recibiera su merecido.

Se sentó y le escribió una carta a Donna, explicándole que su empleo en la construcción iba a durar más de lo esperado. Él había pensado que a aquellas alturas ya estaría acabado, pero parecía que aún faltaban entre seis y ocho semanas más. Estaba seguro de que Murks abriría la carta y la leería antes de enviarla, así que tuvo cuidado de no mencionar nada de lo que le había ocurrido a Pozzi. Intentó mantener un tono ligero y alegre y añadió una hoja separada para Juliette con un dibujo de un castillo y varios acertijos que pensó que le divertirían. Cuando Donna le contestó una semana más tarde le decía que se alegraba mucho de que él pareciera estar tan bien. No importaba el trabajo que hiciera, añadía, siempre que lo disfrutara. Eso era suficiente recompensa en sí mismo. Pero esperaba que pensase en

asentarse cuando aquel trabajo terminara. Todos le echaban muchísimo de menos y Juliette estaba deseando volver a verle.

A Nashe le dio pena leer aquella carta, y durante muchos días se le encogía el corazón cada vez que pensaba en que había engañado totalmente a su hermana. Estaba más aislado del mundo que nunca, y había momentos en los que sentía que algo se derrumbaba dentro de él, como si el terreno que pisaba estuviera cediendo gradualmente, hundiéndose bajo el peso de su soledad. El trabajo continuaba, pero ahora también era un trabajo solitario y evitaba a Murks lo más posible, negándose a hablarle excepto cuando era absolutamente necesario. Murks mantenía la misma actitud plácida de antes, pero Nashe no se dejaba engañar por ella y rechazaba la aparente amabilidad del capataz con un desprecio apenas disimulado. Por lo menos una vez al día repasaba mentalmente una detallada escena en la que se imaginaba volviéndose contra Murks en un repentino estallido de violencia, saltando sobre él y derribándolo al suelo, luego sacando el revólver de su cartuchera y apuntándole justo entre los ojos. La única forma de escapar al altercado era el trabajo, la estúpida tarea de levantar y transportar piedras, y se entregaba a ella con hosca e inexorable pasión, haciendo más él solo cada día de lo que habían conseguido nunca Pozzi y él juntos. Acabó la segunda hilera del muro en menos de una semana, cargando el carrito con tres o cuatro piedras al mismo tiempo, y cada vez que hacia otro viaje se encontraba, inexplicablemente, pensando en el mundo en miniatura de Stone, como si el hecho de tocar una piedra real le trajese a la memoria al hombre que tenía ese apellido.[4] Antes o después, pensaba Nashe, habría una nueva sección que representaría el lugar donde él estaba ahora, un modelo a escala del muro y el prado y el remolque, y una vez que esas cosas estuvieran terminadas, colocaría dos figuritas en medio del prado: una sería Pozzi y la otra él. La idea de tan extravagante pequeñez empezó a ejercer sobre Nashe una fascinación casi insoportable. A veces, incapaz de dominarse, llegaba incluso a imaginar que ya estaba viviendo dentro de la maqueta. Entonces Flower y Stone le miraban desde su altura y de repente él se veía a través de sus ojos: como si no fuera mayor que un pulgar, un ratoncillo gris correteando de acá para allá en su jaula.

Lo peor venía por las noches, sin embargo, cuando el trabajo terminaba y volvía solo al remolque. Era entonces cuando más echaba de menos a Pozzi, y al principio había veces en que su tristeza y su nostalgia eran tan agudas que apenas tenía fuerzas para hacerse una cena adecuada. Una o dos veces no cenó nada, se sentó en el cuarto de estar con una botella de bourbon y pasó las horas escuchando misas de réquiem de Mozart y Verdi con el volumen al máximo, llorando literalmente en medio del estruendo de la música, recordando al muchacho a través del fuerte viento de las voces humanas, como si no fuese más que un pedazo de tierra, un quebradizo terrón que se desmorona convirtiéndose en el polvo de que está hecho. Le aliviaba entregarse en su dolor a aquel histrionismo, hundirse en las

[4] *Stone* significa “piedra”. (*N. de la T.)*

profundidades de una terrible e imponderable tristeza, pero ni siquiera cuando consiguió dominarse y empezó a acostumbrarse a su soledad se recobró por completo de la ausencia de Pozzi, y siguió llorando al muchacho como si hubiera perdido para siempre una parte de sí mismo. Sus rutinas domésticas se volvieron áridas y carentes de sentido, la faena mecánica y monótona de preparar comida y metérsela en la boca, de ensuciar cosas y volverlas a limpiar, la maquinaria de relojería de las funciones animales. Intentó llenar ese vacío leyendo libros, pues recordaba cuánto placer le habían proporcionado cuando vivía en la carretera, pero ahora le resultaba difícil concentrarse y no bien empezaba a leer las palabras de la página su cabeza se llenaba de imágenes de su pasado: una tarde que había pasado en Minnesota hacía cinco meses soplando burbujas con Juliette en el patio trasero; cuando vio a su amigo Bobby Turnbull caer a través de un suelo en llamas en Boston; las palabras exactas que le había dicho a Thérèse cuando le pidió que se casara con él; la cara de su madre cuando él entró en la habitación del hospital en Florida por primera vez después de que ella sufriera una apoplejía; Donna dando saltitos cuando era animadora deportiva en el instituto. No deseaba recordar ninguna de aquellas cosas, pero como las historias de los libros ya no le apartaban de sí mismo, los recuerdos no cesaban de asaltarle, le agradara o no. Soportó aquellos asaltos todas las noches durante casi una semana y luego, no sabiendo qué hacer, una mañana se rindió y le preguntó a Murks si podía conseguirle un piano. No, no hacía falta que fuera un piano de verdad, dijo, únicamente necesitaba algo que le tuviera ocupado, una distracción para calmar sus nervios.

-Lo comprendo -dijo Murks, tratando de mostrarse simpático-. Debes sentirte muy solo aquí. Quiero decir, el muchacho era bastante raro, pero por lo menos te hacía compañía. Pero te costará, claro. Aunque supongo que eso ya lo sabes.

-No me importa -contestó Nashe-. No pido un piano de verdad. No puede ser muy caro.

-Es la primera vez que oigo hablar de un piano que no es un piano. ¿De qué clase de instrumento estamos hablando?

-Un teclado electrónico. Ya sabes, uno de esos portátiles que se enchufan. Viene con altavoces y las teclas son de plástico. Probablemente los has visto en las tiendas.

-Yo creo que no. Pero eso no quiere decir nada. Tú me dices lo que quieres, Nashe, y yo me encargo de traértelo.

Afortunadamente, Nashe conservaba aún sus libros de partituras y tenía suficiente material para tocar. Cuando vendió su piano pensó que había pocas razones para conservarlos, pero no fue capaz de tirarlos, por lo que habían pasado un año entero viajando con él en el maletero del coche. Había una media docena de libros en total: selecciones de varios compositores (Bach, Couperin, Mozart, Beethoven, Schubert, Bartók, Satie), un par de libros de ejercicios de Czerny y un grueso volumen de piezas populares de jazz y blues transcritas para piano. Murks se presentó con el instrumento la noche siguiente, y aunque era

un extraño y ridículo objeto tecnológico -poco mejor que un juguete, en realidad-, Nashe lo sacó encantado de su caja y lo puso sobre la mesa de la cocina. Durante un par de noches pasó las horas entre la cena y el momento de acostarse aprendiendo a tocar de nuevo, haciendo incontables ejercicios de dedos para agilizar sus herrumbrosas articulaciones mientras descubría las posibilidades y limitaciones de la curiosa máquina: la extrañeza del tacto, los sonidos amplificados, la falta de fuerza de percusión. En ese sentido, el teclado funcionaba más como un clavicémbalo que como un piano, y cuando al fin empezó a tocar piezas de verdad la tercera noche, descubrió que las obras más antiguas -piezas escritas antes de la invención del piano- tendían a sonar mejor que las más recientes. Ésto le llevó a concentrarse en obras de compositores anteriores al siglo XIX: El cuaderno de Anna Magdalena Bach, El clavecín bien temperado, "Las misteriosas barricadas". Le era imposible tocar esta última pieza sin pensar en el muro, y se encontró volviendo a ella más a menudo que a las otras. Se tardaba poco más de dos minutos en interpretarla y en ningún punto de su lento y majestuoso progreso, con todas sus pausas, suspensiones y repeticiones, era preciso tocar más de una nota a la vez. La música comenzaba y se detenía, luego empezaba de nuevo y se paraba de nuevo, pero a través de todo ello la pieza continuaba avanzando hacia una resolución que nunca llegaba. ¿Eran aquéllas las misteriosas barricadas? Nashe recordaba haber leído en alguna parte que nadie estaba seguro de a qué se refería Couperin con aquel título. Algunos estudiosos lo interpretaban como una referencia cómica a la ropa interior de las mujeres -la impenetrabilidad de los corsés-, mientras otros veían en el título una alusión a las armonías no resueltas de la pieza. Nashe no tenía forma de saberlo. Para él, las barricadas representaban el muro que estaba construyendo en el prado, pero eso era bien distinto de saber lo que significaban.

Ya no consideraba las horas después del trabajo un tiempo vacío y pesado. La música traía el olvido, la dulzura de no tener que pensar ya en sí mismo, y una vez que terminaba de practicar cada noche, generalmente se sentía tan lánguido y vacío de emociones que lograba dormirse sin mucha dificultad. Sin embargo, se despreciaba por permitir que sus sentimientos hacia Murks se ablandaran, por recordar la amabilidad del capataz con tanta gratitud. No era simplemente que Murks se hubiera tomado muchas molestias para comprar el teclado, era que se había alegrado francamente de esa posibilidad, actuando como si su único deseo en la vida fuese que Nashe volviera a tener una buena opinión de él. Nashe deseaba odiar a Murks totalmente, convertirle en algo menos que humano por la fuerza de ese odio, pero ¿cómo era posible cuando el hombre se negaba a comportarse como un monstruo? Murks empezó a presentarse en el remolque con pequeños regalos (empanadas hechas por su mujer, bufandas de lana, más mantas), y en el trabajo se mostraba como mínimo indulgente, diciéndole siempre a Nashe que redujera el ritmo, que no trabajara tanto. Lo más inquietante de todo era que incluso parecía estar preocu-

pado por Pozzi, y varías veces a la semana le daba a Nashe un informe sobre el estado del muchacho, como si estuviera continuamente en contacto con el hospital. ¿Cómo podía interpretar Nashe aquella solicitud? Intuía que era un truco, una cortina de humo para ocultar el verdadero peligro que Murks representaba para él. Sin embargo, ¿cómo podía estar seguro? Poco a poco, sintió que se debilitaba, que iba cediendo gradualmente a la callada persistencia del capataz. Cada vez que aceptaba otro regalito, cada vez que se detenía a charlar sobre el tiempo o sonreía a algún comentario de Calvin, sentía que se estaba traicionando. Pero continuaba haciéndolo. Al cabo de algún tiempo, lo único que le impedía capitular era la continuada presencia del revólver. Ese era el último indicio de cómo estaban las cosas entre ellos, y le bastaba con mirar el arma colgando de la cintura de Murks para recordar su desigualdad fundamental. Un día, sólo para ver qué pasaba, se volvió a Murks y le preguntó:

-¿Por qué llevas el revólver, Calvin? ¿Todavía temes que haya problemas?

Murks miró la cartuchera con expresión de desconcierto y contestó:

-No lo sé. Me he acostumbrado a llevarlo, supongo.

Y cuando vino al prado a la mañana siguiente para empezar el trabajo, el revólver había desaparecido.

Nashe ya no sabía qué pensar. ¿Le estaba Murks indicando que ya era libre? ¿O esto no era más que otra trampa dentro de una complicada estrategia de engaño? Antes de que Nashe pudiera llegar a alguna conclusión, un nuevo elemento fue arrojado al torbellino de su incertidumbre. Apareció en la forma de un niño, y durante varios días Nashe sintió que estaba al borde de un precipicio, mirando el fondo de un infierno privado que ni siquiera sabía que existiera: un ardiente inframundo de bestias vociferantes y oscuros e inimaginables impulsos. El treinta de octubre, justo dos días después de que Murks dejase de llevar el revólver, acudió al prado con un niño de cuatro años cogido de la mano y se lo presentó como su nieto, Floyd Junior.

-Floyd padre perdió su trabajo en Texas este verano -dijo-, y ahora él y mi hija Sally han vuelto aquí para tratar de empezar de nuevo. Los dos están buscando trabajo y un sitio donde vivir, y como Addie está un poco pachucha esta mañana, pensó que sería una buena idea que el pequeño Floyd se viniera conmigo. Espero que no te importe. Le vigilaré y no le dejaré que te moleste.

Era un chiquillo escuálido, con la cara larga y estrecha y la nariz mocosa, que se quedó al lado de su abuelo, bien abrigado con una gruesa parka roja, mirando fijamente a Nashe con curiosidad e indiferencia a la vez, como si le hubieran colocado delante de un pájaro o un arbusto de aspecto extraño. No, a Nashe no le importaba, pero aunque así hubiese sido, ¿cómo iba a atreverse a decirlo? La mayor parte de la mañana el niño estuvo jugando entre los montones de piedras, trepando por ellas como un raro y silencioso mono, pero cada vez que Nashe volvía allí para cargar el carrito, el chiquillo se paraba, se

ponía en cuclillas sobre su atalaya y estudiaba a Nashe con aquella mirada suya absorta e inexpresiva. Nashe empezó a sentirse incómodo, y después de cinco o seis veces llegó a ponerle tan nervioso que se obligó a levantar la cabeza y sonreír al niño, simplemente para romper el encantamiento. Inesperadamente, el niño le devolvió la sonrisa y le saludó con la mano, y sólo entonces, como si recordara algo de otro siglo, Nashe se dio cuenta de que era el mismo niño que les había saludado a él y a Pozzi aquella noche desde la ventana trasera de la rubia. ¿Era así como les habían descubierto?, se preguntó. ¿Les había contado el niño a sus padres que había visto a dos hombres cavando un hoyo bajo la cerca? ¿Había informado el padre a Murks de lo que había dicho el crío? Nashe nunca pudo entender cómo sucedió, pero un instante después de que se le ocurriese esta idea miró de nuevo al nieto de Murks y comprendió que le odiaba más de lo que había odiado a nadie en su vida. Le odiaba tanto que sintió que deseaba matarle.

Fue entonces cuando comenzó el horror. Una diminuta semilla había sido plantada en la cabeza de Nashe, y antes incluso de que se percatara de su existencia, ya había brotado dentro de él, proliferando como una flor mutante, un retoñar extático que amenazaba con invadir todo el campo de su conciencia. Lo único que tenía que hacer era agarrar al niño, pensó, y todo cambiaría para él: de pronto sabría lo que necesitaba saber. El niño a cambio de la verdad, le diría a Murks, y en ese momento Calvin tendría que hablar, tendría que decirle lo que le había hecho a Pozzi. No le quedaría otro remedio. Si no hablaba, su nieto moriría. Nashe se encargaría de eso. Estrangularía al niño con sus propias manos.

Una vez que permitió que esa idea entrara en su cabeza, siguieron otras, cada una más violenta y repulsiva que la anterior. Le cortaba la garganta al niño con una navaja. Le daba patadas hasta matarlo. Le cogía la cabeza y se la machacaba contra una piedra, golpeando el pequeño cráneo hasta que su cerebro se convertía en pulpa. Al final de la mañana Nashe era presa de un frenesí, un delirio de lujuria homicida. Por mucho que intentaba desesperadamente borrar esas imágenes, empezaba a desearías con ansia en cuanto desaparecían. Ese era el verdadero horror: no que pudiera imaginar matar al niño, sino que incluso después de haberlo imaginado, deseara volver a imaginarlo.

Lo peor de todo fue que el niño siguió acudiendo al prado, no sólo el día siguiente, sino al otro también. Las primeras horas ya habían sido bastante malas, pero luego al niño le dio por encapricharse con Nashe, respondiendo a su intercambio de sonrisas como si hubieran hecho un juramento y ahora fuesen amigos para siempre. Ya antes de la hora de comer, Floyd Junior se bajó de su montaña de piedras y empezó a trotar detrás de Nashe mientras su nuevo héroe iba y venía por el prado tirando del carrito. Murks hizo un movimiento para impedírselo, pero Nashe, que ya estaba fantaseando cómo iba a matar al niño, le indicó con un gesto que le dejara.

-No importa -dijo-. Me gustan los críos.

Nashe había empezado a pensar que el niño tenía algo raro, una torpeza o estupidez que le hacia parecer subnormal. Apenas sabia hablar y lo único que decía mientras corría detrás de él por la hierba era ¡Jim! ¡Jim! ¡Jim!, pronunciando el nombre una y otra vez en una especie de conjuro imbécil. Aparte de la edad, no parecía tener nada en común con Juliette, y cuando Nashe comparaba la triste palidez de aquel chiquillo con la vivacidad y el brillo de su hija, su adorada salvaje de cabello rizado, risa cristalina y rodillas gordezuelas, no sentía por él más que desprecio. Con cada hora que pasaba su impulso de atacarle se hacía más fuerte y más incontrolable, y cuando al fin dieron las seis, a Nashe le pareció casi un milagro que el niño siguiera vivo. Guardó las herramientas en el cobertizo y justo cuando iba a cerrar la puerta, Murks se le acercó y le dio unas palmadas en el hombro.

-Tengo que reconocerlo, Nashe -le dijo-. Tienes un toque mágico. El crío nunca se había encariñado con nadie como hoy contigo. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no me lo habría creído.

A la mañana siguiente el niño fue al prado con su disfraz de Halloween:5 un traje de esqueleto en blanco y negro con una máscara que parecía un cráneo. Era una de esas prendas mal acabadas y ligeras que se venden en cajas en Woolworth's, y, como ese día hacía frío, la llevaba encima de su ropa de abrigo, lo cual le daba un aspecto curiosamente hinchado, como si hubiera doblado su peso de la noche a la mañana. Según Murks, el niño había insistido en llevar el disfraz para que Nashe viera cómo le quedaba, y en el estado de demencia en que se encontraba, Nashe empezó inmediatamente a preguntarse si el niño trataba de decirle algo. El disfraz representaba a la muerte, después de todo, la muerte en su forma más pura y más simbólica, y tal vez eso quería decir que el niño sabía lo que Nashe planeaba, que había ido al prado vestido de muerte porque sabía que iba a morir. Nashe no pudo remediar verlo como un mensaje escrito en clave. El niño le indicaba que vale, que siempre y cuando fuese Nashe quien le matara, todo iría bien.

Luchó consigo mismo durante todo el día, inventando diversas estratagemas para mantener al niño esqueleto a una distancia segura de sus manos asesinas. Por la mañana le dijo que vigilara una piedra concreta en la parte trasera de uno de los montones, ordenándole que montase guardia para que no desapareciera, y por la tarde le dejó jugar con el carrito mientras él se marchaba y se atareaba en trabajo de albañilería en el otro extremo del prado. Pero inevitablemente había lapsus, momentos en los que la concentración del niño se rompía y acudía corriendo hacia él, o momentos en los que aunque fuera desde lejos, Nashe tenía que soportar la letanía de su nombre, el interminable Jim, Jim, Jim, resonando como una alarma desde las profundidades de su propio miedo. Una y otra vez deseó decirle a Murks que no volviera a traerle, pero la lucha por controlar sus sentimientos le agotaba de tal forma, le ponía tan al borde del colapso mental, que ya no podía fiarse de que diría las palabras que deseaba decir. Aquella noche se

[5] Víspera de Todos los Santos. En Estados Unidos es costumbre disfrazarse en esa fecha. (*N. de la T.)*

emborrachó hasta caer redondo, y por la mañana, como si despertara a la plenitud de una pesadilla, abrió la puerta del remolque y vio que el niño estaba allí, apretando una bolsa de dulces de Halloween contra su pecho que, sin decir una palabra, le tendió solemnemente a Nashe como un joven guerrero entregando los trofeos de su primera cacería al jefe de la tribu.

-¿Para qué es esto? -le preguntó Nashe a Murks.

-Jim -dijo el chiquillo, contestando él mismo a la pregunta-. Dulces para Jim.

-Eso es -dijo Murks-. Quiere compartir sus golosinas contigo.

Nashe abrió un poco la bolsa y miró el batiburrillo de caramelos, manzanas y pasas que había dentro.

-Esto es ir demasiado lejos, ¿no crees, Calvin? ¿Qué quiere el crío, envenenarme?

-No quiere nada -dijo Murks-. Simplemente le dabas lástima porque te estabas perdiendo toda la diversión. No hace falta que te los comas.

-Claro -dijo Nashe, mirando al niño y preguntándose cómo iba a sobrevivir a otro día de aquello-. Es la intención lo que cuenta, ¿no?

Pero no podía soportarlo más. En cuanto salió al prado comprendió que había llegado al límite, que el niño estaría muerto antes de una hora si no encontraba la forma de evitarlo. Puso una piedra en el carrito, empezó a levantar otra y luego la dejó caer, escuchando el ruido sordo que hizo al estrellarse contra el suelo.

-No sé qué me pasa hoy -le dijo a Murks-. No me encuentro bien.

-Puede que sea esa gripe que corre por ahí -dijo Murks.

-Sí, debe ser eso. Probablemente estoy cogiendo la gripe.

-Trabajas demasiado, Nashe, ése es el problema. Estás agotado.

-Si me acuesto una hora o dos quizá me encuentre mejor esta tarde.

-Olvídate de la tarde. Tómate todo el día libre. No tiene sentido forzarse demasiado, es absurdo. Necesitas recobrar las fuerzas.

-De acuerdo. Me tomaré un par de aspirinas y me meteré en la cama. Me fastidia perder el día, pero supongo que no tengo más remedio.

-No te preocupes por el dinero. Te contaré las diez horas de todas formas. Lo consideraremos una gratificación por hacer de niñera.

-No es necesario.

-No, supongo que no, pero eso no quiere decir que no pueda hacerlo. Probablemente es mejor así, además. Aquí hace demasiado frío para el pequeño Floyd. Pasarse todo el día en este prado seria su muerte.

-Sí, creo que tienes razón.

-Claro que sí. El niño se moriría en un día como éste.

Estas palabras extrañamente omniscientes zumbaban en la cabeza de Nashe mientras se dirigía al remolque con Murks y el niño, y al abrir la puerta descubrió que realmente estaba enfermo. Le dolía todo el cuerpo y sentía los músculos increíblemente débiles, como si de repente

estuviera ardiendo de fiebre. Era extraño lo rápidamente que se había apoderado de él: no bien Murks mencionó la palabra gripe pareció que la había cogido. Quizá se había agotado, pensó, y no le quedaba nada dentro. Quizá estaba ya tan vacío que incluso una palabra podía ponerle enfermo.

-Vaya por Dios -dijo Murks, dándose una palmada en la frente justo cuando se iba-. Casi se me olvida decírtelo.

-¿Decírmelo? ¿Decirme qué?

-Lo de Pozzi. Llamé al hospital anoche para preguntar cómo estaba y la enfermera me dijo que se había ido.

-Ido. ¿Ido en qué sentido?

-Ido. Irse de decir adiós. Se levantó de la cama, se puso su ropa y se marchó del hospital.

-No tienes por qué inventarte cuentos, Calvin. Jack está muerto. Murió hace dos semanas.

-No, señor, no está muerto. La cosa se presentaba muy fea al principio, lo reconozco, pero luego fue saliendo adelante. El enano era más fuerte de lo que pensábamos. Y ahora está mucho mejor. Por lo menos lo suficiente como para levantarse y largarse del hospital. Pensé que te gustaría saberlo.

-Yo sólo quiero saber la verdad. Es lo único que me interesa.

-Pues ésa es la verdad. Jack Pozzi se ha marchado y ya no tienes que preocuparte por él.

-Entonces déjame que llame al hospital yo mismo.

-No puedo hacer eso, hijo, ya lo sabes. No se te permiten llamadas hasta que acabes de pagar la deuda. A la velocidad que vas, ya no tardarás mucho. Entonces podrás hacer todas las llamadas que quieras. Por lo que a mí respecta, puedes seguir llamando hasta el día del Juicio Final.

Hasta tres días después Nashe no pudo volver a trabajar. Los primeros dos días no hizo más que dormir, despertándose únicamente cuando Murks entraba en el remolque para traerle aspirinas, té y latas de sopa. Y cuando recobró la conciencia lo suficiente como para darse cuenta de que aquellos dos días no habían existido para él, comprendió que el sueño había sido no sólo una necesidad física sino también un imperativo moral. El drama con el niño le había cambiado, y de no haber sido por la hibernación que siguió, por aquellas cuarenta y ocho horas en las cuales temporalmente se había desvanecido para sí mismo, tal vez nunca se habría despertado convertido en el hombre que era ahora. El sueño fue un pasaje de una vida a otra, una pequeña muerte en la cual los demonios que había en su interior habían ardido de nuevo, deshaciéndose en las llamas de las que habían surgido. No habían desaparecido, pero ya no tenían forma, y en su informe ubicuidad se habían extendido por todo su cuerpo, invisibles pero presentes, parte de él ahora del mismo modo que su sangre o sus cromosomas, un fuego que inundaba los propios fluidos que le mantenían con vida. No sentía que era ni mejor ni peor que antes, pero ya no tenía miedo. Ésa era la diferencia crucial. Había entrado corriendo en la

casa incendiada y se había sacado a sí mismo de las llamas, y ahora que lo había hecho, la idea de volver a hacerlo ya no le asustaba.

La tercera mañana se despertó hambriento, instintivamente se levantó de la cama y se dirigió a la cocina, y aunque sus pasos eran visiblemente inseguros, sabia que el hambre era una buena señal, que significaba que se estaba poniendo bien. Revolviendo en uno de los cajones en busca de una cuchara limpia encontró un pedazo de papel con un número de teléfono, y mientras estudiaba la caligrafía infantil y desconocida se encontró de pronto pensando en la chica. Recordó que ella le había apuntado su número en algún momento de la fiesta del dieciséis, pero pasaron varios minutos hasta que logró traer el nombre a su memoria. Hizo un inventario de aproximaciones (Tammy, Kitty, Tippi, Kimberly), luego se quedó en blanco durante treinta o cuarenta segundos y entonces, justo cuando estaba a punto de renunciar, lo encontró: Tiffany. Comprendió que ella era la única persona que podía ayudarle. Le costaría una fortuna conseguir esa ayuda, pero ¿qué importaba si al fin sus preguntas obtenían respuesta? A la chica le había gustado Pozzi, de hecho parecía loca por él, y en cuanto se enterara de lo que le había ocurrido después de la fiesta lo más probable era que estuviese dispuesta a llamar al hospital. Eso era todo lo que haría falta: una llamada telefónica. Preguntaría si Jack Pozzi había estado ingresado allí y luego le escribiría a Nashe una carta breve contándole lo que hubiera averiguado. Podría haber algún problema con la carta, por supuesto, pero era un riesgo que tendría que correr. No creía que le hubiesen abierto las cartas de Donna. Por lo menos los sobres no parecían haber sido manipulados. ¿Por qué no habría de llegarle también la carta de Tiffany? En cualquier caso valía la pena intentarlo. Cuanto más pensaba en el plan, más prometedor le parecía. ¿Qué podía perder aparte del dinero? Se sentó a la mesa de la cocina y empezó a beber el té, tratando de imaginar qué sucedería cuando la chica fuera a verle al remolque. Antes de que pudiera pensar en las palabras que le diría, descubrió que tenía una erección.

Sin embargo, le costó convencer a Murks. Cuando Nashe le explicó que quería ver a la chica, Calvin reaccionó con sorpresa, y casi inmediatamente después una expresión de profunda decepción apareció en su cara. Era como si Nashe le hubiese fallado, como sí hubiese traicionado algún entendimiento tácito entre ellos, y no estaba dispuesto a permitirlo sin presentar batalla.

-No tiene sentido -dijo Murks-. Novecientos dólares por un revolcón en el heno. Eso son nueve días de trabajo, Nashe, noventa horas de sudor y esfuerzo por nada. No es lógico. Un poco de carne de chica a cambio de todo eso. Cualquiera vería que no es lógico. Tú eres un tipo listo, Nashe, no es que no sepas de lo que te estoy hablando.

-Yo no te pregunto cómo gastas tu dinero -le respondió Nashe-. Y no es asunto tuyo cómo gasto yo el mío.

-Lo que pasa es que detesto ver a un hombre haciendo el ridículo, nada más. Especialmente cuando no hay necesidad.

-Tus necesidades no son mis necesidades, Calvin. Mientras haga el trabajo, tengo derecho a cualquier cosa que quiera. Está escrito en el contrato, y tú no eres quién para decir nada.

Así que Nashe ganó la discusión, y aunque Murks continuó refunfuñando, organizó la visita de la chica. Tenía que ir el día diez, menos de una semana después de que Nashe encontrara su número de teléfono en el cajón, y el hecho de no tener que esperar más tiempo no le vino mal, porque una vez hubo convencido a Murks de que la llamara le resultó imposible pensar en otra cosa. Mucho antes de que llegara la chica, por lo tanto, sabía que sus razones para invitarla sólo en parte tenían que ver con Pozzi. Aquella erección (junto con las que vinieron después) se lo había demostrado, y pasó los siguientes días alternando entre ataques de miedo y de excitación, paseando por el prado como un adolescente enloquecido por sus hormonas. Pero no había estado con una mujer desde mediados del verano -desde aquel día en Berkeley en que había tenido entre sus brazos a la sollozante Fiona-, y probablemente era inevitable que la inminente visita de la chica le llenase la cabeza de pensamientos eróticos. Ésa era su profesión, después de todo. Follaba con los hombres por dinero, y puesto que él ya estaba pagando, ¿qué había de malo en aprovecharse de ello? Eso no le impedía pedirle ayuda, pero para ello no necesitaba más de veinte o treinta minutos, y si la hacía ir hasta allí con el fin de pasar ese rato con él tenía que contratar sus servicios para toda la noche. Sería una tontería desperdiciar esas horas. Le pertenecían, y el hecho de que quisiera ver a la chica para una cosa concreta no significaba que estuviera mal quererla también para otra cosa.

La del diez fue una noche fría que más parecía de invierno que de otoño, con fuertes vientos que barrían el prado y un cielo lleno de estrellas. La chica llegó vestida con abrigo de pieles, las mejillas rojas y los ojos llorosos a causa del frío, y Nashe pensó que era más guapa de lo que la recordaba, aunque tal vez fuera el color de su cara lo que le dio esa impresión. Llevaba una ropa menos provocativa que la otra vez -un jersey blanco de cuello vuelto, pantalones vaqueros con calentadores de lana y los omnipresentes tacones de aguja-, y en conjunto le quedaba mejor que el llamativo atuendo que lucía en octubre. Ahora representaba su verdadera edad, y, por lo que fuera, Nashe llegó a la conclusión de que la prefería de aquel modo, que se sentía menos incómodo cuando la miraba.

El que ella le sonriera al entrar en el remolque contribuyó a ello, y aunque a él le pareció que la sonrisa era un tanto fingida y teatral, había suficiente cordialidad en ella como para convencerle de que a la chica no le desagradaba volver a verle. Se dio cuenta de que ella esperaba que Pozzi también estuviera allí, y cuando miró a su alrededor y no le encontró, era natural que le preguntase a Nashe dónde estaba. Pero Nashe no fue capaz de decirle la verdad, al menos todavía.

-Jack ha tenido que marcharse para hacer otro trabajo -le dijo-. ¿Recuerdas el proyecto de Texas del que te habló la última vez? Pues nuestro magnate del petróleo tenía algunas dudas respecto a los planos,

así que anoche se llevó a Jack a Houston en su avión particular. Fue una cosa totalmente imprevista. Jack lo sintió mucho, pero así es nuestro trabajo. Tenemos que tener contentos a nuestros clientes.

-Lástima -dijo la chica, sin intentar disimular su desilusión-. Me gustó muchísimo ese tipo tan bajito. Me apetecía volverle a ver.

-De esos hay uno en un millón -dijo Nashe-. No los hacen mejores que Jack.

-Sí, es un tío fantástico. Cuando das con un tío así ya no te parece que estés trabajando.

Nashe sonrió a la chica y alargó la mano tímidamente para tocarle un hombro.

-Me temo que esta noche tendrás que conformarte conmigo -le dijo.

-Bueno, hay cosas peores -respondió ella con expresión juguetona, recobrándose rápidamente. Para poner más énfasis gimió suavemente y empezó a pasarse la lengua por los labios-. Puede que me equivoque, pero creo recordar que de todas formas nosotros teníamos un asunto pendiente del que ocuparnos.

Nashe empezó a pensar en decirle que se quitara la ropa ya, pero de pronto se sintió tímido, enmudecido por su propia excitación, y en lugar de abrazarla se quedó parado donde estaba, preguntándose qué hacer en aquel momento. Deseó que Pozzi se hubiera dejado un par de chistes que él pudiera usar, unas cuantas bromas que animaran el ambiente.

-¿Ponemos un poco de música? -sugirió, agarrándose a lo primero que se le ocurrió. Antes de que la chica pudiera responder él ya estaba tirado en el suelo, rebuscando entre las pilas de cassettes que guardaba bajo la mesita del café. Después de apartar ruidosamente las óperas y la música clásica durante cerca de un minuto, al fin sacó su cinta con las canciones de Billie Holiday, Billie's Greatest Hits.

La chica frunció el ceño al oír lo que llamó música "anticuada", pero cuando Nashe le pidió que bailaran pareció conmovida por lo pintoresco de la proposición, como si acabara de pedirle que participara en alguna costumbre ancestral, hacer melcocha, por ejemplo, o coger manzanas con la boca en un cubo de agua. Pero lo cierto era que a Nashe le gustaba bailar, y pensó que el movimiento le ayudaría a calmar los nervios. La cogió con firmeza, guiándola en pequeños círculos por el cuarto de estar, y al cabo de unos minutos ella pareció adaptarse, siguiéndole más airosamente de lo que él esperaba. A pesar de los tacones altos, era sorprendentemente ligera en sus movimientos.

-Nunca había conocido a nadie que se llamara Tiffany -dijo Nashe-. Me parece muy bonito. Me hace pensar en cosas bellas y caras.

-Ésa es la idea -dijo ella-. Se supone que te hace ver diamantes.

-Tus padres debían saber que te convertirías en una chica preciosa.

-Mis padres no tienen nada que ver con esto. El nombre lo elegí yo misma.

-Oh. Bueno, eso lo hace aún mejor. No tiene sentido quedarte con un nombre que no te gusta, ¿verdad?

-Yo no podía soportar el mío. En cuanto me fui de casa me lo cambié.

-¿Era realmente tan feo?

-¿Qué te parecería llamarte Dolores? Es casi el peor nombre que se me ocurre.

-Tiene gracia. Mi madre se llamaba Dolores y tampoco le gustaba.

-¿En serio? ¿Tu vieja era una Dolores?

-De veras. Fue Dolores desde el día en que nació hasta el día en que se murió.

-Y si no le gustaba llamarse Dolores, ¿por qué no se lo cambió?

-Lo hizo. No a lo grande como tú, pero usaba un diminutivo. Yo ni siquiera me enteré de que su verdadero nombre era Dolores hasta que tenía unos diez años.

-¿Cómo se hacia llamar?

-Dolly.

-Sí, yo también lo probé durante algún tiempo, pero no era mucho mejor. Sólo sirve si eres gorda. Dolly. Es un nombre para una mujer gorda.

-Bueno, mi madre era bastante gorda, ahora que lo dices. No siempre, pero en los últimos años de su vida había engordado mucho. Demasiada bebida. A algunas personas les hace ese efecto. Tiene que ver con la forma como el alcohol se metaboliza en la sangre.

-Mi viejo bebió como un pez durante años, pero siempre fue un cabrón muy flaco. Sólo se le notaba en las venas que tenía en la nariz.

La conversación continuó así durante un rato, y cuando se acabó la cinta se sentaron en el sofá y abrieron una botella de whisky. Casi previsiblemente, Nashe imaginó que se estaba enamorando de ella, y ahora que el hielo se había roto empezó a hacerle toda clase de preguntas sobre ella, tratando de crear una intimidad que de alguna forma enmascarase la naturaleza de la transacción y la convirtiese a ella en alguien real. Pero la charla también era parte de la transacción, y aunque ella le contó muchas cosas, él comprendió que en el fondo sólo estaba haciendo su trabajo, que hablaba porque él era uno de esos clientes a los que les gusta hablar. Todo lo que la chica decía parecía verosímil, pero al mismo tiempo él intuía que ya lo había contado muchas veces, que sus palabras no eran tanto falsas como ficticias, un engaño del que poco a poco ella misma se había convencido, igual que Pozzi se había engañado con sus sueños respecto al Campeonato Mundial de Póquer. En un momento dado incluso le dijo que hacer la calle no era más que una solución temporal para ella.

-En cuanto ahorre suficiente pasta -le dijo-, voy a dejar esta vida y meterme en el mundo del espectáculo.

Era imposible no sentir pena por ella, imposible no entristecerse por su pueril banalidad, pero Nashe había ido demasiado lejos ya para permitir que eso se interpusiera en su camino.

-Creo que serás una actriz maravillosa -le dijo-. En cuanto empecé a bailar contigo me di cuenta de que eras una bailarina de verdad. Te mueves como un ángel.

-Follar te mantiene en forma -dijo ella muy seria, afirmándolo como si fuese un hecho comprobado médicamente-. Es bueno para la pelvis. Y si hay una cosa que he hecho mucho en los dos últimos años es follar. A estas alturas debo ser tan flexible como una contorsionista.

-Da la casualidad de que conozco a algunos agentes en Nueva York -dijo Nashe, ya incapaz de contenerse-. Uno de ellos tiene ahora un gran montaje y estoy seguro de que le interesaría hacerte una prueba. El tipo se llama Sid Zeno. Si quieres puedo llamarle mañana y concertar una cita.

-No estamos hablando de cine porno, ¿verdad?

-No, no, nada de eso. Zeno se dedica exclusivamente a la cosa de calidad. Esta llevando a algunos de los mejores talentos jóvenes del cine de ahora.

-No es que no estuviera dispuesta a hacerlo, entiéndeme. Pero una vez que te metes en eso es difícil salir. Te encasillan y luego nunca tienes la oportunidad de hacer ningún papel con la ropa puesta. Quiero decir que mi cuerpo está bien, pero tampoco es nada extraordinario. Yo preferiría hacer algo donde realmente pudiera interpretar. Ya sabes, conseguir un papel en un serial de televisión de los que ponen por el día, o tal vez incluso intentar algo en una comedia de situación. Puede que no te resulte evidente, pero cuando me pongo, puedo ser muy graciosa.

-No hay problema. Sid también tiene buenos contactos con televisión. Ahí fue donde empezó en realidad. En los años cincuenta fue uno de los primeros agentes que trabajaba exclusivamente para televisión.

Nashe apenas sabía ya lo que decía. Lleno de deseo, pero temiendo a medias lo que sucedería con ese deseo, siguió parloteando como si pensara que la chica podía creerse realmente las tonterías que le estaba diciendo. Pero una vez que pasaron al dormitorio, no le decepcionó. Empezó por dejar que la besara en la boca, y como Nashe no había osado esperar tal cosa, instantáneamente imaginó que se estaba enamorando de ella. Era cierto que su cuerpo desnudo era menos que hermoso, pero una vez hubo comprendido que ella no iba a meterle prisas ni a humillarle demostrando su aburrimiento, ya no le importó su aspecto. Hacía mucho tiempo, después de todo, y cuando se tumbaron en la cama ella demostró los talentos de su excesivamente atareada pelvis con tanto orgullo y abandono que a él ni se le ocurrió que el placer que ella parecía estar sintiendo pudiera no ser auténtico. Al cabo de un rato su cerebro estaba tan revuelto que perdió la cabeza y acabó diciéndole un montón de idioteces, cosas tan estúpidas e inapropiadas que si no hubiese sido él quien las decía habría pensado que estaba loco.

Lo que le propuso fue que se quedara allí y viviera con él hasta que acabase el muro. El la cuidaría, le dijo, y una vez que el trabajo estuviera terminado se irían juntos a Nueva York y él se encargaría de llevar su carrera profesional. Nada de Sid Zeno. El lo haría mucho mejor porque creía en ella, porque estaba loco por ella. No vivirían en el

remolque más que un mes o dos y ella no tendría que hacer nada más que descansar. Él haría todas las comidas y todas las tareas domésticas y para ella serían unas vacaciones, una forma de olvidar los últimos dos años. La vida en el prado no era mala. Era tranquila, sencilla y buena para el alma. Pero él ahora necesitaba compartirla con alguien. Llevaba demasiado tiempo solo y creía que ya no podía continuar así. Era demasiado pedirle a nadie, dijo, y la soledad estaba empezando a volverle loco. La semana anterior casi había matado a alguien, un niño inocente, y temía que le ocurrieran cosas peores si no hacía algunos cambios en su vida muy pronto. Si ella aceptaba quedarse allí con él, haría cualquier cosa por ella. Le daría lo que quisiera. La amaría hasta que estallara de felicidad.

Afortunadamente, pronunció este discurso con tal pasión y sinceridad que no le dejó a ella otra posibilidad que pensar que era una broma. Nadie podía decir tales cosas con la cara seria y esperar que le creyeran, y la propia locura de la confesión de Nashe fue lo que le salvó de la más absoluta vergüenza. La chica le tomó por un bromista, un excéntrico con el don de inventar historias disparatadas, y en lugar de decirle que se muriera (que es lo que habría hecho si le hubiese tomado en serio), sonrió ante la trémula súplica que había en su voz y le siguió el juego como si fuera lo más divertido que había dicho en toda la noche.

-Estaré encantada de vivir aquí contigo, cariño -le contestó-. Lo único que tienes que hacer es ocuparte de Regis y me traslado mañana temprano.

-¿Regis? -dijo él.

-Ya sabes, el tipo que organiza mis citas. Mi chulo.

Al oír esa respuesta, Nashe comprendió lo ridículas que debieron de sonar sus palabras. Pero el sarcasmo de la chica le había dado una segunda oportunidad, una vía para escapar al inminente desastre, y antes de dejar ver sus sentimientos (el dolor, la desdicha, el abatimiento que sus palabras le habían causado), saltó de la cama desnudo y dio una palmada con fingida exuberancia.

-¡Estupendo! -exclamó-. Mataré a ese cabrón esta noche y entonces tú serás mía para siempre.

La chica se echó a reír entonces como si una parte de ella disfrutase en realidad oyéndole decir aquellas cosas, y en el momento en que él tomó conciencia de lo que aquella risa significaba, sintió surgir en su interior una extraña y poderosa amargura. Él también se echó a reír, uniéndose a ella para conservar el sabor de aquella amargura en la boca, para recrearse en la comedia de su propia abyección. Luego, sin saber por qué, de pronto se acordó de Pozzi. Fue como una descarga eléctrica, y la sacudida estuvo a punto de tirarle al suelo. No había pensado en Jack en las últimas dos horas y el egoísmo de ese descuido le mortificó. Dejó de reír con una brusquedad casi aterradora y enseguida empezó a vestirse, metiéndose el pantalón a tirones, como si una alarma acabara de sonar en su cabeza.

-Sólo hay un problema -dijo la chica riéndose aún un poco, decidida a prolongar el juego-. ¿Qué pasará cuando Jack vuelva del viaje? Quiero decir que estaremos un poco apretados, ¿no crees? Además, él es atractivo, ya sabes, y puede que haya noches en las que me apetezca acostarme con él. ¿Qué harías tú entonces? ¿Te pondrías celoso o qué?

-Esa es la cuestión -dijo Nashe con voz repentinamente grave y dura-. Jack no volverá. Desapareció hace más de un mes.

-¿Qué quieres decir? Creí que habías dicho que estaba en Texas.

-Me lo inventé. No hay ningún trabajo en Texas, no hay magnate del petróleo, no hay nada de nada. El día después de que tú vinieras aquí para la fiesta, Jack trató de escapar. Le encontré tirado delante del remolque a la mañana siguiente. Tenía fractura de cráneo y estaba inconsciente, tirado en un charco de su propia sangre. Es muy probable que haya muerto, pero no estoy seguro. Eso es lo que quiero que averigües para mí.

Entonces le contó toda la historia de Pozzi, la partida de cartas, el muro, pero le había contado tantas mentiras aquella noche que era difícil hacerle creer una palabra de lo que le decía. Ella le miraba como si estuviera loco, como si fuera un lunático que echa espuma por la boca y explica cuentos de hombrecillos morados que vuelan en platillos volantes. Pero Nashe siguió insistiendo y al cabo de un rato su vehemencia empezó a asustarla. Si no hubiera estado sentada en la cama, desnuda, probablemente habría intentado salir corriendo, pero en aquellas circunstancias estaba atrapada, y finalmente Nashe consiguió vencerla describiendo las consecuencias de la paliza de Pozzi con detalles tan estremecedores y precisos que al fin la hizo comprender todo el horror de lo sucedido, hasta que ella empezó a sollozar, la cara hundida entre las manos y su delgada espalda sacudida por feroces e incontrolables espasmos.

Sí, dijo ella. Llamaría al hospital. Se lo prometía. Pobre Jack. Por supuesto que llamaría al hospital. Jesús, pobrecito Jack. Dios Santo, pobre Jack, dulce madre de Dios. Llamaría al hospital y luego le escribiría una carta. Malditos sean. Claro que lo haría. Pobre Jack. Malditos, condenados al infierno. Dulce Jack, oh Jesús, pobre Jesús, pobre madre de Dios. Sí, lo haría. Le prometía que lo haría. En cuanto llegara a casa cogería el teléfono y llamaría. Sí, podía contar con ella. Dios Dios Dios Dios Dios. Le prometía que lo haría.

9

Enloquecido por la soledad. Cada vez que Nashe pensaba en la chica, ésas eran las primeras palabras que le venían a la cabeza: enloquecido por la soledad. Se repitió esa frase tan a menudo que finalmente empezó a perder su sentido.

Nunca la consideró culpable de que la carta no llegara. Sabía que ella había mantenido su promesa, y porque continuaba creyéndolo, no

desesperó. En todo caso, comenzó a sentirse más animado. No era capaz de explicarse ese cambio de humor, pero el hecho era que estaba volviéndose optimista, quizá más optimista que en ningún otro momento desde que llegó al prado.

No serviría de nada preguntarle a Murks qué había hecho con la carta de la chica. Le habría mentido, y Nashe no quería exponer sus sospechas si no podía ganar nada con ello. Al final acabaría sabiendo la verdad. Ahora estaba seguro de que sería así, y la certidumbre de ese conocimiento le consolaba, le ayudaba a pasar de un día al siguiente. "Las cosas suceden cuando llega su momento", se dijo. Antes de saber la verdad, había que saber ser paciente.

Mientras tanto, el trabajo en el muro avanzaba. Cuando la tercera hilera estuvo terminada, Murks le construyó una plataforma de madera y ahora Nashe tenía que subir los escalones de esta pequeña estructura cada vez que ponía otra piedra en su sitio. Esto redujo un poco su avance, pero eso no importaba nada comparado con el placer que sentía al poder trabajar por encima del suelo. Una vez que empezó la cuarta hilera, el muro empezó a cambiar para él. Ya era más alto que un hombre, más alto incluso que un hombre grande como él, y el hecho de que impidiera ver el otro lado le hizo sentir que había comenzado a suceder algo importante. De repente las piedras se estaban convirtiendo en un muro, y a pesar del sufrimiento que le había costado, no podía por menos de admirarlo. Ahora cada vez que se detenía a mirarlo se sentía impresionado por lo que había hecho.

Durante varias semanas no leyó casi nada. Luego, una noche de finales de noviembre, cogió un libro de William Faulkner (El ruido y la furia), lo abrió al azar y tropezó con estas palabras en medio de una frase: "...hasta que un día, con mucha repugnancia, lo arriesga todo al ciego azar de una sola carta...."

Gorriones, cardenales, pájaros carboneros, arrendajos. Esos eran los únicos pájaros que quedaban en el bosque. Y los cuervos. Esos eran los mejores de todos, en opinión de Nashe. De vez en cuando calaban sobre el prado, lanzando sus extraños y estrangulados gritos, y él interrumpía lo que estaba haciendo para verlos pasar sobre su cabeza. Le encantaba lo repentino de sus idas y venidas, la forma en que aparecían y desaparecían, sin ninguna razón aparente.

De pie junto al remolque a primera hora de la mañana, miraba por entre los árboles pelados y veía el perfil de la casa de Flower y Stone. Algunas mañanas, sin embargo, la niebla era demasiado densa para poder ver a esa distancia. Hasta el muro desaparecía entonces y tenía que escudriñar el prado largo rato para poder distinguir entre las piedras grises y el aire gris que las rodeaba.

Nunca se había considerado un hombre destinado a grandes cosas. Toda su vida había supuesto que era como todo el mundo. Ahora, poco a poco, empezó a pensar que estaba equivocado.

Durante aquellos días se acordaba más que nunca de la colección de objetos de Flower: los pañuelos, las gafas, los anillos, las montañas de absurdos recuerdos. Tenía la impresión de que cada dos horas

aparecería uno nuevo en su cabeza. Sin embargo, esto no le perturbaba, sólo le asombraba.

Cada noche, antes de acostarse, anotaba el número de piedras que había añadido al muro ese día. Las cifras en sí mismas no le importaban, pero cuando la lista tuvo diez o doce anotaciones empezó a encontrar placer en la simple acumulación, y estudiaba los resultados de la misma forma en que en otros tiempos había leído los cuadros de los resultados del boxeo en el periódico de la mañana. Al principio supuso que era un placer puramente estadístico, pero al cabo de un tiempo intuyó que satisfacía alguna necesidad interior, una compulsión de seguirse la pista y saber siempre dónde estaba. A principios de diciembre empezó a considerarlo un diario, un cuaderno de bitácora en el que los números representaban sus pensamientos más íntimos.

Escuchaba Las bodas de Fígaro en el remolque por la noche. A veces, cuando llegaba a un aria especialmente bella, imaginaba que se la cantaba Juliette, que era su voz la que estaba oyendo.

El tiempo frío le molestaba menos de lo que había pensado. Incluso en los días peores, se quitaba la chaqueta al cabo de una hora de empezar a trabajar y a media tarde estaba con frecuencia en mangas de camisa. Murks permanecía allí de pie con un pesado abrigo, tiritando a causa del viento, y sin embargo Nashe apenas lo notaba. Le parecía tan extraño que se preguntó si su cuerpo no estaría ardiendo.

Un día Murks le sugirió que empezaran a usar el todoterreno para transportar las piedras. De ese modo las cargas serían mayores, dijo, y el muro subiría más deprisa. Pero Nashe rechazó el ofrecimiento. El ruido del motor le distraería, dijo. Y además, estaba acostumbrado a hacer las cosas a la manera antigua. Le gustaba la lentitud del carrito, los largos paseos por el prado, el curioso ruido retumbante de las ruedas.

-Si no está roto -dijo-, ¿por qué arreglarlo?

En la tercera semana de noviembre Nashe se dio cuenta de que sería posible terminar de saldar su deuda el día de su cumpleaños, que caía el trece de diciembre. Eso supondría hacer varios pequeños ajustes en sus hábitos (gastar un poco menos en comida, por ejemplo, suprimir los periódicos y los puros), pero la simetría del plan le atraía y decidió que valdría la pena el esfuerzo. Si todo iba bien, recobraría su libertad el día en que cumplía treinta y cuatro años. Era una meta arbitraria, pero una vez se la hubo fijado, descubrió que le ayudaba a organizar sus pensamientos, a concentrarse en lo que tenía que hacer.

Todas las mañanas repasaba sus cálculos con Murks, sumando los debes y los haberes para asegurarse de que no había discrepancias, comprobando las cantidades una y otra vez hasta que las cifras concordaban. La noche del doce, por lo tanto, sabía con certeza que la deuda estaría pagada a las tres de la tarde del día siguiente. No obstante, no pensaba dejar el trabajo entonces. Ya le había dicho a Murks que quería hacer uso del aditamento del contrato para ganar dinero para el viaje y puesto que sabía exactamente cuánto iba a

necesitar (lo suficiente para pagar los taxis, un billete de avión a Minnesota y los regalos de Navidad de Juliette y sus primos), se había resignado a quedarse una semana más. Eso significaba continuar hasta el veinte. Lo primero que haría entonces sería coger un taxi que le llevara al hospital de Doylestown, y una vez hubiera averiguado que Pozzi nunca había estado allí, llamaría otro taxi e iría a la policía. Probablemente tendría que quedarse en el pueblo algún tiempo para ayudar en la investigación, pero serían pocos días, pensó, quizá sólo uno o dos. Si tenía suerte, incluso podría estar en Minnesota a tiempo para la Nochebuena.

No le dijo a Murks que era su cumpleaños. Se sentía extrañamente deprimido esa mañana, e incluso a medida que pasaba el día y se acercaban las tres, una abrumadora tristeza continuaba agobiándole. Hasta entonces Nashe había pensado que le apetecería celebrarlo -encender un puro imaginario, quizá, o simplemente darle la mano a Murks-, pero el recuerdo de Pozzi pesaba demasiado sobre él y no conseguía levantar el ánimo. Cada vez que cogía otra piedra le parecía que llevaba a Pozzi en sus brazos de nuevo, que le alzaba del suelo y miraba su pobre cara destrozada, y cuando llegaron las dos y el tiempo se reducía a cuestión de minutos, se encontró de pronto recordando aquel día de octubre en que el muchacho y él habían llegado a aquel punto juntos y se desahogaron con un histérico estallido de felicidad. Se dio cuenta de que le echaba mucho de menos. Le echaba tanto de menos que le hacia daño hasta pensar en él.

La mejor manera de llevar el asunto era no hacer nada, decidió, seguir trabajando y hacer caso omiso del momento, pero a las tres le sobresaltó un extraño y penetrante ruido -un alarido, un chillido o un grito de dolor-, y cuando levantó la cabeza para ver qué pasaba vio a Murks agitando su sombrero desde el otro lado del prado. ¡Lo conseguiste!, le oyó gritar. ¡Ya eres un hombre libre! Nashe se detuvo un momento y le saludó con un despreocupado gesto de la mano. Inmediatamente se inclinó de nuevo sobre su trabajo, fijando su atención en la carretilla en la que estaba revolviendo el cemento. Muy brevemente, luchó con un impulso de echarse a llorar, pero no duró más que un par de segundos, y cuando Murks se acercó a felicitarle, ya era totalmente dueño de sí.

-Pensé que a lo mejor te apetecería salir a tomar una copa con Floyd y conmigo esta noche -le dijo Calvin.

-¿Para qué? -contestó Nashe.

-No sé. Simplemente por salir y volver a ver el mundo. Hace mucho tiempo que estás aquí encerrado, hijo. No sería una mala idea celebrarlo un poco.

-Creí que estabas en contra de las celebraciones.

-Depende de qué clase de celebración sea. No estoy hablando de nada fantástico. Sólo unas copas en Ollie's, en el pueblo. La noche de fiesta de un trabajador.

-Te olvidas de que no tengo dinero.

-Eso no importa. Yo invito.

-Gracias, pero creo que paso. Tenía pensado escribir unas cartas esta noche.

-Siempre puedes escribirlas mañana.

-Es cierto. Pero también puedo estar muerto mañana. Nunca se sabe lo que va a pasar.

-Razón de más para no preocuparse.

-Quizá otro día. Te agradezco la invitación, pero no estoy de humor esta noche.

-Sólo trato de ser amable, Nashe.

-Lo sé y te lo agradezco. Pero no te preocupes por mi. Sé cuidarme solo.

Sin embargo, aquella noche, mientras se preparaba la cena solo en el remolque, Nashe lamentó su terquedad. No cabía duda de que había hecho lo que tenía que hacer, pero la verdad era que tenía unas ganas enormes de salir del prado, y la rectitud demostrada al rehusar la invitación de Murks ahora le parecía un triunfo miserable. Después de todo, pasaba diez horas diarias en compañía de aquel hombre, y el hecho de sentarse a tomar una copa con él no iba a impedirle denunciar a aquel hijo de puta a la policía. Luego resultó que Nashe logró exactamente lo que quería. Justo cuando había terminado de cenar, Murks y su yerno fueron al remolque para preguntarle si había cambiado de opinión. Iban a salir en aquel momento, le dijeron, y les parecía mal que se perdiera la diversión.

-No eres el único que se libera hoy -dijo Murks, sonándose en un gran pañuelo blanco-. Yo he estado en ese prado igual que tú, helándome el culo siete días a la semana. Es el peor trabajo que he tenido en mi vida. No tengo nada personal contra ti, Nashe, pero no ha sido ninguna juerga. No, señor, ninguna juerga. Puede que sea hora de que enterremos el hacha de guerra.

-Ya sabes -dijo Floyd, sonriéndole a Nashe como para animarle-, lo pasado, pasado.

-No renunciáis fácilmente, ¿eh? -dijo Nashe, tratando aún de ser renuente.

-No queremos obligarte ni nada de eso -dijo Murks-. Sólo tratamos de entrar en el espíritu navideño.

-Como ayudantes de Santa Claus -dijo Floyd-. Propagando la buena voluntad por donde vamos.

-De acuerdo -dijo Nashe, examinando sus caras expectantes-. Iré a tomar una copa con vosotros. ¿Por qué no?

Antes de ir al pueblo tenían que detenerse en la casa principal para coger el coche de Murks. El coche de Murks quería decir su coche, naturalmente, pero en la excitación del momento Nashe lo había olvidado por completo. Iba sentado en la parte trasera del todoterreno mientras traqueteaban por los oscuros y helados bosques, y hasta que terminó este primer viajecito no comprendió su error. Vio el Saab rojo aparcado en el camino, y en cuanto se dio cuenta de lo que estaba mirando se sintió aturdido por la pena. La idea de volver a subir en él le

produjo náuseas, pero no había forma de echarse atrás. Estaban decididos a ir y él ya se había hecho de rogar bastante esa noche.

No dijo una palabra. Ocupó su sitio en el asiento trasero y cerró los ojos, tratando de dejar su mente en blanco mientras escuchaba el conocido ruido del motor cuando el coche iba por la carretera. Oía hablar a Murks y Floyd en el asiento delantero, pero no prestaba atención a lo que decían y al cabo de un rato sus voces se mezclaron con el sonido del motor, produciendo un zumbido bajo y continuo que vibraba en sus oídos, una música adormecedora que cantaba por su piel y penetraba en las profundidades de su cuerpo. No volvió a abrir los ojos hasta que el coche se detuvo, y entonces se encontró en un aparcamiento en las afueras de un pueblo desierto, oyendo las sacudidas de una señal de tráfico movida por el viento. Las decoraciones navideñas parpadeaban a lo lejos, al final de la calle, y el aire frío estaba rojo por los palpitantes reflejos, los latidos de la luz que rebotaban en los escaparates y brillaban en las aceras heladas. Nashe no tenía ni idea de dónde estaba. Podían estar aún en Pennsylvania, pensó, pero también podían haber cruzado el río y entrado en Nueva Jersey. Por un momento pensó en preguntarle a Murks en qué estado se encontraban, pero luego decidió que no le importaba.

Ollie's era un lugar oscuro y ruidoso, que le desagradó inmediatamente. De una máquina de discos que había en un rincón salían atronadoras canciones de música country y western y el bar estaba atestado de bebedores de cerveza, en su mayoría hombres con camisas de franela, adornados con gorras de béisbol de fantasía y cinturones con grandes y caprichosas hebillas. Nashe supuso que eran granjeros, mecánicos y camioneros, y las pocas mujeres que había parecían clientes habituales: alcohólicas de cara hinchada que se sentaban en los taburetes y se reían tan estentóreamente como los hombres. Nashe había estado en cien sitios como aquél y no tardó ni treinta segundos en darse cuenta de que aquella noche no estaba de humor para aquello, que llevaba demasiado tiempo alejado de las multitudes. Parecía que todo el mundo hablaba al mismo tiempo, y el jaleo de las voces altas y la música atronadora empezaba a producirle dolor de cabeza.

Bebieron varias rondas en una mesa al fondo del local, y después de los dos primeros bourbons Nashe comenzó a sentirse algo reanimado. Floyd era el que más hablaba, dirigiendo casi todos sus comentarios a Nashe, y al cabo de un rato resultó difícil no notar lo poco que Murks participaba en la conversación. Parecía más bajo de forma que de costumbre, pensó Nashe, y de vez en cuando se volvía y tosía violentamente tapándose la boca con el pañuelo, en el que escupía desagradables flemas. Estos ataques de tos parecían dejarle agotado y luego se quedaba sentado en silencio, pálido y trastornado por el esfuerzo de calmar sus pulmones.

-El abuelo no se siente muy bien últimamente -le dijo Floyd a Nashe (siempre se refería a Murks llamándole abuelo)-. Estoy tratando de convencerle de que se tome un par de semanas libres.

-No es nada -dijo Murks-. Sólo un poco de calentura, eso es todo.

-¿Calentura? -dijo Nashe- ¿Dónde aprendiste a hablar, Calvin?

-¿Qué tiene de malo mi forma de hablar? -preguntó Murks.

-Nadie usa ya esas palabras -comentó Nashe-. Cayeron en desuso hará unos cien años.

-La aprendí de mi madre -dijo Murks-. Y ella se murió hace sólo seis años. Tendría ochenta y ocho años si viviera hoy, lo cual demuestra que la palabra no es tan antigua como tú crees.

A Nashe le resultó extraño oir a Murks hablar de su madre. Era difícil imaginar que algún día había sido un niño, y mucho menos que veinte o veinticinco anos antes tenía la edad de Nashe, había sido un joven con una vida por delante, una persona con futuro. Por primera vez desde que el azar les había unido, Nashe se dio cuenta de que prácticamente no sabía nada de Murks. No sabía dónde había nacido; no sabia cómo había conocido a su mujer ni cuántos hijos tenía; ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba trabajando para Flower y Stone. Murks era un ser que para él existía enteramente en el presente, y más allá de ese presente no era nada, un ser tan insustancial como una sombra o un pensamiento. Sin embargo, eso era exactamente lo que Nashe quería. Aunque Murks se hubiera vuelto hacia él y le hubiera ofrecido contarle la historia de su vida, él se habría negado a escuchar.

Mientras, Floyd le hablaba de su nuevo trabajo. Dado que Nashe parecía haber desempeñado algún papel en el hecho de que lo encontrara, tuvo que soportar un exhaustivo y enmarañado relato de cómo Floyd se había puesto a hablar con el chófer que había traído a la chica desde Atlantic City la noche de su visita el mes anterior. Al parecer la compañía de las limusinas buscaba conductores, y Floyd había ido al día siguiente a solicitar el puesto. Ahora trabajaba sólo a tiempo parcial, dos o tres días a la semana, pero esperaba que le dieran más trabajo a partir del primero de año. Sólo por decir algo, Nashe le preguntó si le gustaba llevar uniforme. Floyd contestó que no le molestaba. Era agradable tener algo especial que ponerse, dijo, le hacía sentirse importante.

-Lo principal es que me encanta conducir -continuó-. Me da igual qué clase de coche sea. Con tal de estar sentado al volante y corriendo por la carretera soy un hombre feliz. No puedo imaginarme una forma mejor de ganarme la vida. Figúrate lo que es que te paguen por hacer algo que te encanta. Casi parece que no está bien.

-Sí -dijo Nashe-, conducir es bueno. Estoy de acuerdo contigo.

-Tú debes saberlo bien -dijo Floyd-. Quiero decir, mira el coche del abuelo. Es una máquina preciosa. ¿No es verdad, abuelo? -le preguntó a Murks-. Es fantástico, ¿no?

-Un buen trabajo -respondió Calvin-. Se maneja realmente bien. Toma las curvas y las subidas como si nada.

-Debes haber disfrutado conduciendo ese coche -le dijo Floyd a Nashe.

-Sí -dijo Nashe-. Es el mejor coche que he tenido nunca.

-Hay una cosa que no entiendo -dijo Floyd-. ¿Cómo te las arreglaste para hacerle tantos kilómetros? Quiero decir que es un modelo bastante nuevo y el odómetro marca ya casi ciento veinte mil kilómetros. Es una barbaridad para hacerlos en un año.

-Supongo que sí -dijo Nashe.

-¿Eras viajante de comercio o algo así?

-Sí, eso es, era viajante. Me dieron una zona muy grande, así que tenía que estar siempre en la carretera. Ya sabes, llevar el muestrario en el maletero, vivir con lo que tienes en la maleta, dormir cada noche en una ciudad diferente. Viajaba tanto que a veces ni me acordaba de dónde vivía.

-Creo que eso me gustaría -dijo Floyd-. Me parece un buen empleo.

-No es malo. Tiene que gustarte estar solo, pero, una vez resuelto eso, lo demás es fácil.

Floyd estaba empezando a ponerle nervioso. El tipo era un zoquete, pensó Nashe, un imbécil de los pies a la cabeza, y cuanto más hablaba más le recordaba a su hijo. Los dos tenían el mismo desesperado deseo de agradar, la misma timidez de cervatillo, la misma expresión en los ojos de estar perdidos. Al mirarle, uno nunca pensaría que fuese capaz de hacer daño a nadie, pero le había hecho daño a Jack aquella noche, Nashe estaba seguro de ello, y era precisamente aquel vacío que había dentro de él lo que lo había hecho posible, aquel abismo de carencia. No se trataba de que Floyd fuese una persona cruel o violenta, pero era grande y fuerte y siempre servicial, y quería al abuelo más que a nadie en el mundo. Lo llevaba escrito en la cara, y cada vez que volvía los ojos en dirección a Murks era como si estuviera mirando a un dios. El abuelo le había dicho que lo hiciera y él lo había hecho.

Después de la tercera o cuarta ronda de copas, Floyd le preguntó a Nashe si le apetecería jugar al billar. Había varias mesas en la sala del fondo, dijo, y era seguro que alguna estaría libre. Nashe se sentía ya un poco mareado, pero aceptó de todas formas, agradeciendo la oportunidad de levantarse de su silla y poner fin a la conversación. Eran cerca de las once y la clientela de Ollie's era ya más escasa y menos ruidosa. Floyd le preguntó a Murks si quería ir con ellos, pero Calvin dijo que prefería quedarse donde estaba y acabarse su copa.

La sala era grande y mal iluminada y tenía cuatro mesas de billar en el centro y varias máquinas tragaperras y juegos de ordenador a lo largo de las paredes. Se detuvieron junto a la taquera al lado de la puerta para elegir los tacos, y cuando se acercaban a una de las mesas libres Floyd preguntó si no creía que sería más interesante si hacían una pequeña apuesta amistosa. Nashe nunca había sido muy buen jugador de billar, pero no se lo pensó dos veces antes de decir que sí. Se dio cuenta de que deseaba derrotar a Floyd de la peor manera y no había duda de que jugarse algún dinero le ayudaría a concentrarse.

-No tengo dinero en efectivo -dijo-. Pero te pagaré en cuanto cobre la semana que viene.

-Lo sé-dijo Floyd-. Si no creyera que me pagarías no te lo habría propuesto.

-¿Cuánto quieres que apostemos?

-No sé. Depende de lo que hayas pensado.

-¿Qué te parecen diez dólares la partida?

-¿Diez dólares? De acuerdo, me parece bien.

Jugaron a ocho bolas en una de aquellas mesas de superficie irregular y Nashe apenas pronunció palabra durante todo el tiempo que estuvieron allí. Floyd no era malo, pero, a pesar de su borrachera, Nashe era mejor y acabó jugando con sus cinco sentidos, afinando la puntería en sus tiradas con una habilidad y precisión que superaba la conseguida en cualquiera de sus partidas anteriores. Se sentía absolutamente contento y relajado, y cuando cogió el ritmo de las bolas que entrechocaban y rodaban, el taco empezó a deslizarse entre sus dedos como si se moviera solo. Ganó las primeras cuatro partidas por márgenes crecientes (por una bola, por dos bolas, por cuatro, por seis), y después ganó la quinta antes de que Floyd pudiera hacer una sola jugada, metiendo dos bolas rayadas de entrada y pasando de ahí a limpiar la mesa, para acabar de forma espectacular metiendo la octava bola en la tronera con una tirada combinada a tres bandas.

-Por mi parte, he tenido suficiente -dijo Floyd después de la quinta partida-. Supuse que serías bueno, pero esto es ridículo.

-Pura suerte -dijo Nashe, procurando borrar la sonrisa de su cara-. Generalmente soy bastante flojo. Esta noche se me han dado bien las cosas.

-Flojo o no, parece que te debo cincuenta pavos.

-Olvídate del dinero, Floyd. No tiene ninguna importancia.

-¿Cómo que me olvide? Acabas de ganarme cincuenta pavos. Son tuyos.

-No, no, te digo que te los quedes. No quiero tu dinero.

Floyd siguió intentando ponerle los cincuenta dólares en la mano, pero Nashe se mostró igualmente firme en su negativa a aceptarlos y finalmente Floyd comprendió que Nashe hablaba en serio, que no estaba únicamente haciendo un numerito.

-Cómprale un regalo a tu hijo -le dijo Nashe-. Si quieres complacerme, gástatelo en él.

-Es muy generoso por tu parte -dijo Floyd-. La mayoría de los tíos no dejarían escapar cincuenta pavos así por las buenas.

-Yo no soy la mayoría de los tíos -contestó Nashe.

-Supongo que estoy en deuda contigo -dijo Floyd, dándole una palmada en la espalda en una torpe demostración de gratitud-. Si necesitas un favor, no tienes más que pedírmelo.

Era una de esas frases vacías que la gente dice en estas ocasiones, y en cualquier otra circunstancia probablemente Nashe la hubiera dejado correr. Pero de pronto se encontró entusiasmado por el brillo de una idea y, no queriendo perder la oportunidad que acababan de darle, miró a Floyd directamente a la cara y dijo:

-Bueno, ahora que lo mencionas, hay una cosa que quizá podrías hacer por mí. Es algo sin importancia realmente, pero tu ayuda serviría de mucho.

-Claro, Jim -dijo Floyd-. Dime.

-Déjame que conduzca yo el coche de vuelta a casa.

-¿Quieres decir el coche del abuelo?

-Eso es, el coche del abuelo. El coche que fue mío.

-No creo que yo sea el más indicado para decir sí o no, Jim. El coche es del abuelo y es a él a quien tienes que pedírselo. Pero ciertamente te apoyaré.

Resultó que a Murks no le importó. Estaba muy cansado, dijo, y había pensado pedirle a Floyd que condujera. Si Floyd quería dejar que lo hiciera Nashe, él no tenía inconveniente. Con tal que llegaran a donde iban, ¿qué más daba?

Cuando salieron, descubrieron que estaba nevando. Era la primera nevada del año y caía en grandes y húmedos copos, la mayoría de los cuales se derretían en el mismo instante en que tocaban el suelo. Las iluminaciones navideñas de la calle ya habían sido apagadas y el viento había dejado de soplar. El aire estaba inmóvil ahora, tan inmóvil que casi parecía que hacía calor. Nashe respiró hondo, miró al cielo y permaneció allí un momento mientras la nieve le caía en la cara. Se dio cuenta de que se sentía feliz, más feliz de lo que lo había sido en mucho tiempo.

Cuando llegaron al aparcamiento, Murks le tendió las llaves del coche. Nashe metió la llave en la cerradura de la puerta delantera, pero justo cuando iba a abrirla para subir al coche apartó la mano y se echó a reír.

-Eh, Calvin -dijo-. ¿Dónde diablos estamos?

-¿Qué quieres decir? -preguntó Murks.

-En qué pueblo.

-Billings.

-¿Billings? Creí que eso estaba en Montana.

-Billings, Nueva Jersey.

-¿O sea que ya no estamos en Pennsylvania?

-No, tienes que cruzar el puente para volver allí. ¿No lo recuerdas?

-No recuerdo nada.

-Toma la Ruta Dieciséis. Te lleva directo.

No había pensado que fuera tan importante para él, pero una vez se hubo situado detrás del volante, notó que le temblaban las manos. Puso en marcha el motor, encendió las luces y los limpiaparabrisas y salió despacio del aparcamiento marcha atrás. No había pasado tanto tiempo, pensó, sólo tres meses y medio. Y sin embargo tardó un rato en volver a sentir el antiguo placer. Le distraía Murks tosiendo a su lado y Floyd parloteando en el asiento trasero sobre cómo había perdido las partidas de billar, y únicamente cuando encendió la radio consiguió olvidarse de que iban con él, de que no estaba solo como lo había estado durante todos aquellos meses en los que recorrió Estados Unidos una y otra vez. Comprendió que no deseaba volver a hacerlo, pero una vez que dejaron atrás el pueblo y pudo acelerar en la carretera vacía, era difícil no fingir durante un rato, no imaginar que había vuelto a aquellos días anteriores a que comenzara la verdadera historia de su

vida. Aquélla era la única oportunidad que tendría y quería saborear lo que le habían dado, llevar lo más lejos posible el recuerdo de quién había sido en otro tiempo. La nieve caía en remolinos sobre el parabrisas y en su mente vio a los cuervos calándose sobre el prado, lanzando sus misteriosos gritos mientras él los veía pasar por encima. El prado estaría hermoso nevado, pensó, y confió en que continuara nevando toda la noche para poder verlo así al despertar por la mañana. Se imaginó la inmensidad del campo blanco y que la nevada seguía hasta cubrir incluso las montañas de piedras, hasta que todo desapareciera bajo una avalancha de blancura.

Había sintonizado una emisora de música clásica y reconoció las notas como algo conocido, una pieza que había escuchado muchas veces. Era el andante de un cuarteto de cuerda del siglo xviii, pero aunque conocía cada pasaje de memoria, el nombre del compositor se le escapaba. Consiguió reducir las posibilidades a Mozart o Haydn, pero ahí se atascó. Un momento le parecía obra de uno y luego, casi inmediatamente, empezaba a sonar como algo compuesto por el otro. Podía ser uno de los cuartetos que Mozart dedicó a Haydn, pensó Nashe, pero también podría ser al contrario. En cierto punto la música de ambos parecía encontrarse y ya no era posible distinguirlas. Sin embargo, Haydn había vivido hasta una madura vejez y había sido honrado con nombramientos y puestos cortesanos y todas las ventajas que el mundo de su época podía ofrecer. Y Mozart había muerto joven y pobre y su cuerpo había sido arrojado a una fosa común.

Para entonces Nashe había puesto el coche a noventa y sentía que tenía un control absoluto del mismo mientras corría por la estrecha y serpenteante carretera comarcal. La música había hecho retroceder a Murks y Floyd a un segundo término y ya no oía nada más que los cuatro instrumentos de cuerda que derramaban sus sonidos en el oscuro y cerrado espacio. Iba a ciento cinco e inmediatamente oyó que Murks le gritaba a través de otro ataque de tos.

-¡Maldito imbécil! -le oyó decir-. ¡Vas demasiado rápido!

A modo de respuesta, Nashe pisó el acelerador y puso el coche a ciento veinte, tomando la curva con una ligera pero firme presión de sus manos en el volante. ¿Qué sabe Murks de conducir?, pensó. ¿Qué sabe Murks de nada?

En el preciso momento en que el coche cogía los ciento treinta, Murks se inclinó hacia adelante y apagó la radio. El súbito silencio fue como una sacudida para Nashe y automáticamente se volvió hacia el viejo y le dijo que no se metiera donde nadie le llamaba. Cuando miró de nuevo a la carretera un instante después ya vio el faro que apareció ante él. Había surgido de la nada, una estrella ciclópea que venía lanzada directamente contra sus ojos, y en el repentino pánico que le invadió su único pensamiento fue que aquél era el último pensamiento que tendría nunca. No había tiempo de parar, no había tiempo de evitar lo que iba a ocurrir, así que en lugar de pisar bruscamente el freno, apretó aún más el acelerador. Oyó a Murks y a su yerno aullar a lo lejos, pero sus voces sonaban sofocadas, ahogadas por el rugido de la

sangre en su cabeza. La luz estaba ya sobre él y Nashe cerró los ojos incapaz de seguir mirándola.